
FAKE
LOVE
ANA DRAGHIA

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2024
www.grupoedicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.




Primera edición, marzo 2024

© 2024 Ana Draghia
© 2024 Ediciones Kiwi S.L.
© de la ilustración de cubierta, WINDS
Corrección, Carol RZ

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

Copyright
Nota del Editor
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
GRABACIÓN DE ALI
CAPÍTULO 41
EPÍLOGO
Agradecimientos

Maybe we were drunk in love
Or maybe we were just…

*Watermelon Moonshine*,
**Lainey Wilson**

# CAPÍTULO 1

Todo comenzó con un corazón aparcado en doble fila.

Lo que sucede con el amor no correspondido es que, al igual que un coche con las luces de emergencia puestas, se lo acaba llevando la grúa si pasa demasiado tiempo estacionado. Así es como acabas arrastrada hasta un aparcamiento de corazones perdidos.

Ahí se quedó el mío, un trasto inservible, durante más tiempo del que había imaginado.

Las metáforas son bonitas. Florecen, se marchitan. Resumamos esto en que el chico de la última fila, de cuyo nombre me acuerdo muy bien porque lo escribí por todas partes, jamás me vio como el *main character* de su historia. Pero ¡qué narices! Esta sí que es mi historia, así que, en parte, digamos que lo soy, la gran protagonista de una serie de catastróficas desdichas modernas. La empollona de la primera fila que parecía más interesada en las baldosas del suelo que en la gente que la rodeaba. Me gusta llamarlo ser introvertida. Otros preferían *bicho raro*, por eso de que se ajustaba más a la realidad. Seré honesta: la realidad es una puta mierda. Por lo menos si te llamas Alice Grace Wilson, estás en el extremo opuesto de los cánones de belleza modernos y eres lo que comúnmente se conoce como rata de biblioteca. Si al menos mis padres me hubiesen comprado libros, habría sido una rata en mi casa, no públicamente, pero mi padre, que no había tocado uno en su vida, les tenía pavor: «Vas a acabar como aquel loco de ese libro al que le daban miedo los molinos». Se refería a don Quijote, por si queda alguna duda.

—Papá, ¿me regalas libros este cumpleaños?

Mi padre me regalaba un vestido floreado que me quedaba como un traje de luto. O eso expresaba mi cara. No dudo que haya personas ahí fuera —en ese lugar llamado mundo— a las que les siente como si el mismísimo Boticcelli las hubiese pintado. Quizá a mí tampoco me quedaban mal, pero me sentía en otra piel muy diferente a la mía.

—Mamá, ¿podrías traerme un libro esta vez?

Ella me traía un perfume que había comprado en el avión —era y es azafata de vuelo— porque: «¡Por, Dios, Alice, todas las chicas de tu edad se morirían si tuvieran uno!». El *duty free* lo llaman.

Os preguntaréis qué tienen que ver los libros con eso de que mi corazón pareciera un escombro. Pues casi todo, desde el hecho de que me habían vendido trágicas historias de amor donde los protagonistas jamás se rendían hasta la declaración más patética que había hecho en mi vida —y la única, por suerte— cuando al fin me había atrevido a levantar los ojos del suelo lleno de polvo y colillas de cigarrillos.

Al chico de la última fila no le entusiasmaba leer ni nada de lo que a mí me encantaba. Desde la primera línea he dejado claro yo también me encontraba muy lejos de gustarle. Ya sabéis, todo ese rollo de las grúas y blablablá. ¿Me impidió eso regalarle un ejemplar de *Orgullo y prejuicio* con una cursi y estúpida dedicatoria en la que copiaba las palabras del señor Darcy y le confesaba entre líneas que yo, Alice Grace Wilson, con nombre y apellidos para que nadie pudiera atribuirse ese mérito, estaba total y perdidamente enamorada de él?

—¿Qué es esto? ¿Un libro?

Cara de asco; una patada en el estómago le hubiese gustado más.

Lo abrió; pasó un par de hojas. Mis palabras ocupaban media página. Las leyó entre dientes, frunció el ceño. Aquella expresión taciturna, a las cinco de la tarde en medio del aula vacía de

música, me dejó claras dos cosas: la primera que sí, ya no cabía duda, prefería un rodillazo; la segunda fue que nunca jamás de los jamases Charlie Miller iba a sentir nada por mí.

Charlie Miller era idiota.

Quiero aclarar que no tiene nada que ver con el hecho de que me rechazara con tanta molestia contenida como a los repartidores de panfletos en una zona peatonal. Lo era porque no me guardó el secreto y mi último año de instituto fue un recordatorio constante de que una vez había sido tan imbécil de arriesgarme a creer que a alguien le gustaría quien era yo en realidad. Insisto: la realidad es una mierda. Aireó mis sentimientos como si cogiera puñados de confeti y los lanzase al viento.

—¿Todavía te gusto, Alice?

Perdí la cuenta de las veces que me hizo aquella pregunta en los meses siguientes. Recuerdo pensar que no entendía por qué mi corazón se había acelerado de aquella manera por un tipo como él y por qué, a esas alturas, seguía haciéndome daño si, día tras día, ya me había acostumbrado a repetir:

—¿No es evidente que no?

Pero estoy en deuda con Charlie Miller, porque gracias a él no me quedó más alternativa que salir del caparazón y decir en voz alta cosas que nunca antes me había imaginado diciendo.

—Que te jodan.

Grandes palabras, mejores resultados. Lo fueron mientras le duró la sorpresa. Por alguna razón que ignoro, después acabó acostumbrándose a ellas y parecía provocar a propósito que se dieran esos momentos en los que se me soltaba la lengua y escupía veneno sin parar.

Menos mal que, como todo en la vida, el instituto se acabó. Como buena estudiante que era, saqué una nota de corte casi perfecta, me aceptaron en la universidad de mis sueños, metí toda mi vida en una maleta y me largué. Ahora podría decir que al irme fui más feliz y que de esa Alice de la que os acabo de hablar ya no quedó nada. Se me da mal mentir, por si no lo habéis notado, así que no voy a inventarme una vida idílica para que penséis que esto es una maldita película juvenil de Netflix. Esto es la vida misma, y, queridas, ahí tienen cabida muchos tipos de finales.

¿Os he dicho que mi padre se dedicaba a los negocios? Tenía cuatro *pubs* repartidos por toda la ciudad. Ganaba dinero con ellos, pero ¿gastar en libros? ¿Universidad, hija? A mis padres, que yo estudiara o no les daba igual. En fin, podría haber empezado a trabajar en los bares y discotecas de mi padre. Pero no, yo quería ser veterinaria, por eso de que en casa no me habían dejado tener ni un pez de los que mueren al cabo de tres días. Por eso y porque sentía un amor casi inconmensurable por los animales. Había una conexión que no tenía con las personas.

En fin, Alice Grace Wilson era lo opuesto a lo que querían sus padres.

Mamá quería una niña a la que vestir, peinar y maquillar.

Yo iba en vaqueros, sudaderas y con el pelo rizado en un moño todo el año.

Papá prefería que hiciera carrera en sus negocios nocturnos.

Yo me iba a cuatro mil kilómetros de distancia para alejarme de todo eso.

Un disgusto tras otro. Tampoco ellos se parecían demasiado a los padres que yo hubiese deseado tener. Había cenado sándwiches de tostadora toda mi vida mientras veía los *late shows* en la televisión. De ellos no había rastro. Papá volvía al amanecer; mamá volaba hacia algún lugar lejano. Si ellos se sentían defraudados, yo tampoco me quedaba corta. Estábamos empatados.

Crecí sola. Bueno, más o menos. Me acompañaron Jane Austen, y las hermanas Brontë,

Fitzgerald, Murakami, Kundera, Dickens y la ya desgastada trilogía de *Luces del norte,* de Philip Pullman. Un montón de gente extraña que me hacía sentir en casa.

Casa. La palabra más ruidosa que existe.

Como iba diciendo, me fui. Creí, ingenua de mí, que hacerlo podría ayudarme a olvidar, pero solo conseguí atraer más lo que ya había aborrecido. Por lo menos, logré que durante los dos primeros cursos fuesen mis padres los que me visitaran durante las vacaciones. Así me mantuve alejada de algunas personas que no me apetecía ver, sobre todo una en concreto. Aunque también estaba Julia, con la que llevaba años sin hablar.

Las primeras Navidades que mis padres vinieron a verme, papá me dijo:

—¿Sabes que ahora trabaja en uno de los locales un chico que estudió contigo?

—¿Quién? —pregunté, aunque no me importaba en absoluto.

—Charlie Miller.

Rectifiqué. Sí que me importaba. De todos los sitios en los que podría encontrar trabajo, ¿por qué justo en uno que pertenecía a mi familia? A lo mejor no lo sabía, pero, si mi padre lo conocía, debía de ser porque él ya se había presentado.

Una vez que supe esto, decidí no volver a casa.

Recibí varias solicitudes de seguimiento en mis redes sociales del susodicho. Siempre las rechacé y seguí con mi vida. No volví a leer *Orgullo y prejuicio,* salí sin darle más importancia al asunto con un par de chicos en la universidad y me acosté con uno de ellos. Perdí la virginidad. Un trámite rápido, sin más, en el que sentí más bien poco. Hice amigos por primera vez y pensé que, quizá, la maldición que me habían echado se había esfumado de repente. Como en los dibujos animados, *smoke sprite*.

—¿Vas a casa este verano o te has apuntado a cientos de cursos y al voluntariado otra vez? —me preguntó Daisy, mi compañera de cuarto en la residencia, una de las pocas personas en las que había aprendido a confiar y mi mejor amiga.

Suspiré. Había recibido una llamada amenazadora de mi padre.

—Vuelvo.

—¿Y no te alegras?

—Quizá borracha me alegraría un poco más.

—Va, pues emborrachémonos. Así celebramos tu veinte cumpleaños.

—Es dentro de varias semanas.

No le importó. Acabamos en un local que había cerca del campus, bailando como dos robots mientras un montón de gente nos miraba. Nos miraba con ganas de llamar a la policía y presentar una denuncia por ridículas. Eso era precisamente lo que más me gustaba de Daisy: le daba todo igual, y aunque yo aún era bastante tímida, me enseñaba a que también me importase un bledo.

—¡Mira quién está ahí! —me dijo por encima de la música.

Seguí el camino que marcaba su dedo índice hacia el fondo del local. Junto a la mesa de billar había un grupo de chicos con los que coincidíamos en una clase optativa. Ahora pensaréis que seguro que era de Literatura porque yo debía de tener una vocación frustrada y, por supuesto, siempre es Literatura. Dejad la imaginación para otros. Era una mierda de clase de debate político que no me gustaba nada, pero, creedme, el resto de asignaturas entre las que nos habían dado a elegir eran incluso peores.

El chico que me señalaba Daisy era míster callado. El mejor de las clases, conocido en todo el campus por sacar unas notas que nos dejaban al resto de idiotas; por eso y por sus enormes

ojos color miel. Kai Williams miró en nuestra dirección, alzó una ceja y soltó un bufido que casi pude escuchar. Me odiaba, pero eso no me impedía dormir por las noches, quizá porque llevábamos dos años compartiendo carrera y ganas de matarnos mutuamente. Sus pocas ganas de verme no eran recientes, pero sí que había influido el hecho de que le hubiese estropeado su magnífica intervención en el debate final un par de semanas antes. Era su oponente. Le vomité en los zapatos. La historia se remontaba a la noche anterior al examen y al virus estomacal que había comenzado a dar señales. En su expediente de matrículas de honor, Kai tenía un nueve, y era por mi culpa.

Daisy saludó. Daisy saludaba a todo el mundo, especialmente si medían más de metro ochenta, tenían hombros anchos y muchas posibilidades de hacerte ver las estrellas del techo de tu cuarto incluso cuando ahí arriba no había más que una pintura beis típica de moteles baratos de carretera. O eso hacía ver. En realidad, la mayor parte del tiempo me daba la impresión de que solo buscaba un pretexto para no sentirse sola. Y toda esa panda de chicos y chicas con los que salía solo eran un puñado de extraños que la hacían sentir incluso más triste.

Me despisté un segundo, lo juro, pero bastó para que saliera disparada con su botellín de cerveza hacia Kai, que, como de costumbre, llevaba una camisa blanca holgada y unos pantalones de pinza. Cavilé sobre las posibilidades que tenía de salir de ahí sin ser vista. Ninguna. ¿Llamaría la atención que me fuera sin decir nada? Desde luego.

Arrastré los pies sobre el suelo pegajoso del local.

—Buenas noches.

Kai contestó con un gruñido y dio tres golpes a tres bolas lisas que entraron en los agujeros. Los amigos alabaron su buena puntería. Todo parecía dársele bien, menos ser amigable; eso no era su fuerte.

—Podrías saludar como una persona normal, ¿sabes?

—Buenas noches, Alice Grace Walker —dijo con una sonrisa tirante, mientras pestañeaba como doce veces seguidas. Acto seguido, recuperó su expresión seria habitual. Qué lástima que empleara unos labios tan bonitos para muecas como aquella.

—Qué gracioso eres.

—¿Esperas que diga lo mismo de ti?

—Admítelo, estás que echas humo porque he sacado mejor nota que tú en Anatomía. —Solo lo había ganado por dos décimas, pero qué dulces me habían sabido.

—No entra en mis planes alegrarte la noche.

Siguió golpeando un par de bolas.

—¿Te sientan mal las vacaciones o eres así todos los días del año? —contraataqué.

—Ninguna de las dos, es solo porque andas cerca.

Le solté una guantada en el antebrazo y me fui a la barra a por algo de beber.

Me bebí un par de cervezas más mientras Daisy se escapaba a la pista improvisada para bailar sola. No veía la hora de largarme a la residencia, por no hablar de que al día siguiente tenía que coger un avión para volver a casa.

No recuerdo mucho. A Daisy diciéndome que bailáramos. Yo dejándome llevar. Kai echándome en cara en el callejón que le arruinara su media académica. Yo diciéndole que era un pesado. Él contestándome que no tanto como yo, que por lo visto podía llegar a ser un incordio.

Era bastante consciente de estar con él bajo la farola. Podía ver a Daisy a través del cristal; acababa de poner su canción favorita y sabía que no nos marcharíamos hasta que no la cantara a pleno pulmón.

Lo raro era que Kai y yo no hubiésemos empezado las batallas verbales a las que estábamos acostumbrados. No sabía cuántas veces me había peleado con él por conseguir unas prácticas o un asiento en primera fila. Seguía pensando que era una pena que tuviese tan mal humor con lo guapo y lo amable que se mostraba con otros. Aunque conmigo también había tenido un par de gestos, solo que él hacía ver que no habían existido y yo me limitaba a seguirle la corriente en nuestra incesante lucha de egos.

—Solo es un nueve, supéralo ya.

Que lo dijera yo, que lloraba cuando sacaba un notable, era bastante hipócrita por mi parte, sin embargo, no contenta con decirlo, le di uno de esos codazos más típicos de colegas que de dos compañeros de clase que se habían declarado la guerra. No preguntéis por qué, yo había intentado que nos lleváramos bien, era él quien no había puesto de su parte.

—Es una pena, ¿sabes? —solté mientras daba vueltas agarrada a la farola, sintiéndome en una versión actualizada de *Singing in the Rain*—. Eres guapo, pero un muermo.

No lo negó. No podía. Y ojo, no es que yo fuese la persona más divertida del mundo. Era consciente. De hecho, solía sentarme en la biblioteca frente a su mesa. Se convertía casi en una competición por ver cuál de los dos se iba más tarde. He de decir que ganó todas las veces, yo acababa quedándome dormida sobre los apuntes.

—Te crees mucho mejor que yo, ¿eh?

—¿Yo? —Me reí alto—. Yo soy peor que tú. Más muermo, más desgraciada. Si hasta vomité delante de sesenta personas. Te estropeé las zapatillas, pero estoy segura de que en el fondo de tu corazón cantaste victoria.

Giró la cara hacia un lado para ocultar una diminuta sonrisa de satisfacción.

Maldito Kai. Solo nos unían tres cosas y, pese a ello, nos dábamos de bruces con el otro a todas horas. Os preguntaréis qué teníamos en común. Se resume en que ambos éramos de Montana, aunque ignoraba de qué parte en concreto era él, estudiábamos Veterinaria y que nos caracterizábamos por ser lo que comúnmente se conoce como dos empollones de manual.

Me planté frente a él con los brazos en jarras.

—¿Te invito a una cerveza? —pregunté.

—No vas a conseguirme con una mísera cerveza —contestó, muy seguro de sí mismo. En otras circunstancias, si él hubiese sido de otra manera, a lo mejor me hubiese planteado una noche de tregua.

—Solo era para agradecerte lo del jarabe, pero mejor olvídalo.

El día que Kai y yo pudiésemos sentarnos a hablar como dos personas normales, quizá podríamos tener una relación normal. Me preguntaba qué me diferenciaba tanto del resto de nuestros compañeros para que hubiésemos acabado como el perro y el gato.

—Oye, ¿por qué no vuelves a la residencia?

—Porque no quiero —contesté con los ojos muy abiertos—. Mañana tengo que volver a Bozeman —dije con dramatismo—. ¿Entiendes lo que eso quiere decir, Kai?

Él cruzó los brazos sobre el pecho y me pareció que, en silencio, estaba midiendo lo loca que estaba o manteniendo a raya las ganas que tenía de empujarme delante del primer coche que pasase por ahí.

—¿Lo sabes o no? —insistí casi cabreada.

No se me daba bien beber; pasaba de ser una persona introvertida a un buldócer preparado para llevárselo todo por delante. Con más paciencia de la que habría imaginado que tenía, se dignó a contestarme:

—No tengo ni idea de qué me estás hablando.

Porque Charlie. Porque mis padres. Porque *Orgullo y prejuicio*. Porque.

Me parece que este es el resumen que hice.

Kai me miró impasible. Una nunca podía saber en qué estaba pensando el chico con el que llevaba compartiendo clase dos años. Era imposible de leer.

—Me voy —soltó.

—¿Me vas a dejar aquí?

—Que yo sepa, no hemos venido juntos. Tu amiga está dentro. Vuélvete a tu habitación, duerme y mañana será otro día.

—¿Seguro que no quieres una cerveza como compensación por tu único acto de generosidad y compañerismo hacia mí? —insistí, sobre todo porque estaba nerviosa por regresar a casa y necesitaba hablar con alguien, aunque ese alguien fuese él.

—Pensaré en otra forma de que me compenses.

—¿Otra forma? ¿Qué forma?

No se tomó la molestia de darme más explicaciones. Con las manos en los bolsillos, enfiló la calle. Lo perdí de vista cuando varios metros después giró a la derecha.

Kai Williams era la persona más extraña que había conocido nunca.

Justo después de mí.

# CAPÍTULO 2

Los aeropuertos son enjambres de abejas. En apariencia, todo apunta a que vas a pasar desapercibido corriendo con tu equipaje entre cientos de personas que revolotean en la terminal. No os engañéis: si alguien quiere encontraros, lo hará. Para entonces más vale que estéis preparados para tomar la decisión de huir o de fingir que sois una estatua.

No me dio tiempo a escapar, Kai apareció ante mí como si lo hubiese invocado con el pensamiento. Nunca funcionaba cuando quería un capuchino y un pedazo de tarta del Lorie's, la pastelería que había a tres calles de mi casa, pero, oye, qué maravilla, las personas con las que no me llevaba bien hacían acto de presencia más rápido que repitiendo tres veces el nombre de la niña de la curva.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Volver a casa, te lo dije anoche.

—No, qué va.

—Sí lo hice, te dije que soy de Big Sky.

Cerré los ojos un momento, no recordaba aquella parte de la conversación. Los abrí de golpe. Big Sky estaba a una hora en coche de Bozeman. Era un pueblo de montaña que recibía muchos senderistas. Vivía principalmente del turismo y su población apenas superaba los tres mil habitantes. Había estado un par de veces; una de ellas, de excursión con el instituto. Prefería no recordar aquel viaje, aunque mis padres seguían teniendo una foto mía de 20x15 en el recibidor de casa.

—¿En qué vuelo vas?

—¿Eres tonta?

Estaba haciendo cola en la misma puerta que yo. Claro que iríamos en el mismo avión. Con suerte, se les olvidaría cerrar una de las compuertas y podría saltar con los brazos extendidos, igual que una de esas ardillas planeadoras.

El pensamiento me hizo sonreír.

—¿Y ahora por qué sonríes?

Las cejas de Kai nunca se movían ni un ápice. Eras unas cejas impasibles. Cara de póker, qué bien se le daba ocultar sus emociones, pensé. Llevaba esos pantalones de pinzas caquis impropios de un chico de casi veinte años y una camisa blanca de lino. Todos los chicos del campus vestían vaqueros y camisetas. Eso sí, un punto a su favor era que su piel canela resaltaba con aquellos colores, al igual que los ojos color miel.

—Has sacado un tres en debate —me soltó como si ya no lo supiera.

—¿Quieres que llore?

—Lo prefiero a que vomites.

—Muy amable.

—Como sea, escúchame bien, ¿cuánto te importa aprobar esa asignatura?

—Más de lo que te piensas. Es la primera vez en mi vida que suspendo algo.

Había llorado tres noches seguidas después del incidente del vómito y de ver la calificación. Daisy intentaba consolarme con golosinas. Mis padres decían que qué importancia tenía un suspenso. Nadie me entendía.

—Puedo hacer que apruebes.

—¿Chasqueando los dedos de la retórica?

—No te pases de sarcástica conmigo.

—Ah, pero que entiendes el sarcasmo.

—¿Has acabado ya?

—Sí.

—Puedo ayudarte a aprobar la asignatura del señor Graham. Como bien sabrás, la aprueban cinco alumnos todos los años, y yo soy el que mayor nota ha sacado en la última década —me explicó. Desde luego, no conocía la modestia, eso o estaba muy seguro de sí mismo y del trabajo que había detrás de sus notas.

—¿Voy a ser la sexta?

—Depende de ti. Necesito algo a cambio.

—¿Un recordatorio de que no eres un señor de sesenta años vistiendo?

Se echó una mirada rápida.

—Una novia.

Era inevitable que me riera.

—¿Te la saco de la máquina expendedora? —pregunté, señalando hacia una que había a unos metros de nosotros—. ¿Alta, rubia, figura de reloj de arena?

—Atiende —me dijo con las manos sobre mis hombros. Me zarandeó un poco—. Digamos que necesito una novia.

—Te he escuchado la primera vez. Me duele la cabeza, no estoy sorda —le expliqué—. ¿Y yo qué quieres que haga? Instálate una aplicación de citas.

—En Internet hay gente muy rara.

Puse los ojos en blanco, ¿no se daba cuenta de que él tampoco era normal que digamos?

—Entonces, demos gracias de que no estés tú también.

—¿Me estás llamando raro?

Apartó las manos de mis hombros y fui yo quien, esta vez, extendió las manos hacia los suyos. Casi tuve que ponerme de puntillas. Era demasiado alto en comparación conmigo.

Bajé la voz.

—Me estás abordado en medio de un aeropuerto diciendo que necesitas una novia, dime tú si eso no es raro.

—No tanto como hacer estriptís en una farola a las doce de la noche —dijo muy sereno—. ¿Vas a ayudarme o no?

—¿A qué? —pregunté confundida; debía de haberme perdido en algún momento de aquella inaudita conversación que no tenía, al menos para mí, ni pies ni cabeza.

—A hacerte pasar por mi novia este verano.

Se me cayeron los brazos a los lados del cuerpo.

—¿Te da miedo volar y vas hasta las cejas de Valium o te has vuelto loco?

El mismo chico que llevaba casi dos años gruñéndome y siendo una especie de archienemigo que siempre me ponía la zancadilla —imaginaria, eso sí— ahora me estaba pidiendo… ¿qué exactamente? ¿Jugar a las casitas?

—Piénsatelo.

—¿Pensarme qué?

Sacó un papel del bolsillo del pantalón y me lo dio.

—¿Qué es esto?

—Mi teléfono, llámame si cambias de idea.

Todo aquello debía de ser una broma, no me quedaba más remedio que creerlo. No había forma de que Kai estuviese hablando en serio. Hasta donde podía recordar, habíamos intercambiado miradas asesinas la mayor parte de las veces y había sido amable, por llamarlo de algún modo, un par de ellas. El resto del tiempo éramos la versión humana de Tom y Jerry, que, por otra parte, era mi serie favorita de dibujos animados. Lo más extraño de todo era que no me sentía incómoda con él, solo ponía a prueba mi instinto homicida saliéndose de su papel habitual con extrañas peticiones como esa.

—¿No tienes móvil? —pregunté al ver que el número se correspondía a un fijo.

—No, es el teléfono de casa de mi abuela.

Estaba a punto de desmayarme.

En ese momento, abrieron la puerta de embarque. Uno detrás de otro fuimos hacia el avión. Por favor, que no estuviera sentado a mi lado. Por favor, que no estuviera sentado a mi lado. Por favor. Por favor.

—Por favor, ¿me dejas pasar?

Cruel destino, maldita fuera mi vida.

Me levanté para que Kai pasase a ocupar el de la ventanilla.Eso ya era el colmo. De todos los asientos, ¿cómo le había tocado justo uno de los que estaban a mi lado? ¿Qué posibilidades había de que eso ocurriese?

—Te preguntarás por qué necesito una novia.

—¿No crees que te hubiese hecho ya la pregunta si ese hubiese sido el caso? —dije, acomodándome en el cojín del cuello, dispuesta a fingir que dormía durante tres horas. Aunque quien me conocía sabía de sobra que no podía conciliar el sueño fuera de casa, era imposible.

—Nunca haces las preguntas correctas, ¿por qué ibas a ser capaz de hacerlo ahora?

Lo fulminé con la mirada. Sentí que tenía las cejas muy juntas de tanto fruncir el ceño. A duras penas podía enfocar.

—Venga, dilo.

—Por eso suspendiste debate —añadió tras intentar, en vano, morderse la lengua.

—Vale, jugaremos a tu manera. ¿Por qué quieres una novia falsa?

Kai, que había insistido en que estaba preparado para esa pregunta, dudó un instante y, quizá por primera vez en todo el tiempo que llevábamos compartiendo carrera, no pudo sostenerme la mirada. Bajo la luz apagada de la cabina no podía distinguir si lo que había en sus mejillas era rubor, pero hubiese apostado a que sí se había sonrojado.

—Por mi ex, vuelve al pueblo este verano.

—¿Y tu mente del Pleistoceno ha pensado que, si ve a su semental con otra, volverá a tus brazos?

Fue más que evidente que no le gustó lo más mínimo que tuviese esa imagen de él. Se echó un poco hacia atrás. Sus hombros, de por sí anchos, se encogieron ligeramente.

—No lo hago para que vuelva conmigo. Nunca voy a volver con ella —dijo, tajante—. Lo hago porque quiero que ella lo entienda, que lo nuestro se acabó.

Eso me sorprendió.

—Es una buena persona, solo que conmigo no se portó bien.

—¿En qué sentido?

—En el de que parecía que mis sentimientos no importaban.

Kai, con la cabeza girada hacia la ventanilla, me recordó a mí. A la Alice Grace Wilson que se fue llorando del aula de música y pasó un año de mierda por culpa de Charlie.

—¿Y por qué me lo pides a mí?

Esperé a que las palabras salieran de su boca, y entonces me di cuenta.

—Se te ocurrió anoche, ¿no? Porque te enteraste de que vivíamos al lado.

Tardó dos segundos en asentir.

—En cualquier caso, lo siento, no puedo. No soy buena actriz, y tú y yo no nos llevamos tan bien como para que nadie se crea que estamos juntos —le recordé, por si lo había pasado por alto.

Solo escuché un carraspeo por su parte. Sacó un libro ilustrado sobre diferentes especies de pájaros y se enfrascó en la lectura como si yo nunca hubiese estado ahí.

Cerré los ojos y conseguí mantenerlos así casi hasta el final del trayecto.



Volver a casa, abrazos, un par de lágrimas en el aeropuerto. «Nos alegramos de verte». Comer juntos, reírnos juntos. Pasar la tarde sentados en el jardín bebiendo limonada, hablando de todo, hablando de nada. Es lo que esperaba que sucediera al regresar a casa, pero no había nadie esperándome al bajar del avión.

Kai arrastraba la maleta unos pasos por delante de mí. Tenía curiosidad por ver si habían venido a recogerlo. Miraba a mi alrededor con más nerviosismo que él, que caminaba con la cabeza gacha. De pronto, vi que se detenía. Sonrió. Comenzó a andar más rápido. Se acercó a una mujer mayor, de pelo cano, bajita, pequeña, pero que lo abrazó tan fuerte que pensé que podría levantarlo del suelo sin pestañear. ¿Sería su abuela? Todo parecía indicar que sí.

Me había detenido a un par de metros de ellos, no sé por qué no continué caminando en dirección a la salida. Quizá porque bajé la guardia y me pregunté cómo se sentiría importarle tanto a alguien. La mujer se fijó en que los miraba y sus ojos fueron de mí a Kai y viceversa. Él pareció darse cuenta al fin de qué estaba pasando, se aclaró la garganta y señaló en mi dirección con la barbilla.

—Es Alice, una compañera de la universidad.

Enarcó mucho las tupidas cejas blancas. Lo sentí casi como un gesto de reconocimiento, un *ah* ahogado, todo parecía encajar de repente.

La mujer me ofreció una mano pequeña con la que estrechó la mía, algo tímida.

—Encantada, Alice. ¿Cómo ha ido el viaje? ¿Te espera alguien? —me preguntó, echando una mirada curiosa a todas partes.

—No, no —contesté con una sonrisa a medio dibujar.

La sorpresa apareció de nuevo en su rostro. La expresión de Kai era más compleja de interpretar. La mayor parte de las cosas que tenían que ver con él lo eran. Por ejemplo: ¿por qué lo esperaba su abuela y no uno de sus padres? ¿Tenía padres acaso? ¿Y hermanos? Nadie de nuestra clase sabía casi nada sobre el chico callado de la primera fila, que guardaba sonrisas para todos menos para mí.

—Te acercamos, no es problema —se ofreció.

—No es necesario, hay un autobús que pasa cada hora y me deja cerca. Además, van en dirección contraria y no quiero…

Kai cogió el asa de mi maleta y echó a andar. Me pareció que su abuela se reía.

—Que no es necesario, de verdad.

Ni me escuchaba, estaba dentro de su propio mundo y a mí me había echado de una patada de él. Pensé en engancharme a la maleta igual que haría un koala y no permitirle avanzar ni un metro más. No lo hice por vergüenza y porque su abuela había colocado la mano en mi espalda y me empujaba con delicadeza.

Salimos a la calle: ellos, hablando tranquilos; yo, a regañadientes. Mi madre solía decirme de pequeña que, al enfadarme, parecía un gato enfurruñado. Debía de tener razón.

La abuela de Kai ocupó el asiento trasero de una camioneta destartalada de color mostaza que había aparcada un poco más allá de la puerta.

—Conduce tú, que yo estoy agotada —dijo, al tiempo que se ponía el cinturón de seguridad.

Kai subió primero su maleta a la parte de atrás y después tiró la mía sin ningún cuidado. Lo fulminé con la mirada; por suerte, no llevaba nada que pudiera romperse.

—Sube al coche.

—Pídelo con más educación e igual lo hago —exigí con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Me dispongo a conducir durante una hora para dejarte en tu casa y otra para volver a la mía, sube al coche.

Discutíamos detrás, entre dientes, sin que su abuela se enterara de nada.

—Es que yo no te he pedido que me lleves.

—Ni yo quiero llevarte, pero conozco a mi abuela y tú no. De haber dicho que no, aún seguiríamos ahí dentro. Así que, por favor, sube al coche —pidió, tirante.

Solté un bufido, tiré del manillar de la puerta del copiloto y me acomodé tanto como pude en el asiento, que se hundió bajo mi peso. La abuela de Kai, Nancy como me dijo que la llamara, se rio.

—Ese asiento ha conocido tiempos mejores.

Le sonreí.

—Mi marido, que en paz descanse, y yo nos esforzamos mucho en tener a nuestra hija en ese asiento, ¿sabes?

Vaya, una información del todo necesaria para no arrepentirme de haberme subido.

—Abuela, pero si por aquel entonces ni teníais esta camioneta.

—¡Una vez! —gritó la mujer con el dedo índice en alto—. Una vez nos acostamos y a los nueve meses estaba en el paritorio acordándome de toda su familia. Pero que descanse en paz —añadió sin hacer el más mínimo caso al comentario de su nieto.

Me pareció que Kai aguantaba las ganas de reírse.

No sabía qué decir, así que no dije nada. Era de esa clase gente: no sé qué comer, no como. No sé dónde ir de viaje, no viajo. No sé qué leer, no leo. Ya está. No me esforzaba demasiado en conseguir respuestas. ¿Era por comodidad? Ni idea. Daisy decía que mis neuronas eran vagas para las funciones vitales y de ocio. Que estaban sobreexplotadas en lo académico. Pero había sacado un tres. Yo. Un tres. Había suspendido, y eso me destrozaba los nervios.

—¿Vives con tus padres, Alice?

—Sí.

*Vivir* era una forma muy amable de expresarlo, pero añadir *con mis padres* ya me parecía abusivo. Mis padres no estaban en casa ni cuando tenían tiempo libre.

—¿Trabajaban hoy?

Papá trabajaba de noche y mamá tenía unos días libres. No me apetecía explicar que, tal vez, se habían olvidado de que volvía a casa. Sin embargo, ya se sabe que no soy la persona más

prudente.

—Se habrán olvidado. No pasa nada.

—¿Cómo se iban a olvidar? Seguro que te habrán preparado una sorpresa.

Me reí de verdad, aunque eso no significaba que doliera menos.

Por suerte, una bombilla se encendió en la cabeza de Kai, puso la radio y la conversación se acabó. Estuvimos en silencio durante bastante tiempo. Me distraje mirando por la ventanilla, aunque me sentía fuera de lugar de todos modos. De vez en cuando, giraba la cabeza hacia el asiento trasero para sonreírle a Nancy. No me preguntéis por qué, quizá porque notaba que tenía la vista clavada en mí. Ella me devolvía la sonrisa, muy amable, y vuelta a empezar.

Kai conducía bien. Estaba concentradísimo en la carretera. La abuela había comenzado a cantar una antigua canción de Frank Sinatra por encima de la voz de este. Tenía una voz bonita. Me animó a que le hiciese los coros y quise abrir la puerta y simular que era una especialista de cine. Ya sabéis, tirarme dando vueltas por el asfalto como si no me fuese a romper diez costillas.

Llegamos a mi casa antes de lo que había previsto. Nancy me dio un apretón en el hombro mientras me quitaba el cinturón para bajarme de la camioneta y yo le respondí con un «Gracias». Kai me acompañó. Me ayudó con la maleta. Estaba segura de que, si su abuela no hubiese estado vuelta hacia nosotros vigilándonos por el retrovisor trasero, me hubiese dejado morir en el intento de recuperar mi equipaje.

—Gracias por acercarme.

Musitó algo que no entendí.

—Piensa en lo que te he pedido.

—No hay nada que pensar.

Kai miró hacia Nancy, la saludó con la mano y le dedicó una sonrisa. Después, con una mano en mi espalda, me dirigió hacia la acera. Se ve que aquel era un gesto familiar. Debía de haberlo aprendido de su abuela.

—Sabes que el año que viene no podrás ir a hacer voluntariado si no apruebas debate, ¿verdad?

Pues resultaba que no, no lo sabía. Me sentó como un puñetazo en plena nariz.

—¿Me estás chantajeando?

Hizo una mueca inocente que no le había visto nunca. Qué tipo más extraño.

—¿Sabes lo que es un trueque?

—Solo he suspendido una asignatura, no soy idiota.

Le arranqué el asa de la maleta con tanta fuerza que estuve a poco de caerme de bruces.

—Pues, si no lo eres, sabrás aprovechar la oportunidad que te brindo.

—¿Quieres que me arrodille y te bese las Converse?

—Si eso es lo que te apetece, date el gusto —dijo, señalando al suelo. No sé cómo controlé las ganas de decirle que era un auténtico imbécil—. En fin, me voy. Todavía nos queda un rato hasta llegar a casa y estoy rendido del vuelo.

—Pues haber dormido —le solté, mientras agarraba la maleta con todas mis fuerzas.

—Lo he intentado, pero has acaparado mi hombro y no hacían más que darte espasmos cada cinco segundos.

—Pero ¿qué dices?

—Roncas un poco.

—¡Si no estaba dormida! —me quejé.

Mi día mejoraba por momentos. Me había dormido apoyada en el hombro de Kai y ahora

estaría recordándomelo cada vez que tuviera ocasión. Maldito cojín de cuello que me había costado veinte dólares y no había servido para nada.

Levantó la mano para despedirse. Nancy me mandó un beso a través de la ventanilla mientras la camioneta arrancaba y yo me quedaba frente al buzón de mi casa con cara de no comprender qué había pasado desde que había salido de la residencia aquella mañana hasta que había llegado a Bozeman.

Y todavía me quedaban dos meses de vacaciones.

Sesenta días de suplicio.

Y muchos sándwiches de tostadora.

# CAPÍTULO 3

Mis padres intentaron compensar que no hubiesen ido a recogerme con un día en familia. Quizá era la vez que más se habían esforzado en arreglar una metedura de pata. A mí, a esas alturas, no me afectaba tanto como cuando era pequeña. No podía cambiar los padres que me habían tocado y ellos tampoco sabían cómo hacerlo. Así que fuimos a comer, a pasear y a hacer todas esas cosas que yo había imaginado que pasarían en una familia normal. Solo que a mí todo aquello me olía a que había gato encerrado.

—Estáis raros.

Mamá llevaba su vestido azul de gasa y papá también se había arreglado. No es que fueran hechos un cuadro, solo que había algo en el conjunto que hacía que no pudiese dejar de mover las piernas por debajo de la mesa.

—Alice, queremos contarte algo.

Se miraron entre ellos, cómplices de aquella emboscada que me habían montado, bañada en tarta de nata y fresas y zumo de melocotón recién hecho. Había caído como una idiota. ¿La imagen de una familia normal? ¿Normal en nuestra casa?

—¿Vais a tener otro hijo?

Por el bien del bebé, esperaba que no. Todos sabíamos que si se daba el caso —y yo lo había pensado desde hacía años— a ese niño, que sería mi hermano, acabaría cuidándolo yo.

—Ya no tenemos edad para eso.

No corregí a mi padre. Nunca habían tenido edad para eso. Pensándolo en frío, yo había salido demasiado bien viendo sus constantes ausencias y la despreocupación.

—Soltadlo ya.

Prefería una bofetada a seguir esperando.

—Llevamos veintitrés años juntos.

—Y nos queremos muchísimo.

—¿Os vais a divorciar? —pregunté espantada.

—Acabamos de decir que nos queremos muchísimo —me recordó mi padre—, ¿cómo iba a significar eso que vamos a romper nuestro matrimonio?

Viniendo de ellos, me esperaba cualquier cosa. Me habían llevado a nadar con tiburones en mi octavo cumpleaños y me había pasado todo el camino de vuelta llorando espantada.

—Queremos conocer a otras personas —explicó mi madre con una sonrisa brillante.

La gente decía que nos parecíamos, pero la verdad es que ella era el producto que comprabas en una página aleatoria de Internet y yo, la versión que te llegaba a casa. Creo que todos me habéis entendido. Sus rizos castaños nunca se movían del sitio; los míos con la humedad se hinchaban igual que un globo. Teníamos los ojos del mismo color grisáceo, pero los míos estaban algo más separados y no había heredado sus pestañas. En conjunto éramos parecidas, sin embargo, en los detalles estaba la diferencia.

—Un momento —dije al regresar a la realidad—. ¿Qué significa eso de conocer nuevas personas?

Nueva mirada compartida. ¿Estaban haciendo una cuenta regresiva desde tres?

—Que vamos a probar a tener una relación abierta.

Se me cayó de la boca el pedazo de tarta que acababa de comenzar a masticar.

—¿Qué?

Pensé que estaba a punto de sufrir un infarto ahí mismo. Era joven para que el corazón me fallara. No obstante, mis padres parecían tener facilidad para sorprenderme hasta ese punto.

—Vamos a salir con más gente.

Hubiese preferido tener un hermano, me dije. Tampoco quería preguntar demasiado; no me apetecía saber las intimidades de su matrimonio. Como a cualquier hijo, me incomodaba ahondar y descubrir que mis padres, además de padres, eran un hombre y una mujer.

—Creo que me estoy mareando.

—No seas exagerada.

Hice el amago de levantarme de la silla, pero, en efecto, ya no cabía duda, me había mareado y tuve que agarrarme a la mesa para no caerme ahí mismo. Mi padre se levantó para sujetarme.

—Siéntate, venga.

Le hice caso, tampoco me apetecía caerme redonda en medio de la cafetería.

—A ver si lo he entendido —dije al cabo de un rato—, vais a salir con otra gente.

—Más bien, nos vamos a acostar con otra gente —explicó mi madre.

Aquello no podía estar pasando. Quizá, si me movía despacio, lograría coger el teléfono, podría llamar a emergencias para que viniesen a por mí y, de paso, ponerme en contacto con el psiquiátrico más cercano para que se llevaran a esas dos personas que tenía frente a mí y me narraban, sin omitir detalles, qué esperaban de las personas con las que iban a «salir».

—No quiero saber más —los interrumpí—. Voy al aseo.

Logré levantarme y sostenerme en pie. Me pareció que conseguirlo había sido el mayor logro de mi vida. Me arrastré hacia el interior de la cafetería, que pertenecía a mis padres, y antes de que pudiese dar con la puerta de los baños, alguien me cogió del codo.

—¿Ali?

Me di la vuelta despacio.

No, por favor.

No. No. No.

Era Charlie Miller.

Un puñado de chicos que iban con nosotros al instituto miraban en nuestra dirección. Cuchicheaban y se reían igual que habían hecho tres años atrás.

—Ah, eres tú. —Bufé.

Era la última persona en el mundo a la que deseaba ver.

—Pensaba que no ibas a volver nunca.

—Quizá, la vida me estaba protegiendo de cometer un homicidio.

Aún no me había soltado el brazo, así que me deshice de su mano con tanta amabilidad como la que pude reunir en ese momento, es decir, ninguna.

—¿Cómo te ha ido todo? Estás cambiada.

Me echó una mirada de arriba abajo que podría haber hecho que incluso un cadáver se sonrojara. No me ruboricé; ya no tenía ese tipo de reacciones ante Charlie, se las había llevado todas al dejarme en ridículo delante de toda la escuela. Se había burlado de mis sentimientos y solo quería que se olvidara de mi existencia.

—Tú estás igual.

—¿De verdad? —preguntó con la cabeza ladeada. Llevaba el pelo rubio algo más corto y las facciones de la cara estaban más marcadas que la última vez que lo había visto, dos años

atrás, en la graduación. Había adelgazado—. He estado haciendo deporte.

—Pues me alegro mucho por ti.

—Oye, Ali, no puedes seguir enfadada toda la vida por aquello.

Pues claro que podía, era libre de echar fuego por la boca durante los siguientes sesenta años si me daba la gana. ¿Quién se había creído para decirme aquello?

—¿Enfadada por qué? —dije, en cambio, intentando buscar mi mejor sonrisa.

—Ya sabes, eso de que yo te gustaba, el libro que me diste…

Ni siquiera se acordaba del título, el muy… «Respira, Alice Grace. Respira».

Por la ventana podía ver a mis padres con caras confundidas.

«Respira, Alice Grace», me decía, pero oye, que parecía que en los últimos cinco minutos se me había olvidado cómo se hacía.

—Charlie —dije con una calma poco frecuente en mí cuando hablaba con él o de él—, ya ni me acordaba de eso.

—Ah, ¿no? —No parecía creerme.

—Pues la verdad es que no. Entre la universidad y los amigos, he estado ocupada.

—Vamos, que sigues pillada por mí —soltó con los brazos en jarras y una expresión divertida que podría haberle borrado de la cara de una hostia. Me contuve.

—Estoy pillada de mi novio —solté a bocajarro.

Él se rio. Eso tampoco se lo creía.

—¿Tienes novio?

—Sí.

Uno que acababa de inventarme.

—Déjalo, Ali. Si te apetece, podemos ir una noche a tomarnos algo, por los viejos tiempos —dijo.

Se estaba divirtiendo a mi costa. Charlie Miller no había cambiado ni un poco. Solo quería hacerme sentir una idiota que no le podía gustar a nadie.

—Te he dicho que estoy saliendo con alguien.

—¿Y cómo se llama ese novio tuyo?

No podía parar de mirar a los cuatro gilipollas que eran amigos suyos y que seguían riéndonos sin dejar de mirarnos. ¿Qué demonios les parecía tan divertido?

—Se llama Kai.

Me imaginé la cara que pondría él si me hubiese escuchado. Probablemente se habría cabreado, de una manera muy atractiva, eso sí. ¿Qué cara hubiese puesto Charlie de haber visto a Kai? A lo mejor se le habría desencajado la mandíbula, como a media facultad.

Por el momento, le mudó la expresión, aunque todavía no parecía muy convencido de que eso que acababa de decirle pudiera ser posible. No podía culparlo, era una mentira como una casa de grande, pero necesitaba una barrera entre Charlie y yo. No quería que volviese a hacerme daño.

—Como tú digas, Ali. Ven al Red Heart una noche. Te invitaré a tomar algo; después, quizá podríamos hablar un rato, ir a cenar, no sé —dijo.

—No creo que tenga tiempo.

—Espero que lo encuentres.

Se despidió y volvió a la mesa. Se venían días muy difíciles. Iba a ser el peor verano de mi vida. Debería habérmelas ingeniado para quedarme en la residencia viendo cómo giraba el ventilador.

Entré en el aseo, me lavé la cara y, mientras me miraba en el espejo, me dije:

—Veamos cómo están las cosas. Mis padres siguen juntos, se quieren, ellos mismos lo han dicho. —Tenía la mirada perdida mientras hablaba—. Pero ahora van a acostarse con desconocidos como si nada. He suspendido debate; si no la apruebo, me tocará volver a casa todos los veranos y veré al imbécil de Charlie Miller. Solo tengo una opción: venderme. Puedo aprobar debate, librarme de Charlie e irme a hacer voluntariado para no volver. Me entregaré a Kai a un módico precio. Podría hacerlo, ¿verdad?

Asentí delante del espejo. Iba a hacerlo.

Giré la cabeza un poco. Una señora muy elegante se estaba secando las manos justo a mi lado. Parecía haberse quedado petrificada, ni siquiera me había dado cuenta de que estaba ahí.

—La vida es complicada —dije.

La mujer tiró rápido el papel y salió de ahí a toda prisa, como si estuvieran siguiéndola los cuatro jinetes del apocalipsis.

Regresé a la mesa. Mis padres estaban desconcertados con mi actitud. ¿Cómo decirlo? Jamás les reprochaba nada, actuaba como la adulta de los tres y no estaban nada acostumbrados a ver que era incapaz de controlar mis emociones.

—No llevaréis a vuestros ligues a casa, ¿no?

—Pues claro que no —aseguraron al unísono.

No me apetecía encontrarme a quien fuera comiéndose mis cereales a la hora del desayuno. No quería saber nada. Necesitaba fingir que nunca había escuchado aquello y así lo dije.

—No lo digas como si fuese algo malo —señaló mi padre.

—No lo será para vosotros —comenté—. Tampoco es que esperara que pensarais cómo me sentiría yo al respecto.

Ese último comentario estaba muy afilado. Lo sintieron, me di cuenta por la manera en la que ambos se pusieron rectos; parecía que la profesora acabase de llamarles la atención en clase por no tener un comportamiento ejemplar.

—Esto no va a cambiar nada, Ali.

Papá y mamá eran demasiado alegres. Vivían en alguna realidad distinta a la mía en la que nada podría estropearse por más que ellos se esforzaran en hacerlo. Por supuesto, yo no había estado casada con nadie durante veintitrés años y no tenía ni idea de cómo se deterioraba la vida en pareja. No los juzgaba por eso, pero sí que me preocupaba que en realidad no se quisieran, que aquello solo fuese una vía de escape momentánea hasta que se volvieran más valientes y reconocieran que ya no deseaban estar juntos. No podía preguntarles si estaban jugando a esconder todo lo que ya no estaba bien entre ellos. Y, si he de ser franca, tampoco estaba segura de tener razón. Jamás los había escuchado discutir.

—Tú no te preocupes por nada.

Definitivamente, no me conocían en absoluto.

—Pásalo bien, disfruta del verano.

No sería fácil hacerlo; estaría encerrada en casa la mayor parte del tiempo. No tenía amigos en la ciudad. Daisy estaba a muchos miles de kilómetros de distancia, viajando con su madre por Europa con la mochila a cuestas, y ahí, en esa pequeña jungla de calles amplias que era Bozeman y muy lejos de California, estaba yo, fingiendo que el castillo de naipes se mantenía en pie.

—Ah, y esto es para ti.

Mi padre echó mano al bolsillo del pantalón y extrajo la llave de un coche.

—¿Me habéis comprado un coche?

Asintieron como si alguien les hubiese dado cuerda.

Si el regalo era un coche, no hacía falta ser muy espabilada para darme cuenta de que, en el fondo, percibían la gravedad del asunto y pretendían paliar los daños. En ese momento, me sentía peor que si me hubiesen atropellado con el Peugeot.

—Pero si no tengo a dónde ir —me quejé.

—Pues ya has encontrado una excusa para pensar en destinos guais. ¿Se sigue diciendo guais? —preguntó mi padre.

En pocas palabras: querían mantenerme ocupada y fuera de los quince kilómetros a la redonda donde darían rienda suelta a sus planes matrimoniales o extramatrimoniales, o como se llamase aquello tan moderno que mis padres estaban a punto de comenzar.

—Cuando vuelvas a California, puedes llevártelo —aseguró mi padre, feliz.

No le recordé que vivía en el campus y que para ir a la librería no tenía más que caminar cien pasos desde la puerta de la residencia hasta la mismísima puerta de mi madriguera personal.

En resumidas cuentas, llevaba un día y medio en Montana y tenía:

Unos padres en crisis.

Un ex primer amor no correspondido con ganas de fastidiarme.

Un coche y ningún lugar al que ir.

Y, en el fondo de la mochila, arrugado, un trozo de papel con el número de teléfono de Kai Williams.

Las perspectivas de futuro eran desalentadoras.

# CAPÍTULO 4

Estuve despierta hasta las cinco de la mañana debatiéndome entre si debía llamar o no. Y en el caso de que al final me animara, ¿qué le diría? «Sí quiero». No, eso era para las bodas. Tenía que ser clara: «Quiero que me ayudes a aprobar Debate, no puedo volver a Bozeman el próximo verano y, además, necesito una excusa para salir de aquí este. Tengo un coche. Acepto tu propuesta». ¿Parecía que estuviera arrastrándome? Porque, si ese era el caso, prefería volver a encontrarme con Charlie y aguantar sus burlas constantes. Es mentira, claro que no podría volver a morderme la lengua ante ese pedazo de…

Agucé la mirada y apreté la mandíbula.

Tenía, sobre la cama, todos mis diarios de los quince a los diecisiete años y en cada página aparecía su maldito nombre. La última entrada era de aquel día en el aula de música.

Charlie me ha roto el corazón. Y sí, sé que no puede romperse, pero lo ha estropeado, ahora funciona mal. Funciona raro. Casi no funciona.

Me dio vergüenza ajena releer esas frases, pero también sentí una punzada de dolor que no podía borrar ni aunque quisiera. Debía encontrar la forma de quitarme de encima ese peso con nombre y apellidos, y, peor aún, con su propia historia, voz, sonrisa y recuerdos.

Sostuve el móvil en la mano hasta las seis en punto y llamé. Era un teléfono fijo, así que despertaría a toda la casa. ¿Quién no tenía un teléfono móvil? ¿Y quién era tan ansiosa como yo de no poder esperar unas pocas horas más? Pero claro, es que ya había esperado muchas.

—¿Sí?

Reconocí la voz enseguida. Era su abuela.

—Nancy, hola. Buenos días, perdón por llamar tan temprano —dije muy rápido para que no me diera tiempo a tropezarme con mis propias palabras—. Soy Ali. Alice. Alice Grace. Nos conocimos el otro día en el aeropuerto.

—¡Ah, Ali! ¡Hola! —dijo a voz en grito. Me obligó a apartar el apartado de la oreja—. ¿Cómo estás? ¿Todo bien?

—Sí, bien. ¿Cómo está usted?

—Ni bien ni mal, en pie. ¿Querías hablar con Kai?

—¿Está en casa?

—Son las seis de la mañana, todo el mundo está en casa. Lo llamo ya, espera un minuto.

Creo que fueron tres o cuatro los que estuve al teléfono hasta que se puso el susodicho. No tenía voz de acabar de levantarse. Quizá eran madrugadores o una familia de vampiros que se había instalado en Big Sky y pasaba las noches en vela igual que yo.

—¿Y bien?

Ni un triste hola. Pues yo tampoco iba a saludarlo si iba a ser un cascarrabias después de no haber pegado ojo en toda la puñetera noche.

—Quiero aprobar la asignatura. —Según lo ensayado.

—Entonces, aceptas lo que te pedí a cambio.

—Más o menos —indiqué—. Veámonos. Tengo mis propias condiciones.

—No puedo ir a Bozeman, tengo cosas que hacer aquí —me explicó. No me hizo ni una sola pregunta respecto a lo que acababa de decirle. Tampoco sabía cuáles eran esas «cosas» que tenía que hacer. ¿Leer la prensa y estudiarse el temario del curso siguiente?

—Iré yo a Big Sky mañana.

—¿Tú?

—Sí. ¿A qué hora puedes quedar?

—A cualquiera menos a las seis de la mañana.

—Estaré ahí a las diez —decidí sobre la marcha—. ¿Te parece bien?

—Sí, apunta la dirección.

—¿No puedes enviarme la ubicación? Cómprate un móvil, por favor.

—No quiero. ¿Apuntas o qué?

Me levanté de la cama a regañadientes y cogí papel y boli. Tendría que buscarlo en Google Maps. Por poco no me da también las coordenadas, como si yo tuviera el más mínimo sentido de la orientación. Por no hablar de que no me había puesto al volante de un coche desde que me había ido a la universidad. Iba a ser una mañana de lo más interesante.

—Ahora se lo pregunto —le escuché susurrar—. Mi abuela dice que si vas a quedarte a comer.

—No quiero molestar.

—En realidad, creo que no te quedará otra opción.

—Entonces, para qué me preguntas.

—Porque esperaba que te opusieras con más vehemencia y no tuviéramos que pasar ese mal trago —soltó.

—¿Y tú vas a hacerte pasar por mi novio? Con esa actitud, nadie te creerá nunca.

Debí de desconcertarlo, porque tardó en contestar. Sabía que tenía razón y no parecía dispuesto a dármela sin pelear un poco. Era orgulloso y se creía tan inteligente que me daban ganas de llevarle mis boletines de notas para hacerle ver que yo también lo era. Incluso con un tres a mis espaldas.

—¿Quieres algo más?

—No tener esta conversación, pero me parece que ni tú ni yo estamos en condiciones de elegir —añadí. Se ve que no dormir me espabilaba más que atontarme.

—Entonces, nos vemos mañana.

—Sí.

—Conduce con cuidado.

Y colgó. Pi, pi, pi. Me quedé mirando la pantalla con el ceño fruncido. ¿Acababa de decirme algo bueno? Increíble. Me quedaría con aquel comentario amable. Tenía que aferrarme a algo, de lo contrario, me echaría para atrás y no podía después de haber tomado una decisión.

Me puse un pantalón corto de chándal y una camiseta y salí a correr. Había cogido aquella costumbre de Daisy y me sentaba muy bien el aire fresco de la mañana. Remoloneé por las calles, me crucé con mi antigua profesora de Biología. Me invitó a un café y hablamos un rato. Me preguntó sobre esto y lo otro. Parecía alegrarse de que ya no fuese la chica que se escondía en los recreos. Quise decirle que solo fingía y que, más que nunca, aún era esa Alice.

Nos despedimos.

Seguí paseando en silencio, viendo el amanecer hasta que me di de bruces en una esquina con un carrito de bebé y una chica a la que recordaba muy bien.

—Alice Grace Wilson —susurró al darse cuenta de quién era yo.

—Hola, Julia.

No la había vuelto a ver desde el instituto. Habíamos dejado de ser amigas mucho antes de que Charlie recibiera mi declaración de amor. Nunca supe por qué se apartó de mí de aquella

manera, pero todavía recordaba sus palabras: «Ya no nos parecemos en nada, dejemos de vernos». Dicho y hecho. No tuve ocasión de preguntar nada ni tampoco de opinar si me parecía bien que rompiese una relación de amistad de doce años con aquella frase manida y estúpida.

Desde el carrito, un niño de aproximadamente un año, con los ojos muy grandes y la cara llena de baba, me miraba igual que a un juguete que quisiera tener para mordisquearlo y llenarlo de mocos.

—¿Es tu sobrino? —pregunté. Julia tenía un hermano mayor que ella.

—No, este es Hugo, mi hijo.

Tragué saliva en seco y me apoyé contra la pared que había a mi izquierda.

—Hugo, dile hola a Alice.

El niño levantó su pequeña mano de dedos rechonchos y sonrió por debajo del chupete, que se le cayó al abrir la boca.

—Hola, Hugo.

Me acuclillé frente al carrito sin saber qué otra cosa decir. Se me daban bien los animales, sin embargo, las personas no, y no quería hacer llorar a aquella criatura. Y menos aún después de enterarme de que era el hijo de Julia y de que, echando cuentas, se debía de haber quedado embarazada justo después de acabar el instituto.

—Es un niño muy guapo.

—Gracias —me dijo ella con una sonrisa orgullosa. El pequeño había atrapado mi dedo índice y apretaba con ganas—. Creíamos que no volverías nunca por aquí —comentó justo en el momento en el que Hugo me daba tal mordisco que no pude evitar soltar un gritito—. Perdona, le están saliendo los dientes y lo muerde todo.

—No pasa nada.

También lo hacían los animales. En las prácticas en la clínica había podido comprobarlo en mis propias carnes. No hice la comparación en voz alta, no quería que se sintiera ofendida.

—No sabía que habías tenido un bebé.

—Ya, era difícil que lo supieras desde California.

Sonó a reproche, pero no comprendí por qué. Hacía cuatro años que no hablábamos. Habíamos seguido saludándonos en el instituto. Nada más. Y, cuando Charlie me vendió a todo el mundo, fue la única persona que no participó de las bromas. Y sabía, además, que había sido quien me había dejado sobre mi mesa, todas las mañanas, aquellos caramelos de fresa que tanto me gustaban.

—Tienes razón —dije—. ¿Has estado bien?

Hugo comenzó a llorar tan fuerte que fue imposible continuar con la conversación. Julia aprovechó para preguntarme si iba a quedarme algunos días y tuve que decirle que hasta finales de verano. Entonces me sugirió que, si me parecía bien, podíamos comer un día. Acepté, aunque me sentí extraña. ¿Cómo sería volver a sentarse frente a alguien a quien no veías desde hacía tanto tiempo? ¿Podríamos sentirnos cómodas en compañía de la otra?

Apuntó mi número de teléfono y me prometió que me escribiría. La creí, no era de esa clase de personas que decía las cosas por quedar bien. Si hubiese sido el caso, habría seguido fingiendo ser mi amiga incluso después de sentir que ya no lo éramos. Julia era honesta, y esperaba que también lo fuese cuando tuviera ocasión de preguntarle qué había pasado entre nosotras dos.

Estaba claro: volver a Montana había sido una pésima idea.

Llegué a casa y encontré gofres recién hechos encima de la mesa de la cocina. Mi madre

estaba preparando café y canturreaba una de esas canciones de anuncios publicitarios que se te queda grabada a conciencia.

—Buenos días, Ali.

Me dio un beso en el pelo.

—¿Cocinando?

Jamás en veinte años se había dado el caso. Papá era el que cocinaba.

—Me apetecía prepararte algo rico.

—¿A mí? —pregunté antes de pensar. Los ojos fueron directos a la tostadora. La de sándwiches que habíamos compartido esa bendita máquina y yo.

—Pues claro, tontaina. Come, anda. ¿Has ido a correr?

—Sí. ¿Sabías que Julia había tenido un hijo? —pregunté mientras me acomodaba en el asiento. Mamá negó con la cabeza y pareció igual de sorprendida que yo—. Supongo que me he perdido muchas cosas.

Ella cambió de tema. No era habitual entre nosotras hablar de mis sentimientos, de mis amigos o de las cosas que me preocupaban. Mis padres me habían tratado como a una persona adulta e independiente desde que había aprendido a usar el microondas. Mis primeros recuerdos, de hecho, se remontaban a aquella época.

—Por cierto, esta noche salgo con tu padre.

—¿A dónde?

—A bailar, a cenar, a pasarlo bien.

Me pregunté si *pasarlo bien* implicaba también a terceras personas. Sin embargo, como no quería una respuesta, preferí quedarme con la duda y comer sin respirar.

—Mañana no estaré en casa —avisé, aunque nunca me habían prohibido entrar y salir cuando me diese la gana. Era responsable y tranquila, lo contrario a muchos de los hijos de sus amigos. Tenía luz verde para hacer lo que me diese la real gana. Aun así, yo deseaba que alguna vez me prohibiesen algo, no como castigo, sino como acto de preocupación y amor—. Voy a ver a un amigo a Big Sky.

—¿Un amigo?

—Un compañero de la facultad.

—¿Un amigo y algo más?

—No sé.

Preferí decir aquello a un no rotundo por si Charlie se iba de la lengua con mi padre. Además, no sabía cómo podía salir todo eso del falso noviazgo con Kai. Mejor no arriesgarme a parecer que estaba intentando ocultar algo.

—¿Dormirás en casa?

—Mamá, pues claro. Pero volveré por la tarde. Su abuela me ha invitado a comer.

Mi madre sonreía apoyada en la encimera con la taza de café cerca de los labios.

—¿Qué?

—Nada, me parece bien. Solo avisa cuando llegues, hace mucho que no conduces.

—Creía que me habíais regalado un coche para que volviese a practicar.

Ella asintió y levantó el pulgar a modo de afirmación. Después me pidió que la acompañara al vestidor a elegir qué se pondría esa noche. Vestidos cortos y largos, escotados y más conservadores. Tacones de diferentes tamaños y formas. No pensaba que pudiera ayudarla demasiado; fue ella, de hecho, la que acabó rebuscado entre mi ropa para decidir qué me pondría al día siguiente. Vestido de tirantes con estampado de girasoles. Asentí. Me pondría unos

pantalones cortos holgados y la camiseta más vieja que encontrara. No se lo dije, podría haberme desheredado.

—¿Cómo se llama ese amigo tuyo? —preguntó mientras amenazaba con tirar mi sudadera favorita. Había sido de papá cuando era joven.

—Kai.

—¿Es hawaiano?

—No creo, ¿por qué?

—Cuando estuvimos de luna de miel de Hawái, conocimos a un Kai; nos dijo que su nombre significaba *mar*.

—Ni idea —contesté sin prestarle demasiada atención.

—Me gusta. Es un nombre amable.

«Igualito que él», quise decirle.

Yo me llamaba Alice por mi abuela materna y Grace por parte de la paterna. Cuando visitaba a los padres de mi madre, era Alice; cuando pasábamos tiempo con los de mi padre, era Grace. Para papá y mamá era Ali. Para Daisy era Alice Grace porque le gustaba. Para los profesores era la señorita Wilson y para los que no me conocían era «Eh, tú».

Y para mí, ¿quién era para mí?

# CAPÍTULO 5

Logré llegar a Big Sky sin pinchar ninguna rueda ni perderme ni que me parase la policía. Había superado el segundo gran obstáculo del día. El primero había sido desayunar las tostadas quemadas de mi padre. Como fuese, y con mucha suerte, había llegado a la dirección que me había dado Kai; solo veía un pequeñísimo inconveniente: estaba en medio del campo repleto de árboles, no veía ninguna casa, a excepción de un enorme vallado, y una vaca había decidido acercarse a pastar justo frente a mí. No os engañéis, me encantaban las vacas. Pero esta masticaba la hierba con cierta gracia y me juzgaba al mirarme. Aun así, ese no era el problema, sino que me acerqué a ella y pasé tanto rato rascándole la cabeza y el lomo que olvidé a qué había ido.

—¿Tú sabes si vive por aquí un chico así de alto —levanté mi corto brazo tanto como pude —, con los ojos muy brillantes —me puse bizca delante de mi nueva amiga—, el pelo castaño, liso, despeinado —me revolví mi propia melena y los rizos se fueron a un lado y a otro— y la piel, así, canela?

—¿Esperas que Kiwi te conteste?

Pegué tal brinco que poco faltó para caer de rodillas frente a las pezuñas de… ¿Kiwi? ¿Qué vaca se llamaba Kiwi?

Ahí estaba Kai, con los brazos en jarras. La expresión malhumorada de siempre. Llevaba un mono de trabajo azul, con las mangas de la parte superior anudadas a la cintura y una camiseta blanca. No sé por qué me quedé tres segundos en estado vegetativo. Era el mismo Kai de siempre, pero ¿por qué le quedaba sexi aquella ropa?

—Hola —dije.

Echó un vistazo al reloj de su muñeca.

—Has sido puntual.

—Parece que te sorprenda.

No contestó. Incluso sin hacerlo fue evidente que, por algún motivo, tenía pocas esperanzas puestas en que hiciese algo bien. No entendía por qué; salvo la gran piedra en el camino con la que había tropezado —mi asignatura pendiente—, tenía unas notas muy parecidas a las suyas, pero el señor Kai Williams me superaba por décimas en algunos exámenes y eso le daba una posición de poder de la que quería apartarlo a empujones. Con premeditación y alevosía.

—No he sabido ir más lejos de aquí.

—Solo tenías que abrir la puerta de la valla y seguir andando.

—No me lo dijiste cuando hablamos por teléfono.

—Pensé que sería evidente cuando la vieras.

—Es que no veo ninguna puerta.

Señaló con el brazo hacia detrás de él sin darse la vuelta. Tenía los ojos clavados en mí. Aquella había sido una pésima idea. No podíamos entendernos ni en una conversación sin importancia, ¿cómo íbamos a fingir ser novios y cómo iba yo a poder doblegarme y hacerle caso cuando se pusiera a explicarme los pormenores de la asignatura de Debate?

Miré a Kiwi. Ojalá hubiese sido una vaca para ocupar mi tiempo solo en rumiar. Me dedicó un mugido potente como si acabara de leerme la mente. Eso me hizo sonreír. Le di un beso entre los ojos.

—Va a tener al ternero en unas semanas.

Me fijé en su abultado vientre y se lo acaricié con cariño.

—Le has gustado. No suele dejar que la acaricien.

No había animal al que no le gustase, quise decirle, pero me abstuve por las posibles bromas que pudiera hacer al respecto.

Kai me hizo una señal para que lo siguiera. Kiwi se quedó ahí, continuó con el duro proceso de alimentarse, tomar el sol y vivir. Cada vez tenía más ganas de renacer vaca, pero donde no quisieran comerme. En la India, ahí eran animales sagrados.

—¿Es una granja?

—Podría decirse que sí, aunque mi abuela dice que es una casa con animales.

—Es decir…

—Una granja —dijimos los dos a la vez. Me pareció que se le escapaba una sonrisa.

Empezamos a subir la cuesta.

—¿Tus padres viven aquí también?

—Mi madre vive en una casita en el centro del pueblo. Mi padre no lo sé. No lo conozco —me dijo sin inmutarse. Sí, me sorprendió que me contara algo así cuando ni siquiera éramos amigos—. Has venido hasta aquí, supongo que la respuesta es un sí, ¿no? De lo contrario, no te habrías molestado en visitarme.

Me detuve a sus espaldas y él se dio la vuelta.

—¿Qué?

—Hay algunas cosas que quiero dejar claras.

—¿Y crees que puedes esperar a que lleguemos al porche para contármelas?

Asentí y me callé. No supe qué más decirle hasta que divisamos la casa. Era más grande de lo que había imaginado. Tenía un techo a dos aguas fantástico, un columpio colgado de un enorme abedul, una tomatera enorme a la derecha, rodeada por una pequeña valla. A la izquierda, bastante alejado de la entrada, había un gallinero, donde se escuchaba el cacareo de las aves. Había un par de manzanos al lado y un pequeño huerto, aunque imaginaba que no debía de ser el único.

—Siéntate, ¿quieres un refresco?

—¿Tu abuela no está?

Quería saludarla. Era lo mínimo teniendo en cuenta que estaba en su casa.

—Ha salido un momento.

—Vale.

No me volvió a hacer la pregunta. Se quitó las botas que llevaba y entró en la casa. Volvió con dos latas de soda bien fría. Me la bebí casi de un trago; no me había dado cuenta de lo sedienta que estaba. Me recogí el pelo en una coleta, porque aquella mañana estaba más salvaje que nunca, y me decidí a abordar el tema. Quería dejarlo zanjado antes de que Nancy regresara. No debía enterarse de nada de aquello. Nadie. Jamás.

—Seré tu novia de pega.

—¿Pero?

—Pero tú también serás mi novio de mentira.

—¿No va implícito?

Negué con la cabeza y le expliqué que necesitaba que hiciera su parte frente a algunas personas de mi entorno. Eso pareció pillarlo por sorpresa.

—Entonces, ¿tengo que hacerme pasar por tu chico y, además, ayudarte a aprobar la

asignatura?

—Correcto.

—Pero eso está un poco descompensado, ¿no te parece?

Se echó atrás en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho. Se me fueron, durante una fracción de segundo, los ojos a sus bíceps. Debajo de las camisas holgadas que llevaba siempre no parecía haber más que piel y hueso.

—Venga, suéltalo —dije a mi vez, adoptando la misma postura que él—. ¿Qué más quieres que haga?

—Vendrás dos días a la semana a ayudarme en la granja. Es lo mínimo. Y el tiempo que sobre lo dedicaremos a estudiar.

No podía negarme y tampoco se me ocurría cómo renegociar los términos, no por nada había suspendido la maldita asignatura, se me daba mal argumentar.

—Está bien —accedí—. No quiero nada de mimos, de besos e historias por el estilo.

—Yo tampoco.

—Cuando vengas a verme, quiero que parezca que te desvives por mí.

Se llevó la mano a la boca, carraspeó. Estaba ahogando una carcajada.

—¿Qué?

—Nada, no he dicho nada.

—Tienes que ser amable conmigo —le dije—. No me trates como haces siempre.

—¿Cómo te trato? —preguntó, curioso. Las cejas seguían en su sitio.

—Como si te hubiese vomitado encima en medio de un examen final.

Esta vez no se contuvo: rio. Yo aguanté. Era fácil que se me contagiara la risa de los demás. Tenía que mantenerme serena.

—¿Algo más?

—En la facultad no se enterará nunca nadie de todo esto. No irás pregonándolo por ahí ni riéndote con tus amigos de ello.

Fue la primera vez que se le movieron mínimamente las cejas. Las arqueó solo un poco.

—¿Por qué haría algo tan desagradable como eso?

No le expliqué que ya lo había experimentado en mi propia piel.

—¿Tú tienes algo que pedirme?

Se tomó unos treinta segundos. Tenía los ojos puestos en el borde de la mesa.

—Nada en especial. Que te comprometas a venir y que te esfuerces en la actuación. Que parezca que estamos enamorados. Sí, que dé la impresión de que te desvives por mí —me imitó.

—Escúchame bien, Kai Williams —advertí con el dedo índice, moviéndolo sin parar—. Como no consiga aprobar y, además, el imbécil de Charlie no se crea todo este paripé, tu vida peligrará más que si saltaras sin paracaídas de un avión desde tres mil metros de altura. ¿Me he explicado?

—A la perfección, no necesitaba una amenaza para comprenderlo.

—Eso espero.

Cogí aire y lo solté en un suspiro profundo. ¿Acaso me había vuelto loca? Todo parecía indicar que sí, que no había marcha atrás. Kai no parecía sorprendido de que, al final, su plan hubiese salido a pedir de boca.

—Entonces, recapitulemos, ¿cuáles son las reglas?

Se inclinó sobre la mesa, con los codos apoyados sobre ella.

—Ser convincentes —empecé a enumerar—, que nadie se entere —continué—, ninguna

muestra de afecto físico…

—Espera, espera —interrumpió—. Se pueden abrazos y cogerse de la mano.

—De eso nada.

—Ya te digo yo que sí. Es lo mínimo.

—¿Por qué es lo mínimo?

Suspiró. Miró hacia otro lado. Hizo una mueca. Estaba nervioso.

—Porque me encantan esas cosas y, si no las hago, Maggie sospechará que todo esto es una pantomima. Quiero que parezca verdad, que te esfuerces como si fuese real.

—Hay historias de amor sin caricias ni abrazos que son reales.

—Abrazos y manos —insistió pasando por alto mi comentario.

Dejé caer la frente sobre la mesa y lo pensé un instante. Supuse que tenía razón, que sería más auténtico si nos veían, al menos, ir agarrados de las manos.

—Está bien. Manos y abrazos. Los justos.

—Sí —aceptó.

—Creo que eso es todo.

—¿Quieres que hagamos un pacto de saliva? —Fingió que se escupía en la mano—. ¿O te fías de mi palabra?

Pues claro que no me fiaba. Busqué en la mochila, pero solo tenía la cartera, un bolígrafo, una chocolatina y un ejemplar de *El viejo y el mar,* de Hemingway. Lo saqué junto al bolígrafo y comencé a garabatear en la primera página en blanco que encontré. Repetí el mismo texto dos veces y se lo tendí para que firmara debajo del que llevaba su nombre después de que yo hubiera hecho lo propio al pie del mío.

Kai lo leyó en voz alta:

—«Yo, Kai Williams, prometo respetar las reglas del juego».

Al tiempo que negaba con la cabeza, ya agotado de aquello, trazó un garabato y me lo devolvió. Cerré el ejemplar. Era nuestro contrato simbólico.

—¿Te gusta leer? —me preguntó.

—Mucho. Eso me recuerda que tengo que pasar esta tarde por la biblioteca. No tengo nada en casa que pueda… —Había empezado a hacer planes en voz alta. Me detuve.

—Debemos saber cosas del otro. La prueba más dura que tenemos que superar es convencer a mi abuela, así que tú verás.

Inspiré hondo y dejé salir el aire muy despacio.

—¿Y qué debo hacer para que se lo crea?

Se encogió de hombros.

—Eres de gran ayuda.

—¿Hay algo en concreto que quieras que haga cuando vaya a verte?

—¿Algo como qué?

No tenía experiencia saliendo con chicos más allá de cuatro citas contadas y unos pocos besos mal dados en el asiento trasero de un Mini Cooper.

—No sé, que te lleve algo, que te llame de una manera en concreto.

—¿Llamarme cómo?

—Amor, princesa, cielo.

Se me erizó la piel, pero no era una sensación agradable, sino más de angustia vital. Si a tener novio, ni falso ni de verdad, no estaba acostumbrada, a la parte más romántica de una relación tampoco.

—Llámame Ali y ya.

—Resulta poco creíble, pero como tú quieras.

—¿Cómo llamabas a tu ex? —pregunté sin pensarlo demasiado.

—Cariño —contestó sin inmutarse. No parecía resultarle difícil hablar de su vida. Otra cosa que nos diferenciaba. Yo era un armadillo y él, un pájaro libre.

—Pues con que no me llames así nunca, me vale. Sería raro.

—Hecho —aceptó—. A mí puedes llamarme…

—Kai —completé.

No estaba abierta a monerías en público.

—No me digas que también te gustan esas cosas.

—Sí, soy tierno, ¿qué problema hay?

Cerré los ojos y negué con la cabeza. Vale, yo también era una cursi. ¿Recordáis mi confesión a Charlie? Así era la Ali de antes, pero me hice la promesa de que no volvería a caer en trampas de amor como esa y sería más racional en adelante. Esas eran también las reglas de mi propio juego y no pensaba pasarlas por alto.

—Seguiremos hablando de esto después —dijo de repente mientras se ponía en pie—. Mi abuela ya está aquí. —Señaló hacia la verja que habíamos cruzado hacía poco y que se encontraba a unos cien metros de nosotros—. Comienza la prueba de fuego. No lo estropees.

—¿Y por qué es una prueba de fuego?

—Porque Maggie adora a mi abuela y mi abuela adora a Maggie.

—¡Eso no me lo habías dicho! —grité en voz baja. Parece una contradicción, sin embargo, se puede hacer si tu cara se transforma poco a poco en la de un gremlin.

—Pues ya lo sabes.

Tenía, sin lugar a dudas, todas las de perder.

# CAPÍTULO 6

—Alice, ¡hola! —dijo Nancy cuando ya estaba a unos pocos pasos de nosotros.

—Buenos días —susurré yo, y me adelanté a ayudarla con una de las dos cestas de mimbre que llevaba—. Deje que se las lleve, soy más fuerte de lo que aparento.

Kai no se movió ni un ápice de su sitio, parecía querer disfrutar del espectáculo desde la distancia. Eso o estaba pensando en cómo reaccionaría la mujer cuando, al cabo de un rato, dejáramos caer que nos unían más que las cuatro paredes en las que dábamos clase.

—He visto tu coche en la entrada. Kiwi estaba pastando cerca.

—¿Por qué una vaca se llama Kiwi?

Kai habló por fin.

—Aquí todos nuestros animales tienen nombres de fruta. La cabra se llama Banana, la gallina Naranja, el cerdo Ciruelo —explicó con una cara muy seria.

—¿Me estás vacilando?

—Sí.

A punto estuve de lanzarle a la cabeza un rábano del interior de la cesta. Quizá empezar matándonos no era lo más adecuado para que pareciese que entre los dos había saltado la chispa de la pasión y no se había encendido la fogata de la ira.

—Qué gracioso es este chico.

Nancy rio tan fuerte que parecía una carcajada más propia de un sargento que de una entrañable mujer de estatura baja, ojos brillantes rodeados de pequeñas y profundas arrugas y expresión casi tímida. Aunque, después de haber contado las experiencias eróticas con su difunto marido en el asiento del copiloto de una antigua camioneta, me daba la impresión de que la timidez me la estaba inventando yo.

Al final nadie me contó por qué la vaca se llamaba Kiwi, así que preferí dejarlo estar; igual no había más razón que porque les había salido de las narices bautizarla como si fuese una canción de Harry Styles. En cualquier caso, a mí me parecía bien.

Entramos en casa.

—Entonces, te quedas a comer, ¿no?

—Claro —aseguré, ya me había advertido Kai de que no tendría forma de oponerme y, además, había avisado a mis padres de que llegaría por la tarde.

—¿Sabes desplumar gallinas?

Me tropecé con la mesa de la cocina y comencé a dar saltos después de creer que me había roto la rodilla. Era una exagerada, pero eso no significa que no doliera.

—No como carne. Lo siento, quizá debería haberlo dicho antes.

Dejé la cesta con los rábanos en el suelo.

—Era broma. Ya me lo había dicho Kai.

—¿El qué?

—Que eres vegetariana.

—Ah, ¿sí?

Me pregunté cómo lo había sabido. Lo miré. No me hizo ni caso. Estaba demasiado ocupado colocando los tomates en un cesto más pequeño que había sobre la encimera.

—Además, en esta casa todos lo somos, así que por eso no sufras —me explicó la mujer en

tono amable, al tiempo que me daba un par de palmaditas en el hombro—. No puedo matar a lo que cuido.

Me relajé enseguida. Mis padres seguían sin entender que hubiese dejado de comer carne. Me respetaban, eso sí, pero tampoco perdían la oportunidad de ofrecerme un muslo de pollo cada vez que se presentaba la ocasión.

—¿Ensalada, revuelto de verduras y pan recién hecho? ¿Os parece? —preguntó ella.

Asentí enseguida y Kai no puso ningún pero.

Vi trastear a Nancy. Sacaba boles, harina, levadura, verduras de todas partes. Kai la ayudaba y yo me sentía inútil. No era mi casa; eso me impedía desenvolverme con naturalidad. Tampoco se me daba bien cocinar, a duras penas sabía pelar una patata.

—Alice, ¿has visto la huerta?

—Sí, de pasada al llegar.

—¿Puedes ir a por un par de cebollas?

—Ah, sí, claro, ahora mismo.

Kai me miró por encima del hombro como si quisiese comprobar que sería capaz de llevar a cabo una tarea tan sencilla sin supervisión. Le saqué la lengua y me fui decidida a por las cebollas.

Abrí la puerta del huerto y entré sin cerrarla. Identifiqué algunas verduras casi al instante, sin embargo, otras no las tenía tan claras. Me costó dar con las cebollas. Cuando al fin las encontré, pensé que bastaría tirar un poco para arrancarlas del suelo. No fue tan sencillo. Me tocó meter las manos en la tierra y escarbar.

—¡Ya está! —dije satisfecha después de lograrlo.

Me limpié el sudor de la cara y me puse en pie. A ver, era sencillo, solo se trataba de cebollas. La cosa se complicó cuando me di la vuelta y descubrí que tenía compañía. Justo detrás de mí una cabra se estaba comiendo las judías pintas que había plantado la abuela de Kai.

—¡No, no, no! —grité.

Fue cuando me di cuenta de que no debería haber dejado la puerta abierta. «Claro, Ali, las puertas tienen su función. Sirven para impedir el paso, chica lista».

Vi que llevaba un cascabel colgado del cuello, así que la enganché de la correa. Iba a ser veterinaria, no podían asustarme aquellos ojos desquiciados que me miraron como si se tratase del macho cabrío endemoniado de *La bruja*, la película de Robert Eggers.

—Estate quieta.

Comenzó a sacudirse dispuesta a zafarse y escapar, pero, como no sabía hacia dónde iría, no me atreví a soltarla. Resbalé, caí hacia atrás, la cabra conmigo. Me quejé a causa del golpe. Al abrir los ojos, el animal me miraba con ganas de saltarme encima; por suerte, se limitó a engancharme del bajo de la camiseta y tirar con los dientes con tanta fuerza que incluso me arrastró un poco sobre la tierra.

Regresé diez minutos después, toda manchada de tierra, un arañazo en la mano, dos en las rodillas y sin un trozo de camiseta. Abuela y nieto me miraron incrédulos.

—¿Qué te ha pasado?

—La cabra. Pero no es nada, he conseguido sacarla del huerto.

Se miraron entre sí y, en vez de asegurarse de si yo estaba bien, corrieron fuera de la casa. Me asomé por la puerta y vi que estaban llevándose a Banana, así la iba a llamar en adelante, de vuelta al corral.

—Se escapa siempre —me explicaron al volver—. Se lo come todo, ataca a las gallinas.

—Y a las personas —añadí.

—¿Estás bien?

Nancy me miró de arriba abajo durante un momento y después le dijo a Kai que me diese una toalla y me indicara dónde estaba el baño. Me hizo una señal para que lo siguiera.

—Bastante bien parada has salido —comentó al tiempo que sacaba de un armario empotrado una toalla tan blanca que me dio pena cogerla. Iba a ponerla perdida—. Normalmente aplacarla es casi imposible.

—Creo que ha sido ella la que me ha aplacado a mí.

Kai sonrió. Vi que hacía girar una llave de paso de agua. Me pidió que esperara un poco a que se calentara y que, mientras tanto, él me buscaría una muda. Estaba hecha una piltrafa. Lo comprobé delante del viejo espejo del cuarto de baño. Esperé apoyada en el borde de la bañera. Me trajo unas bermudas y una camiseta desgastada de un equipo de béisbol que no conocía. Sobre todo porque no sabía nada de deportes.

—¿Necesitas algo más?

—No. ¿Cuándo se lo vas a decir a tu abuela? Lo de que estamos juntos.

—Ah, no sé. Después. U otro día.

Asentí tranquila. Podíamos dilatarlo en el tiempo. A fin de cuentas, tampoco había prisa. El verano era largo, sería un idilio que duraría lo mismo que las vacaciones. Después regresaríamos a nuestra vida en California y nos olvidaríamos de todo. Fácil.

Me di una ducha rápida y me vestí con la ropa de Kai, que me quedaba grande, pero al menos estaba limpia y volvía a oler bien, y no a baba de cabra y a abono.

Nos sentamos a comer una hora después. Nancy me preguntó sobre la facultad y sobre los motivos que habían hecho que quisiera estudiar Veterinaria. Yo le conté que me encantaban los animales desde pequeña y que sentía cierta conexión con ellos. Hablamos de lo difícil que era conservar la granja a cierta edad, porque había mucho trabajo y ella estaba sola. Mientras Kai estudiaba, solía contratar a gente joven por horas para que le echaran una mano.

Toda la casa olía a pan cuando le di el primer bocado a la comida.

—Ah, Kai, casi se me olvida —dijo Nancy.

Él esperó tranquilo, como siempre estaba, a que hablara.

—Maggie ya está aquí.

Me atraganté. Comencé a toser. No esperaba que la tercera en discordia apareciese en escena tan pronto. Eso complicaba las cosas. Le eché una mirada rápida a Kai. Su abuela me estaba llenando el vaso y me pedía que bebiera.

—No me digas —comentó el aludido. Siguió comiendo como si nada.

—Pues sí. Está preciosa. Me ha preguntado por ti. Le he dicho que suba a casa cuando quiera. Ha aceptado, claro. Esa chica es fantástica. Ojalá volváis a estar juntos.

He ahí la dificultad añadida de todo nuestro paripé. No era convencer a Nancy de que salíamos, eso quizá podría creérselo. No, lo realmente difícil era que le gustara la idea de que Kai estuviera con otra persona que no fuera Maggie.

—Eso no va a pasar, abuela. Ya hemos hablado de esto.

A Nancy parecía importarle un pimiento lo que Kai tuviese que decir.

—Pues yo voy a poner todos mis esfuerzos en que ocurra.

—Hazlo si te hace feliz, pero yo ya estoy saliendo con otra persona.

Estaba a punto de caer la bomba y yo estaba justo en el sitio en el que iba a explotar.

—¿Estás saliendo con alguien? —Kai intentó decir algo. Nancy lo detuvo con un gesto—.

Da igual. Quiero decir: sí, entiendo que eres joven y que sales con otra gente. Sabes, aun así, que ninguna es mejor que Maggie. ¿Te lo has pasado bien con la otra chica? Estupendo. Pero ya está.

Iba a doler mucho escuchar mi nombre de repente.

—Abuela, me gusta esa chica y no hay forma de que deje de gustarme.

—No me digas. ¿Y qué tiene de especial?

Eso no lo habíamos ensayado. Me intrigaba ver cómo saldría del paso.

—Es buena persona y con eso me basta.

Grandes palabras para convencer a la mujer que tenía a su ex sentada en un trono en medio del monte Olimpo, gobernando a todos los mortales con su apabullante belleza.

—¿Y se puede saber quién es esa maravillosa persona?

Kai arrastró un poco la silla hacia mí, me envolvió el hombro con el brazo y, ni corto ni perezoso, sereno como se comportaba la mayor parte de las veces, dijo:

—Es Ali.

Nancy pestañeó una, dos, tres veces. A la cuarta pensé que estaba pidiendo ayuda en código morse. Kai no me soltó; dejó el brazo ahí, muy quieto, y yo no supe qué otra cosa decir salvo:

—Hola. —Levanté la mano y saludé a la mujer con una sonrisa tirante.

—¿Estáis saliendo?

—Sí —contestamos a la vez después de dos segundos.

—¿Por qué?

Jamás pensé que alguien pudiera hacerle aquella clase de pregunta a una pareja.

Nosotros teníamos muchos motivos, sin embargo, ninguno de ellos podía airearse.

—Porque nos gustamos —habló Kai.

Bien mirado, parecía lógico.

Nancy se rio.

—Ya veo, estáis bromeando.

—No —contestó Kai—. Ali y yo estamos juntos.

Recibió el comentario de nuevo como si fuese una bofetada.

—¿Es malo que estemos saliendo? —me atreví a preguntar.

Ella frunció el ceño tanto que pensé que se le pegarían las cejas para siempre. Dejó el tenedor sobre el plato, se limpió la boca con la servilleta y se levantó de la mesa.

—Tengo cosas que hacer —dijo.

Se fue y nos dejó ahí, en medio de la cocina, con los platos a rebosar de comida. ¿Sabéis si en Amazon se pueden comprar hechizos para desaparecer en momentos bochornosos? Si es así, que alguien comparta el enlace.

—¿Se ha enfadado? —indagué por si acaso.

Kai apartó el brazo.

—Eso me parece. Mira el lado bueno.

—No lo veo.

—Que ya no te va a invitar a comer más. No tendrás que pasar por ese suplicio.

Agaché la cabeza sobre el plato.

—La comida está buenísima, no me parece un suplicio.

—Es broma, Ali —comentó. El diminutivo de mi nombre sonaba raro viniendo de él. Le pegaba más llamarme Alice Grace Wilson, así, entero—. Se le pasará. Solo que a partir de ahora estarás a prueba constantemente.

Levanté la mirada de nuevo.

—¿Qué quieres decir?

—Que intentará probar de todas las maneras posibles que eres peor que Maggie.

—Eh —me quejé—. Pensaba que esto era para que tu ex te dejara en paz, no para que tu abuela me odiara cuando ni siquiera me lo merezco.

Se tomó un momento para reflexionar sobre lo que le había dicho.

—Digamos que es un dos por uno.

Yo no reflexioné tanto.

—Digamos que te mando a la mierda.

Me dio una colleja tan floja que fue como si me rozara la brisa.

—Démosle tiempo, lo irá aceptando.

—¿Y si no?

—No sé. —Se encogió de hombros—. A lo mejor suelta a la cabra cada vez que vengas. —Fingió que mordía el aire—. Por si acaso, ponte calzado cómodo, no vaya a ser que tengas que salir corriendo.

Cogí aire. Lo retuve hasta que sentí que me ahogaba.

—Come.

—Vale.

Seguí engullendo todo lo que había en mi plato. La presión no me quitaba nunca el apetito. Una parte de mí pensaba que no era para tanto caerle mal a una persona que acababa de conocer. No obstante, por absurdo que suene, deseaba gustarle a Nancy, así que decidí, mientras masticaba el calabacín muy concentrada, que conseguiría ser mejor que la aún desconocida Maggie.

—Pestañea si sigues ahí —me dijo Kai.

Rebañé el plato y me levanté.

—Tengo que irme, dame papel y boli —demandé con la mano extendida ante él, que había comido más bien poco.

Subió a su habitación y volvió al cabo de un minuto con lo que le había pedido. Escribí en una nota un mensaje para Nancy y lo colgué en la nevera con un imán.

*Estaba todo buenísimo. Volveré pronto. Gracias. Ali.*

—¿Le has escrito una nota de amor? —preguntó mientras leía por encima de mi hombro.

—Cállate. Volveré pasado mañana —le informé mientras cogía mi ropa manchada y la guardaba en la mochila—. Necesito recuperarme de las emociones de hoy —dije abatida.

—Has engullido una hogaza de pan y media huerta, creo que lo harás pronto.

Le di una guantada en el antebrazo. Se quejó y disimuló una sonrisa.

—¿Te acompaño al coche, amor?

Me giré hacia él a la velocidad del rayo.

—Si no quieres que la siguiente —levante la mano y le enseñé la palma— acabe en tu cara, no vuelvas a llamarme amor.

—Lo que tú digas, pero ¿te acompaño al coche o no?

—No hace falta.

—Genial —contestó. Comenzó a recoger la mesa—. Pues ya sabes dónde está la puerta.

Refunfuñé y me fui sin poder despedirme de Nancy porque no la vi por ninguna parte.

Así fue como sobrevivimos Kai y yo a nuestro primer día de falso noviazgo.

Solo nos quedaban dos meses más.

# CAPÍTULO 7

Quiero a mi padre, que nadie se equivoque, pero cuando me pidió al día siguiente que le echara un cable en el Red Heart porque una de las camareras estaba enferma, lo quise un poco menos. Y después de añadir que no me preocupara, que todo iría bien porque mi amigo —usó estas palabras— Charlie Miller estaría conmigo, ahí ya se me olvidó que lo quería.

Puse resistencia, claro que sí.

—¿No puede ir otra persona, papá?

—No, he agotado todas las posibilidades.

—Es que yo no sé si lo haré bien.

—Seguro que sí.

—No es mi ambiente.

—Toma el uniforme.

Me subí en el coche y fui hacia allá. Ni siquiera lograba convencer a mi padre de algo tan sencillo. Desde luego, necesitaba clases de repaso.

Aún quedaban dos horas para abrir, pero Charlie ya estaba ahí preparándolo todo. Parecía encantarle ese trabajo; según mi padre, le pagaba bien y se sentía como pez en el agua detrás de la barra preparando cócteles y sirviendo copas. Recordaba que no era el mejor de los estudiantes. Tampoco tenía un interés concreto en nada. Quizá solo se había dejado llevar por las sorpresas que le deparaba la vida.

—La hija del jefe —dijo con la fregona en la mano nada más entré, y silbó.

—Buenas tardes a ti también, Charlie.

—Madre mía, estás de un humor de perros.

Lo ignoré, pasé por su lado con cuidado de no pisar donde ya había fregado y fui a los vestuarios. Me puse los pantalones negros y el top del mismo color —bastante escotado, por cierto—, y regresé.

—¿Qué tengo que hacer?

—¿Vas a aceptar órdenes de mí?

—Acepto que respires, peor que eso… —dije entre dientes.

—¿Qué?

—Nada. ¿En qué te ayudo?

—Limpia la barra y abrillanta los vasos.

No iba a discutir. Quería que las seis horas que duraba el turno se acabaran rápido. Iba a trasnochar y al día siguiente tenía la primera clase particular con Kai; necesitaba estar espabilada al despertarme. Hice lo que me demandó. Me puse música con los auriculares inalámbricos. Escuchar a Stray Kids me daba mil años de vida. Al cabo de una hora, estaba todo perfecto.

Charlie me quitó uno de los auriculares.

—¿Qué escuchas?

Se lo puso. No luché por recuperarlo. Quería que pareciese que era del todo indiferente a sus sucias tácticas de querer acabar con mi paciencia.

No hizo ningún comentario sobre la canción. Me dio la impresión de que lo que había pretendido era que le hiciese caso, no llevar a cabo ninguna crítica musical.

—Estás rara, ¿qué te pasa?

—¿A qué te refieres?

—No sé, te veo relajada.

—Es que lo estoy. —Me toqué la nariz, solo para comprobar si había crecido como la de Pinocho. Por suerte, no había habido ningún cambio físico que me delatara—. Será porque ayer descansé.

Allá iba, con gesto inocente, a dejarlo caer otra vez.

—¿Te pasaste el día leyendo en casa?

No sé cómo no me dieron un Oscar por mi sublime actuación. Le di un empujoncito y me reí. Qué buena interpretación la mía.

—Qué va. Pasé el día con Kai. Ya sabes, un día normal.

—Con Kai, ¿eh?

Se quitó el auricular.

—Sí, pero no te quiero aburrir con eso. Voy a comprobar que los altavoces están conectados.

Y ahí lo dejé, como si formase parte del resto del mobiliario. Sabía que no me creía del todo, pero no me importaba. Sería mayor el impacto cuando lo viera con sus propios ojos.

Cuando me di cuenta, el local comenzaba a llenarse de gente joven dispuesta a bailar, emborracharse y conocer a alguien interesante con quien pudieran intercambiar miradas, y puede que un poco de saliva. Las noches locas. Daisy hubiese bailado como nunca, porque el DJ elegía, una tras otra, algunas de sus canciones favoritas.

Le grabé varios audios, a los que contestó con *stickers* de lo más graciosos.

Ánimo. No mates a nadie.

Eso fue lo que me escribió.

Me dediqué a recoger las copas vacías, a servir cervezas y a recordarme a mí misma que escoger mi propio camino había sido lo mejor que había hecho. No estaba hecha para ese mundo y me desenvolvía en él igual que la vez que nadé con tiburones.

—Eh, nena —escuché de pronto mientras abría un botellín. Un tío alto, con una camiseta tres tallas más pequeña y con los ojos cada uno mirando para un lado de lo borracho que estaba, se había inclinado sobre la barra. Me hablaba a mí. Dudaba que llamase *nena* a Charlie—. ¿Quieres ir a acabar tu turno en mi casa mientras miras el cabecero de mi cama?

Le sonreí.

—He dejado de escuchar en «eh».

Se rio, parecía que me había tocado el que no se rendía con facilidad.

—Dame tu número, anda.

—Lo que te voy a dar es una amable invitación para que me dejes en paz.

—Oh, es de las que se creen muy inteligentes, ¿no? —preguntó, volviéndose hacia Charlie. Por un momento, pensé que le seguiría la corriente, sin embargo, parecía cabreado—. Va, si no quieres que te pidamos el número de teléfono, ¿por qué te pones ese escote? Quieres atención.

—El problema no es mío por llevar escote, sino tuyo por creer que eso te da carta blanca para que me acoses. Por favor, ve a tomarte tu copa con el resto de tus amigos y déjame en paz.

Dio un golpe en la barra. Temblaron los botellines, incluso se derramó el vaso que tenía delante. Lo puso todo perdido.

—¿O si no qué?

—O si no tendrás que irte —solté.

Levantó la mano con clara intención de abofetearme. Charlie lo agarró a tiempo, aunque logró arañarme parte del labio y la barbilla con la uña.

—Ya está bien. ¿Es que no has escuchado lo que te ha dicho? Largo.

—¿Ahora te defiende tu noviecito? —se burló.

—Ni soy su noviecito ni necesita que la defienda, pero a lo mejor a ti sí que te hace falta que te recuerde que la basura como tú no es bienvenida al Red Heart.

Los chicos de seguridad llegaron en el mejor momento y se lo llevaron. Por un segundo temí que Charlie se liara a hostias con aquel gilipollas.

—¿Estás bien?

Charlie acercó la mano para tocarme ahí donde me escocía. Me aparté.

—Sí, gracias. Sigamos trabajando. Ya hemos llamado bastante la atención.

No hablamos en lo que quedó de turno. No hacía más que pensar en cuántas chicas aguantarían comportamientos como esos todas las noches. Y, desde luego, tenía una conversación pendiente con mi padre. La camiseta de Charlie no tenía una raja en medio del pecho. La de las chicas tampoco deberían haberla llevado. Pese a ello, era denigrante que trataran así a las mujeres, que no las dejaran trabajar tranquilas. Eso me ponía de mal humor.

No me molesté ni en cambiarme al terminar. Salí del local y fui directa a casa. Charlie me preguntó algo mientras me iba, aunque no recuerdo qué. Conduje hecha una furia.

Papá ya había llegado cuando yo aparqué. No di un portazo por no despertar a mi madre.

—¿Ha ido bien?

—¿Quieres decir más allá de que un completo imbécil casi me golpeara?

Se acercó a mí tan rápido que pensé que quería aplacarme como en un partido de fútbol americano. Me inspeccionó. Vio el rasguño.

—Estoy bien, déjalo.

—¿Por qué no me has llamado?

Me fui a mi habitación hecha un basilisco después de decirle a mi padre que debía plantearse seriamente que la vestimenta de los camareros y las camareras fuese igual de cómoda.

Me metí en la cama, pero estuve dando vueltas durante varias horas. Cada vez que me dormía, soñaba que me enfrentaba otra vez al tipo del bar y que Charlie me defendía, por primera vez en la historia de la humanidad. Odié que se me apareciese en sueños. Era un lugar al que no me apetecía que tuviera acceso. Supongo que como todavía estaba en mi cabeza y también en la parte oscura de mi corazón, era inevitable que hiciera acto de presencia.

Sonó el despertador justo cuando al fin había conseguido conciliar el sueño. Tenía las ojeras muy marcadas bajo los ojos marrones. Me lavé el pelo, me vestí con lo primero que encontré y me subí en el coche después de beberme dos tazas y media de café. Y todavía tenía que atender a las lecciones de Kai.

—Estas vacaciones mejoran por momentos.

Dejé el coche aparcado, por llamarlo de alguna manera, en el mismo sitio que dos días antes. Esta vez atravesé la puerta de la valla sin pensarlo demasiado; eso sí, miré a todos lados por si una colérica Banana aparecía de la nada dispuesta a arrancarme algo más que la tela de la camisa.

—Menuda cara —me dijo Kai en cuanto me vio aparecer—. ¿Qué te ha pasado en el labio?

Levantó la mano y me rozó justo debajo. No tuve tiempo de apartarme como había hecho con Charlie. Además, estaba agotada, no sabía ni cómo había llegado hasta ahí.

—Me atacó un primate.

—¿Uno de verdad? ¿Hay monos en Bozeman?

Por la expresión de su cara me di cuenta de que lo decía completamente en serio.

—¿No ves que no? Solo era un gilipollas.

—¿Te ha pegado alguien? —preguntó, esta vez serio. Arqueó las cejas. Esas cejas no se movían casi nunca.

—Solo consiguió rozarme. No es nada. Lo que me jode es no haber tenido tiempo para devolvérsela. —Debido a su cara de no entender nada, no me quedó más remedio que explicarle la situación.

—Charlie es ese chico, ¿no? Tu chico.

—¿Mi chico? ¿Qué chico?

—Al que quieres engañar con un novio falso.

Asentí. Yo no lo habría dicho de esa manera, pero se ajustaba bastante a la realidad.

—Por cierto, es posible que tu día no haga más que mejorar. —Era sarcasmo, claro—. Maggie está aquí.

—¿Dónde? —pregunté. Miré a todas partes, histérica.

—Dentro, con mi abuela. Están tomando un té.

—¿Por qué no me has llamado para avisarme? —le eché en cara.

—Porque temía que hubieses dado media vuelta y hubieses regresado a casa.

Sí, viendo las pintas que llevaba, era justo lo que habría hecho. Sin embargo, ya no podía irme a ninguna parte. Tenía que hacer de tripas corazón y lanzarme desde el precipicio.

Entramos. Me quedé un par de pasos por detrás de Kai. Si íbamos a la guerra, él tenía que ir encabezando la marcha. Con suerte, desde ahí me daría tiempo a esquivar alguna bala.

—Abuela, Ali está aquí —avisó.

Pasamos a la cocina. Nancy estaba sentada en una silla con una taza humeante de té. De pie, apoyada en la nevera, había una chica algo más alta que yo, con unos ojos azules brillantes y la melena suelta, de un negro intenso. Tenía una nariz pequeña y respingona, los labios gruesos y debían haberla hecho en un molde con figura de reloj de arena. Maggie, la ex de Kai, era perfecta.

—Ali, esta es Maggie —dijo Kai al fin—. Maggie, esta es Ali, mi novia.

El apocalipsis zombi estaba a punto de comenzar.

Di un paso adelante y extendí la mano para estrechársela. Ella, con una sonrisa radiante, me saludó y demostró que hasta en algo tan sencillo como eso era mejor que yo. Pues sí que empezaba bien la cosa.

—Encantada, Ali. Me gusta tu camiseta.

Miré hacia abajo. Era una camiseta vieja de los Looney Tunes. Ella llevaba un top celeste que se ajustaba a la cintura con un lazo. Le di las gracias de todos modos.

—Buenos días, Nancy.

—Buenos días —dijo, aunque no mentiré, más que palabras fueron pequeños gruñidos—. ¿Vas a darle las clases de repaso ahora?

—¿Clases de repaso? —preguntó Maggie, aún sonriendo.

—Alice ha suspendido una asignatura —soltó Nancy.

Bien, además de un desastre en la moda, como ya se había evidenciado, también era tonta.

—Vaya —comentó Maggie—. Pues mucho ánimo. Qué mal suspender justo en verano. Yo, por suerte, estudié mucho y las he aprobado todas.

—Como tiene que ser —comentó Nancy.

Vale, las dos me odiaban. La chispa en los ojos de la chica fue evidente cuando dijo todo aquello. No sabía dónde meterme.

—Ali saca tan buenas notas como yo —soltó Kai—. Pero el día del examen se puso enferma, nada más.

¡¿Me estaba defendiendo?! No daba crédito.

—Venga, vamos.

Me cogió de la mano y tiró de mí hacia fuera de la cocina.

—Hasta luego —logré balbucear.

El cuarto de Kai era más grande de lo que había imaginado. Tenía las paredes despejadas, un par de plantas en el alféizar de la ventana, una cama doble y un escritorio repleto de libros sobre animales. Había dos fotos en la mesita de noche, una con su abuela y supuse que la otra junto a su madre. Por lo demás, podría haber sido la habitación de cualquier otra persona; no había más objetos personales.

—Tu abuela me odia —susurré mientras me tiraba en la cama.

—No hagas eso.

—¿El qué? ¿Decir que me odia?

—No, deshacerme la cama. Siéntate en una silla.

—Qué muermo eres.

Me levanté a regañadientes y me volví a dejar caer entre risas. El colchón era cómodo y yo tenía más sueño que ganas de pelearme con nadie en aquella casa.

—Arriba.

Me cogió de las muñecas y tiró de mí. Dejé todo mi peso, no tenía la más mínima intención de incorporarme por propia voluntad. Como era de esperar, Kai tenía más fuerza de la que aparentaba con sus *outfits* de principios del siglo xx y, cuando quise darme cuenta, ya estaba sentada frente a él con la espalda apoyada en el respaldo de la silla de madera.

—Tu ex es guapa —comenté.

Él estaba abriendo el libro de Debate.

—Lo es.

—Pero Banana es más simpática que ella.

Levantó la vista de las páginas que estaba revisando en el índice.

—¿Banana?

—La cabra.

Pensé que le haría algo de gracia, pero puso cara de haber sido golpeado.

—Maggie es muy buena persona.

Estiré las piernas y me acomodé en el asiento como si fuese un miembro de la mafia.

—Veamos: es guapa y es maravillosa. Entonces, ¿qué narices estoy haciendo aquí?

Kai ignoró mi pregunta. Me dio un bolígrafo y me plantó un folio delante. Me ordenó que copiara un supuesto que iba a dictarme. Yo estaría en contra y él, a favor. Tenía que esforzarme. Si comprendía rápido el temario, ya no necesitaría sus clases particulares —la verdad es que era bueno explicando—, y podría dar por zanjado aquel asunto del noviazgo. Sintiéndolo mucho, me desharía de nuestro contrato lanzándolo al mar, por eso de que quedaba bastante poético teniendo en cuenta de qué libro se trataba y lo que significaba Kai.

—¿En qué demonios piensas?

Me estaba golpeando en la frente con el lápiz. ¿Durante cuánto tiempo había desconectado?

—En nada.

—Eso me temía.

La siguiente hora tuve que esforzarme en retener conceptos, expresiones que él había usado para ganar los debates en clase. La clase del señor Graham eran los Juegos del Hambre versión 3.0.

—Dame libros sobre anatomía o cualquier otra materia y lo retengo enseguida. Esto, ¿por qué me cuesta tanto?

—Supongo que porque no estás acostumbrada a discutir con nadie ni pelear demasiado tus opiniones —explicó Kai cuando decidió que ya habíamos tenido suficiente para ser el primer día.

—¿Qué quieres decir?

—Justo lo que he dicho: que dejas ganar a todo el mundo.

—No es verdad.

Pero sí que lo era. No podía aceptarlo, sin embargo, si echaba la vista atrás, tenía razón. Me dejaba pisotear por cualquiera. Si se trataba de decir en voz alta lo que sentía, el mundo se desmoronaba y yo no quería que eso sucediera. Por tanto, era más fácil callarme. Sobre todo porque creía que las cosas solo cambiarían para peor si al final no decía lo correcto.

—Vamos a por un vaso de limonada, anda. —Soltó un suspiro.

—¿Tendré que exprimir limones en una competición contra Maggie?

Me empujó hacia la puerta, yo seguía esperando una respuesta.

—¿Me das también algo de comer?

—Hacer que apruebes, ser tu novio, prestarte mi ropa, que no me has devuelto por cierto, y ¿ahora también alimentarte? ¿Qué será lo próximo?

—¿Unas galletas de chocolate y que me dejes echarme una siesta?

Kai siempre estaba disimulando sonrisas. Las vendía caras, aunque a mí no me importaba. Eran suyas, podía hacer con ellas lo que le diese la gana. A fin de cuentas, Kai no era nada mío, más allá de la otra parte contratante de nuestra relación falsa. No obstante, no dejé de preguntarme por qué medía tanto las expresiones de su cara. Por qué nunca estaba relajado. Por qué me había elegido justo a mí.

# CAPÍTULO 8

Limonada no me tocó hacer, pero Maggie seguía ahí cuando nosotros acabamos la clase. Cortaba verduras en trocitos muy pequeños. Se había recogido el pelo y contoneaba las caderas al ritmo de la canción que sonaba en ese momento en la radio. Nancy no estaba por ninguna parte.

—¿Y mi abuela?

—Ah, ¿habéis acabado ya? —preguntó, demasiado alegre—. Ha ido a por Kiwi.

—Iré a echarle una mano. ¿Te quedas aquí, Ali?

Kai me miró con miedo a dejarme sola.

—Puedes ayudarme con esto, si quieres.

Por supuesto que no quería, sin embargo, no me quedaba más remedio.

Maggie me puso a trocear pimientos en cuadraditos diminutos. Lo malo de vivir en una mentira era crearla. No es que me faltase imaginación, sino que, más bien, temía inventar algo y que se me olvidara después. Tuve que respirar mucho aquella mañana y pensar bastante en lo que iba a decir antes de abrir la boca.

—¿Dónde os conocisteis Kai y tú?

—En la facultad —contesté. Esa era fácil, más que nada porque era verdad.

Ella comenzó a cortar la verdura más rápido. Intenté seguirle el ritmo.

—No sabía que estaba saliendo con alguien —dijo.

Por un momento me pareció triste; aunque, por cómo clavó el cuchillo en la patata a continuación, me di cuenta de que, tal vez, esa no era la palabra que mejor la definía.

—Supongo que te lo habrá contado. Estuvimos juntos.

Quería hacerme sentir mal, lo que Maggie no sabía era que no podría conseguirlo porque yo no sentía nada por su ex. Solo era una actriz contratada a tiempo parcial para desempeñar lo mejor que pudiera mi papel de novia. Y no iba a ser una de esas coléricas, sino una segura de sí misma.

—Claro que me lo ha dicho. —Sonreí tanto que casi se me cierran los ojos—. Pero tampoco me ha contado mucho. Ya sabes. El pasado hay que dejarlo atrás cuanto antes.

La comisura del labio se le movió hacia arriba. Había palidecido un poco.

—Hay cosas que no se pueden olvidar —contraatacó—. Aunque somos amigos, ¿eh? —dijo con cara de preocupación fingida. El lobo había enseñado rápido los dientes—. No quiero que pienses nada raro.

Le mostré mi mejor sonrisa. Me sequé la mano en el paño y levanté el dedo meñique en su dirección. No pensaba perder aquella batalla por nada del mundo.

—Llevémonos todos bien, ¿vale?

Dudó un segundo, sin embargo, se veía obligada a disfrazarse de cordero, así que entrelazamos los dedos y nos reímos como dos personas que no se soportan y que deben mantener las apariencias. Yo no iba a ser la mala de la película. Pretendía que quisiera alejarla de Kai y él volviera a sus brazos. Yo tenía mis propios problemas, no estaba dispuesta a sacrificar nada por nadie.

—¿Sabes lo que más me gustaba de cuando estábamos juntos? —me preguntó un par de minutos después mientras ponía el agua a hervir. Encima tenía que aguantar batallitas románticas.

—¿Qué? —pregunté paciente, igual que haría una buena amiga. No olvidemos que ella no sabía que yo, en realidad, no era la novia de Kai. Así que, en pocas palabras, era una bruja de manual.

—Que era muy cariñoso.

Eso lo había intuido por todo aquello de cogernos de las manos y bailar al ritmo de la música de *El lago de los cisnes* mientras nos mirábamos con dramatismo.

—Y muy apasionado —añadí yo—. Ya me entiendes. —Arqueé las cejas dos o tres veces seguidas.

Maggie, derrotada por segunda vez, era lo único que necesitaba para superar la noche anterior.

Justo en ese momento entró Kai.

—¿Verdad, amor?

Mi subconsciente me dio tal patada en el estómago que no sé cómo seguí sonriendo. Estaba dispuesta a conseguir bajarle los humos a su ex, no porque me importara que se deshiciera de ella, sino porque no me caía bien.

Amor.

Cuatro letras.

Kai con cara de castor ofendido.

—Sí —se limitó a decir, sin saber qué era lo que le estaba preguntando en realidad.

Se acercó a nosotras, confundido, y se colocó a mi lado, como era lógico. Echó un vistazo por encima de mi hombro a lo que había en la olla. Cogió una cuchara y lo probó.

—Qué bueno está —susurró.

Maggie estuvo a punto de levantar la bandera del orgullo de las exnovias de todo el planeta. Había cocinado ella, yo solo era el pinche que no se había amputado cuatro dedos de milagro.

—No tanto como tú —me apresuré a decir corriendo.

Me miró todavía relamiendo la cuchara. ¿Hacerlo o no? Esa era la cuestión y quizá la prueba de fuego para que no quedara ninguna brecha abierta en el futuro. Kai no ayudaba a convencer a nadie con su expresión de estar descubriendo que la Tierra era redonda.

Lo hice.

Le palmeé el trasero.

—Antes de irme, voy a avisar a tu abuela de que la comida está hecha.

—¿No te quedas a comer?

—No —dije muy segura de mí misma. No estaba huyendo, aunque Kai, que no daba crédito, parecía creer que sí—. Esta es una comida para que la pases con tu amiga Maggie y os pongáis al día —solté, haciendo mucho énfasis en *amiga*.

Me puse de puntillas, porque a su metro ochenta y cinco no llegaba de otra manera con mis veinte centímetros menos, y le di un beso en la mejilla. Ese mediodía estuve a punto de asistir al funeral de Kai. Era incapaz de leerme la mente, pese a que estaba poniendo todo de su parte para averiguarlo con sus inquisitivos ojos color miel.

—Te acompaño.

Asentí contenta, en apariencia al menos.

—Hasta pronto, Maggie.

No dije «adiós» ni «espero que nos volvamos a ver». Pues claro que íbamos a hacerlo. Por dos motivos fundamentales: uno, porque ella no dejaría escapar ninguna oportunidad de enredar a Kai en sus juegos de seducción —me gusta dramatizar, eso ya no es una novedad— y, dos,

porque se suponía que el objetivo de que yo participase de todo aquello era impedirlo. O, por lo menos, eso era lo que él me había pedido.

—Claro, cuando quieras.

Salimos de la casa y fuimos en busca de Nancy.

—¿Qué acaba de pasar?

—¿A que ha quedado muy realista?

—Sí, como una pintura del XIX.

—¿Qué?

Puso los ojos en blanco y me cogió del brazo. Me arrastró hasta detrás de un árbol. No entendí por qué. ¿De quién nos escondíamos?

—Dijiste que nada de apelativos cariñosos ni afecto físico. Dijiste que no nos pasáramos de la raya y dijiste que…

Levanté una mano para que se callara y ahogué un suspiro.

—Dijiste, dijiste, dijiste. Era eso o que esta noche la pasaras en Maggieland.

—¿Maggieland?

—La tierra prometida, el jardín de las delicias, el paraíso del amor —dije muy rápido. Hice una pausa. Miré a Kai. No seguía mi argumentación—. Su cama —especifiqué.

Se fijó en todo lo que había a nuestro alrededor. Solo nos miraba una gallina tuerta.

—¿Por quién me tomas?

—Por un chico que necesita una novia falsa para no caer en las redes de su ex.

—¿Y tú para qué me necesitas a mí?

Apoyé la espalda en el tronco del árbol y me quedé un segundo mirando las briznas de hierba y escuchando el aire que se perdía entre las ramas y me desordenaba el pelo.

—Para que no me vuelvan a romper el corazón. Jaque mate.

—No estábamos compitiendo para ver cuál de los dos tenía mejores motivos.

Le di un par de palmadas en el pecho.

—Como sea, he logrado que por hoy te deje en paz. Mañana lo intentará de nuevo. Los cazadores no abandonan a su presa mientras saben que sigue viva. Son peores que los animales salvajes.

Kai no pudo evitar poner los ojos en blanco. En momentos como ese, en el que perdía el control sobre sus propias emociones, hacía que me preguntara muchas cosas.

—Vale, lo capto. Maggie no te cae bien.

—Lo que me sorprende es que a ti sí.

—Estuve enamorado de ella, ¿no es eso normal?

Pensé en lo que había sentido por Charlie y en que no podía aguantarlo. Quise contestarle que *normal* no era la palabra que mejor definía para mí lo que podías sentir por una persona que te había hecho daño, pero me callé porque no sabía lo que había pasado entre Maggie y Kai.

—Alice, ¿te vas?

Nos volvimos hacia la voz. Su abuela llevaba un pequeño cesto con huevos. Estaba a unos pocos metros de nosotros.

—Sí, me iba ya.

—Podrías quedarte a comer —comentó Kai.

Lo miré. Podría hacerlo, claro. No obstante, la verdad era que no significaba nada para ninguna de aquellas personas. Y dos de ellas ni siquiera querían que estuviera ahí. No era de las que presionaban a los demás. Me gustaba dejarles su espacio.

—Otro día.

Nancy tampoco lo había sugerido. Estaba claro que le apetecía tener en casa a su nieto y a la que consideraba su novia legítima. Yo era la otra, con la que se entretenía mientras arreglaban su relación. Quizá no se equivocaba. Yo tampoco podía saber si al final del verano aquello habría servido para algo o Kai volvería a los brazos de Maggie.

—¿Quieres llevarte unos huevos? —me preguntó, sin embargo, la mujer.

—No es necesario. Con lo torpe que soy, seguro que se me romperían por el camino. Pero gracias. Kai puede traerme unos cuantos cuando venga a verme este fin de semana.

—¿Este fin de semana? —preguntó.

No lo habíamos planeado. Estaba improvisando.

—¿Por qué no? Así no tengo que pedirte comida, podré prestarte mi ropa y ser tu novia.

Sonrió mientras negaba con la cabeza. Nancy no podría haber entendido aquella broma ni aunque hubiese puesto la oreja detrás de la puerta un par de horas atrás.

—Está bien. El sábado voy.

—Creo que Maggie necesitaba ayuda con la mudanza de sus padres el sábado —comentó su abuela.

—¿Y?

Kai fue tan seco al decirlo que a mí me hubiese dado apuro comentar nada más. Nancy, sin embargo, no parecía achantarse con facilidad.

—Deberías ayudarla.

—Claro —comenté yo—. Échale una mano por la mañana y vienes a verme por la tarde. Te llevaré a un sitio —propuse. No iba a ser la causa de que abuela y nieto discutieran.

—¿Por la tarde? —preguntó Nancy—. Entonces, tendrá que regresar de noche. No me gusta que conduzcas de noche —explicó.

—No pasa nada —comenté yo—. Se puede quedar a dormir. —Vi que las caras de ambos mutaban del enfado al espanto—. Quiero decir, no, no. No se puede quedar. Eh. Tenemos habitación de invitados. Mis padres estarán en casa.

Teníamos casi veinte años, como si nos íbamos a un motel de carretera. No iba a ser el caso. Kai tendría suerte si le daba sábanas limpias y una toalla para ducharse.

—Haced lo que queráis.

Mal asunto. En el tono con el que lo dijo parecía estar firmando mi partida de defunción.

—O si no, podemos vernos otro día —dije ya agobiada. Qué tensión.

—No —concluyó él—. Iré a verte el sábado. Y si se hace tarde, me quedaré a dormir.

Nancy carraspeó, me fulminó con la mirada y se dio media vuelta. Desapareció tan rápido como había llegado. Pues sí que íbamos a tenerlo difícil. Agradecí que todo fuese una mentira que no pudiera hacerme daño.

—Espero, por tu bien, que a ti te lo pongan más fácil.

—Lo siento. Mi abuela es complicada.

Hice el signo de la paz con los dedos y me despedí tras apretarle el hombro.

—¿Y qué no es complicado? No le des más vueltas. Ha sido divertido. En el fondo. Bastante en el fondo.

Conseguí que sonriera un poco.

—Supongo —contestó él, algo abatido.

Me reemplazó y se apoyó contra el árbol.

—Anímate, amor —dije con ironía.

—Eres idiota. En eso seguro que no sacas un tres.
—Tú en sentido del humor sacarías incluso menos.
—Por suerte, no lo necesito para hacer las prácticas del año que viene.
Volví hacia él y le di una patada en el culo sin mucha fuerza.
—¿Sabes lo que sí que necesitas?
—Me lo vas a decir aunque te diga que no me importa.
—Pues ahora no te lo digo.
Le saqué la lengua y salí corriendo camino abajo.
Escuché a Kai gritar mi nombre:
—¡Alice Grace Wilson, vuelve aquí!
Luego le oí reír.
Cuando abrí la puerta de la verja, estaba sonriendo.

# CAPÍTULO 9

Recibí un mensaje de Julia el viernes por la tarde.

Sé que es un poco precipitado, pero ¿quieres cenar esta noche?

Le contesté que sí, que no había problema. Quedamos en el aparcamiento del Georgie's, donde íbamos a comer tortitas con sirope y nata después de conseguir que nuestros padres nos dejaran dar nuestros primeros pasos solas. Bueno, de que ella lo consiguiera. Yo era independiente desde cuando llegué al mundo y me pregunté qué hacía aquí.

—¿Tortitas? ¿Es muy cutre para dos veinteañeras? —preguntó con una sonrisa amable.

Julia había dejado de ser mi amiga, y aunque nunca lo había llegado a entender, tampoco pude juzgarla por ello como una mala persona. Pensé que tendría sus motivos, pese a que no quisiera compartirlos conmigo.

—Me siguen encantando, por mí genial —aseguré.

Por inercia, cuando estuvimos dentro, buscamos la mesa de siempre. Aquella que estaba más apartada del bullicio y de los borrachos de turno que estaban en la barra, bebiendo una cerveza más porque nunca era suficiente.

Julia llevaba un vestido corto de color naranja y unas sandalias bajas. El pelo, que era mucho más corto que hacía unos años, se lo había recogido con unas horquillas con mariposas. Estaba guapa, pero se la veía tan cansada que me entraron ganas de levantarme a darle un abrazo y preguntarle qué cosas le habían pasado durante ese tiempo.

Al principio nos costó hablar de otra cosa que no fuese lo bueno que estaba todo, empezando por el típico batido de fresas con nata. Después, Julia fue más valiente que yo y lanzó una pregunta de esas que lo hacían temblar todo.

—¿Te parece raro que estemos aquí juntas?

—Supongo que a ti también te lo parece.

Tres, cuatro, cinco segundos mirándonos serias. Al final, una sonrisa.

—Puedes irte cuando quieras —me dijo.

—Claro que puedo, no estoy detenida, no me has leído mis derechos.

Siguió sonriendo y nos volvimos a relajar.

—¿Cómo has estado? —le pregunté al fin.

Las posibles respuestas eran infinitas y no estaba convencida de poder afrontar ninguna de ellas, pero al menos debía intentarlo. Quería intentarlo.

—¿Te lo cuento en *julice*?

Era una forma de comunicarnos que habíamos inventado siendo niñas para cuando nos daba miedo decir algo en voz alta. Lo bautizamos con la combinación de nuestros nombres. Julia me ganó al piedra, papel, tijeras y el suyo acabó delante.

Asentí.

Sacó un bolígrafo del pequeño bolso y cogió una servilleta.

Me la pasó.

Tres palabras.

«Mal. Sola. Hugo».

Le di vueltas entre los dedos. Era fina, casi transparente. Estaba segura de que si la

desdoblaba, la tinta se había traspasado a la otra capa de papel.

—¿Quién es el padre?

—Un chico que conocí en un bar. No sé cómo se llamaba. Estaba de paso.

Removía la nata en el plato con el tenedor. Tenía la mirada perdida.

—¿Sabes qué? Cuando me enteré de que estaba embarazada, fuiste la primera persona a la que quise llamar.

Me sorprendió y, al mismo tiempo, sentí el impulso de cogerle la mano.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—¿Me habrías contestado después de todo?

—Sabes que sí.

—Quizá eso fue lo que me asustó. Que fui yo la que se apartó de ti, pero a la hora de la verdad tú hubieses estado a mi lado sin pedir nada a cambio. Odiaba que fueses así.

—¿Así cómo?

—Tan poco egoísta. Siempre pendiente de los demás. Intentabas curar las enfermedades terminales de los que tenías cerca. Pero tú también estabas enferma, Alice, y a nadie le importaba.

Esas fueron, con diferencia, las palabras más duras que me habían dedicado.

—¿Por qué dejamos de ser amigas?

—Dirás ¿por qué dejé de ser tu amiga? La que se equivocó fui yo, no cargues con culpas que no te corresponden.

—Yo tampoco me esforcé demasiado en averiguar por qué lo hacías, así que creo que cada una tiene su parte de responsabilidad.

Se retorció los dedos. Lo hacía siempre que estaba nerviosa.

—Te dejé de lado porque me creía muy mayor, muy guay. Ya sabes: yo salía con chicos, fumaba, me escapaba de fiesta. Tú escribías el nombre de Charlie Miller en todas las libretas de tu casa y te ibas a dormir a las diez después de leerte tres libros. Éramos diferentes y ya no me apetecía pasar tiempo contigo.

Retiro lo que he dicho antes. Estas fueron las palabras más duras que me habían dicho. Era horrible escuchar que ni siquiera la que había sido tu mejor amiga quería en realidad estar contigo. A sus ojos, yo era aburrida, un muermo de persona y, además, mencionar el tema de Charlie había sido un golpe bajo. Aun así, no alargué el chicle de la discordia.

—Supongo que sí que cambiamos. Dejaron de interesarnos las mismas cosas —dije.

—Al final, yo tuve un bebé y tú te fuiste. Está claro que tus cartas eran mejores que las mías. O quizá es que las jugué mal. ¿Tú qué piensas?

Se bebió medio batido de golpe mientras yo intentaba encontrar las palabras adecuadas.

—Solo son vidas distintas. No sirve de nada compararlas.

—Quiero mucho a Hugo, es lo más importante que tengo, no me malinterpretes.

Apoyó la mejilla sobre el antebrazo y se recostó en la mesa. No nos habíamos acabado las tortitas ni íbamos a hacerlo. Se nos había amargado la noche.

—Pero a veces me pregunto qué hubiera pasado si hubiese hecho las cosas de otra manera. Si aquella noche no hubiese salido o si le hubiera dicho que sin preservativo no iba a acostarme con él. ¿Qué hubiese pasado, Ali?

Me hundí en el asiento. Julia pensaba que mi vida era mejor que la suya. Era una vida normal, eso quería decirle. Una vida en la que solo me dejaba empujar hacia delante, como la mayoría de los seres humanos. No había grandes sueños que se cumplían de repente, ni nadie que

me quisiera tal y como era. Más allá de Bozeman, solo había posibilidades infinitas, pero lo importante era remar en dirección a ellas.

—Quizá la pregunta no sea qué hubiese pasado, sino qué puedes hacer para ser feliz.

—Ali, quiero viajar, quiero enamorarme, comprarme esa casita con jardín que hay justo pasando los grandes almacenes, trabajar en algo que me guste y no ser reponedora en el súper.

Por lo menos, ella tenía claro qué cosas quería conseguir. Yo solo sabía que iba a ser veterinaria porque con los humanos no me entendía y siempre me quedaba callada cuando la cosa se ponía difícil, como en aquel momento.

—Pero supongo que son sueños. —Suspiró—. Sueños inalcanzables para una madre soltera que a duras penas acabó el bachillerato y que sigue viviendo con sus padres porque no gana suficiente para independizarse y pagar una guardería.

Me miré las manos en el regazo. Tuve la impresión de que eran más pequeñas y pálidas que nunca. Todo a mi alrededor daba vueltas, igual que en una pesadilla de la que no puedes despertarte por más que intentes correr y gritar.

—Tú puedes tener todo lo que yo quiero.

Estaba muy equivocada si lo pensaba de verdad.

—Supongo que tenía que haberme parecido más a ti —siguió hablando.

La escuchaba, aunque a medias. Me pesaba mucho el cuerpo y, de pronto, sentí que me ardía la cara. Si era honesta conmigo misma, llevaba un rato sin querer estar ahí. Parecía fácil ponerse en pie y abandonar el Georgie's. Solo tenía que atravesar el aparcamiento, subirme en el coche y conducir hasta casa recordando dónde estaba cada señal de tráfico, porque intuía que sería incapaz de prestar atención a nada de lo que tuviera delante. Quizá la mejor opción era volver andando.

—¿Qué tal has estado tú? —acabó preguntando.

—¿De verdad te importa? —pregunté. Me costaba respirar.

La cara de Julia fue mutando de la sonrisa cansada a una expresión que no supe si era de sorpresa o de enfado. ¿Tenía derecho a cabrearse después de lo que me había dicho?

—Da igual —dije—. No me encuentro muy bien. Me voy a casa. Hablamos otro día.

Dejé un billete de veinte dólares sobre la mesa.

—Puedo pagar mi parte —murmuró.

Cerré un segundo los ojos. ¿Le decía algo o me quedaba callada?

—Es que no tengo cambio.

—Vale, pues invito yo la próxima vez.

—Me parece bien. —Intenté sonreír, pero fue en vano.

Salí de ahí tan rápido como pude. Abrí el coche y me tumbé en el asiento trasero. El ataque de ansiedad me duró unos quince minutos en los que cada segundo tuve que recordarme cómo se respiraba. Ni siquiera todas las ventanillas bajadas podían ayudarme.

Estaba destrozada.

¿Julia me odiaba, me envidiaba o me culpaba?

No lo sabía, quizá las tres cosas.

Después de recuperar la calma y de arrepentirme de haber ido al Georgie's aquella noche, me di cuenta de que no me sentía con ánimo para ver a Kai al día siguiente, así que decidí llamarlo. Todavía era pronto, aún debían de estar despiertos.

—Diga.

Por suerte, me contestó él y no tuve que enfrentarme también a su abuela.

—Oye, soy yo.

—¿El fantasma de las Navidades pasadas?

—Alice.

Silencio al otro lado del aparato.

—Mejor no vengas mañana —dije abatida.

—¿Qué ha pasado?

Esperaba cualquier pregunta menos esa.

—Es una historia larga que se remonta a hace varios años, pero que me ha explotado en la cara hará media hora. No creo que mañana sea buena compañía.

—Como quieras —accedió.

—No vayas a Maggieland —añadí con las pocas fuerzas que me quedaban.

No se rio.

—Como tú digas, amor.

Yo sí que me reí. Pero no supe si por la estupidez de aquel juego o por el agotamiento emocional que se me estaba acumulando en ese momento en el pecho.

—Oye, Ali.

—¿Qué?

—Me gustan las historias largas. Y da la casualidad de que acabo de calentarme un vaso de leche y tengo un rato, ¿por qué no me lo cuentas?

Si lo contaba, me echaría a llorar, y era probable que no comprendiera los motivos por los que me sentía como una mierda. Ni yo misma estaba segura. ¿Era porque no valía nada para la gente que a mí me importaba? ¿Era porque Julia me había descrito demasiado bien y no me gustaba la imagen que había dibujado de mí? Quizá era todo.

—Necesitaría también un vaso de leche para hacerlo. O una tonelada de vino.

—Vale. Tómate tu tiempo entonces. Descansa.

—Gracias.

—Buenas noches.

Miré la pantalla del móvil después de colgar. El fondo era una foto que tenía con mis padres hacía dos años en la graduación del instituto. Esa Alice había cambiado poco, seguía sin saber nada de la vida. Estaba igual de perdida que entonces y, pese a lo que ella había creído, no había crecido nada.

Yo también me preguntaba qué había ahí fuera.

Me preguntaba qué hubiese pasado si hubiera hecho las cosas de otra manera.

También tenía qué averiguar qué necesitaba para ser feliz.

# CAPÍTULO 10

Las palabras pueden atraparte, igual que una mirada, un gesto, un silencio. Aquella mañana descubrí que algunas personas también pueden hacerlo, quizá porque corren más rápido que tú o porque les asusta menos descubrir qué monstruos escondes en el interior de la mochila. Hay monstruos pequeños, monstruos grandes. Algunos no se asoman nunca, otros se dejan ver enseguida. Las luces siempre están apagadas, sin embargo, hay quien las enciende de golpe, tan rápido que no hay manera de esconderse debajo de los cientos de bombillas que alumbran debajo de la cama, en el armario cerrado, en los corazones más oscuros.

Encendí la luz de la mesita de noche.

El timbre no dejaba de sonar. Iba a matar a mi padre. No había día que no se olvidara las llaves cuando salía a correr. Salí de la cama con los ojos cerrados, bajé las escaleras y abrí la puerta a regañadientes. Tenía intención de pasarme el día ahogándome bocabajo en la almohada, pero, por lo visto, no tenía derecho ni a eso.

—¡Siempre te dejas las llaves! —grité.

Me froté los ojos con los nudillos.

—Qué mal despertar —oí.

Levanté la vista de las Converse. Kai. O, mejor dicho, la mejor versión de Kai. Llevaba unos vaqueros holgados claros, rotos en las rodillas y una camiseta negra con un bolsillo estampado de flores. Aparte de los monos de trabajo que le había visto en la granja y el estilo clásico que lo caracterizaba en la facultad, esa era, sin lugar a dudas, la primera vez que lo veía vestir como un chico de su edad. No sé por qué, de pronto, me costó tragar saliva.

—¿Qué haces aquí?

Levantó un termo y una bolsa que olía a pan recién hecho.

—Te dije que no vinieras.

Eché la mirada atrás, hacia las escaleras, por si bajaban mis padres.

—¿Y la mudanza? —seguí interrogándolo, mientras me debatía entre empujarlo fuera de casa o decirle que entrara.

—No lo sé. Me pareció que hoy necesitarías café y alguna clase extra de repaso para tener la mente ocupada —explicó, muy tranquilo. No se inmutaba por nada.

—Lo que necesito es tumbarme en posición fetal el resto del día y compadecerme de mí misma.

—Pues eso no va a ocurrir. Invítame a pasar, parezco gilipollas aquí plantado.

Pues nada, Kai estaba dentro de mi casa. Eran las nueve de la mañana del sábado y yo todavía no le había hablado de él a mi padre. Otro frente abierto.

—Algo rápido que tienes que saber sobre mis padres.

—Por la cara que estás poniendo, temo que vayas a decirme que son unos asesinos en serie. ¿Es eso? Por favor, di que no. Todavía me queda mucho por vivir.

Estaba concentrado en sacar el pan de la bolsa. El flequillo castaño le caía sobre la frente bronceada. Tenía los labios semiabiertos. Me di cuenta de que sus pestañas eran bastante más largas que las mías. Moví la cabeza varias veces para borrar esa imagen de mi mente. Necesitaba recuperar horas de sueño. Volver a casa me estaba trastocando.

—Están pasando por una crisis o algo así.

—¿Se van a divorciar?

—Eso tendría algún sentido para mí si no fuera porque se quieren muchísimo.

—¿Entonces?

Una segunda opinión al respecto no vendría mal.

—Se acuestan con otra gente. Y les parece bien.

Kai no dijo ni una palabra. Ese chico no me servía para nada, ni para darme la razón ni para decirme que estaba equivocada.

—Te lo digo por si hacen algún comentario fuera de lugar.

Asintió sin más.

Escuché pasos en las escaleras y enseguida la voz de mi madre, a la que siguió la de mi padre.

—Ali, ¿ya estás despierta?

Miré a Kai, miré hacia la puerta. Así seis veces, hasta que aparecieron los dos en pijama.

—Buenos días —dije.

¡Ay, ay, ay! Nunca les había hablado de ningún chico a mis padres, así que no sabía qué reacción tendrían. Sin embargo, si ellos podían tener una relación abierta o lo que fuese, podría yo salir con alguien, ¿no?

—Mamá, papá, este es Kai. Ha venido por sorpresa —dije entre dientes y con una sonrisa tirante.

—Perdonen las molestias. Debí haber avisado. He traído el desayuno.

—Soy Julien y esta es mi mujer, Francis. —Mi padre le estrechó la mano—. ¿Ibais juntos al instituto? No me suena haberte visto antes.

Mamá ya había oído hablar de él, así que le dio un abrazo fugaz y no hizo ninguna pregunta. Estaba encantada de conocerlo, y qué guapo y qué amable por su parte haberse tomado la molestia de preparar pan recién hecho, café y comprar esos cruasanes.

—Es mi compañero de clase, en la universidad.

Entre mi madre y yo fuimos colocando platos, cubiertos y tazas sobre la mesa.

—Ah, ¿y has venido desde California?

—En realidad, soy de Big Sky.

Papá miró a Kai; después, a mí.

—¿Es tu novio?

Kai y yo nos observamos el uno al otro.

—Podría ser—comenté yo.

—¿Podría o es? —insistió mi padre, que tenía cara no estar tan contento como su mujer, que ya se había sentado y servido la primera, aunque no la última, taza de café de la mañana.

—Sí, es —acabé contestando al tiempo que apartaba la silla para ponerme cómoda.

Todo lo que podía estarlo sentada a la mesa con mi falso novio y mi padre, que resultó ser uno de esos padres a los que no le hace demasiada gracia —por no decir ninguna— que su única hija caiga en las redes de un guaperas. Sí, a los ojos de papá Kai era eso, podía notarlo en las miradas que le echaba. Tampoco me sorprendió que lo creyera, lo que me preocupaba era que yo también llevaba un buen rato pensándolo.

Mi padre suspiró al cabo de un par de minutos.

—Qué disgusto.

—¿Qué?

—Pensaba que te gustaban las chicas. Todo hubiese sido más fácil si tuvieras una novia. —

Se acomodó en una de las sillas casi a regañadientes—. Siéntate, por favor. —Kai obedeció—. Ahora tendré que hablaros de sexo, y bebés, y enfermedades de transmisión sexual.

Mamá hacía grandes esfuerzos por no echarse a reír. Yo no sabía dónde meterme y Kai… Bueno, Kai era Kai, así que habló tranquilo.

—Ya estoy al tanto de todo eso.

—¿Qué quieres decir, chaval?

—Quiero decir… —Me pidió ayuda con la mirada—. Nos han dado muchas charlas en la universidad. Y en el instituto, claro. He hablado con mi madre del tema y… Bueno, eso quiero decir.

Kai nervioso era como desbloquear una nueva *skill* de un videojuego. No podía culparlo: mi padre era un hombre imponente. No llegaba a ser tan alto como él. No obstante, bastaba una mirada de reprobación para que no quisieras volver a abrir la boca en lo que te restase de vida.

—¿Te acuestas con mi hija?

Me atraganté con el café y a Kai se le cayó la cucharilla de la mermelada sobre el plato.

—¡Papá!

—¡Julien!

—Contesta —exigió sin hacernos caso a ninguno de los tres.

—De momento, no.

Le di una patada por debajo de la mesa. La expresión de Kai era de apuro y dolor.

—¡¿Como que *de momento*?!

—Quiero decir: no, señor, no me acuesto con su hija.

—¿Alice?

—Papá, desayunemos, por favor.

¿Sabéis esas situaciones en las que el instinto de supervivencia os empuja a trazar en vuestra mente todo un plan para salir con vida de una situación peligrosa? Eso es justo lo que yo estuve haciendo mientras mi padre fulminaba a Kai a golpe de sonidos guturales.

Mamá le hizo preguntas cada cual más extraña. Desde qué champú usaba para que su pelo tuviera una apariencia tan sedosa hasta si tenía alguna marca de nacimiento. No paraba de darle vueltas al asunto: ¿en qué momento se me había complicado tanto la vida? Supongo que, cuando después de nacer, a mi madre y a mí nos dieron el alta en el hospital. A continuación, todo había dado paso a una sucesión de situaciones extrañas como aquella.

Me llevé a Kai arriba una vez que nos terminamos el café. Las muecas de mi padre dejaban ver que si la idea de que su hija tuviera un novio —ya se llamase Kai o Henry James— no le gustaba, menos aún le alegraba que nos quedáramos a solas, en el dormitorio o en una cueva.

Cerré la puerta cuando estuvimos arriba.

—Te dije que no vinieras —le repetí.

Echó un buen vistazo al caos en el que vivía. En comparación con su habitación, la mía parecía el basurero municipal. No porque estuviera sucia, pero el desorden era extremo.

—No me apetecía ayudar a Maggie con la mudanza.

—Pues haber recogido estiércol para los cultivos, ¿a mí qué me cuentas?

—Tu amabilidad me deja sin palabras.

—Ojalá fuese cierto, así no habrías hablado más de la cuenta ahí abajo —dije, señalando hacia la puerta.

—Si te refieres al pequeño malentendido que ha habido sobre nuestra intimidad…, no estoy acostumbrado a que nadie me pregunte esas cosas. Soy una persona introvertida.

Me observaba con tanta tranquilidad que deduje que estaba diciendo la verdad. Él decía que se debía al hecho de ser introvertido. A mí me parecía que era tonto.

Extendió el cubrecamas y tomó asiento en una esquina.

—Vístete, saldremos a dar una vuelta.

—¿A dónde?

Se encogió de hombros.

—Vamos a Paliside Falls.

—¿A hacer un pícnic? —pregunté sorprendida.

Kai venía de estar en plena naturaleza y quería más. Me preguntaba por qué había tenido que irse justo a California si estaba claro que no era un chico de ciudad. Tampoco es que yo lo fuera, sin embargo, tenía mis motivos para marcharme a varios miles de kilómetros de casa.

—No tienes nada mejor que hacer. Vemos las cascadas y nos da el aire.

Lo que no comprendía era el sentido de ir los dos solos a un lugar donde nadie nos vería. A fin de cuentas, amigos no éramos y lo de ser novios de quita y pon era solo de cara a la galería.

—Te vendrá bien —insistió—. Ponte calzado cómodo. Te espero abajo.

No me dio tiempo a seguir oponiendo resistencia. Acabé vistiéndome y cogí las botas de montaña y el cortavientos; seguro que haría más fresco que en plena ciudad. Seguía sin tenerlas todas conmigo, por no hablar de que las palabras de Julia seguían martilleándome.

Kai estaba en el salón, sentado con mi padre, cuando bajé. No pude escuchar de qué hablaban, sin embargo, la tensión que había habido poco antes había desaparecido por completo. ¿Qué le habría dicho para que le sonriera y le palmeara la espalda como si nada?

—¿Estás lista?

—Supongo —comenté, antes de despedirme de mi padre con un beso en la mejilla. Solo nos dijo que nos lo pasáramos bien y que tuviésemos cuidado de no partirnos la crisma. Él siempre tan delicado.

—¿Qué le has dicho a mi padre? —le pregunté mientras me acomodaba en el asiento del copiloto y me ponía el cinturón de seguridad.

—Nada.

—No me lo creo.

—¿Y a mí qué me cuentas?

Nos esperaban más de cincuenta minutos de coche hasta las cascadas y después, varias millas a pie para ver todo aquello. A todo esto, nos íbamos para allá sin comida y sin nada. Con suerte, nos atacaría un animal salvaje y apareceríamos en la primera plana del periódico al día siguiente: «Amantes mueren trágicamente en Paliside Falls». Maggie se tiraría de los pelos y Charlie… Bueno, Charlie se tomaría una copa en el Red Heart y se ligaría a alguna tía a la que le contaría que la amante del periódico se le había declarado y… No pensaba morir aquel día, bajo ningún concepto.

—¿En qué piensas?

—En sobrevivir a las fieras de Paliside Falls.

Kai me miró de reojo y puso cara de arrepentirse de haber conducido desde Big Sky hasta Bozeman para aguantar mis extraños y cada vez más delirantes comentarios.

—¿Qué pasó ayer? —preguntó al cabo de unos minutos, en los que habíamos estado escuchando *Check Yes or No*, de George Strait. Él, tamborileando los dedos sobre el volante; yo, moviendo la cabeza a un lado y a otro.

Intenté esquivar el tema, pero insistió tanto que no me quedó más alternativa que hablar

para que se callara de una vez. Era muy persistente, por eso tenía tan buena nota en Debate. Debía aprender de él, sin duda.

Tuve que remontarme a cuando los dinosaurios poblaban la Tierra para que entendiera qué clase de relación tenía con Julia tras los últimos años. Todavía no le había hablado de Charlie; intuía que en algún momento de aquella mañana también tendría que sacar a relucir ese tema.

—¿Te importa lo que ella piense?

—Creía que no, y más ahora.

—Pero te importa —aseguró.

—Supongo que sí, porque piensa que soy una perdedora.

—El problema no es que ella piense que eres una perdedora —explicó—. El problema es que tú también lo piensas.

Parpadeé muchas veces seguidas, igual que un juguete estropeado.

—Pues claro que lo pienso, ¿tú me has visto?

Kai frunció el ceño. Puso las luces de emergencia y se detuvo a un lado de la carretera. Me observó en silencio. Era bastante frecuente en él. A veces, ese comportamiento podía resultar desagradable para los demás, más que nada porque era casi del todo imposible saber qué pensamiento le cruzaba la mente.

—No eres ninguna perdedora.

Me asombraba que se hubiese tomado la molestia de detener el coche solo para intentar convencerme de que no debía pensar aquello sobre mí misma. Quizá me había equivocado con Kai y, en realidad, era una bellísima persona.

—Espérame aquí.

—¿Qué?

—Tengo que hacer pis.

Pues eso, una bellísima persona.

Se bajó de la camioneta y, mientras daba la vuelta, dijo:

—No me espíes.

—Para lo que iba a ver.

Se perdió entre unos árboles y regresó al poco. Me pidió por la ventanilla del copiloto que le diese unas toallitas húmedas de la guantera. Por lo menos era limpio, aunque eso ya lo imaginaba.

—Por cierto, he escuchado lo último que has dicho.

—Por eso mismo lo he dicho, para que lo escucharas.

Volvió a poner el coche en marcha, encendió la radio y, mientras se reincorporaba a la carretera, se puso serio una vez más.

—Alice Grace Wilson, no eres una perdedora.

Nunca pensaba en voz alta, había desarrollado una barrera que defendía al mundo de todo lo que me revoloteaba por la mente. Jamás corría el riesgo de que alguien pudiera saber cómo me sentía. Quizá fue la canción que sonaba y no recuerdo o que me relajé viendo quedarse atrás decenas de pinos que crecían como torres.

Sí, quizá fue ese el motivo que me llevó a decir:

—Entonces, ¿qué soy?

Kai no contestó. No tenía una respuesta para una pregunta como aquella. Ahí, sentada a su lado, me di cuenta de que echaba de menos a Daisy, que me enviaba selfis sonriente desde todos esos rincones del mundo que eran tan desconocidos para mí.

También me di cuenta de que uno no elige sentirse solo: lo escogen los demás por él.

Mientras Kai conducía en silencio —que era justo lo que más había habido entre los dos durante los dos últimos años—, me pregunté no solo quién era yo, sino quién era él. De momento, solo tenía una respuesta: era la primera persona a la que creí cuando me dijo que no era una perdedora.

Repetí esas palabras varias veces.

«Alice Grace Wilson, no eres una perdedora».

# CAPÍTULO 11

En medio de la inmensidad de la naturaleza eres diminuto, una hormiga a los pies de un gigante. Los problemas se vuelven insignificantes, el aire se respira diferente y, en algunas ocasiones, los recuerdos acuden rápidos a llamadas que no has hecho.

Kai no habló mientras ascendíamos por las rocas. Parecía encontrarse a años luz de ahí. Me di cuenta de que no había venido a Bozeman por mí, sino por él. Necesitaba escaparse. Quizá de Maggie, tal vez de cualquier otra cosa.

Me tendió la mano para ayudarme a trepar. Acepté la ayuda. No quería quedarme sin dientes. Tiró de mí sin ningún esfuerzo y yo tardé en soltarle los dedos más tiempo del necesario.

—¿No podíamos sentarnos a comer un helado?

—La mente necesita desconectar.

—¿La mente de quién? ¿La tuya o la mía?

—Ambas.

Eso confirmaba que no estaba del todo equivocada. Kai quería salir de Big Sky y al único lugar cercano al que podía ir era justo donde estaba yo. No me molestaba pasar el rato con él, aunque la mañana no hubiese comenzado con buen pie. La mayor parte del tiempo permanecía callado, tal vez porque cuando hablábamos, volaban cuchillos afilados igual que en el circo.

—Tu abuela se enfadará.

—Se le pasará enseguida.

—Eso se traduce en que la próxima vez no podré ni atravesar la valla.

—No —contestó—: significa que te tocará limpiar los establos.

Pensé en ello durante un momento.

—No es que me entusiasme la idea, pero tampoco me parece la peor opción.

—¿Hay algo peor?

—Fingir que Maggie y yo somos amiguísimas. —Dibujé mi mejor sonrisa, una que venía a recordarle que estar en la cocina a solas con su ex había sido un mal trago para mí—. Podía haberme troceado los dedos y, con su mirada inocente, habría dicho que pensaba que eran zanahorias. Nancy la habría defendido seguro.

Él sonrió.

—Es buena persona, Ali —aseguró Kai.

Yo, por supuesto, fingí que lo creía. ¿Estaba aún cegado por el amor que había sentido por ella y por sus múltiples encantos físicos? ¿O quizá era yo la que no podía verla como él porque tampoco tenía el más mínimo interés en conocerla?

—¿Por qué lo dejasteis?

Kai agachó la cabeza. Estaba muy atento a cada paso que daba. También me di cuenta de que era su manera de sopesar qué podía contarme y qué no. Así que él también tenía cuidado a veces a la hora de revelar sus sentimientos.

—Ella quería unas cosas y yo, otras.

—¿La dejaste tú?

—Sí, pero ya ves que no sirvió de mucho. Ella cree que estamos destinados a estar juntos. Y yo no pienso lo mismo. Sobre todo porque el destino me parece una invención barata. —No había activado el seguro del revólver al empezar a hablar. Disparó en todas direcciones—. Nos

enamoramos, pero no nos quisimos, hay una gran diferencia.

—A lo mejor acabáis volviendo, ¿o qué?

—No, eso no va a pasar. No funcionamos bien juntos. —Nunca lo había visto tan serio, ni siquiera en clase—. ¿A ese tal Charlie qué le pasa? ¿Quién es exactamente? —cambió de tema para no seguir siendo el protagonista de la conversación.

Había llegado el tan esperado momento. Miré hacia atrás. Habíamos ascendido un poco, podría dejarme caer por el barranco y así no tendría que revivir aquel momento. O podía contárselo sin darle mayor importancia para salir del paso. Llevaba unos pantalones nuevos que me había regalado mi madre y no hubiese soportado la idea de que yo los destrozara.

—¿Conoces *Orgullo y prejuicio*?

Kai pestañeó tres veces seguidas.

—¿Dónde está la trampa a esa pregunta?

—¿Sabes qué libro es o no?

—Claro.

Asentí despacio. Kai me indicó que nos sentáramos sobre una de las rocas. Sacó una cantimplora con agua de su mochila y me la ofreció. Di un trago largo y se la devolví.

—En el instituto me gustaba un chico.

—Charlie.

—Sí, el imbécil de Charlie.

—Importantísima la precisión —añadió.

No sé cómo pude evitar reírme. Acababa de hacer una mueca bastante divertida. Viniendo de él, era casi un milagro.

—Creía que era buena idea regalarle ese libro con una declaración de amor. Sí, lo sé, lo sé. ¿En qué cabeza cabe? Pues en la mía. ¿Te adelanto el final?

—Fue una pésima idea —respondió.

—Así es: sus amigos se burlaron de mí durante todo el último año y él nunca dijo nada. Ah, importante: ahora trabaja en uno de los locales de mi padre. Me da que sigue siendo tan imbécil como siempre. En realidad, respondí a una provocación suya y por eso le dije que tenía novio. Pero lo que quería era pegarle un puñetazo.

—Hiciste bien en no golpearle. Tus manos son para acariciar cachorros, terneros, ponis, no para pelearte con un gilipollas.

El tono amable y a la vez irónico de Kai me hizo sonreír.

—El caso es que no se cree que tenga novio porque está seguro de que sigo colada por él. —Se me escapó un suspiro digno de película.

Kai se había acodado sobre las rodillas y me miraba con sus brillantes ojos dorados. Quise averiguar si para él era igual de difícil comprenderme.

—¿Y es verdad?

—Pues claro que no, pero eso no significa que no quiera pegarle una patada.

—Eso puedes hacerlo, las rodillas no las necesitas para nada demasiado útil.

Me reí tan fuerte que un matrimonio que estaba a pocos metros de nosotros se nos quedó mirando. Me tapé la boca. Kai me tomó con suavidad de la muñeca y apartó la mano. Luego me dijo que no tenía que disculparme por reír.

—No debió burlarse de ti, Ali.

Yo eso ya lo sabía. No obstante, fue agradable que alguien más me lo dijera.

—Con que me deje en paz tengo suficiente —aseguré—. Le ha dado por hablar. ¿Ahora?

¿De qué? Ya no somos amigos, pese a que una vez lo fuimos. No somos nada.

No tenía ni la menor idea de si Maggie le había hecho a Kai la mitad de daño que Charlie me hizo a mí. No obstante, algo en la forma en la que me acarició el hombro me hizo creer que sí, que tal vez era distinto, pero dolía igual. Y él podía entenderlo.

—Ahí es donde intervengo yo, ¿no? Debo dejarle claro que no puedes ser suya —dijo teatralizando.

—Exacto, aunque se pensará que te estoy pagando por horas. Por lo menos, espero conseguir que deje de enviarme solicitudes de amistad a Instagram. Estoy harta de rechazarlas una y otra vez.

—Pues acéptala.

—¿Qué? ¿Por qué?

Sacó el móvil de mi bolsillo y encendió la cámara.

—Porque es la mejor manera de hacerle ver que eres más madura que él. Ah, y para que se dé cuenta de que no tiene nada que hacer —dijo mientras colocaba el móvil en el ángulo perfecto para sacarnos una selfi.

Apretó el botón varias veces.

—Sube una. No pongas nada cursi, no se lo creerá —me explicó.

Pidió que le desbloqueara el teléfono y comenzó a trastear en mi cuenta. Aceptó la solicitud de seguimiento de Charlie y lo siguió a su vez. Entonces subió una de las fotos que acabábamos de hacernos.

—¿Qué quieres que ponga? —pregunté después de que me pasara el teléfono.

—Algo que insinúe que nos arrancamos la ropa todas las noches como si estuviéramos participando de una guerra vikinga —soltó tan tranquilo.

—Mi padre me sigue.

—Entonces que insinúe que de vez en cuando, pero lo de la guerra vikinga que aparezca. Siempre me han parecido muy salvajes.

Le di un guantazo en el brazo y se tambaleó un poco, más por la risa que por el golpe. Desde luego, cuando pensaba que Kai Williams ya no podía sorprenderme, encontraba la manera de desestabilizarme. Era una caja de sorpresas.

Finalmente, decidí subir la foto sin ningún tipo de descripción. En mi perfil solo había fotos con los animales que había tratado en la clínica y alguna con Daisy. Daisy. No le había dicho nada de todo aquello.

Me llevé las manos a la cabeza. Kai preguntó si estaba bien. Me iba a matar, aunque ¿podía decirle la verdad? Habíamos prometido que nadie en la universidad se enteraría de que lo nuestro había sido una farsa con todas las letras. Sin embargo, mentir a mi mejor amiga no me dejaría dormir tranquila.

—A veces pensamos que tenemos que contárselo todo a nuestros amigos —me dijo Kai—. Podemos elegir qué nos guardamos para nosotros mismos, ¿sabes?

—Pero esto sería engañar.

—Nadie tiene por qué enterarse nunca de que no estamos juntos de verdad.

También era cierto, pero conocía a Daisy muy bien: me fundiría a preguntas sobre eso y aquello. No tendría respuestas, no me quedaría más alternativa que echar mano de mi imaginación para salir del paso. Y eso sería mentir.

—Si te vas a quedar más tranquila, por mí puedes decírselo —accedió Kai.

Yo no las tenía todas conmigo. Quería contárselo a mi amiga, aunque al mismo tiempo me

daba cierta vergüenza admitir en voz alta que había tenido que recurrir a algo tan absurdo para hacerle frente a Charlie Miller. Daisy me hubiese dicho que el puñetazo habría sido una opción más acertada.

—Solo serán un par de meses.

—Maggie me deja en paz y tú le das en las narices a Charlie.

—¿La última parte puede ser literal?

Kai sonrió mientras negaba con la cabeza. Se puso en pie y me tendió la mano una vez más. Nos quedaba poco para llegar a las cascadas, así que continuamos la marcha. El sol en la piel, la brisa fría en el pelo. No sé cuánto tiempo estuve abstraída.

—¿Crees que somos débiles por no saber gestionar todo esto de otra manera? En fin, míranos. Tenemos veinte años, o casi, ¿no deberíamos actuar de otra manera? —pregunté a pocos pasos de llegar a nuestro destino final.

Desde donde estábamos se veían las cascadas. En pleno invierno solían congelarse, se convertían en un bloque de hielo. En ese momento, el correr del agua se escuchaba fuerte y daba la impresión de que podías sumergirte en ese ruido que te apartaba de todo.

—Puede.

—Además —continué—, piensa que incluso estando conmigo, Maggie podría conseguir que vuelvas con ella. Jugar a los novios no te garantiza nada.

—Eres la mejor dando ánimos a los demás, ¿sabes?

—Pero tengo razón.

—No es un buen argumento para convencerme de ello.

Lo miré con los brazos en jarras. Supuse que quería que aplicara alguno de los consejos que me había dado para argumentar bien en los jodidos debates de la asignatura del señor Graham.

—Veamos —acerté a decir mientras las ideas se iban transformando en palabras—, según lo veo yo, no quieres estar con Maggie por esas diferencias que antes has mencionado. Te hizo daño.

—Exacto.

—Aunque podrías haber roto cualquier tipo de lazo que os uniese, has dejado que siga formando parte de tu vida, de un modo u otro, quizá porque aún sientes algo por ella.

—Puedes sentir algo por otra persona y que no sea amor, solo costumbre, a veces compasión, otras solo no encuentras la forma adecuada de explicarle que cuando le dijiste que querías estar solo, sin ella, no era durante un tiempo, sino para siempre.

Las palabras de Kai eran duras, más de lo que habría pensado.

—Piénsalo, no sientes nada por mí. —Hubo un ligero arqueo de las cejas de Kai, después miró hacia otro lado—. Soy una especie de balsa de salvación a la que te agarras para no hablar con ella, a lo mejor porque te asusta caer. No obstante, precisamente porque no te importo, podrías dejarte llevar de todos modos.

A Kai se le escapó un suspiro. Uno de esos que no supe clasificar, como si pronto encontrases un calcetín desparejo, de un color extraño, y no tuvieses claro si alguna vez había sido tuyo o solo había aparecido por arte de magia en la lavadora. Sí, aquel suspiro me generó una sensación de lo más extraña.

—Es más, ¿puedo añadir otra cosa?

—Estás dispuesta a dejarme por los suelos, supongo que no puedo hacer nada para evitarlo —comentó él.

—Has venido a pasar el día conmigo porque sabías que, si te quedabas a solas con ella, iba

a saltar todo por los aires otra vez. Maggie sacaría el tema de que todavía te quiere, de que sois el uno para la otra, de que no hay nadie en este jodido planeta que pueda amarte como ella y un sinfín de estupideces de una ex que quiere recuperarte por encima de todo, incluso de tus propios sentimientos. Tú dices que es buena persona, y puede que lo sea. Con otros. Contigo no. Si lo fuera te dejaría en paz, sobre todo porque tú mismo has dicho que le dejaste claro que no había vuelta de hoja para lo vuestro. Así que, o no fuiste tan claro como tú crees, o a ella le da igual mientras no le des una patada en su perfecto trasero. ¿Ves como las patadas sí son la solución?

Cogí aire; apenas había respirado mientras hablaba. Había tardado menos que si hubiese recitado la tabla de multiplicar del cero. Cosas de Alice Grace Wilson.

—¿Tengo que darte la razón? —se limitó a preguntar. Dudaba que hubiese mucho más que pudiera decir.

—Quiero que lo verbalices, no sé si me veré en otra igual.

Kai intentó no reírse. Le salió mal.

—Tienes razón —dijo alargando las vocales—. ¿Estás contenta?

—Pues no mucho.

Eché a andar hacia la cascada. Quería mojarme la cara, hacía demasiado calor.

—No quiero que me pongas los cuernos, aunque sean de mentira —dije.

Kai metió las manos bajo el agua y me salpicó.

—No te voy a engañar.

Intenté ser honesta cuando hablé a continuación.

—Sé que es absurdo, pero me haría sentir algo estúpida. Así que, si vas a volver con ella, déjame antes. No quiero que tu abuela, mis padres y medio Bozeman se compadezcan de mí cuando ni siquiera soy tu novia.

Kai siguió echándome agua encima. Yo me quejaba y daba manotazos al aire intentando apartarle de mi lado. No lo logré, era más alto, más ágil y tenía mejor puntería.

—Te he dicho que no te voy a engañar —repitió—. No soy esa clase de persona.

—¿Y de qué clase eres?

Se acuclilló y permaneció unos segundos mirándose los cordones de las zapatillas.

—Supongo que de la clase que aceptaría un ejemplar de *Orgullo y prejuicio*, con declaración de amor incluida, y se sentiría afortunado de que una chica guapa y divertida se fijara en él.

Levantó los ojos del suelo, colocó la mano a modo de visera y me miró directamente a los ojos. ¿Es necesario que os diga que yo estaba igual de sorprendida que si me hubieran dicho que estábamos en una simulación posapocalíptica? No sabía qué decir. En el caso de preguntarle si pensaba en serio que era guapa y divertida, se habría dado cuenta de todas las inseguridades que tenía. Pero ¿lo creía de verdad? No estaba mal recibir algún cumplido de vez en cuando.

No le di las gracias, no supe cómo.

Empecé a salpicarlo igual que había hecho él antes y Kai echó a correr.

Supongo que no me caía tan mal como había creído.

Puede que Kai Williams fuese una maravillosa persona. Sin embargo, las personas maravillosas también pueden hacerte daño.

# CAPÍTULO 12

Es imposible hallar el sitio que está construido a tu medida; es este el que, sin previo aviso, da contigo. Empecé a sentir que ese lugar me había encontrado durante aquellos días en la granja de Nancy, quizá porque el tiempo pasaba más lento, porque podía pasear con los pies desnudos sobre la hierba, porque estaba rodeada de animales y de naturaleza, o porque, aunque aún no teníamos mucho que decirnos, podía hablar con Kai.

La actitud de su abuela fue cambiando poco a poco, aunque eso no significaba que aprobara nuestro timo de relación; seguía siendo partidaria de que Maggie Turner se convirtiese algún día en la heredera de la casita rural más bonita del mundo y de todos los animales a los que me había dedicado a bautizar con nombres de frutas en, al menos, diez idiomas. En cualquier caso, Nancy siempre me invitaba a comer, dejaba un termo de té de hierbabuena para mí en la mesa de la cocina y, si me hacía alguna herida mientras la ayudaba, era la primera que iba a buscarme desinfectante y una tirita. Yo le caía bien, podía notarlo, solo que si las circunstancias hubiesen sido diferentes, podría haberlo demostrado un poco más. Su obsesión por aquel romance adolescente de su nieto no se lo permitía.

Esa mañana tocaba cortarles las uñas a las cabras y a las ovejas. Me había ofrecido para ayudar a Kai porque tenía experiencia. Lo había hecho una sola vez a una sola cabra, vale, pero ya sabéis que dicen que el mundo es de los valientes. Había quince cabras y diez ovejas en la granja. Kai y yo, mano a mano, nos metimos dentro del vallado con el instrumental necesario: guantes, alicantes, pinzas y loción podal. Me sentía como los cazafantasmas, moviéndonos a cámara lenta, con el viento en la cara y miradas de salir vencedores de aquello.

—¿Seguro que puedes? —me preguntó Kai, que tenía más confianza en que sacara buena nota en el examen de recuperación que en que consiguiera no salir calva de ahí dentro.

Entrecerré los ojos y miré al frente.

—Banana es mía.

Él levantó las manos en señal de rendición. No iba a seguir intentando comprenderme. No había forma humana de razonar conmigo cuando me entraba algo entre ceja y ceja.

Las primeras cabras fueron una odisea. Acabé rodando por el suelo varias veces. No es que oliera a rosas, la verdad. No obstante, me acostumbré más rápido de lo que había imaginado a estar embadurnada en excrementos. Al cabo de muchas pezuñas, me había vuelto una experta. Kai incluso me dedicó un piropo:

—Se te dan mejor que las personas.

—Quizá por eso tú y yo no nos llevamos bien.

—¿No nos llevamos bien?

Me pasó la botella de agua. Me la acabé de un solo trago. Estaba sedienta y agotada. A causa del sudor, los rizos que se habían soltado de la coleta se habían marcado alrededor de la cara. Kai sacó un pañuelo de tela del bolsillo. Me lo pasó por la cara pese a que intenté resistirme. A continuación, con las manos llenas de tierra, suciedad y, vete a saber qué más —todos sabemos qué más—, me apartó hacia atrás el pelo adherido a las mejillas y a la frente.

—Rectifico: no es que no nos llevamos bien, es que nos llevamos fatal.

Él se echó unas buenas risas a mi costa y yo procuré no imaginarme que llevaba restos del pienso digerido de algunas cabras en el flequillo ondulado. Tampoco es que fuera tan señorita

como para que eso me importase, pero, aun así, no quería ser un aspersor humano de fertilizante.

—Eres un idiota, Kai Williams.

Cuando quise darme cuenta, solo quedaba una cabra, que me miraba dispuesta a dejarme sin dedos y probablemente sin ropa. No iba a perder. Me puse en posición defensiva y fui acercándome hacia ella con tranquilidad. La acorralé en una esquina. Pensé que saltaría y escaparía, sin embargo, permaneció en el sitio.

—Ah, ahora te portas bien. Lo haces solo para dejarme en mal lugar.

Me arrodillé frente a ella. Me dejó tomarle una pata, después la otra, y así hasta que acabé con todas. Para cuando acabé con Banana, estaba mosqueada.

—Kai.

—¿Qué? —me contestó desde el otro lado. Acababa de soltar a la última oveja.

—A Banana le pasa algo.

—¿Qué tiene?

—Se está portando demasiado bien.

O estaba preparando un ataque sorpresa en el que pensaba darme una coz en pleno ojo, o mi intuición estaba en lo cierto. La palpé. No se quejó en ningún momento.

—No tendrás un estetoscopio, ¿verdad?

Kai asintió. Fue a buscarlo a la casa y yo me quedé arrodillada junto a Banana.

—¿Estás segura de que no te apetece mordisquearme un poco el pelo?

Le acaricié el lomo y acabó acomodándose en el suelo.

Kai regresó al cabo de unos minutos. Me pasó el estetoscopio y procedí a usarlo tal y como nos habían enseñado, aunque ni de lejos teníamos tanta experiencia como para estar seguros de nada.

—¿Y bien? —preguntó Kai.

—Respira raro.

Se colocó el aparato y al cabo de un minuto confirmó que él también lo escuchaba.

—¿Se le habrá quedado alto atragantado en el esófago?

—No ha comido esta mañana.

—Esta no es la Banana de siempre —comenté—. Llamemos al veterinario.

Kai se puso a ello de inmediato. Volvió a la casa y llamó desde el fijo. Yo preferí quedarme con ella mientras el resto de cabras y ovejas salían del corral para pastar tranquilamente.

—Te pondrás bien.

Banana me miró sin creérselo.

El veterinario era un señor de la edad de Nancy que caminaba con un bastón. Tenía el pelo envuelto en dos rulos grandes de color verde fosforito. Las gafas eran de culo de botella y debía de tener bastante miopía porque los ojos eran diminutos en comparación con otras partes de la cara.

Banana parecía desconfiada.

Yo le eché una mirada Kai que venía a decir lo mismo.

—Apártese, joven —me dijo.

Iba a obedecer, pero Banana mordió mis pantalones y no los soltó hasta que se aseguró de que me quedaba cerca.

—Parece que la quiere.

—¿A mí? —pregunté sorprendida.

El hombre me ignoró. El doctor Lewis era de lo que ya no quedaba. Usaba unas técnicas

pretecnológicas que casi nunca nos enseñaban en la facultad. Llegó a la misma conclusión que nosotros. Dijo que primero intentaría hacerle tomar un vomitivo. Una cirugía era demasiado invasiva y, si podía evitarse, para el animal era mejor.

—Dénselo y vigílenla. Si ven que no ha expulsado lo que parece que se le ha atascado, tráiganla a la clínica y le haremos una radiografía.

Yo pensé que tal vez la radiografía debería haber ido antes, sin embargo, no dije nada.

Nancy le ofreció un café al médico y nos dejaron a Kai y a mí como responsables de que Banana colaborara en tomarse el medicamento.

—Si lo trituramos y se lo damos con una jeringuilla, será más rápido —recomendé.

Kai la sacó del bolsillo de los pantalones. Se había adelantado a mi idea.

Quince minutos después, Banana lo había puesto todo perdido. Rebuscar entre el vómito es una cosa asquerosa. Hicimos ambos un esfuerzo enorme por no devolver. Al final, encontramos un trozo de goma.

—¿Y eso?

—Ya se ha vuelto a comer alguna de las mangueras del regadío. Se cuela en los huertos. Normalmente, solo las rompe. Esta vez debe de haberse tragado un trozo sin querer.

—Entonces, ¿ya está bien?

El doctor Lewis seguía en la granja, así que le informamos de lo que habíamos encontrado. Tenían que ver si volvía a comer con normalidad. En tal caso, no parecía haber más problema que ese.

—Te has salvado, amiga.

Nancy le dijo al doctor que lo bajaría al pueblo en la camioneta, así que Kai y yo nos quedamos solos. Primero, nos cambiamos de ropa y, después, nos tumbamos sobre la hierba, con las ovejas dando vueltas a nuestro alrededor.

—¿Hubo alguna reacción a la foto del otro día?

—Mi padre dijo que eras más guapo en persona —comenté.

—¿Y Charlie?

—He procurado no tropezarme con él, pero nos encontramos en el supermercado, en la sección de cereales.

—¿Es importante que fuera justo en la de cereales?

—Sí, porque me encantan y no pude salir corriendo sin cogerlos.

—Ali, es que tú no tienes que marcharte de un sitio solo porque él esté también. Debes aprender a que te importe una mierda.

—¿Kai Wilson hablando mal? No me lo puedo creer.

—Lo he aprendido de ti, no eres una buena influencia. —Se volvió hacia mí y me guiñó un ojo—. ¿Te dijo algo o no? —Parecía que quería saber a toda costa si su plan de la foto había salido bien.

—Me dijo que no pegábamos.

Hice una pausa, no sabía si contárselo todo. Kai estuvo dándome codazos hasta que acabé soltándolo.

—Por lo visto, cree que hago mejor pareja con él.

—Pero si te rechazó —dijo medio ofendido. Se incorporó sobre los codos. ¿Eso que veía en sus cejas era una leve muestra de enfado?—. ¿Qué le dijiste?

—Que si se había dado un golpe en la cabeza aquella mañana.

—Debió de dárselo cuando se comportó como un idiota contigo, no ahora.

Kai defendiéndome me daba sensación de seguridad. Nadie se había puesto nunca de mi parte, me sentía bien. Daisy me apoyaba, claro, pero ella le daba a ese tipo de cosas la importancia justa.

Hablando de Daisy.

Recibí una llamada justo la noche después de subir la fotografía.

—¿Qué haces con Kai Wilson?

Podía haber contestado: «La idiota».

—Nada, bueno. Quedamos.

—¿Quedasteis?

—Para ver cascadas.

—¿Qué problema tenéis?

Me encogí de hombros, pero me di cuenta enseguida de que no podía verme.

—¿Es que ya no puede una ir a ver cascadas tranquila?

Daisy soltó tal carcajada al otro lado del aparato que tuve que apartar el móvil.

—¿Os habéis liado? ¿Qué tal besa? ¿Te ha metido mano como si fuese a acabarse el mundo? Dime que sí. Necesito vivir a través de ti.

—Has elegido la peor persona para eso, Daisy.

Bufó muy descontenta.

—¿Te parece bien que haya salido con Kai?

—Me parecería bien hasta que salieras con un árbol, con tal de no volver a escuchar el martilleo constante de «Charlie es un imbécil». Todos sabemos que lo es, incluso los que no lo conocemos. Kai es guapo. Y está muy bueno, quitando que se viste como si acabara de atracar una tienda de la posguerra.

—Te doy mucho la lata con Charlie, ¿eh?

—Va implícito en cualquier amistad ser pesado con un ex.

—Y ni siquiera es mi ex, imagínate si lo llega a ser.

—Líate con el macizo intelectual, te vendrá bien.

Eso no iba a ocurrir, aunque no había forma de que mi amiga lo intuyese mientras se perdía en las calles parisinas al más puro estilo *Emily en París*, con su madre haciéndole de guardaespaldas y su pésimo acento francés.

—¿Sigues aquí? —me preguntó Kai, que se había tumbado de lado y me miraba como si estuviese viendo una pintura abstracta, es decir, sin comprender nada.

—Sí, solo pensaba.

—Ah, pero ¿piensas? Habitualmente quiero decir.

Me incorporé enfurruñada y con el pelo enmarañado. Lo cogí por los hombros y empecé a zarandearlo con tanta fuerza que la cabeza se le movía de un lado a otro. Él no paraba de reírse. Pensándolo bien, seguro que se sentía igual que en una montaña rusa.

—¿Qué quieres decir con eso, a ver?

—Solo bromeaba —logró decir entre carcajadas.

—¿Me estabas llamando tonta, Kai?

—¿Cómo osaría hacer algo así?

—Más te vale, hoy soy una heroína, no te atrevas.

Él no paraba de reírse mientras yo invertía toda la fuerza de mis brazos en moverlo hacia delante y hacia atrás.

—¿Interrumpo algo?

Detuve mi ataque al momento, aunque dejé las manos sobre los hombros de Kai. Ambos levantamos las cabezas y miramos a nuestra derecha. Maggie estaba ahí, de pie, con un vestido de gasa corto de un color lila vibrante. Algunos dirán que me estoy haciendo la loca, pero, de verdad, no tenía ni idea de en qué momento me había colocado a horcajadas sobre él.

Me aparté con tanta rapidez que di dos vueltas sobre el prado.

Maggie sonreía; eso sí, de haber podido, me hubiese petrificado igual que Medusa. Sus ojos parecían clamar venganza al cielo. En su mente de exnovia celosa —y, seamos honestos, también algo posesiva—, yo estaba tocando lo que aún le pertenecía. Como si las personas pudieran ser poseídas igual que un objeto. Debía de ser bastante triste ser ella. Quitando, claro está, que era una belleza.

Se arrodilló en la hierba junto a Kai. No sabría decir por qué no me gustó.

—¿Qué hacíais?

«Contrólate, Alice Grace».

—Lo único que podemos hacer en público: reírnos.

A Maggie le tembló la sonrisa.

—¿Y de qué os reíais? —siguió ella, interrogando con cara de niña buena.

Kai la observaba casi sin pestañear. Hubiese dejado que Banana me mordiese las pantorrillas con tal de saber en qué estaba pensando. Era un precio que merecía cada centavo. O cada pedacito de mi piel.

—Es un secreto —dije, al tiempo que me ponía en pie y me sacudía las briznas que se habían pegado a la tela del pantalón—. Voy a ver cómo sigue nuestra cabra favorita.

Ella no puso ninguna objeción. Solo quería perderme de vista. Y en cuanto a Kai, me dio la impresión de que se le olvidó que no era seguro quedarse con ella, porque se limitó a asentir y dejó que me marchara.

Ya lejos de ellos, intentando otear en todo aquel valle al rebaño, intenté serenarme.

—¿Por qué estás nerviosa de pronto? —me pregunté a mí misma en voz alta—. En fin. Él verá, es su vida. Mientras Charlie me deje en paz, yo ya habré ganado.

Quizá era pedir demasiado. No sabía cómo podría Kai convencer a semejante incrédulo, teniendo en cuenta que todavía creía que me tenía comiendo de la palma de su mano. Desde luego, con una foto en Paliside Falls no.

El verano mejoraba por momentos.

Y, en ese instante, el lugar que parecía estar hecho a mi medida se volvió más espacioso, tanto como para que cupieran no solo un montón de personas más, sino también un puñado muy grande de dudas.

# CAPÍTULO 13

¿Habéis oído hablar del efecto mariposa? Esas variaciones mínimas que pueden dar pie a complicaciones mayores, un desenlace inesperado. El efecto mariposa de esta historia se resume en un chupito de más y que suene una de tus canciones favoritas. Fueron las culpables de que acabara besando a Kai en medio de la pista de baile del Red Heart. Un día cualquiera en la vida de Alice Grace Wilson. Dejando a un lado el *spoiler* y que el deseo de Daisy se cumplió, retrocedamos un poco en el tiempo.

Había pasado poco más de una semana desde que Banana se había atragantado con el caucho de la manguera. Por suerte, estaba perfecta. En resumidas cuentas, en Big Sky las cosas estaban así: Nancy seguía bebiendo las aguas por Maggie y esta aparecía siempre que yo andaba cerca. Al principio pensé que tenía una especie de sexto sentido. Después me di cuenta de que la abuela de Kai la avisaba de mis visitas. Qué oportuno.

Tras varios días en la granja plantando patatas y cebollas, decidí que no me vendrían mal unos días en Bozeman, con mis padres. Ellos también habían estado ocupados, aunque no precisamente en labores de agricultura. Prefería no conocer los detalles de las noches de fiesta. Era más feliz viviendo en la ignorancia absoluta.

El viernes por la tarde me vestí de gala con mi pijama favorito, me hice un bol de palomitas en el microondas y escogí una película al azar para pasar el rato. Tenía las piernas llenas de moratones y me dolían los hombros y los brazos de tanto escarbar la tierra con las manos y la pala.

Papá y mamá se prepararon para salir a eso de las siete. Irían a tomar unos vinos y después, citando sus propias palabras, «a lo que surgiera». Yo, personalmente, esperaba que no surgiera nada y regresaran a casa a dormir como dos padres normales. Por desgracia, no era tan sencillo.

Me acomodé en el sofá, con el ventilador girando deprisa frente a mi cara y, en algún momento, me quedé dormida. Soñé con aquel maldito día en el que me llené de valor para decirle a Charlie que me gustaba. Mucho. Tanto como para cambiarme a la última fila con él si hiciese falta. Sí, se lo había escrito en la declaración.

También me visitó otro recuerdo. El viaje de hacía cuatro años a Big Sky, con el instituto. La canoa que volcó, la fotografía que me hizo Charlie después. Seguía colgada en el recibidor de casa. Mi cara enfadada y los brazos en jarras. Al fondo en el lago, dos compañeros correteando con una culebra en las manos y otro chico sentado en el muelle.

Desperté con el sonido insistente del timbre.

Fui a abrir, no podía apartar mis pensamientos de aquel recuerdo.

Al otro lado de la puerta estaba Kai. ¿Kai? Bueno, una versión de Kai que no había visto antes. Pestañeé varias veces. Vestía de negro de pies a cabeza. Me froté los ojos. Solo esperaba que aquella imagen desapareciera cuando me despertara del todo. No hubo forma. Los vaqueros negros y el pelo algo húmedo que le caía sobre la frente me dieron ganas de meterme en una bañera helada.

—¿No tienes calor? —le pregunté mientras me hacía aire con la camiseta.

—¿Ya quieres desnudarme? —dijo él mientras pasaba por mi lado y entraba en casa sin que lo hubiese invitado.

—Créeme, eso es lo último que me apetece.

Me miró por encima del hombro mientras cruzaba la puerta de la entrada y arqueó una ceja. Las cejas de Kai, el lenguaje no verbal que siempre me atrapaba.

El sueño que acababa de tener hizo que me detuviera en el rellano. Miré la fotografía, que estaba entre otras seis o siete. Kai se acercó y agachó un poco la cabeza.

—No sé por qué no la quitan —susurré.

—¿Por qué? Si sales muy favorecida —dijo él, por supuesto no en serio.

No apartó los ojos de la foto. La miraba como si intentara entender un problema de matemáticas. Me dio la sensación de que le resultó imposible, porque movió la cabeza intentando borrar lo que fuera que se le hubiese ocurrido.

Nos dirigimos al salón después de insistirle en que se moviera a base de empujones.

—¿Salimos? —preguntó.

Se acomodó en el sofá.

—Mis padres podrían estar aquí, te paseas como por tu casa.

Se encogió de hombros, más tranquilo incluso de lo normal.

—Me llamó tu padre, en realidad. Que te estabas consumiendo y parecías un fantasma. ¿Te has peinado al menos hoy?

—No, no me he peinado —contesté.

¿Papá llamando a Kai? ¿A su casa? ¿Para decirle que viniera? ¿De qué demonios habían estado hablando esos dos a mis espaldas? ¿Tramaban algo? ¿Desde cuándo mi padre hacía buenas migas con mi supuesto novio? ¿Era una táctica para mantenerlo vigilado? ¿Acaso estaba diseñando un plan malvado para que rompiéramos? ¿Sería capaz de romperle el corazón a su pobre hija?

—Dúchate, péinate, vístete.

—¿Estamos repasando el tiempo imperativo?

—Vamos al Red Heart.

—¿A qué?

—A saludar a cierto detractor de Jane Austen.

Los ojos de Kai sonrieron. Puede que suene absurdo, pero prometo que es verdad. Yo tampoco pude evitarlo. Me gustaba más ese calificativo que *imbécil*, porque implicaba muchas más cosas.

—¿Y qué me pongo?

—Aclárate: ¿tengo o no estilo? Primero, me dices que voy hecho un cuadro y, después, quieres que sea tu asesor de imagen. Qué duro es ser yo. —Soltó un bufido y se recostó en el sofá. Debió de darse cuenta de mi cara de póker—. Ponte lo que te haga sentir bien.

Me incliné hacia delante, con los brazos lánguidos entre las rodillas.

—Mi madre dice que lo que me hace sentir bien es ropa de salir a comprar *pizza* congelada los domingos —comenté mientras pensaba en mi fondo de armario.

Kai no pareció entender la referencia. Básicamente me refería a chándales, ropa holgada y camisetas de publicidad de hombre. Mis padres se volvían locos cada vez que les sorprendía con un nuevo conjunto. Desde que estaba en California, por lo menos ya no se llevaban esos disgustos.

—Vas a estar guapa con cualquier cosa, no lo pienses.

—¿Un cumplido?

Kai ladeó una sonrisa que hizo aparecer un pequeño hoyuelo al lado de la comisura derecha.

—Claro, amor.

—¿En qué momento se me ocurrió jugar esa carta?

—Ya no hay vuelta atrás —aseguró—. Te espero aquí. Soy paciente por naturaleza, tómate tu tiempo.

—¿Te vas a quedar en el sofá en silencio? Ni siquiera tienes un móvil con el que entretenerte —comenté. La sola imagen de él sentado en el salón de mi casa como un mueble me inquietaba.

—Pues no sé qué otra cosa podría hacer. ¿Necesitas que te lave el pelo?

—¿Es un fetiche?

—No, mis fetiches incluyen látigos, esposas, un disparador de llamas.

Me volví hacia él desde el quicio de la puerta con cara de espanto.

—No inventes —dije—. Como mucho, un expediente académico lleno de matrículas de honor.

Este comentario hizo que se riera.

Subí al dormitorio arrastrando los pies. Me duché, me lavé el pelo y después me perdí un rato en el dormitorio de mis padres. Maquillarme era la peor idea que había tenido. Lo comprobé cuando al cabo de un rato seguía sentada en el tocador y vi en el espejo a una versión de mí que podría ser una fan indiscutible del *heavy metal*.

—¿Sigues viva? —escuché que me preguntaba Kai desde las escaleras.

—Ven y compruébalo por ti mismo —lo animé.

Oí los pasos, escalón a escalón. Recorrió el pasillo hasta el dormitorio. Se asomó.

—Sí, es espantoso, ahórrate los comentarios —pedí con ambas manos levantadas.

—¿Puedo pasar?

Asentí con la cabeza. Kai entró, tomó asiento a mi lado en la banqueta y miró confundido la cantidad de potingues que mi madre tenía. Cogió un disco desmaquillante y un poco de tónico y me fue limpiando los ojos con delicadeza.

—¿Por qué te has echado tanto?

—Porque nunca me pinto y no he sabido cuándo parar.

—¿Al comenzar a parecerte a un mapache no te ha parecido oportuno?

Le solté un manotazo en el pecho. Cogió un poco de colorete, lo aplicó sobre las mejillas. Algo de máscara de pestañas y, por último, el pintalabios. Lo abrió y se echó un poco sobre la yema de su dedo. Antes de que tuviera tiempo a reaccionar, tenía los labios entreabiertos y Kai daba suaves toquecitos sobre ellos. De cerca… De cerca, no me parecía tan idiota como en la facultad. De cerca, se le veían los ojos incluso más dorados y la piel más bonita. Y Kai era guapo. Indiscutiblemente guapo, con la nariz larga y recta, la mandíbula pronunciada y los labios rosados, como si acabase de comerse un par de fresas.

«Alice, ya basta».

—A ver ahora.

Me giré nerviosa hacia el espejo.

—¿Por qué se te da tan bien?

Me veía guapa.

Kai no contestó, solo sonrió y me acarició la cabeza. Supongo que podría haberme ahorrado el colorete, llevaba un buen rato ya con rubor natural.

—¿Te gusta ese vestido?

Señalé hacia la cama. Todavía tenía la etiqueta puesta. Me lo había comprado mi madre y, como se había resignado —al igual que con otras muchas prendas— a que no me lo pusiera, lo

había guardado en su armario. El vestido era corto y vaporoso, de color negro.

—Si a ti gusta, sí.

—¿Eso es que no te gusta?

—Eso es que me parece que es a ti a la que no le gusta.

—A ti te gustan las chicas que llevan vestido, ¿verdad?

—Y dale con lo que me gusta a mí.

—Maggie siempre va en vestidos.

—¿Y a quién le importa cómo se vista Maggie?

Me rendí, no tenía caso que discutiéramos sobre eso, él tenía razón.

Kai regresó al salón y yo acabé declinando la idea del vestido. Opté por unos pantalones cortos negros y un top blanco con la espalda al aire. Hice un esfuerzo y escogí unas sandalias de tacón. Y, por primera vez en mucho tiempo, me dejé el pelo suelto con todos los rizos bailando sobre mis hombros.

—Ya estoy —avisé.

Di una vuelta delante de Kai.

—Pues vámonos.

Ningún cumplido, aunque ya me había hecho varios. Total, no sabía aceptarlos.

Pusimos rumbo al Red Heart en la camioneta de Kai. Él intentó hacerme cambiar de parecer y que fuésemos en mi coche, pero yo estaba demasiado nerviosa para conducir y, por algún motivo —quizá por su tamaño—, dentro de esa reliquia que chirriaba todo el rato me sentía más segura.

—No quiero entrar —dije en el aparcamiento del local.

—Que no quiera entrar yo lo entiendo, pero ¿tú?

—¿Tú por qué no quieres entrar?

—Por varios motivos, entre ellos que no sé bailar, que me sienta mal el alcohol y que me agobian los sitios con mucha gente.

—Y entonces, ¿por qué estamos aquí? —pregunté exasperada con las manos en alto.

—Porque no me gustan los abusones. Abajo.

Se bajó y casi me sacó a rastras. Ya no podía hacer nada, no me quedaba más remedio que entrar en el Red Heart con la cabeza bien alta y con un novio colgado del brazo. Puntos fuertes de Kai: era guapo, inteligente y, lo más importante de todo, sabía maquillar. Si se enteraba mi madre, me vendería por diez cabras a cambio de que se hiciese cargo de mi cara el resto de mi vida.

—Ante todo, vamos a intentar pasarlo bien.

—No sé cómo —dije—. Tú aborreces este sitio y yo también.

Acercó los labios a mi oreja y susurró:

—Ellos no tienen por qué saber que nos sentimos más cómodos revolcándonos en el barro. Va, sé valiente.

Colocó la mano frente a mí, bocarriba, y esperó a que se la tomara. Entrecruzó nuestros dedos y entramos juntos en el Red Heart, sintiéndonos como dos peces fuera del agua.

—No es la primera vez que vamos a un *pub*, ¿qué puede salir mal?

Intentamos avanzar entre la multitud. A esas horas ya había bastante gente ocupando la pista de baile, empujando sus cuerpos al ritmo de la música, acariciándose por debajo las telas finas de las blusas, con las copas a medio beber.

—¿Soy aburrida? —le pregunté a Kai.

Él se acercó un poco más porque no me había escuchado por encima del estruendo. Le repetí la pregunta con mucha paciencia.

—¿Por qué?

—Porque ahora mismo estoy pensando en que me he dejado la nueva novela de Elif Batuman a medias y podría estar en la cama leyendo tranquilamente.

Kai me envolvió la cintura y me atrajo hacia él para que no chocara con los que tenía detrás. A mí parecer, estábamos demasiado cerca, sin embargo, mi encantador novio de pega no parecía pensar lo mismo porque decidió no soltarme y avanzamos pegados hasta la barra.

—Tú no eres aburrida.

—Lo dices porque tienes mi misma idea de diversión.

—Bueno, quizá yo incluiría un paseo por el campo para ver las estrellas.

—¿Por qué somos así?

Kai frunció la nariz y dibujó la que me pareció hasta el momento la sonrisa más bonita que le había visto. Odiaba reconocerlo, pero mi compañero de clase a veces parecía buena persona. Otras seguíamos siendo nosotros, los que decidían si se llevaban bien o no.

—Somos supermolones.

—¿A quién le has robado esa expresión, a tu abuela?

Kai me dio un empujón con el hombro. Me preguntó qué quería beber justo cuando llegamos a los taburetes, donde me dijo que me acomodara. Charlie estaba ahí, poniendo copas, sin embargo, todavía no nos había visto.

Se me había secado la garganta de golpe.

Entonces dejó de agitar la coctelera. Había estado riéndose con un cliente. Yo le había señalado a Kai que él era el objetivo de aquel plan de rescate de mi corazón, que, os recuerdo, se había llevado la grúa mucho tiempo atrás. Nos vio muy juntos, más que nada porque no había demasiado espacio para poder movernos, aunque intuía que la escenita estaba dando sus frutos.

Se acercó a donde estábamos una vez que colocó el cóctel delante del chico.

—Ali, no esperaba verte.

Se inclinó sobre la barra y me plantó un beso en la mejilla.

¿A qué venía aquello?

Abrí la boca dos veces. No supe qué decir. ¿Por qué me volvía tan estúpida delante de Charlie? ¿Me asustaba la idea de que tuviera razón y resultara que, en realidad, mis sentimientos por él seguían ahí y continuarían haciéndome daño por más separados que estuviéramos o lo deprisa que corriese el tiempo?

—Hemos venido a tomar algo —me limité a contestar.

Kai estiró el brazo por encima de la barra y le tendió la mano.

—Soy Kai Williams, encantado.

Charlie parecía debatirse entre estrechársela o no. Al final, decidió hacerlo. Kai no dejó de mirarlo a los ojos en ningún momento. Entre los dos, y me sabe mal decirlo, saltaban más chispas que entre nosotros, que éramos la pareja del verano. Nótese la ironía, claro.

—Charlie Miller, encantado.

—¡Ah! —dijo Kai alargando mucho la exclamación—. Tú eres Charlie.

—¿Ali te ha hablado de mí? —preguntó tras acodarse sobre la barra. Me miraba de manera tan descarada que en otras épocas debería haberme pedido matrimonio por deshonrarme. A lo mejor sí que leía demasiado.

—¿Alice? Ah, no. Julien, su padre —dijo Kai, con ese sosiego innato. Aun así, lo noté.

Estaba preparado para atacar en cualquier momento. Mi padre. Menudas ideas tenía. Eso le cambió la expresión de seguridad del ingrato Charlie Miller—. Me dijo que nos prepararías unos *gin-tonics* fantásticos.

No reconocía al Kai que había conocido durante aquellas semanas. Se le veía muy seguro de sí mismo, manejaba la situación como si estuviera preparado para tener a sus pies a cualquier ser humano. Vale, puede que no tanto, sin embargo, no se sentía intimidado por Charlie, y eso logró que respirara más calmada.

—¿Te parece bien, amor?

Me pasó el brazo alrededor de los hombros y me dio un beso en la sien.

De pronto, me pareció que el taburete se movía más que un toro mecánico.

—¿El qué?

—Los *gin-tonics*.

—Me parecen bien —logré articular.

Kai me apartó un mechón de pelo que me cubría el ojo. Me acarició la mejilla y me besó en los labios con tanta naturalidad que no tuve tiempo ni de asustarme. Me quedé muy quieta, por si se acababa el mundo y todo empezaba a temblar a nuestro alrededor.

Tardé unos segundos en darme cuenta.

No era el mundo.

Solo era mi corazón, latiendo más rápido de lo normal.

# CAPÍTULO 14

Kai y yo en medio de la pista de baile.

Sonaba *Watermelon Moonshine,* de Lainey Wilson.

Tres copas, un chupito.

La cabeza dando vueltas como en una ruleta rusa. Y pum. Aprietas el gatillo, el arma va cargada. Pum, pum, pum. La mano de Kai me rozaba los dedos. De vez en cuando me hacía girar en el hueco que habíamos dejado a nuestro alrededor.

—Dijimos que nada de besos.

—Tú lo dijiste.

—Solo cogerse de la mano, abrazarse.

El brazo de Kai envolvió con más fuerza mi cintura. Apoyó la mejilla en mi cabeza. A él también le había hecho efecto el alcohol, aunque algo me decía que no tanto como a mí.

—Te huele el pelo a caramelo —susurró. Y siguió canturreando la canción. No era la primera vez, pero sí la primera que pensé que él encajaba muy bien en aquella melodía—. El pretencioso Charlie Miller no nos quita los ojos de encima.

No contesté enseguida. Estaba cerca del cuello de Kai, su piel era suave y también desprendía un olor muy agradable, que no supe identificar al momento; después, me recordó a la hierbabuena.

—Que mire.

Solo quería cerrar los ojos y sentirme tan relajada como en ese momento lo que restaba de noche, de verano, de año. Nunca había bailado pegada a nadie. Ni siquiera podía decir que estuviéramos bailando. Más bien, nos esforzábamos en que lo pareciera. Éramos como dos flores de tallo largo que se inclinan hacia un lado y otro del jarrón, intentando encontrar la luz.

—Dijimos que nada de besos —repetí.

—Pues devuélvemelo y dejemos de hablar ya del tema.

La voz de Kai se había vuelto más grave, sin embargo, me daba la impresión de que a él el chupito no hacía que le diera vueltas la cabeza como a mí.

Notaba sus dedos zigzagueando por mi espalda desnuda. Quizá pueda culpar a las copas de más o puede que me confundiera durante un instante; tal vez olvidé que estábamos interpretando un papel, y, sin duda, aquellos pequeños gestos de cariño por parte de Kai formaban parte de la actuación.

Lo besé en la mejilla.

Kai hizo lo mismo conmigo.

Perdí la cuenta de los besos que nos dimos por toda la cara.

Los labios temblaban nerviosos, dispuestos a que les llegara el turno también.

Kai me miraba, tenía los ojos clavados en mí, tanto como yo en él. Llevé las dos manos a su rostro y le dibujé las líneas de la mandíbula con los dedos. Todo parecía gritar «No, no, no». Entre nuestros cuerpos no podría haber pasado ni una hoja de papel.

Lo besé en los labios igual que había hecho él un par de horas antes, solo que esta vez Kai entreabrió los suyos y pasó de ser un roce inocente a un beso de esos que te despegan los pies del suelo, que ponen a prueba la respiración y te atraen con cierta desesperación hacia el otro. Así me sentí y hubiese dado cualquier cosa con tal de que aquella sensación se hubiese quedado

siempre.

Nos apartamos.

Nos miramos.

La situación se volvió tensa.

Kai fue un momento al baño, con los labios hinchados y después de haberme dejado sin rastro del pintalabios que él mismo me había aplicado. Charlie se acercó a mí, me cogió de la muñeca sin brusquedad alguna, de una manera tan cuidadosa que me asusté incluso más que si hubiese sido violento.

—¿Qué estás haciendo con ese chico, Ali?

—¿Salir con él?

—Tú no eres así. —Estaba tan enfadado que me di cuenta de que no estaba intentando tomarme el pelo.

—¿Así cómo?

Chasqueó la lengua y miró hacia otro lado.

—¿Sabe tu padre que sales con ese? —preguntó cambiando de tema.

—Ese se llama Kai, y sí, lo sabe. Ha sido idea suya que vengamos esta noche.

Charlie me soltó la mano igual que si hubiese tocado la llama de una hoguera.

—¿También ha sido idea suya que te líes con él?

—No, esa ha sido idea mía, ¿por qué? ¿Está prohibido besarse?

—Espabila, Ali, a ese tal Kai no le gustas. Se nota a leguas de distancia —arremetió. No debería haberme dolido, pero lo dijo con tanta convicción que me tambaleé un poco, y prometo que esta vez el tequila no tuvo nada que ver.

—¿Qué te da más rabia, Charlie? —solté entonces—. ¿Que yo me haya olvidado de aquella estúpida declaración del instituto o que tú no lo hayas hecho?

A él se le escapó una risita sarcástica y, para qué engañarnos, algo triste.

—Las dos cosas.

Desde luego, aquella respuesta no me la esperaba. Segunda tentativa de perder el equilibrio en los dos escasos minutos que llevábamos hablando, aunque con mi pérdida de la noción del tiempo, tenía la impresión de que me había quedado atrapada en un día de la marmota en el que se repetía todo una y otra vez.

Pestañeé varias veces. Kai regresó, me cogió de la mano y salimos de ahí sin despedirnos de Charlie, que se quedó entre la multitud con los hombros caídos. Nos subimos en la camioneta y yo dije algo ininteligible al principio.

—No puedes conducir, has bebido.

—Solo vamos a descansar. Después pedimos un taxi.

—¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Nada, olvídalo. Tú tenías razón.

—¿En qué? —pregunté confundida.

—En que las reglas hay que cumplirlas por algo. A partir de ahora, a medio metro de distancia.

Otro puñetazo en el estómago. No podía vomitarle por segunda vez encima. Todo tenía un límite en la vida. Nos habíamos equivocado, eso era lo que tenía que pensar. Solo esperaba que las cosas no se pusieran raras entre los dos.

—Olvidado.

Kai se volvió al fin hacia mí y dejó de mirar al frente.

—No pongas esa cara, no pasa nada.

—¿Estás seguro?

Volvió a rodearme los hombros con el brazo y me obligó a apoyar la cabeza. Por un momento pensé que Charlie se encontraba a escasa distancia de nosotros con un hacha y que ese era el motivo de aquel semiabrazo.

—Culpemos al chupito —dijo.

—Y a la canción. Ha sido culpa de la canción —expliqué.

—Totalmente.

Un segundo asentimiento en forma de sonido rasposo de garganta.

—Solo tengo que decir dos cosas más de esto antes de que dejemos de hablar del tema para siempre —expuse. Él me hizo una señal para que no me callara nada—. Lo primero es que, enhorabuena, también tienes matrícula de honor en besar. —A Kai se le escaparon varias risotadas que rebotaron en la misma parte de mi cuerpo donde lo habían hecho los besos.

—¿Y la segunda cosa?

Crucé los brazos sobre el pecho.

—Eh, ¿no deberías decirme tú también algo?

—No se me da bien mentir.

Entrecerré los ojos y dejé escapar un:

—¡Oh!

Negué con la cabeza.

—Eso ha sido un golpe bajo hasta viniendo de ti, Kai Williams.

Me dio tres golpecitos en la frente con la mano.

—No seas idiota. Quería decir que si te digo lo bien que besas, que por cierto es la verdad, no ayudaría mucho a que ninguno de los dos se olvidara. Y no puedo decirte otra cosa porque no sé mentir.

Era un cumplido, pero ya he dicho que siempre los encajo mal, por mucho que sea yo la que los pida.

—La segunda cosa es que creo que Charlie está celoso.

Le expliqué por encima lo que me había dicho.

—¿El objetivo de hacerme pasar por tu novio es ponerle celoso?

—Para nada, solo quiero que deje de tratarme como si fuese la idiota que se le declaró.

—No eres la idiota que se le declaró. Eres la chica que se le declaró. Solo porque él se portara mal contigo no significa que tus sentimientos no valgan nada, ¿sabes?

Me acerqué mucho a Kai y lo miré con los ojos muy abiertos.

—¿Quieres ser mi mejor amigo?

—¿Qué?

—Das buenos consejos cuando eres amable. Y me hablas bonito.

Kai me puso la mano en la frente.

—Estás muy borracha.

Me rasqué la cabeza. Bajé la mirada a sus piernas y a sus manos y…

—Deja de mirarme así, Alice.

—¿Por qué de repente me llamas Alice? Tú me llamabas Ali.

Se encogió de hombros y no le dio mayor importancia.

—¿Cogemos un taxi, entonces? —sugerí—. ¿O volvemos dando un paseo? Sí, volvamos dando un paseo. Me comería unas tortitas del Georgie’s.

Kai todavía tenía que volver a Big Sky, aunque dudaba mucho de que fuese capaz de hacerlo a esas horas y menos aún después de que hubiera bebido. Si mi padre lo había llamado para asegurarse de que tenía una vida social, debía prestarse a acogerlo en casa hasta la mañana siguiente.

Accedió a mi propuesta, nos bajamos de la camioneta y la dejamos ahí aparcada.

Caminamos en silencio por las calles oscuras, iluminadas tan solo por las farolas y la luz de algunos negocios que seguían abiertos. Una de las cosas que más me fascinaban de las ciudades de noche eran las ventanas iluminadas en los edificios; parecían pequeñas historias de personas desconocidas. De pequeña solía imaginarme quién habría al otro lado, qué secretos guardaría bajo la alfombra del salón, de qué ruidos estaría llena cada vivienda. La teletienda a medianoche, un matrimonio que conversaba, alguien hablando por teléfono, un viejo tocadiscos en el que giraba un vinilo lento.

Quizá me imaginaba todas esas cosas por el vacío que sentía en casa. Me consolaba la idea de que, más allá de mi propia ventana, había muchas personas que seguían viviendo. Eso le restaba dramatismo a mi propia vida y dejaba durante un par de horas de ser el centro de todo y solo era alguien más, en un dormitorio de la segunda planta de una casa cualquiera.

—Dime que no estás pensando de nuevo, por favor.

Llevaba un rato sin hablar, solo le daba vueltas a esa noche. Necesitaba volver a sentir que el mundo no dejaba de girar por el hecho de sentirme triste o por no comprender por qué me invadía, sin quererlo, la sensación de que a veces las cosas pueden estropearse con un beso.

—Solo en tortitas —mentí—. Con mucho sirope de chocolate.

Kai caminaba a mi lado con las manos en los bolsillos de la cazadora.

—¿Te funciona?

—¿Qué cosa?

—Hacerte la graciosa cuando estás triste solo para que los demás no se den cuenta.

Me mordí el labio inferior. Los efectos del alcohol estaban desapareciendo y cada vez era más consciente de todo, empezando por el hecho de que volvía a sentir los pies en el suelo; la levedad desapareció y me recordó que había una torre de piedras en algún lugar muy profundo que pesaba tanto como para preguntarme de qué estaba hecha y cómo había llegado a elevarse de esa manera.

—No estoy triste, solo cansada.

—Me parece un argumento muy pobre para convencerme, pero si te va a hacer sentir mejor que finja que sí te creo, lo haré.

Le di una patada a una piedra pequeña. Y otra. Y otra más.

—¿Sabes qué quería ser de pequeña?

Kai pareció sorprendido por el cambio de tema, me di cuenta porque se detuvo unos pasos por detrás de mí. Después, me alcanzó en dos grandes zancadas; yo no había dejado de caminar en ningún momento. No podía detenerme. Notaba que, si me paraba, sería más consciente de lo que había sucedido, de lo que Charlie había insinuado, de lo horrible que era, en realidad, volver a casa.

—¿Qué?

—Cazadora de planetas —contesté con una sonrisa muy propia de aquella risueña Alice Grace que pensaba que todo era posible—. ¿No me vas a preguntar por qué? —dije al ver que permanecía callado.

—Puedo imaginármelo.

—Ah, ¿sí? ¿Tan previsible soy?

—Es evidente: querías colonizar medio universo para expandir los negocios de tu padre.

Logró arrancarme un par de carcajadas y reducir lo que fuera que había aparecido entre los dos tras los besos en el Red Heart.

—Era una visionaria. —Kai me guiñó un ojo—. En realidad, era porque me pensaba que mi madre viajaba a ellos; no sabía muy bien cómo funcionaban los aviones. Solo quería tener todos los sitios a los que iba mamá, porque pensé que así podría verla cuando quisiera.

Era una historia que daba pena, en realidad. No esperaba que dijera nada al respecto, solo quería que alguien más supiera que había existido ese deseo tan grande en mi corazón. Lo había guardado siempre, porque las estrellas fugaces los cumplen y no podía arriesgarme a revelarlo por si perdía la oportunidad de que se hiciese realidad. Sin embargo, iba a cumplir veinte años e intuía que mi deseo se había extraviado hacía bastante tiempo.

—Yo de pequeño quería estar triste.

Esta vez sí me detuve y todas las ventanas del planeta, el único que conocía, se quedaron a oscuras. Y en toda esa oscuridad fui incapaz de ver ni un atisbo de luz.

# CAPÍTULO 15

Estábamos sentados en el borde de la cama del cuarto de invitados. Habíamos olvidado las tortitas y por poco no recordamos ni el camino de vuelta. Kai sujetaba en el regazo una camiseta y unos viejos pantalones de chándal que le había prestado; le iban a quedar cortos, pero servirían para pasar la noche. Acababa de llamar a su abuela para avisarla de que no volvería a Big Sky hasta la mañana siguiente. Por los gruñidos que escuché al otro lado de la línea del teléfono, contenta no estaba. O eso interpreté.

Llevábamos en silencio desde «Yo de pequeño quería estar triste». No había sabido qué preguntarle y Kai había preferido hacer ver que no había dicho nada, hablando de Bozeman, de lo amplias que eran sus calles y de lo ruidoso que le había parecido el Red Heart, aunque la decoración le había gustado y la selección musical también. Quizá él quería enterrar ese comentario. No obstante, yo no podría pegar ojo sin intentar averiguar un poco más.

—¿Qué niño quiere estar triste?

Me subí en la cama, apoyé la espalda contra la pared y me abracé las rodillas.

—Uno que no podía permitirse estarlo.

Se sentó en la cama y se acomodó contra el respaldo. Entendía en parte a qué se refería: yo tampoco les había dicho nunca a mis padres que no había tenido la mejor infancia del mundo; aun así, me pareció que en la historia de Kai había algo más. Por cómo me miraba, adiviné que iba a contármelo, no por necesidad, sino porque quería, había elegido compartir aquello conmigo.

—Mi madre es invidente. Comenzó a perder la vista cuando yo tenía ocho años. En cuestión de poco tiempo se quedó ciega del todo. Aprendió a leer mis emociones con las manos y yo, bueno… —Se quedó mirando al techo un rato—, yo me esforcé en que ni mis expresiones faciales ni mi voz mostrara ningún cambio en mi estado de ánimo.

No pude sostenerle la mirada cuando nuestros ojos se encontraron.

—Ella siempre le decía a la gente: «Kai es un niño feliz». Aprendí a creérmelo. Voz tranquila, expresión relajada y la mayoría de las sonrisas bien guardadas para mi madre. Con el resto de personas, simplemente dejaba de sonreír.

Eso explicaba muchas cosas que había notado en él, empezando por lo difícil que se hacía a veces verle una mueca alegre o un fruncimiento de cejas o una expresión enfadada.

—Tú querías ver a tu madre y yo quería que mi madre me viera a mí.

—¿Por eso prefieres quedarte en casa de tu abuela?

Hizo un gesto dubitativo con la cabeza.

—La visito a diario, paso la mayor parte del tiempo libre con ella. Le gusta que le lea en voz alta o que paseemos juntos. Es muy amable, te gustaría mucho —aseguró, y algo en sus ojos se iluminó.

La quería muchísimo, por eso había puesto todo de su parte para protegerla de lo que pudiera hacerle daño. Quería hacerle creer que había sido un niño feliz y que lo seguía siendo.

—Quería estar triste porque estaba triste. Era raro mirarse al espejo, practicar que ninguna línea de la cara pudiera delatarme bajo los dedos inteligentes de mi madre.

Sonreía mientras me lo contaba. Era una forma de consuelo, como muchas sonrisas que regalamos al cabo del día, cuando nos empeñamos en que los demás crean que estamos bien. Sin

embargo, duele igual. Bajo las estrellas, duele mucho.

—¿Sabes por qué me fui a California?

Negué con la cabeza.

—Porque pensé que ahí podía ser quien me diese la gana. Sobre todo sentirme de cualquier manera. ¿Qué más daba? No me conocía nadie. Podía estar enfadado, podía estar triste, podía reírme a carcajadas, de verdad o de mentir. El problema es que, salvando una sola excepción, incluso ahí elegí fingir.

—¿Una excepción? —pregunté confundida.

Ya no me miraba, parecía encontrarse atrapado en algún lugar de la memoria. De ellos no se puede escapar con facilidad. Es una cárcel de máxima seguridad a la que algunos decidimos entrar por propia voluntad.

—No importa —acabó diciendo.

Entendí que hay puertas que no pueden abrirse a la fuerza, que necesitan que las abra la brisa, no los golpes. Solo añadí:

—Me encantaría conocerla. A tu madre, digo. Preséntamela un día que vaya a Big Sky.

—¿En serio? —preguntó sorprendido.

Asentí con calma.

No me atreví a preguntarle sobre su padre, quizá no sabía quién era ni dónde estaba. A lo mejor era otro tema que le hacía daño, ya habíamos removido demasiado el pasado por esa noche.

Su siguiente pregunta me sorprendió. Quizá solo era el comodín para cambiar de tema.

—¿Estás segura de que ya no sientes nada por Charlie?

Segura del todo no lo estaba, pero ¿quién puede estarlo cuando hay sentimientos de por medio? No es como una regla matemática que pueda cumplirse siempre de la misma manera. Los sentimientos son cambiantes, toman formas distintas; a simple vista, no hay manera de saber si aún queda algo.

—Estoy segura —dije.

Era una mentira piadosa para mí misma, porque no quería, bajo ningún concepto, darme cuenta de que aún arrastraba residuos de lo que había sentido una vez por Charlie.

—¿Y tú por Maggie? —me arriesgué a preguntar.

—Supongo que el problema del primer amor es que tiene una sombra demasiado alargada —se limitó a decir, y con eso ya contestaba a mi pregunta, de una forma u otra—. Pero ya no siento nada por ella —añadió, y eso me contrarió.

¿Kai seguía sintiendo cosas por Maggie, por mucho que él supiese que no podían estar juntos por ser demasiado diferentes? Él decía que no. ¿No debía creerle? Razón y amor son piezas enfrentadas en el tablero del corazón. Hay una que siempre pierde, y todos sabemos ya de cuál se trata.

—Cuando acabes la carrera, ¿qué tienes pensado hacer?

Hice un gesto impreciso con las manos.

—Siempre he querido ser veterinaria rural, no me importa demasiado dónde. No tengo un sitio que sienta mío. Bozeman solo es el lugar donde crecí y California, el punto más alejado al que podía irme para no estar aquí. Así que digamos que tengo todas las puertas abiertas —expliqué—. ¿Tú?

—Volveré a Big Sky.

—Al doctor Graham le quedan dos telediarios.

—Ese comentario es cruel incluso viniendo de ti.

No podía negárselo. Estaba convencida de que, de haber estado a solas con Banana, le hubiese dislocado la cadera en menos que cantaba un gallo.

—Volverás a casa —susurré—. Debe de ser bonito querer volver a alguna parte.

—También lo es tener la libertad de poder ir a cualquier sitio —añadió él.

—Sí, puede.

No lo pensaba de verdad; me hubiera cambiado por él con tal de sentirme arropada, comprender la sensación de hogar, que me invadiera aquella nostalgia cuando un olor te recuerda a tu niñez.

Me arrastré por el colchón y me bajé de la cama. No era muy tarde, pero sugerí que nos fuésemos a dormir. Tenía un sinfín de emociones arremolinándose como un caracol gigante en el estómago.

Kai contestó que él también estaba cansado y me recordó que les enviara a mis padres un mensaje diciéndoles que estaba durmiendo ahí. Según él, no quería despertarse en medio de la noche mientras lo aporreaban con un bate de béisbol. Mi padre ni siquiera tenía uno, quizá lo hubiese hecho con los números especiales de la *Vogue* que se compraba mi madre.

Subí al dormitorio. Busqué el móvil en el bolso después de cambiarme. Informé a mis padres de que el cuarto de invitados estaba ocupado y apagué la luz de la mesilla de noche. En la oscuridad absoluta nada tenía sentido. Todo era más real, quizá porque no debía ocultar lo que sentía ni esconderme detrás de una máscara que me convertía en alguien diferente.

En la oscuridad absoluta pude reconocer dos cosas: que la confesión de Charlie había removido algo y que el alcohol no había tenido la culpa de que besara a Kai, lo había hecho porque me apetecía. No paraba de pensar que si hubiese aprobado todas las asignaturas, como había hecho los cursos anteriores, podría haber evitado todo aquello yéndome a cualquier otro rincón de Estados Unidos. No había vuelta atrás, claro.

Solo esperaba una señal. No es que creyese en ellas, pero a veces eran de gran ayuda. Como en ese momento. Necesitaba que las cosas volviesen a la normalidad. No sabía de qué manera podía lograrlo. Dejar la relación falsa con Kai parecía lo primero. Habíamos durado menos de lo que dura un lío de una noche. Sin embargo, me sentía cerca de él, como un amigo. Un amigo al que había tenido ganas de besar.

Me di la vuelta en cama. Pegué varias patadas al aire.

No era la única responsable; él me había besado primero.

Otra vuelta, más patadas al aire.

Menuda forma de saltarnos las malditas reglas.

Encendí de nuevo la lámpara, busqué entre los libros de la mesita de noche el ejemplar de *El viejo y el mar*, de Hemingway, cogí un bolígrafo y garabateé debajo de nuestras firmas:

Prohibido enamorarse.

Que me sirviera de recordatorio, por si en algún momento ciertos pensamientos invasivos querían hacerse cargo de la situación y me hacían volver a tomar decisiones equivocadas como la de esa noche.

El teléfono vibró sobre la cama. Pensé que era mi madre contestando al mensaje anterior, sin embargo, al desbloquear la pantalla, vi la notificación de que había recibido un mensaje en Instagram de Charlie. ¿Cuánto tiempo más iba a durar aquella noche? Quería que se hiciese de

día de una vez.

El mensaje consistía en un «Lo siento» y un «Todavía lo guardo» acompañado de una fotografía del ejemplar de *Orgullo y prejuicio* que le había regalado. ¿Qué clase de broma cruel del destino era esa? ¿Debía contestarle? ¿Qué quería preguntarle exactamente?

¿Por qué se había portado así conmigo? Alguien puede no quererte, es posible que no le gustes lo más mínimo, pero, como Kai me había dicho, que eso fuese así no le daba derecho a menospreciar mis sentimientos y hacerme sentir idiota por haber sentido algo por él.

Me debatía entre contestar o no cuando unos nudillos me interrumpieron. Levanté la mirada del teléfono, la puerta se abrió. Kai llevaba puesta mi ropa, que le quedaba igual que si un niño pequeño se hubiese ido a dormir y hubiese crecido veinte centímetros durante la noche.

—¿Qué necesitas? —pregunté.

—Algo para leer.

—Sírvete tú mismo.

Señalé hacia las estanterías y el escritorio, donde había varios ejemplares desperdigados. Kai comenzó a mirar los lomos de los libros. Me daba la impresión de que había leído la gran mayoría. De vez en cuando, se volvía hacia mí, se daba cuenta de que lo observaba y apartaba la mirada. Perdí la cuenta de cuántas veces hizo eso.

—¿Qué pasa?

Él negó con la cabeza.

—¿Quieres un libro u otra cosa? —inquirí al ver que pasaba el tiempo y no se decidía por ninguno.

—¿Qué otra cosa iba a querer?

Cavilé sobre las opciones que se me ocurrían y se las planteé.

—Se me ocurren tres. a) Quieres preguntarme algo y no sabes cómo hacerlo; b) te apetece un vaso de leche y te da vergüenza ir a la cocina a por él; c) has decidido saltarte las reglas otra vez y vienes a arrancarme el pijama.

¿Acababa de decir eso último en voz alta? Parecía que sí, necesitaba como fuese olvidarme de los mensajes de Charlie, aunque eso supusiera decir tonterías delante de Kai. Seguro que no me las tendría en cuenta.

—Lo primero de todo es que no te voy a arrancar ningún pijama, y menos pudiendo regresar tus padres en cualquier momento. Valoro mi vida.

—Lástima.

Disimuló la sonrisa.

—Lo segundo es que ya me he bebido un vaso de leche.

Esta vez fui yo la que sonrió.

—Y lo tercero es que sí me quieres preguntar algo —añadí.

Kai afirmó con la barbilla.

—Escúpelo ya, Williams.

Kai se acercó hasta la cama y se acomodó en el colchón, respetando el medio metro que había dicho que dejaría entre los dos desde esa noche en adelante.

—¿Estás bien?

Íbamos a ser amigos, me repetí varias veces. Podía contárselo.

Encendí el teléfono y lo dejé delante de él con el chat de Charlie abierto. Kai lo cogió y se tomó su tiempo para leer esas dos escuetas frases y mirar la foto, y muy posiblemente la hora.

Kai apagó la pantalla y dejó el móvil sobre la mesita de noche.

—No pasa nada si tienes dudas, Alice.

Le expliqué a Kai que la que tenía las dudas no era yo, sino aquella otra versión de mí misma, la que necesitaba cerrar un capítulo que seguía abierto, no porque quisiera, sino porque él no me dejaba ponerle fin.

—Solo hay una forma de que puedas hacerlo —me dijo cuando acabé de hablar.

—¿Vas a decírmela o jugamos a las adivinanzas?

—Habla con él.

Era lo último que me apetecía: sentarme frente a una taza de café con Charlie y decirle que me había hecho sentir diminuta, lo bastante pequeña para pisotearme.

—Preferiría no hacerlo.

—Sé que te asusta, pero es lo mejor.

Me apoyé contra el cabezal de la cama, giré la cabeza hacia la izquierda y lo miré. Él tenía la misma postura que yo: hombros caídos, brazos relajados, piernas estiradas en la cama. Le eché una segunda mirada de los pies a la cabeza de forma involuntaria. No quería reconocerlo, porque en tal caso se trataba de otra batalla perdida, pero la verdad era que me sentía atraída por él, incluso con esa ropa que llevaba puesta.

Kai me tapó los ojos con la mano.

—Para.

Cuando lo dijo, sentí que se había movido y que estaba más cerca de mí.

—Me vuelvo a la habitación de abajo. —Me destapó los ojos y me acarició rápido el pelo —. Buenas noches, Alice.

—Buenas noches, Kai.

# CAPÍTULO 16

Hay historias que están destinadas a acabar y empezar, y acabar y empezar, en un ciclo que pude durar años. Son un tique sin fecha de caducidad en una noria de la que no puedes bajarte. Así sentía que era mi relación con Charlie Miller. Solo diré que me dan miedo las alturas y que odio la feria. Ese sonido espeluznante del tiovivo, la música, las manos pegajosas del algodón de azúcar, el vértigo en el estómago y el dulzor de la manzana de caramelo. Una mezcla de emociones de lo más contrarias.

Pero si te quieres ir a casa, primero debes subirte en todas las atracciones.

Quedé con Charlie unos días después, aprovechando que Kai se iba de acampada con unos amigos y no podía darme clase. Hice de tripas corazón y le propuse encontrarnos en algún sitio neutral, donde no me sintiera incómoda y del que pudiera marcharme rápido.

La cafetería era pequeña. Dimos con un rincón algo apartado donde se podía hablar. Pedimos un café y una limonada y estuvimos en silencio hasta que él lo rompió.

—Me sorprende que me hayas escrito.

Le di un sorbo a la bebida.

—Deberías haberlo hecho tú, teniendo en cuenta que eres el único idiota de los dos.

Charlie levantó su taza de café y propuso un brindis mientras mostraba su mejor sonrisa.

—Soy un idiota, correcto.

Era la primera vez que lo reconocía, quizá con eso ya podría haberme ido satisfecha, sin embargo, como todas las personas que escarban más allá de la superficie, acabé encontrando más de lo que quería ver.

—No me porté bien contigo —fue lo siguiente que dijo.

—No te lo puedo negar.

—¿Qué esperabas? Tenía diecisiete años —se escudó. A mí no me valió como excusa, yo también los tenía; a esa edad se empieza a ser consciente de cuándo y cómo puedes herir a alguien—. En el fondo me sentí halagado cuando me diste aquel libro.

—No tenías por qué. Después de tu reacción me di cuenta de que solo me gustaba la versión que me había inventado de ti.

Charlie ladeó la cabeza, confundido.

—¿Qué quieres decir?

—Que no te parecías en nada al chico que me gustaba. Pensaba que eras amable y simpático, solo porque me habías prestado los apuntes cuando había estado enferma y me habías tendido la mano para que no me cayera en aquella ruta de montaña que hicimos con el instituto.

Charlie abrió mucho los ojos y apartó las manos de la mesa para, a continuación, colocarlas sobre su regazo.

—¿Por eso te enamoraste mí?

—Y por absurdos detalles que yo pensaba que tenías hacia mí —admití—. Me monté una película en mi cabeza que solo estaba ahí. Dejabas que me colara a la hora del almuerzo, pero a lo mejor lo hacías porque esperabas a tus amigos; me pasabas el balón en Educación Física, aunque sabías que era una negada para los deportes y el equipo perdería, sin embargo, quizá era solo para dejarme en ridículo; paseabas a Juice cerca de mi casa y me silbabas por si quería jugar con él… Puede que solo lo hicieses porque te aburrías.

Llevaba conteniéndolo dentro de mí tanto tiempo que sentí que podría pasarme horas hablando de cada nimio acto por parte de Charlie que yo había interpretado de forma errada. En mi corazón, él me trataba diferente. Los días eran mejores cuando el chico de la última fila se daba cuenta de que existía. Solo que me percaté de que aquello pasaba en mi imaginación y no en la realidad.

Charlie estuvo callado un buen rato. Ni una disculpa, nada a lo que pudiera aferrarme para poner punto final a una historia que llevaba años escribiendo. Hasta que al fin habló, y lo que dijo no ayudó a saldar la deuda que tenía con la Alice de diecisiete años.

—A veces, te puede gustar alguien y no sabes cómo decírselo.

Tardé en asimilar sus palabras. Creo que era la primera vez en mi vida que lo veía tan serio. Estaba relajado, no tenía ganas de divertirse a mi costa ni de menospreciarme.

—No soy bueno en esas cosas. No se me ocurre comprar flores o escribir lo que siento en un libro. Soy más básico.

Esperé paciente a que continuara hablando.

—Cuando leí lo que me habías escrito, me entró el pánico. Pero luego me puse feliz, y fui tan imbécil que decidí enseñárselo a mis amigos. Ellos se rieron, yo no supe reaccionar y les seguí la corriente, y aquello se convirtió en…

En mi corazón con las luces de emergencia puestas y aparcado en doble fila.

—¿Qué estás queriendo decir? ¿Que yo te gustaba?

—Venga, Ali —susurró. Una sonrisa triste floreció en sus labios—. ¿A santo de qué iba a dar un rodeo tan grande para pasear al perro? Sabía que estabas enamorada de los animales y tus padres no te dejaban tener ninguno. Parecías feliz cuando veías a Juice. En el instituto nunca te veía sonreír así.

—¿Y no fuiste capaz de decirme nada entonces?

—Después de todo, me dio vergüenza.

—¿Y pensaste que era peor que te diera vergüenza a hacerme daño?

—Ya te he dicho que no supe cómo gestionarlo. Solo era un crío estúpido, Ali.

En eso no le faltaba razón, lo era. ¿Por qué había tenido que decírmelo después de todo?

—Quiero disculparme. De verdad, lo siento.

Era un buen momento para cerrar ese capítulo. Le había gustado a Charlie Miller, sin embargo, le había importado más lo que pudieran pensar los demás de él que sus propios sentimientos, tal vez eso se debía a que no eran más que un capricho adolescente.

—Está bien, pasó hace mucho.

Charlie asintió. Me tendió la mano.

—Entonces, ¿podemos ser amigos?

Si decía que no, sería capaz de interpretarlo como que aún no podía olvidarme de él; si le decía que sí, se convertiría en un suplicio, aunque tampoco nos veíamos tanto. ¿Podía ser amiga de mi primer amor, que acababa de reconocer que también había sentido algo por mí? En fin, de perdidos al río: había vuelto a ver a Julia, había aceptado llevarme bien con Maggie, me había besado con Kai —el único al que no tenía que guardarle ningún secreto— y Daisy estaba a miles de kilómetros de ahí.

—Vale, seamos amigos.

Nos estrechamos la mano y nos miramos un instante. Definitivamente, vivía en una simulación.

—Como nuevo amigo tuyo que soy, ¿puedo decirte una cosa?

Ni era amigo ni podía decirme nada, pero consideré que era mejor poner tierra de por medio con las paces hechas, sin tentar demasiado a la suerte. Suficiente con que iba a pasarme los próximos días dándole vueltas a lo que me había confesado.

—Espero que sea que me invitas a la limonada, es lo mínimo.

—Cuenta con ello.

—A ver, qué cosa.

—¿Estás segura de que te gusta ese chico, el del Red Heart?

Puse los ojos en blanco, no podía creerme que me sacara el tema una vez más.

—Te dije que se llamaba Kai. —Charlie puso cara de darme la razón como a una tonta—. Y sí, claro que me gusta, es mi novio, ¿no es evidente?

—Vale, que conste que te lo he advertido. Allá va.

Charlie cogió su teléfono, buscó algo y cuando lo tuvo delante me lo enseñó. En la pantalla había una foto. Kai salía en ella junto a dos chicos más y una chica. Una a la que conocía muy bien, la despampanante Maggie Turner. De hecho, la foto estaba publicada en su perfil.

—Es su ex.

Eso yo ya lo sabía, lo que Kai no me había dicho era que también iba a ir a la acampada con ellos. Maggie estaba a su lado, le rodeaba los hombros con el brazo. ¿Compartirían saco de dormir? Una tienda de campaña podía ser el lugar perfecto para acercarse otra vez. Sin darme cuenta, había empezado a mover los dedos de los pies muy deprisa, lo hacía siempre que me ponía nerviosa. No obstante, no tenía por qué estarlo, ¿no? No era asunto mío lo que Kai hiciera.

—¿Has estado investigándolo?

—No ha hecho falta, conozco a Maggie desde hace un tiempo. Cuando subiste la foto, lo reconocí enseguida de verlo en su cuenta. En fin, tienen muchas fotografías juntos.

—Ya veo, es normal si han sido pareja, ¿no?

—Puede. En cualquier caso, me parece que van a volver a serlo, ¿no crees?

Me señaló la foto una vez más. Yo eso no podía saberlo. Quería pensar que si Kai había tomado una decisión y no se sentía feliz junto a Maggie, no volvería a caer en la trampa otra vez. La duda estaba ahí y seguiría estando, igual que esa sombra del amor de la que me había hablado él.

—Charlie, te agradezco la información, pero no tienes que preocuparte por nada.

No sabía si Charlie estaba o no pendiente de que no me hiciesen daño, tampoco podía adivinar por qué se comportaba así. La noche en el Red Herat había insinuado que no podía olvidar lo que había pasado entre los dos; ahora éramos amigos y buscaba la forma de que reaccionara de alguna manera a lo que me había contado.

Él estaba a punto de contestarme cuando sonó mi teléfono. Lo busqué en la bolsa de tela que había dejado en el asiento contiguo. Tenía guardado el número, pero no podía ser él, estaba en medio de la montaña y no regresaría en dos días.

—¿Sí? —contesté.

Era Nancy.

—¿Molesto?

—Para nada —aseguré. Parecía muy nerviosa, así que intenté tranquilizarla porque no entendía nada de lo que me estaba diciendo—. Respire hondo. ¿Qué pasa?

—Kai no está, Kiwi se ha puesto de parto, el doctor Lewis no puede solo porque su ayudante está de vacaciones y no sé muy bien qué hacer. Siento llamarte, es que…

Entendí lo que me estaba diciendo sin necesidad de que lo pidiera.

—Voy para allá, Nancy.

¿Había traído algún ternero al mundo antes? Para nada.

Colgué el teléfono y le dije a Charlie que tenía una urgencia, que ya nos veríamos. Me preguntó si quería que me acompañara. Por supuesto que no. Necesitaba estar a solas en el coche para intentar comprender algo de lo que había sucedido esa mañana.

Salí de la cafetería, me despedí de Charlie con la mano, él me devolvió el saludo desde el otro lado del ventanal. Ya al volante, encendí la radio a todo volumen y puse rumbo a Big Sky.

Charlie había sentido algo por mí.

Kai se había ido de acampada con Maggie.

Julia me había propuesto volver a vernos después de cómo había acabado la cena de tortitas.

La única que no me daba quebraderos de cabeza era Daisy, que me había enviado una foto comiéndose un *pretzel* en Berlín más grande que su cabeza.

Conduje pensando en todo esto y a la vez en nada. Las ideas iban saltando tan rápido que no tenía tiempo de prestarle demasiada atención a ninguna de ellas.

Llegué a Big Sky en un tiempo récord, solo esperaba no recibir ninguna multa en casa. Atravesé el vallado corriendo y fui directa a los establos, donde estaban Kiwi, que respiraba con dificultad, el doctor Lewis y Nancy.

—Ya estoy aquí —dije sin aliento.

Nancy me dio un apretón en el brazo y me dedicó una sonrisa.

—Vamos a tener que sacar al ternero con cuerda y polea —dijo el hombre.

Nos habían explicado la técnica en la facultad, aunque de la teoría a la práctica había un trecho. Nancy buscó todo lo que necesitábamos mientras el doctor me explicaba que no tenía demasiada fuerza y que me tocaría tirar con todas mis fuerzas si queríamos que naciese vivo. El parto se había complicado y Kiwi estaba sufriendo mucho. La acaricié entre los ojos y, después, debajo de la barbilla. Cualquier palabra que pudiera decirle no serviría de nada, pero esperaba que aquel gesto de consuelo le diese un poco de fuerza para aguantar el último tirón.

El doctor Lewis me pasó unos guantes de látex y me enseñó a palpar a Kiwi. El ternero estaba definitivamente atascado, así que logramos tirar de las patas traseras para engancharlas con la cuerda. La pasamos por la polea y amarré el otro extremo a uno de los pilares.

—Cuando yo te diga, empiezas a tirar.

Me coloqué justo donde me había indicado. Los mugidos de Kiwi se escuchaban en todo el establo. Nancy estaba nerviosa, muy cerca de ella. Le pasaba un paño con agua por la cabeza, solo porque esperaba que se encontrase mejor. Estaba sufriendo.

—Tira —ordenó el hombre, apoyado en su bastón y con una mano en las patas del ternero —. Tira —repitió.

Lo hice tantas veces que al cabo de diez minutos, con la fuerza que estaba haciendo y el calor, acabé sudando tanto que la tela de la camiseta se me terminó adhiriendo al cuerpo. No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero se volvió una eternidad. Nancy se acercó a echarme una mano y entre las dos dimos el último gran tirón y con él salió el ternero.

Solté al fin la cuerda y caí de rodillas sobre el heno. Nancy corrió junto al veterinario. El ternero estaba bien. Kiwi se acercó a él y comenzó a limpiarlo. Y yo, de la tensión y la impresión, me eché a llorar porque me parecía una de las mejores experiencias que había tenido.

El doctor Lewis se colocó a mi lado y me dio un par de palmaditas en el hombro.

—Lo has hecho muy bien.

—Muchas gracias. —Sonreí satisfecha.

—Ahora tendríamos que mirarte esas manos. —Señaló las quemaduras que me había hecho con la cuerda en las palmas de las manos—. Dejemos que madre e hijo se conozcan y vamos a vendarte.

Asentí. Me puse en pie tambaleándome. Solo tenía ganas de reír, me sentía muy viva, como si por primera vez hubiese sentido que formaba parte de algo y que podía quedarme ahí siempre que lo necesitara.

Quizá aquella pequeña granja en medio de Big Sky tenía la forma de lo que siempre había deseado.

Quizá.

# CAPÍTULO 17

Nancy insistió en que no hiciera fuerza con las manos, pero el trabajo se había acumulado en la granja y era evidente que ella no podría hacerlo todo sola. Después de que el doctor Lewis me curara las heridas y se marchara, me dediqué a hacer un montón de cosas en las que era una novata: desde alimentar a las gallinas, pasando por llenar varios cubos de agua en el pozo, asegurarme de que los dos burros seguían pastando cerca de la casa y no se habían escapado, recoger los huevos, regar el huerto, trocear la comida de los cerdos. Acabé exhausta. Eso sí, me sirvió para tener la mente ocupada hasta que se puso el sol.

Estaba recogiendo unas patatas cuando me rugieron las tripas. Nancy estaba dos hileras más allá, metiendo pimientos en la cesta de mimbre. Levantó la mirada de la tierra, se limpió las manos en el delantal verde que tenía colgado a la cintura y me sonrió.

—Enseguida cenaremos.

—En realidad, debería irme, si no, se hará muy tarde para volver —dije.

El sol ya se estaba poniendo y quedaba un camino largo de vuelta a casa. Hacía mucho tiempo que no conducía de noche y eso me ponía algo nerviosa.

—Quédate a dormir, estás agotada.

Miré las lombrices retorcerse entre la tierra húmeda de la que había sacado las patatas y las vendas manchadas. Tendría que cambiármelas otra vez, se habían puesto perdidas del trabajo de todo el día.

—Vale —acepté—. Voy a llamar a casa.

Busqué el móvil en el bolsillo de los pantalones y llamé a mi padre. Nancy colocó las patatas junto a los pimientos y me hizo un gesto con la cabeza para que volviéramos dentro. Por el camino le conté a papá que me quedaría a pasar la noche, y aunque estaba a pocos días de los veinte y técnicamente llevaba dos años viviendo sola en la residencia, no le hizo demasiada gracia.

—Nada de dormir juntos.

—Kai ni siquiera está aquí, papá. Está de acampada.

—Entonces, ¿a qué has ido?

—A ayudar en el parto de un ternero —dije orgullosa.

Silencio al otro lado de la línea. Imaginaba la cara de mi padre, de desconcierto total.

Nancy me pidió entre dientes que le pasase el teléfono, ¿y quién era yo para desobedecer a la mujer cuando habíamos firmado una tregua?

—Señor Wilson, buenas tardes, ¿cómo está? Soy la abuela de Kai. Sí, sí. —Unas risas. A saber lo que le estaría diciendo mi padre—. Nada, ninguna molestia, es una chica muy trabajadora. Ha estado ayudándome todo el día. Sí, sí. Es estupenda. —No daba crédito. Tantos halagos seguidos no eran sintomáticos de nada bueno—. Es mejor que se quede a pasar la noche. Está cansada y conducir será agotador. Sí, salude a su mujer de mi parte y vengan cuando quieran. Les recibiremos con mucho gusto.

Entramos en casa, Nancy puso fin a la llamada y me pasó el móvil.

—Dice tu padre que comas bien.

—Con el hambre que tengo, no creo que sea un problema.

Nancy volvió a sonreírme. Colocó la mano en mi espalda y me empujó con cuidado hacia

delante para que entrara primero en la cocina. Después de colocar las verduras, me di una ducha, le robé una muda a Kai del armario y dejé que su abuela volviera a curarme las quemaduras. Preparamos la cena en silencio. En la radio se escuchaba una antigua canción de Kate Wingfield. Las ventanas estaban abiertas; el cielo, vestido de rojo bajo algunas pálidas nubes que se movían con la brisa. Olía a lavanda y a detergente, porque Nancy había tendido la colada en el jardín.

—¿Por qué sonríes?

Tuve que despertar de esa pequeña ensoñación.

—Me gusta estar aquí, nada más. —Por cómo lo dije, parecía no ser gran cosa.

—¿Quieres que vayamos a ver al ternero mientras se cuecen las patatas?

Antes de dar una respuesta ya estaba en la puerta. Nancy se rio y me di cuenta de que Kai se parecía a ella más de lo que había percibido hasta el momento.

Kiwi descansaba en un rincón. El ternero peleaba por ponerse en pie. Caía una y otra vez. Le saqué una foto bajo la luz de los faroles que había colgados del techo. Nancy nos sacó una fotografía juntos mientras el animal de ojos enormes me lamía la cara.

—Debes elegir un nombre para él.

—¿Puedo?

—Lo has ayudado a nacer, es lo mínimo.

—Brave, llamémosle Brave.

No sé si a Nancy le gustó el nombre. No discutió; me había dado permiso para bautizar al ternero, no sería ella la que me dijera que no era apropiado.

A las redes sociales apenas subía nada, pero me apetecía compartir esa fotografía en concreto. Nancy me sirvió una ración muy generosa de verdura asada con patatas mientras yo ponía corazoncitos alrededor del nombre de Brave.

—Gracias por tu ayuda de hoy, Ali.

Negué con la cabeza. No tenía por qué dármelas; para mí habían sido como unas vacaciones exprés, aunque estaba a punto de desmayarme sobre la comida por el cansancio.

—Pensé que estarías molesta —comentó.

Se quedó la mitad de un panecillo caliente y me ofreció el trozo sobrante.

—¿Molesta por qué? —Mordisqueé el pan, expectante.

—Por la acampada.

—¿Lo dice porque no me ha llevado con él?

Kai no me había invitado a ir, a pesar de que había comentado un par de veces que había ido de pequeña con los abuelos y me gustaba. Quizá no quería que fuese porque Maggie estaba ahí.

—Él se lo pierde, enciendo unas fogatas que son la envidia de cualquier campista.

—Ha ido con sus amigos de siempre—intentó defenderle.

—Y con Maggie.

Nancy asintió dos veces.

—No me molesta.

Eso la sorprendió. Me daba la impresión de que pensaba que no tenía constancia de que su ex también estaba incluida en los planes de Kai. No le expliqué que, en realidad, no había sido consciente de ello hasta aquella mañana. Pensaba que era mejor que creyese que nos llevábamos lo bastante bien como para no dudar el uno del otro.

El teléfono vibró sobre la mesa. Hablando de la reina de Roma, por Instagram se asomaba con una solicitud de seguimiento que me vi obligada a aceptar. Sabía por qué lo había hecho, para que viera sus fotos y supiera dónde estaba y con quién.

La seguí de vuelta. Busqué la foto en cuestión que me había enseñado Charlie. Le di me gusta y escribí un comentario que consistía en todos los corazones que fui capaz de encontrar entre los *emojis* disponibles en la aplicación.

«Jódete, Maggie, no vas a fastidiar mi relación falsa».

—Mire qué guapos.

Le enseñé la fotografía a Nancy y pareció incluso más descolocada que antes.

Seguimos cenando. Le hice decenas de preguntas a Nancy sobre la granja y, poco a poco, volvió a ser la mujer que había esperado a su nieto en el aeropuerto y me había acogido con tanta alegría.

—Se lo dije a mi marido —empezó a contarme—, yo quiero una granja. En fin, la gente joven suele querer marcharse a las grandes ciudades, hay más oportunidades que en los pueblos, pero yo estaba empeñada en que quería vivir aquí.

—Es un lugar precioso, creo que hizo bien.

—Pues no fue nada fácil convencerlo, era un cascarrabias. Él quería vestirse de traje a diario y llevar el pelo peinado con gomina hacia atrás. Al final cedió y la única manera de repeinarse fue con los lametones de las vacas.

Nos reímos las dos. Fue a buscar antiguos álbumes de fotos, el Instagram de la época, el mejor de todos, porque las cosas eran más palpables, los colores más auténticos.

—Aun así, fuimos felices juntos.

—Se nota la complicidad.

Señalé una fotografía en concreto en la que se miraban y sonreían de una manera tan natural que envidié por un segundo la idea de que alguien se fijara en mí algún día de la misma manera.

Seguimos pasando las páginas de los álbumes, riéndonos de las expresiones de su difundo marido hasta que el teléfono sonó y Nancy se levantó de la mesa para contestar.

—Ah, Kai, hola.

Procuré disimular y no impacientarme. No levanté la vista de las instantáneas.

—Sí, el ternero ya está aquí.

Así que debía de haber visto la foto que había subido. ¿Había sido Maggie la que se la había enseñado mientras se apretaban dentro del saco de dormir? Si el karma existía de verdad, deseaba que algún poco amigable oso les pegara un buen susto a los dos, por hacerme sentir tan impotente en esos momentos y no saber por qué.

—Ali ha estado increíble.

Y seguían los cumplidos. Nancy me había alquilado una pequeña parcela de afecto y debía conservarla como fuera. Sobre todo porque me hacía sentir muy cómoda cuando estaba relajada.

—Sigue aquí, le he dicho que se quedara a dormir. Se ha hecho cargo de la granja durante todo el día, aunque me ha salido cara, ¿eh? Se ha comido media huerta.

Levanté la mirada al fin. Nancy me observaba con una sonrisa enorme en los labios. Me reí. Quizá sí que había comido por encima de mis posibilidades.

—Sí, ya sé que te compraste el teléfono para que pudiera llamarte si pasaba algo.

¿Kai se había comprado un móvil? Eso sí que era una novedad.

—Ali estaba más cerca.

Me había llamado antes que a Kai. Mi amor propio dio un salto hacia el cielo.

—¿Quieres que le diga algo de tu parte? Ah, vale, sí, que mire el teléfono.

Lo había dejado sobre la mesa de la cocina y me había acomodado con Nancy en el sofá, con una taza de té caliente y aquellos álbumes antiguos y gruesos.

Me levanté. Nancy se despidió de Kai y yo aproveché para coger el móvil.

**Kai**
¿Estás bien?

El mensaje era directo, ni siquiera me había dicho quién era, teniendo en cuenta que no tenía su número guardado.

**Ali**
Sí, ¿por qué?

Contestó al segundo.

**Kai**
Llevabas las manos vendadas.

**Ali**
Me quemé con la cuerda en el parto.

¿Cómo tienes tan buena cobertura en medio de la montaña?

**Kai**
Estoy en una gasolinera, vuelvo a casa.

**Ali**
¿Por qué?

Ya no contestó. Salió del chat y me dejó con la pregunta flotando en el aire.

—Dice que vuelve.

—Ya me lo imaginaba —contestó Nancy muy tranquila.

—Podría haberse quedado, aquí todo está bien.

Nancy dio un par de palmadas en el sofá para que volviera a acomodarme a su lado.

—Para él no está bien. Se preocupa.

—Pero el doctor Lewis ha dicho que Brave está sano y Kiwi también.

Nancy soltó un par de risotadas de esas que podrían revivir a un muerto o acabar con un vivo a causa del susto.

—Y usted mire qué vitalidad tiene —señalé, casi indignada porque no entendía nada.

—Yo creo que vuelve por su novia, fíjate.

—¿Qué novia?

Las neuronas me habían dejado de funcionar durante una milésima de segundo.

Nancy enarcó las cejas, pestañeó varias veces seguidas.

—Ah, claro, yo, su novia, sí. ¿Y qué me pasa?

Nancy no hacía más que reírse.

—Es un chico raro —dije.

—Sois tal para cual.

No sabía si había escuchado bien.

—¿Qué?

—Nada, nada. Veamos un rato la televisión.

Puso un programa musical y yo seguí pensando en la conversación.

Kai todavía tardaría varias horas en llegar. Después de acabarme el té, le di las buenas noches a Nancy y me metí en la cama. Me dijo que usara la habitación de su nieto, porque

cuando llegara, igual que siempre que estaba demasiado cansado, caería redondo en el sofá.

Me metí entre las sábanas.

Olían a hierbabuena, igual que él.

Sonreí, quise no hacerlo, pero me quedé dormida con esa mueca en los labios.

# CAPÍTULO 18

Al abrir los ojos, aún era de noche, la lamparita de la mesita estaba encendida y Kai se encontraba sentado en el borde de la cama, con un brazo acodado sobre el muslo, mirándome. No me asusté; me dio la impresión de que era lo más natural del mundo encontrarlo ahí, al fin y al cabo, eran su dormitorio y su casa.

—Te he robado la cama —dije entre bostezos.

Tiré de la sábana para taparme; a esas horas siempre refrescaba sin importar que fuese verano, más aún en la montaña.

Kai estaba serio. Viniendo de él, esperaba algún comentario del tipo: «Has dejado todo tirado, esto es un desastre». La verdad es que no había tenido mucho cuidado, había entrado como un elefante en una cacharrería, tirando la ropa y mis cosas de cualquier manera.

—Tienes cara de haber conducido toda la noche.

Kai pasó mi broma por alto y tiró de la sábana para volver a destaparme.

—No sé si a las… —me incorporé un poco para ver la hora en el despertador— tres de la mañana me veo capaz de hacer el amor de manera apasionada y ardiente con tu abuela durmiendo pared con pared.

Él siguió ignorándome. Me cogió por las muñecas y acercó mis manos a su regazo.

—¿Por qué no te has puesto unos guantes?

—Porque no había tiempo y tu abuela no los encontraba.

—¿Te duele mucho?

—Ahora no. No es para tanto.

Kai seguía mirando las vendas concentrado. No estaba contento, de hecho, tenía una expresión que no le había visto nunca. Juraría que estaba preocupado.

—Ha sido estúpido por tu parte conducir hasta aquí a estas horas de la noche —lo regañé, porque el silencio de la noche era demasiado alto y la forma en la que me estaba acariciando los nudillos me daba ganas de saltar de la cama y correr ladera abajo.

—No hablemos de quién de los dos ha sido más estúpido.

—Vale.

Aparté mis manos de las suyas y volví a esconderme entre las sábanas.

—Hace frío —susurré.

Kai me daba ganas de levantarme y darle un abrazo.

—Échate a un lado.

—¿Qué?

Me empujó hasta que quedé pegada a la pared. Llevaba puesto un pantalón gris de chándal y una camiseta negra. Se cubrió con parte de la sábana y se tumbó. Apoyó la mejilla sobre la palma de la muñeca. No dejaba de mirarme, parecía querer asegurarse de que estaba ahí.

Adopté la misma postura que él. En la cama individual de Kai no había sitio para demasiados movimientos, así que procuré quedarme muy quieta.

—¿Es que ha pasado algo en la acampada?

—¿Por qué me lo preguntas? —Su voz se había vuelto grave, hablaba bajo y me fijé en que había cerrado la puerta.

—Porque pareces otra persona. —No quería preguntarlo; aun así, una parte de mí

necesitaba saberlo—. ¿Ha pasado algo con Maggie?

Fue el primer cambió que noté en su rostro.

—¿Sabes que estaba ahí?

No tenía claro si era buena idea decirle quién me lo había contado. Dado que no le había mentido hasta el momento, preferí que lo supiera. Le conté toda la conversación con Charlie.

—Así que le gustabas.

—No estábamos hablando de eso —le recordé. No me apetecía convertirme en la protagonista de aquella historia de terror a medianoche.

—No sabía que Maggie iba a ir.

No me fiaba mucho de que fuese verdad.

—No te miento, no tengo por qué. Preferí que tu padre me interrogara durante el desayuno que ayudarla con la mudanza, ¿qué te hace pensar que habría elegido de manera voluntaria irme al medio del bosque con ella?

—Eso me preguntaba yo también.

Suspiró.

—No lo sabía.

Pero en la foto parecía feliz. Eso era lo que más había llamado mi atención. Con ella parecía feliz, y quizá esa premisa sería la que siempre lo arrastraría de vuelta a los brazos de Maggie.

—Duerme.

—No puedo dormir —respondió.

—¿Y qué quieres hacer?

—¿Estás enfadada?

—¿Por qué iba a estarlo?

—Por la acampada.

Intenté reír en silencio, cosa difícil para mí, porque tengo risotada de leñador.

—Tu abuela me ha preguntado lo mismo. No estoy enfadada, solo sorprendida.

—¿Charlie y tú vais a ser amigos ahora?

—Eso dice él, yo prefiero pensar que no vamos a ser nada —comenté. Se me cerraban los ojos, yo sí que tenía sueño.

—No creo que él quiera que lo seáis, Alice.

—¿No?

—No, me parece que va a intentarlo.

—¿Que nos llevemos bien?

—No, hacer que vuelvas a enamorarte de él.

Le apreté la nariz con fuerza hasta que se quejó y se movió para que lo soltara.

—Deja de decir estupideces y duérmete.

Me di la vuelta y quedé de espaldas a él. No pensaba que pudiese cerrar los ojos si sabía que estaba ahí mismo, mirándome. Kai no se movió un ápice. Me molestaba el hecho de que me resultase tan normal que estuviera en la misma cama que yo y que a ninguno de los dos nos importase.

—¿Cuántas probabilidades hay de que pase?

—¿Que pase qué?

—Ya sabes: que vuelvas a enamorarte de Charlie.

Debería haber contestado enseguida. Ninguna posibilidad. Nada. Cero. Sin embargo, los recuerdos volvieron en ráfagas, como si alguien pasara las diapositivas muy rápido y se

escucharan los chasquidos de la máquina cada vez que se apretaba el botón. Charlie aseguraba que nada de lo que pasó entonces había sido producto de mi imaginación. Eso me había confundido, porque si él no se hubiese portado tan mal como lo hizo al final, quizá muchas cosas hubiesen sido diferentes. O tal vez no. Era algo que nunca podría saber. Nadie tiene la capacidad de volver atrás en el tiempo, tomar decisiones distintas, llegar al final del camino con otra banda sonora.

—No va a pasar.

—¿Porque has decidido que no quieres que pase o porque ya no sientes nada?

Imaginarme con Charlie era como ver una película de ciencia ficción. Se parecía a la realidad que conocía, pero todo era desconocido, igual que perderse en un laberinto.

—Creo que el amor es otra cosa —susurré.

—¿Y qué es?

Me giré para mirarlo; me incomodaba más hablar con él con los ojos clavados en la pared que estar a seis centímetros de su cara.

—No lo sé. Desde luego no es tratar a alguien como él lo hizo conmigo y esperar tres años para pedir perdón. Quizá Charlie me gustó entonces, y eso forma parte de quien soy, pero enamorarme de él otra vez no es una opción. Nunca lo será.

Kai asintió. Cerró los ojos. Pensé que se iba a dormir.

—Maggie me ha dicho que quiere volver a intentarlo.

Así que el problema no era que Charlie pudiese hacerlo, sino que él mismo se veía en la tesitura de si debía o no darle una segunda oportunidad a su primer amor. Se me revolvió el estómago. Apreté fuerte los dedos de los pies.

—¿Y qué vas a hacer?

—Estoy saliendo contigo, no voy a hacer nada. Te he dicho mil veces que no voy a volver con ella.

—Kai, no estás saliendo conmigo —tuve que recordarle.

Me envolvió con el brazo y, una vez más, cerró los ojos.

—¿Te he contado alguna vez cómo me enteré de quién era mi padre?

Desde luego que no lo había hecho y no entendía por qué necesitaba hacerlo en ese momento, tampoco por qué me abrazaba. Las muestras de cariño deberían haber sido en público, no bajo la sábana.

—No —me limité a contestar.

—Tenía poco más de ocho años. A la salida del colegio vi a un hombre muy alto sentado en el capó de un coche. Me saludó con la mano, pero yo no lo conocía de nada, y mamá y la abuela siempre me decían que no hablase con desconocidos, así que eché a andar lo más rápido que pude, agarrándome a las asas de la mochila.

Hizo una pausa y aprovechó para acercarse un poco más a mí. Yo contuve la respiración. ¿Qué estaba haciendo y por qué no podía salir de ahí?

—El hombre me siguió. «No te voy a hacer nada», me dijo. Esas fueron las primeras palabras que salieron de su boca. «Soy tu padre». —Kai se rio. Era una risa amarga, anclada en un lugar al que era imposible acceder—. Me volví hacia él. Había tardado ocho años en dar una señal. Sacó seis billetes de veinte dólares del bolsillo y me los dio. No quise cogerlos. Me los metió en el bolsillo de la camisa. «Vendré a verte de vez en cuando». Y se fue.

—¿Y volvió?

—Volvió cada semana durante los siguientes diez años, menos en vacaciones, porque no

había colegio. Nunca se lo he contado a mi madre. Ni a nadie. No sabía qué podía pensar de mí, o si le haría daño.

—¿Tienes relación con él?

—Hace dos años que no lo veo. No sé dónde vive, pero si lo supiera me daría miedo ir a visitarlo. —Apartó el brazo que me rodeaba y se colocó bocarriba, con el antebrazo tapándole los ojos. Por un segundo creía que se echaría a llorar. Se incorporó de golpe—. Me voy al sofá. Buenas noches.

Antes de que me diese tiempo a decir algo, abrió la puerta y se marchó.

¿Qué acababa de pasar? No sabía cómo ayudar a Kai, ni tampoco entendía cómo habíamos llegado a contarnos lo que éramos incapaces de compartir con otras personas. Kai escondía más cosas de las que había podido imaginarme, tenía baúles llenos de cosas tristes bajo una cama demasiado estrecha. Nunca se quejaba de nada, era amable y paciente con los demás, pero le dolía todo, solo que había aprendido a esconderlo, y aunque no debía hacerlo conmigo, había dejado la habitación para no tener que seguir poniéndole nombre a lo que sentía.

Kai contaba las cosas a medias. Estaba lleno de puntos suspensivos.

No pude apagar la luz de la mesita de noche. Tampoco podía hacerlo cuando era pequeña y la casa estaba en silencio. La lamparita del astronauta que apareció en la residencia. La luz. A veces me quedaba dormida con la televisión encendida, hasta que se perdía la señal y solo se escuchaba una colonia de mosquitos en el salón. Era como una nana que no se acababa. Me perforaba los oídos, pero si dejaba de oírla, los monstruos se asomaban por la puerta.

Dejaba una luz encendida porque había leído en un cuento que así era más difícil perderse. Mi padre volvía tarde del trabajo y mi madre estaría sobrevolando las luces brillantes de alguna ciudad lejana. Y entre todas esas luces, cuando regresara a casa, también vería aquel punto minúsculo entre cientos de farolas, faros de coches y edificios. Ahí estaba yo, aovillada bajo la vieja manta del sofá, con los bordes ya duros del pan de molde en el plato y en el aire el olor del queso fundido en la tostadora.

¿De qué olores estarían hechos los recuerdos de Kai?

Seguía pensando en ello cuando los primeros rayos de sol se colaron entre las cortinas. La habitación me parecía diferente. Salí de la cama y, sin hacer ruido, bajé las escaleras. Kai dormía en el sofá, parecía que llevase décadas sin hacerlo. Cogí un jersey de lana de Nancy, que estaba colgado en el perchero de la entrada, y salí al jardín. El aire de la mañana era fresco, limpio.

Sentí que me sumergía en el agua de una piscina muy profunda.

Por primera vez, me asustó fingir que no sentía nada, justo lo que llevaba haciendo toda la vida.

Me ahogaba y no sabía cómo nadar hacia la superficie.

# CAPÍTULO 19

El Bozeman Farmers' Market se celebraba todos los años en Lindley Park desde finales de junio hasta principios de septiembre. Las tardes de verano traían consigo a Bozeman el olor a verdura, fruta, confitura y cientos de otros productos de los granjeros de la zona. También olía a pintura fresca, ya que algunos artistas locales solían exponer sus obras junto a los diferentes puestos, y la música llenaba las calles. Era lo que más me gustaba de mi ciudad natal; podía pasar las tardes paseando entre las enormes calabazas, beberme el olor a cebolla, tomate o pimiento. Siempre había estado al otro lado, perdiéndome entre la gente. Pero ese verano fue diferente.

—Ha quedado un puesto vacío en el mercado y éramos los siguientes en la lista —me contó Nancy una tarde por teléfono—. Quizá, si te apetece, puedas ayudarnos algún día en la granja. Va a ser muy difícil hacerse cargo de todo.

—Cuente con ello.

No tenía nada mejor que hacer, y prefería pasarme el día entre animales que ver a mis padres escoger sus respectivos atuendos para salir con Dios sabía quién. Las vacaciones de mamá iban a acabar en breve y volvería a los aviones, donde parecía sentirse más cómoda que en tierra firme.

Así fue como empecé a pasar tiempo en el mercado y también cuidado de los animales de Nancy. Al final de la semana, había compartido más momentos con Banana que con ninguna otra persona en el mundo. Durante esos días, Kai y yo no volvimos a hablar de nada triste; éramos los de antes.

—¿Qué te ha pasado?

—Me ha caído en un charco volviendo con las ovejas.

Estaba plantada en la puerta de la casa. No podía entrar de esa guisa; la suciedad caía a goterones, iba a ponerlo todo perdido. Tenía barro hasta en las orejas. Había pisado con tan mala pata —y nunca mejor dicho— que no había tenido tiempo de reaccionar.

—Tendré que limpiarte con la manguera.

Kai me hizo una señal para que saliera al jardín. Menos mal que ya había aprendido a llevarme ropa de cambio, porque no había día en el que no acabara hecha unos zorros.

Mientras él abría el grifo del agua y comprobaba que no estaba helada, yo separé las piernas y extendí los brazos como si fuese una estrella de mar. Esperaba que el primer chorro fuese a los pies, pero Kai apuntó directamente a la cara. Boqueé y me aparté, me había entrado agua por la nariz.

—Perdona, no sabía que iba a salir con tanta presión.

—¡Pues haber apuntado al suelo, idiota! —me quejé mientras recuperaba el aliento—. Te has pasado el día poniéndome la zancadilla y dándome las peores tareas.

—Eso no es verdad —se quejó él.

—Ya me echarás de menos mañana, porque me voy a quedar con tu abuela en el mercado.

Bajó la manguera.

—¿Y eso?

—Bueno, es mi cumpleaños y mis padres tienen una sorpresa, por lo visto; cosa del todo extraña. Me han pedido que esté disponible. Iré a echarle una mano a Nancy y después me recogerán.

—¿Es tu cumpleaños?

Cerró el grifo. Yo seguía llena de barro.

—Eso parece.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—No sé, es que nunca lo celebro.

No parecía convencido con la respuesta. Diría incluso que estaba algo mosqueado, aunque cuando le pregunté al respecto me dijo que no. Solo le hubiese gustado saberlo con tiempo porque, según él, cualquier novio falso que se precie debía conocer esos detalles más que uno de verdad.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—En enero.

Para entonces, ya no tendría que preocuparme de nada. Bastaría con felicitarle en clase y darle un par de palmaditas en la espalda como a cualquier otro compañero.

La idea no me hizo mucha ilusión.

Me acerqué a Kai, le quité la manguera, volví a abrir el grifo y me dediqué a quitarme de encima la tierra y todo lo que el agua pudo llevarse.

—Deberías cambiarte ya, se te transparenta todo.

Kai miraba hacia otro lado, imagino que por respeto. Había hecho grandes esfuerzos por no volver a pensar en los besos que nos habíamos dado en el Red Heart. Sin embargo, había madrugadas que era imposible no evocarlos, como si en silencio estuviera invocando un recuerdo que tenía mucha fuerza.

—No hay mucho que ver tampoco —comenté.

Enrollé la manguera y la dejé en su sitio.

—Si tú lo dices —murmuró.

—¿Es que me encuentras atractiva?

Coloqué las manos en las caderas y me contoneé igual que un muñeco gigante de gelatina. Le arranqué una sonrisa a Kai. Se frotó los ojos, estaba agotado. Desde que nos habíamos ido de la facultad, lo veía más delgado, también más moreno. Ambos lo estábamos; pasábamos más horas bajo el sol que antes. Estaba guapo. Era guapo. Creo que nunca había pensado lo contrario.

—Deja de hacer tonterías.

—Ah, así que ahora no contestas a mi pregunta.

—¿Y qué quieres que te diga?

—¿Qué me dirías si fuese tu novia?

Me echó tal mirada de arriba abajo que, involuntariamente, di un paso atrás.

—Si fueses mi novia, no haría falta que te dijera nada.

Tragué en seco. ¡Vaya con Kai! No sé cómo logré que el oxígeno siguiese llegándome al cerebro.

Escurrí la camiseta después de estrujarla durante unos segundos.

Nos sentamos en el porche para que la ropa se secara un poco.

—Si no fuésemos novios de quita y pon, ¿nos habríamos acostado aquella noche?

Kai se volvió hacia mí como si acabara de confesarle que había cometido un asesinato y el cuerpo estaba enterrado bajo los cimientos de aquella misma casa.

—¿Qué? Solo es una pregunta que me ronda la mente.

A Kai se le escapó una exclamación lastimera. Se llevó las manos al pelo. ¿Ahora se ponía nervioso? ¿Después de lo que había insinuado poco antes? Desde luego, no había forma de que

pudiese entender a ese chico.

—¿Nos sentimos atraídos el uno por el otro? Según lo veo yo, sí —contestó.

—Y eso que eres miope, imagínate cómo de claro lo veo yo —añadí.

Eso hizo que se relajara, todo lo que podíamos teniendo en cuenta que aquella conversación podía volverse incómoda y hacer que nuestra relación fraudulenta pendiese de un finísimo hilo que podía romperse en cualquier momento.

—Podemos ser dos personas que se atraen y no hacen nada —dije.

—Claro que podemos —aseguró él.

—Complicaríamos las cosas innecesariamente.

—Desde luego.

—Y todavía tenemos que vernos unos años en la facultad.

—Y debes aprobar Debate.

—Y debo aprobar Debate.

Kai me tendió la mano y yo se la estreché antes de saber lo que iba a decir.

—Nada de tensión sexual, evitemos situaciones que den pie a ello.

Asentí muy decidida. Había un paso entre las bromas y que todo se echase a perder. Kai podría volver con Maggie en cualquier momento, pese a que él decía lo contrario. Y yo sabía que si me acercaba después de pasar tanto tiempo juntos, los sentimientos podían ser confusos y no distinguir entre la simple atracción y otra cosa.

—Ahora que está todo claro —comenté—, prepárame una tortilla y sopa. Estoy muerta de hambre.

—¿Tengo pinta de ser tu criado?

Me puse en pie con las manos apoyadas en las rodillas. Me dolía todo el cuerpo.

—Si no puedes ser mi amante, al menos, mi criado.

Kai negó con la cabeza, no le gustaba que le diese órdenes. Cuando Nancy me había pedido que les echara un cable y me había ofrecido dinero a cambio, le dije que solo quería comida. Así que esperaba que se me recompensara por las horas de trabajo que había echado.

—¿Su excelencia quiere también que vaya a por unas frambuesas para el postre?

—¿No te parece que es lo mínimo que puedes hacer teniendo en cuenta que mañana es mi cumpleaños?

Abrió mucho la boca, no daba crédito a lo que acababa de decir.

—¿Ahora vas a jugar esa carta?

Hice un gesto inocente, me quité las zapatillas y entré en casa. Subí a la habitación de Kai, cogí la ropa seca, me di una ducha y me vestí. Volvía a parecer yo, aunque podría haberme quedado dormida ahí, sentada en el borde de la bañera, leyendo mensajes.

**Julia**:
Mañana es tu cumpleaños, deja que te invite a tortitas. Volvamos a hablar.

**Mamá**:
He recogido el vestido rosa de la tintorería.

**Charlie**:
Pásate por el Red Heart y te invito a una copa por tu cumple.

**Daisy**:
¿Videollamada?

Llamé a Daisy, era la única con la que de verdad quería hablar. Me contestó al momento. Su piel mulata brillaba bajo la luz del sol. Estaba tan llena de vitalidad que quise pedirle la receta mágica.

—Señorita granjera, ¿cómo está?

—Cansada pero contenta.

No era mentira. Evidentemente, había cosas que había decidido no contarle a Daisy, así que no tenía forma de explicarle que también estaba confundida en muchos aspectos.

—Mañana es tu cumple, ¿qué te va a regalar tu novio?

—Unas frambuesas.

Daisy enarcó una ceja, frunció la otra, arrugó la nariz. Todo a la vez.

—¿Es una metáfora sexual?

Siempre lograba hacerme reír. En esos momentos me arrepentía de no haberle contado aquel plan estúpido que teníamos Kai y yo entre manos. Esperaba que, si llegaba el día en el que me viese con ánimo de decírselo, lo entendiera y no me considerara la peor amiga del mundo.

—Son frambuesas de verdad, Daisy.

—Pues qué desperdicio de cumpleaños.

Sabía que lo decía de broma. Era una amante de cualquier forma de salseo.

—¿Ha vuelto a dar señales de vida «don te quería, pero era imbécil»?

Le había contado lo que había sucedido con Charlie. Daisy coincidía con Kai. No creía que quisiera ser amigo mío de verdad. Puede que tuvieran razón, sin embargo, por el momento estaba comportándose de manera normal y mantenía las distancias tanto como era capaz.

—Solo para celebrar mis veinte con una copa.

—Como cualquier amigo.

Me vio poner los ojos en blanco y me amenazó con un dedo lleno de ira. Me recordó que podía ser muy ingenua a veces. Según ella, ciertas historias merecían acabar sin más. No dejarles hueco ni siquiera en el cajón, porque ahí podían seguir creciendo alrededor de decenas de «¿y si?».

—Te he enviado algunas postales, ¿te han llegado?

—No he mirado el buzón estos días, lo haré al llegar a casa.

La sonrisa de Daisy me pareció una flor que se marchitaba.

—¿Va todo bien?

Ella asintió; una música de piano llegaba desde el otro lado. Me dijo que estaba en un piano bar, que una chica lo tocaba en ese mismo momento.

—Está interpretando una pieza de Ljungström, *Allena*.

Daisy había estudiado música desde pequeña. Estaba acostumbrada a que reconociera cualquier pieza que hubiese escuchado más de dos veces en su vida, incluso si era la de un pianista de Spotify. Era una violonchelista fantástica. Lo único que llamó mi atención fue que siempre estaba feliz cuando hablaba de compositores, óperas u orquestas. Ese día no lo parecía.

—Espero que recibas las postales pronto. Me gustaría que las leyeras.

—Sí. —Se me escapó igual que un aliento que no te permite respirar.

¿Qué le pasaba a Daisy y por qué sentía que debería haberme dado cuenta antes?

# CAPÍTULO 20

Los buzones vacíos siempre me han parecido tristes. Lugares llenos de secretos que no llegan, de palabras que se esconden, de esperanzas vacías, de impaciencia, de sueños atrapados en un sobre y folios doblados, apretujados.

Daisy me había enviado postales que no llegaban, igual que las que mamá decía que echaba a enormes buzones de ciudades perdidas durante sus viajes. De pequeña esperaba esos rectángulos llenos de paisajes con la misma ilusión que otros niños abrazaban a sus padres. A veces se perdían; otras estaba ahí a tiempo. Había un corcho lleno de ellas en la pared de mi cuarto. La letra casi ilegible de mi madre me decía que me quería y que se había acordado de mí.

Salí a desayunar tortitas con Julia.

Las últimas frases que habíamos intercambiado me habían producido demasiado dolor. Suponía que se debía a que todavía me importaba. Necesitaba que cierta parte de mí se curara.

—Siento que te fueras así aquella noche.

Restarle hierro no me haría sentir mejor, pero sí podía darle una segunda oportunidad. O una tercera, había perdido la cuenta. Aquel día, además, parecía cansada; las ojeras, más marcadas de lo normal. Llevaba el pelo recogido en una coleta despeinada y sonreía pese a que no se sentía capaz de hacerlo. Las personas cambian, estoy de acuerdo. No obstante, la esencia de lo que fueron queda atrapada bajo la piel, alimentándose de nuevas promesas, de las ganas de ser mejores, de las versiones de nosotros mismos que nos ha costado tanto moldear.

—Mi vida es una sucesión de desastres, Ali, y soy responsable de cada uno de ellos.

La observé. Vi a la niña con la que solía compartir las galletas en el columpio del jardín, con la que me imaginaba el futuro encerrado dentro de una bola de cristal que le había robado a su tía, la tarotista.

—Tu vida es diferente a lo que querías que fuese, no es peor.

Julia dio una palmada y cerró fuerte los ojos.

—¡Es tu cumpleaños, hablemos de algo más alegre! —soltó.

No había nada alegre que ella quisiera escuchar o que yo pudiera contarle. Estábamos en los dos polos opuestos de la balanza y nos esforzábamos en mantener el equilibrio para que siguiéramos dilatando el tiempo.

—Charlie me ha dicho que tienes novio.

La pajita del batido se quedó a medio camino de mi boca. Volví a dejar el vaso sobre la mesa.

—¿Eres amiga de Charlie?

Julia no parecía convencida de que el término amigo fuese el adecuado.

—Cuida a Hugo cuando tengo turnos de mañana en el supermercado.

Me explicó que sus padres seguían trabajando y no podían hacerse cargo de él. Pagar a una niñera no entraba en el presupuesto y en verano las guarderías eran más caras. Charlie vivía cerca de ellos y se había ofrecido sin pedir nada a cambio.

—Deberíamos hacer algo todos juntos un día de estos.

Todos juntos significaba ella, Charlie, Kai y yo. Me pareció que era lo que menos podía apetecerme. Sería como entrar en la jaula de los leones por propia voluntad, sabiendo que estaban famélicos y que el pasado acechaba entre los árboles dispuesto a traer demasiados

instantes de vuelta.

—Claro —acepté—. ¿Tú estás saliendo con alguien?

—Conmigo misma, y solo cuando tengo tiempo.

Era la mejor compañía que iba a encontrar. O la peor. Hay veces en las que quedarte a solas contigo y escuchar muy dentro de uno puede ser agotador. Podía intuir los claroscuros del corazón de Julia incluso con la mesa de por medio, con la sonrisa inagotable y las ganas de arreglar lo que no sabía si tenía solución. Y aun así no me moví del sitio. Quería quedarme un poco más, entender por qué aún nos unía algo.

—¿Aún quieres irte a París?

Julia acababa de darle un bocado grande a las tortitas. Afirmó con un sonidito impreciso mientras masticaba.

—Pero ahora está más lejos que antes —añadió—. ¿No debería ser al revés? ¿El paso del tiempo no tendría que acercarnos a los lugares que nos parecían lejanos de pequeños?

Giré la cabeza hacia la ventana. En el aparcamiento dos niños corrían alrededor de una farola. La madre los llamaba una y otra vez. Escuchaba los nombres desde ahí, el estribillo de una canción que no se acababa. El único lugar con el que quería reconciliarme estaba ahí mismo. Bozeman: tan cerca, tan lejos.

—Quizá, el problema es dejarle esa decisión al tiempo.

Julia dijo que tenía razón, sobre todo porque no existía.

—¿Qué no existe? —pregunté.

—El tiempo —contestó—. El tiempo es la mentira más triste.

No lo entendí, tampoco quiso explicármelo cuando le dije que no encontraba el sentido a lo que había dicho. En cambio, sacó del bolso una cajita pequeña y la colocó sobre la mesa.

—Es un regalo.

Desde que tenía uso de razón, Julia había sido la única persona que siempre se acordaba de mis cumpleaños y encontraba algo que llevaba mi nombre. Los años nos habían enseñado que nada dura para siempre.

Lo destapé. En su interior había un pequeño taco de notas.

—¿Qué es?

—Cupones.

Estaban escritos a mano, así que no comprendía dónde podría aplicarse el descuento. Julia parecía tranquila; sus ojos decían lo contrario. Estaban clavados en mí como si pudiesen escuchar los susurros de mi cabeza.

—Se caducarán pronto, úsalos.

No podía apartar la mirada de ella. Sentía el roce de las hojas en las yemas de los dedos. Volví la vista a los papeles cuadrados de colores. Los pasé despacio: paseo por el campo de lavanda, montar en bicicleta, ir a la piscina municipal, ver *High School Musical*, volver a cenar tortitas y no romperte el corazón en el intento.

Apreté fuerte la mandíbula. Las lágrimas se asomaban curiosas para ver más de cerca qué era aquello que Julia se había tomado la molestia de escribir.

—Pensaba que no tenías tiempo.

—Renunciaré a dormir de vez en cuando.

De repente, la Julia que tenía frente a mí era la persona de mi niñez, a la que quería y que ahora buscaba compensarme. ¿Por qué? ¿Por qué me ofrecía hacer todas esas cosas que compartíamos siendo niñas?

—Quizá crecimos y nos volvimos diferentes —dijo como si adivinara mis pensamientos—. Somos dos personas extrañas comiendo tortitas, pero quiero recuperar algo de entonces, ¿sabes?

—¿Recuperar algo? —pregunté.

—Fue la época en la que más feliz fui.

Una lágrima me resbaló por la mejilla. Julia extendió la mano, la enjugó antes de que desapareciera el rastro y pudiese simular que nunca había estado ahí.

—No quiero obligarte, úsalos si te apetece, ¿vale?

—Vale —pronuncié con la voz un poco rota.

Esta vez fue Julia la que se perdió al otro lado del cristal.

—Muchas veces me pregunto si hay algo que eche de menos. No sé. Ir al parque de atracciones en mi cumpleaños o quedarme viendo pelis de terror hasta tarde. La verdad es que no echo de menos nada. ¿Eso qué significa?

—¿Qué quieres decir?

—Nada en particular. Hay días que pienso en ello, solo eso. ¿Tú qué echas de menos, Ali? —inquirió.

—Echo de menos cosas que no he tenido.

Sabía que, pese a los años transcurridos, Julia entendería a lo que me refería. Anhelaba una familia de verdad, y en mis recuerdos solo había un rastro de deseos que le lanzaba a las velas de la tarta de cumpleaños. Muchas veces ni siquiera había tarta. Mi padre traía una madalena de chocolate o un pudín. Si mamá estaba en casa, compraba un pastel.

—No quiero que Hugo eche en falta lo que no ha tenido.

Tardé un rato en lanzar la pregunta.

—¿Cómo fue cuando te enteraste?

—Como un buldócer que te pasa por encima. Primero, piensas que es una pesadilla; la sensación es parecida. Supongo que son las reacciones típicas del cuerpo. Asimilarlo lleva tiempo, ni siquiera cuando me creció la barriga era consciente del todo. El día del parto fue el decisivo. El dolor era horrible, pero tener al bebé recostado en mi pecho fue peor. Me di cuenta de que esa diminuta criatura que no paraba de llorar dependería de mí siempre. Al menos, mientras pudiese estar a su lado.

—¿Y ahora?

—Ahora duele más si cabe.

La sonrisa de Julia se estiraba como un chicle, quizá por eso me desconcertaba y no sabía cuánto dolor podía haber bajo la superficie. Ni siquiera somos capaces de medir el nuestro, sin embargo, nos sentimos libres de interpretar el de los demás. Quizá Julia tenía tantas cicatrices que ni siquiera sabía ya quién le había hecho la primera herida.

—No quiero que se imagine un minuto sin mí, ese es mi único sueño frustrado.

—Porque se hará mayor igual que nos hicimos nosotras.

Julia extendió la mano por encima de la mesa y estrechó la mía.

—Siento lo que dije la otra noche, a veces no pienso antes de hablar. Sé que te hice daño. Había tenido un mal día, como todos últimamente.

—¿Hoy es un día bueno? —pregunté para no seguir alargando más una disculpa que no me apetecía volver a escuchar.

—Hoy sí. Saldré a dar un paseo con Hugo, tomaremos un helado en el parque. Le encantan los toboganes. A lo mejor hasta me pongo una película de miedo esta noche.

Parecía ilusionada. Ser mamá y trabajar a todas horas no debía de dejarle mucho tiempo

libre para hacer otras cosas. Tener un bebé con diecinueve años era de esas historias de sobremesa que veías en la televisión de pasada, en un programa que hablaba de embarazos adolescentes o en vídeos de TikTok que te alejaban del problema. Quedarse, además, embarazada de un tipo al que no conoces y que no volverás a ver tampoco ayuda a hacerlo más llevadero.

Pensé en Kai y en el hombre que lo esperó todas las semanas, durante años, apoyado en el capó del coche. Me pregunté qué quería en realidad de él. ¿Saber que estaba bien? ¿Decirle que existía? ¿Era un cargo de conciencia? ¿Quería a ese hijo del que no había cuidado? Cientos de preguntas se agolpaban alrededor de una figura extraña para mí.

No podemos elegir dónde nacemos, quién nos va a cuidar o la suerte que nos depara la vida. Si nuestros padres nos querrán o no; si estarán ahí para ayudarnos a ponernos en pie cuando las fuerzas flaqueen. Sin embargo, los niños sí escogen querer, incluso a quienes les hacen daño, porque están indefensos, en una soledad infinita donde hacerse mayor es algo lejano. Decides creer que el miedo también desaparece igual que una picadura de mosquito.

—Tal vez el año que viene, en mi cumpleaños, podamos venir a comer tortitas con Hugo. ¿Qué te parece? —sugerí.

Julia ladeó la cabeza, un mechón rebelde de su pelo rubio le cubrió la mejilla. Sonrisa pequeña, un pájaro que aleteaba a las puertas de una jaula.

—Tal vez.

Removió el sirope de arce que quedaba en el plato con una cucharita.

—Ali.

—Dime.

—No cambies nunca, ni aun cuando otros te hagan sentir que debes.

—¿Por qué me dices eso ahora?

Se llevó la cuchara de sirope a la boca.

—Por si acaso.

# CAPÍTULO 21

A veces, las flores pueden hacerte llorar. Y el mar también, como si te arrastrara hacia el frío y las olas te empujaran en cientos de direcciones hasta olvidar el camino de vuelta.

Llegué al mercado pasadas las cuatro. Algunos puestos habían colocado ya los toldos y estaban preparados para atender a personas que, como siempre en aquella época del año, llegaban desde diferentes ciudades de Estados Unidos. El mercado se había vuelto tan popular que cada año acogía a más visitantes. La ciudad crecía a un ritmo que me daba vértigo.

Releí por encima los cupones que me había regalado Julia. La Alice de diez años sonreía. Estaba tan concentrada en los motivos que habían podido empujar a la chica a querer acercarse a mí de nuevo que ni siquiera me di cuenta de que, delante del tenderete de Nancy, ese día había dos personas y ninguna era ella.

Maggie llevaba puesto un vestido estampado y el pelo recogido en una trenza larga. Colocaba las manzanas con tanto mimo que parecía tener miedo de que fuesen a romperse si la presión no era la adecuada. Me aclaré la garganta, quería saludar con mi mejor sonrisa, pero fue complicado que este pensamiento persistiera cuando vi a Kai reaparecer desde detrás de la carpa con un ramillete de lavanda. Se lo ofreció a Maggie, que lo cogió con su habitual alegría, solo que me dio la impresión de que esta vez no era fingida.

Maggie seguía enamorada de Kai.

No fueron las flores las que me detuvieron en medio de la calzada, sino darme cuenta de que, mientras ella continuase mirándole de aquella manera, Kai nunca podría alejarse.

Esa duda me dolía.

Kai se giró en mi dirección como si de pronto se hubiese percatado de que había alguien observándolos. Levantó la mano y, para mi sorpresa, me saludó con la sonrisa que yo no había podido encontrar. Me pregunté si era de mentira, solo para guardar las apariencias delante de Maggie, que también tenía los ojos puestos en mí. No me quedó más remedio que acercarme, no podía quedarme en medio de la calle como un pasmarote.

—Has llegado pronto.

—Solo por si Nancy necesitaba ayuda, pero veo que hoy os habéis intercambiado —comenté. Sentí, por primera vez, el impulso de irme de ahí.

—Se ha quedado en la granja —me informó Kai—. Maggie se ha ofrecido a venir, aunque ya le he dicho que no hacía falta.

Ella estaba más pendiente de las flores que de cualquier otra cosa que Kai pudiese decirle.

—Necesitabas ayuda para descargar la camioneta. Gracias por las flores, son preciosas —añadió.

Yo estaba convencida de que ya le había dado las gracias antes, solo era un recordatorio para que yo me enterara. ¿Qué diría una novia de verdad? ¿Se enfadaría por el hecho de que su chico le regalase flores a otra? A otra que era su ex, para más inri. Ya lo creo que se mosquearía.

Kai quería que diésemos el pego como novios, sin embargo, no hacía nada para que lo pareciera, por lo menos cuando andaba cerca Maggie.

—¿Y las mías? —Dibujé mi mejor sonrisa—. Es mi cumple. —Hice un puchero de pena.

Pensé que sentiría un pequeñísimo remordimiento por la escenita que acababa de presenciar, sin embargo, se limitó a coger un manojo de rábanos con todas las hojas y me lo

entregó.

—Ah, gracias. —Me quedé mirándolos y a punto estuve de lanzárselos a la cabeza—. Como por aquí está todo bajo control, me marcho con mis rábanos a otra parte. —Me cuadré como un militar y me dispuse a irme más rápido de lo que había llegado.

—¿Te vas? —preguntó Kai, confundido.

Maggie había tenido la decencia de dejarnos un poco de privacidad. Había ido a la camioneta a dejar las flores.

—¿Para qué iba a quedarme? No pinto nada aquí.

—¿Por qué dices eso?

No dejé de sonreír mientras negaba con la cabeza.

—Pasadlo bien.

Kai me cogió de la mano y eso hizo que me sintiera incluso más triste. ¿Por qué me comportaba como una idiota de pronto?

—¿Te pasa algo? ¿Ha ido bien con Julia?

—Sí, todo bien. —Aparté la mano con tanta suavidad como pude, no quería que notara que no me apetecía alargar mucho más esa conversación—. Que vaya bien la tarde.

Antes de que volviera a preguntarme nada, me marché dando grandes zancadas.

Qué extrañas son las emociones humanas cuando no sabes de dónde llegan ni por qué deciden quedarse. Te aplastan. No hay forma de esquivarlas, solo juegan al pillapilla contigo mientras te pierdes por una avenida y los ojos escuecen.

De camino a casa, me autoconvencí de que se debía a cierta nostalgia que había experimentado aquella misma mañana con Julia. Me había traído, igual que la brisa de la primavera, un regusto dulzón de aquella época en la que podíamos abrazarnos a carcajadas, que es como se abrazan los amigos de verdad, sin importar si hay o no lágrimas de por medio o el corazón está tan cansado que podría desprenderse igual que un pétalo.

Caminé tanto que me dolían los pies; esquivé mi casa varias veces, hasta que el tiempo apremió en el reloj y en un mensaje mi madre me recordaba la hora a la que habíamos quedado.

Regresé sobre mis pasos. Mamá había dejado el vestido sobre mi cama; en el suelo, unas sandalias nuevas. Me vestí en silencio, sin poner ninguna queja. Quizá la vida también consistía en eso, en dejarse arrastrar hacia donde sea que nos llevara.

En el salón mis padres me hicieron una fotografía frente a la chimenea, igual que en el baile de final de curso. Sobre la mesita del café había dos cajas envueltas en papel de regalo con sendos lazos dorados.

—Ya me habéis regalado un coche —me quejé.

Odiaba los regalos de cumpleaños. Desde el sofá podía ver los rábanos sobre la encimera de la cocina. Las flores bailaban en la memoria.

—Ábrelos —pidió mi padre.

Levanté los ojos del primer regalo cuando rasgué el papel.

—¿Y esto?

Era una edición de tapa dura de *Nunca me abandones*, de Kazuo Ishiguro.

Abrí el otro. Parecían divertirse con mi reacción de no entender qué estaba sucediendo.

El segundo paquete contenía una bata blanca con mi nombre bordado.

«Alice Grace Wilson».

—¿Vais a divorciaros? —pregunté por segunda vez aquel verano.

Mamá se rio tan alto que me asustó.

—No vamos a divorciarnos. Nos ha quedado claro que no somos buenos haciendo regalos de cumpleaños, así que este año hemos recurrido a un plan B.

—¿Qué plan B?

—Preguntar qué podría gustarte.

—¿Y quién ha sido el artífice de este acierto? ¿Daisy?

Papá negó. Le dio un sorbo a su copa de vino.

—Kai.

Fruncí el ceño; miré aquellas cosas. Si Kai se había enterado el día anterior, ¿por qué el tique regalo del libro era de hacía una semana? Eso significa que él lo sabía desde antes. Mis padres debían de habérselo contado.

—Toma, anda.

Mi madre cogió de la silla que había detrás del sofá unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta muy *hippie* con margaritas.

—Estás preciosa con el vestido, pero no te gusta nada. Cámbiate.

—¿Me estoy muriendo? —pregunté asustada.

Mi padre me dio una colleja. Me froté la nuca tras un grave aullido de dolor.

—Como vuelvas a decir semejante tontería, te desheredo.

Mamá llevaba un buen rato consultando la hora en el reloj.

—Te esperamos en el coche, date prisa.

Ni siquiera subí a mi habitación para cambiarme. En cuanto salieron por la puerta me deshice del vestido y me puse mis dos prendas favoritas en el mundo y un par de Converse, y corrí hacia el coche como si tuviera tres años.

—¿A dónde vamos?

—Ponte cómoda, el camino es largo.

—¿No vamos al restaurante de todos los años?

—Hemos pensado en probar algo nuevo.

—¿Qué os ha dado últimamente con probar cosas? —pregunté.

No me hicieron el más mínimo caso. Pusieron una lista aleatoria de música con canciones que les encantaba y cantaron a pleno pulmón. Desde el asiento trasero del coche me preguntaba cuánto se querían mis padres para intentar otras formas de seguir juntos cuando, a lo mejor, la distancia y el tiempo les pedían lo contrario. ¿Qué esperaban de aquella aventura que habían emprendido? ¿Que salvara lo que fuese que se hubiese estropeado en su matrimonio? ¿O solo era que acababa de recordarme que mis padres también eran un hombre y una mujer con la mentalidad más abierta de lo que había pensado hasta entonces? Sea como fuere, me inquietaba la idea de que pudiesen separarse en malos términos y hacerse daño.

Por la forma en la que mi madre acariciaba la mano de mi padre, no podía imaginarme por qué habían tomado esa decisión. Tal vez lo mejor era dejar que fuesen ellos los que avanzaran por ese camino. Era su vida, y por mucho que yo estuviera en ella, cada vez más lo veía todo desde las gradas.

Cerré los ojos y me dejé llevar por la música durante un rato. Perdí la noción del tiempo ahí dentro; era como una máquina que viajaba a todas partes y, a la vez, a ninguna. La cabeza me iba a mil por hora.

Las postales perdidas de Daisy.

El regalo de cumpleaños de Julia.

Las flores en las manos de Maggie.

Para cuando volví a centrarme en lo que tenía a mi alrededor, se habían reproducido una veintena de canciones.

—Un momento —dije—. ¿Estamos yendo en dirección a Big Sky?

—Eso esperamos, el sentido de la orientación de tu padre está averiado desde nuestra luna de miel.

—Muy graciosa. Sé perfectamente a dónde vamos.

—¿Por qué vamos a Big Sky? —pregunté asustada.

—A nosotros no nos mires.

No estaba hecha para las sorpresas, y menos si eso implicaba volver a ver a Kai después de lo extraño que había sido el encuentro hacía unas horas en el Farmers' Market. Me encomendé a todos los dioses de todas las religiones que conocía. Alguno tendría compasión de mí. Pincharíamos una rueda, llamaríamos a una grúa, regresaríamos a casa. En un par de días se me pasaría aquella sensación pesada que se me había instalado en el pecho y podría volver a perseguir cabras con Kai, con su abuela y hasta con Maggie si la situación lo requería. Me veía muy capaz, o quería creer que lo era. Que eso, como todo en la vida, era pasajero, que acabaría bajándose de ese tren en marcha que era mi corazón y me saludaría desde un andén que se quedaba atrás.

Mientras tanto, podía saltar del coche en marcha. El principal problema era que habían echado el seguro y, a no ser que rompiese las ventanas con mis puños de hierro, acabaría llegando a Big Sky contra mi voluntad y poniendo en peligro la poca integridad emocional que me quedaba.

Las flores en las manos de Maggie.

La sonrisa.

La forma de mirarlo.

¿Qué había en esa imagen que no me la arrancaba ni a manotazos?

Supongo que no me quedaba más remedio que averiguarlo, solo esperaba que no fuese aquella noche. En realidad, deseaba que nunca llegase la respuesta a esa pregunta, quizá porque una pequeñísima parte de mí podía palparla en el aire.

# CAPÍTULO 22

Las estrellas conocen todos nuestros secretos, incluso los que guardamos bajo el mantel; una caricia suave en la mano, dos miradas que se cruzan, todo en secreto, como si te escondieras de tus propias mentiras. Pero las estrellas lo saben, porque llevan años escuchando deseos silenciosos que lanzamos desde la ventana con un bate de béisbol invisible, para que vuelen más alto, para que se refugien arriba en el cielo.

Las estrellas también lo supieron esa noche.

La canción del cumpleaños feliz alrededor de una tarta de nata y fresas que había preparado Nancy. Habían colgado diminutas bombillas en el jardín, enredadas en los troncos de los árboles. Iluminaban la pequeña mesa de madera alrededor de la que nos sentábamos los cinco.

—No teníais que hacer esto —dije.

Nancy me había servido una porción de tarta más grande que mi mano.

—Era lo mínimo después de lo que nos has ayudado —contestó con amabilidad—. Ah, un momento.

Salió disparada en dirección a la casa. Apenas había intercambiado unas pocas palabras con Kai. ¿De quién había sido la idea de todo aquello? ¿Qué debía decirle? ¿*Gracias* era suficiente o esperaba una explicación a mi extraño comportamiento de aquella tarde?

Nancy volvió con un ramillete de lavanda.

—He hecho dos esta mañana, este es para ti.

Lo cogí con manos temblorosas. Era idéntico al que le había entregado Kai a Maggie.

—Son muy bonitas, gracias.

No me atreví a mirar a Kai al principio, pero cuando al fin logré armarme de valor, me observaba con una sonrisa de las que gritaban que me había pillado, en lo que sea que hubiese hecho mal.

—¿Quieres mi regalo también o te basta con los rábanos?

Todos en la mesa se rieron menos yo, que me sonrojé y pensé en levantarme y caminar hacia atrás hasta que desapareciera entre la oscuridad del valle.

Le pregunté tartamudeando que qué regalo.

Kai se cubrió los labios de costado y me susurró algo al oído que no podía escuchar el resto.

—Eres muy tonta.

No sabía si lo era por esperar un regalo o por otra cosa, pero era probable que Kai no estuviera equivocado y que yo tuviera ese día más que nunca las defensas emocionales bajas.

—Sois adorables —susurró mi madre.

—Sí, sí —añadió mi padre—, pero las manos lejos de mi hija.

Kai las levantó en señal de rendición y todos rieron, menos yo, que no sabía qué estaba pasando.

—En fin, gracias por esto —me atreví a decir en voz alta pasado un rato, al tiempo que me rascaba la cabeza como si quisiese arrancarme el cuero cabelludo.

—De nada. ¿Estás contenta? —preguntaron mis padres, muy ilusionados. Nunca los había visto así.

—Mucho, mamá.

Nancy y mis padres se excusaron diciendo que iban a entrar en casa a tomar café. Nosotros

no nos movimos. Subí los pies a la silla y me quedé mirando al cielo, que estaba despejado del todo aquella noche.

—Si tuvieras que ir al lugar donde más feliz has sido, ¿dónde irías? —pregunté.

Seguía dándole vueltas a mi conversación con Julia, a todas las cosas que se quedaban en el tintero a medida que nos hacíamos mayores. Pequeños sueños ahogados en tinta; sueños de cristal que se fragmentaban; sueños que ni siquiera recordábamos, porque habíamos cambiado.

¿Yo había cambiado o seguía siendo la misma chica de entonces?

—Supongo que aquí.

—Big Sky, tu lugar predilecto en el mundo. —Sonreí y él me imitó.

—Llevas todo el día comportándote de una manera extraña.

Julia había dicho que durante nuestros días de niñez era cuando más feliz había sido. Sin embargo, yo pensaba en ellos, y tampoco me pertenecían del todo. ¿Tal vez no había llegado aún el tiempo en el que pudiera desvestirme de todos los miedos que llevaba encima como parches?

—Piensa que el mundo puede acabarse mañana.

Kai me tocó la frente.

—A veces lo hago —dije contestando a su expresión de no entender nada—. Pensar en qué haría si fuese el fin del mundo.

—¿Y qué harías? —Apartó la mano y la dejó apoyada sobre el reposamanos.

Me volví hacia él con mi mejor sonrisa.

—Nada.

Las cejas de Kai bailaron una canción desconocida hasta el momento. Unos pasos torpes entre la sorpresa, una expresión ceñuda y una interrogación callada.

—No porque piense que no merecería la pena hacer nada, sino porque no hay nada en concreto que quiera hacer —le expliqué—. ¿Tú qué harías?

Kai se quedó pensativo. Tenía los ojos clavados en las briznas de hierba. La luz de las bombillas le alumbraba las pestañas.

—No pensar en que el mundo se va a acabar.

—¿Y eso por qué?

—Porque así podría hacer lo que hago a diario, es lo que me hace feliz.

Los músculos del cuerpo se me relajaron. Apoyé la mejilla sobre una de mis rodillas. Me fijé en aquel chico con el que tan pocas veces había hablado en la facultad. Si tuviera que haber elegido de qué estaba hecho Kai, habría dicho que de cosas sencillas: de un paseo al atardecer, del olor de la mañana impregnado en el aire, de abrazar el sol, de contener el aliento cerca de las personas que quería.

—Tú eres feliz, Alice.

No era una pregunta, por eso me sorprendió.

—¿Qué?

—Lo veo en cómo miras lo que te rodea. Eres feliz siendo tú, haciendo lo que te gusta aunque otros no lo entiendan. Los deseos pequeños son más poderosos que algunos sueños ambiciosos. Podemos estar aquí con una taza de té, escuchar el viento, ver las estrellas, entender que nos quieren —señaló con la barbilla hacia la ventana de la cocina, donde se veía a mis padres riendo— tanto como para esforzarse. Y eso es suficiente. Si no quieres nada no es porque no tengas ilusiones; tal vez sea porque siempre has tenido muy claro qué es lo que quieres.

¿Ese había sido siempre el problema? ¿Saber que deseaba seguir siendo la Alice que a los demás no les gustaba? ¿Lo que me hacía daño no era quién era, sino que el resto no lo aceptara?

Se me empañaron los ojos.

No iban a ser las primeras lágrimas del día, pero prefería mirar hacia otro lado.

Kai me acarició el pelo. Me enjugué las lágrimas enseguida.

—Nunca le regalé flores.

Al principio, todavía sumergida en mis pensamientos, no comprendí a qué se refería.

Maggie, el ramo de lavanda de Nancy, Farmers' Market aquella tarde.

—¿Por qué no?

—Tengo mis motivos.

La sonrisa era de las que viajan en el tiempo, hasta el momento exacto en el que algo cambió. No sabía qué era, ni los motivos que había detrás de que Kai no regalara flores. No podía imaginármelos ni obligarle a que me los contara. Supe que, como todo lo que era importante para él, acabaría compartiéndolo solo si el corazón se lo permitía.

—Aunque si se las hubieses regalado, no tienes que darme explicaciones.

—Parecías quererlas antes.

—Solo ha sido un poco incómodo. Para ella soy tu novia, pero a mis ojos no estaba tan claro, y seguro que a los suyos tampoco. Me preguntaba si de verdad sirve para algo jugar a las parejas.

Kai no debía de esperarse aquella reflexión. Ni parecía haber pensando en ello hasta que yo lo había dicho. A Maggie le daba igual que estuviera o no saliendo con otra persona. Eso no iba a detenerla de intentar recuperarle. Y, en cuanto a Charlie, parecía tranquilo después de nuestra conversación. Estaba más amable de lo normal y me enviaba mensajes absurdos sobre cosas absurdas. Volvía a recordarme al chico de la última fila, el que yo creía que era en aquel entonces. Un poco despistado, sin intención de herir a nadie.

—No importa lo que ella crea.

—Ah, ¿no? Creía que todo esto era para conseguir precisamente eso.

—No, es por mí.

—¿Para no caer en la tentación?

—Quizá algún día te lo cuente.

—¿Mientras tanto tengo que ir contigo a ciegas al fin del mundo?

Kai acercó su silla a la mía. Entrelazó nuestros brazos y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Solo un rato más.

Había sido un día largo, por eso también dejé caer el peso de mi cabeza sobre la de él. Me palmeaba la mano, como queriendo consolarme. Había sido, desde luego, el cumpleaños más largo de la historia.

—Tu regalo está encima de mi cama —susurró pasados unos minutos. Había estado a punto de quedarme dormida apoyada en él.

—Dijimos que nada de insinuaciones peligrosas.

Kai tembló bajo mi barbilla, estaba riéndose.

—Por eso vas a ir a buscarlo tú sola —aseguró.

El ambiente se relajó un poco, todavía podíamos reírnos juntos.

—¿Desde cuándo sabías que era mi cumpleaños? —pregunté mientras me ponía en pie.

—Desde el verano pasado.

—¿Qué?

—Te quedaste a hacer prácticas en la clínica y yo había vuelto al campus para un congreso durante unos pocos días. Salí con unos compañeros y te vi en el bar de siempre. Llevabas una

banda de cumpleaños.

—¿Y todavía te acordabas de la fecha exacta?

—No sé cómo me puedes preguntar eso sabiendo lo inteligente que soy.

—¿Puedo ir a por mi regalo ya o no?

Me hizo una señal hacia la casa, casi indignado por pasar por alto el cumplido que se había hecho a sí mismo. Quizá Kai podía tener algún complejo, pero su capacidad intelectual no era uno de ellos.

Subí las escaleras hasta el dormitorio. Como muy bien me había dicho, sobre la cama había una caja rectangular envuelta en papel de periódico. Le había colocado un lazo púrpura brillante, que me guardé en el bolsillo del pantalón.

Abrí la caja.

En el interior había la maqueta de una casa de diez centímetros de ancho por unos quince de alto, incluyendo el tejado en pico, que tenía incluso las pequeñas tejas rojas. La base de la casa representaba un pequeño jardín. Había un árbol y un diminuto columpio colgado de él. Los ladrillos eran de color grisáceo; la puerta de la entrada, en arco, azul oscuro. En una de las paredes laterales había adherido un *post-it* fucsia.




Quité el papel y descubrí que había un botón del tamaño de una lenteja.

Lo apreté.

Una ventana se iluminó en la segunda planta y apareció la sombra de una silueta oscura al otro lado.

Frente a la casa había un cartel.

«La madriguera de Alice».

—¿Te gusta?

Kai estaba apoyado contra el marco de la puerta. El pelo le había crecido mucho en las últimas semanas. Un par de mechones rebeldes le cubrían parte de la cara.

Había cogido lo que había compartido con él y lo había transformado en un faro de emergencia, una luz que podía encender cuando quisiera, por muy a oscuras que a veces me sintiera.

—Es preciosa.

Dejé la maqueta sobre el colchón, me levanté y fui hacia Kai. Era la primera vez que lo abrazaba, pero me alivió hacerlo. Tardó en rodearme con los brazos, quizá porque ese primer contacto también había sido inesperado para él. No importaban los besos en el Red Heart, podíamos olvidarlos. Sin embargo, ese momento era real porque no cabía ninguna duda de que solo éramos él y yo, sin mentiras de por medio, sin necesidad de convencer a nadie de nada.

Kai me acarició la espalda con ternura hasta que yo me sentí preparada para retroceder.

—Hoy estoy sensible, por lo visto.

Me enjugué otras dos lágrimas rebeldes con los nudillos.

—Todos tenemos días así. Ahora bien —agachó un poco la cabeza, se acercó a mí y me miró por encima de sus pestañas—, es tu cumpleaños, quiero que estés contenta.

—Lo estoy.

—¿De verdad?

—Lo prometo.

Enlazó nuestros meñiques para que la promesa fuese más sólida.

—Hay algo más que quiero por mi cumpleaños.

—¿No crees que ya he colaborado bastante en él?

Levanté el dedo índice.

—Una sola cosa más.

—¿Qué? A ver, dilo ya —concedió. Se había rendido rápido.

—Quiero conocer a tu madre.

# CAPÍTULO 23

Se puede tocar a las personas con las palabras. No hace falta una mirada, tampoco es necesaria una caricia. La madre de Kai consiguió rozar sentimientos que creí dormidos, sensaciones que no había despertado nadie antes.

Resultó ser una mujer dulce, de las que sonreían incluso cuando desconocía la dirección a la que mandar la sonrisa. Pero llegaba. Su pelo era más oscuro que el de Kai, con un corte *garçon* que le favorecía y le aniñabalas facciones. Llevaba los labios pintados de rojo y tenía los ojos verde claro. Vivía en una casa pequeña rodeada por un amplio jardín rodeado de enormes pinos. Entraba mucha luz, pese a que las ventanas eran pequeñas y las cortinas, tupidas. En el salón había dos sillones orejeros de color mostaza y una librería repleta de novelas y cuentos de todos los géneros. Debían de ser todos los que Kai le había leído en los últimos años. La casa olía a suavizante y a polvos de talco. Había varias fotografías enmarcadas, colocadas aquí y allá. En la mayoría de ellas salían Nancy, Kai y ella, Lauren. Todas las etapas de la vida del chico se veían encerradas en instantáneas que ya contaban varios años.

—¿Quieres más té, Alice?

Miré la taza, no había bebido apenas.

—Estoy bien, gracias.

Estaba sentada frente a mí en el sillón paralelo.

—Te noto nerviosa.

Desde luego, Lauren tenía facilidad para percibir las emociones de los demás. Kai se había vuelto un experto en esquivar a su madre; yo no estaba preparada.

—Lo estoy, un poco.

—Si es porque quieres causarme buena impresión, no te esfuerces. Ya me caes bien.

—¿Tan rápido?

—Me has traído un libro. Cualquier persona que traiga libros es bien recibida en esta casa —me dijo. Logró que me relajara—. ¿Quieres que demos un paseo? Me agota escuchar el tictac del reloj.

—Por supuesto.

Tendí la mano y le indiqué que me diese su taza para llevarlas ambas a la cocina. Cogió el bastón de invidente, las gafas de sol y salimos al calor de la mañana. Kai se había quedado en la granja; el trabajo se acumulaba por momentos.

Le ofrecí mi brazo sin ánimo de que se sintiera mal. No se mostró molesta, es más, pareció cómoda. No podía imaginarme lo difícil que sería que todo se oscureciera de pronto y ya no pudieras ver nada ni a nadie, y todo lo que aún te bailaba en la memoria pareciese más fruto de un sueño que de una realidad de la que habías formado parte.

—¿Cuándo empezó a gustarte mi hijo?

No me tropecé con las baldosas de milagro.

—¿Eres tímida?

—Un poco.

Y muy mala improvisadora de historias. ¿Cómo no había pensado que alguien pudiese hacerme una pregunta como aquella? Parecía lógico pensar que nos habíamos enamorado de una forma natural, sin medir los tiempos, sin contar los meses que habían pasado. O al menos así

funcionaban las relaciones, supuse.

—Me fijé en él en nuestro primer día de clase.

Tampoco tenía por qué mentir, solo adornar un poco la verdad.

—¿En serio? ¿Por qué? No me malinterpretes; soy consciente de que mi hijo es guapo, no es como si no lo hubiese visto antes.

Pues claro que lo era, aunque no iba a decirlo en voz alta.

—Cuando salimos de clase, llovía amares. Estaba esperando en el porche con todos los libros en las manos. No podía volver a la residencia, se iba a mojar todo —comencé a contar. Era más fácil decir la verdad. Siempre te quita un anzuelo enorme del pecho, ese que va tirando de ti igual que el gancho del remolque de la grúa.

—No me digas que te dio su paraguas y que el romántico de mi hijo echó a correr bajo la lluvia.

—De eso nada.

—¿Caminasteis juntos, entonces?

Me reí tan alto que sorprendí a Lauren, aunque se unió a mí de inmediato.

Recordaba ese momento igual que si hubiese sucedido aquella mañana.

Todo olía a lluvia. El móvil decía que no iba a amainar hasta la noche. No podía quedarme ahí cuatro horas. Si al menos hubiese podido conseguir una bolsa de plástico para guardar los libros, no me hubiese importado mojarme. Entonces una sombra apareció a mi lado. Lo reconocí porque había estado sentado en clase dos asientos por delante de mí. El chico de la primera fila. El mismo que había llegado dos minutos antes y me había quitado el único asiento que quedaba delante y que sería suyo para lo que restase de curso.

—Perdona, hola —dije—. No llevo paraguas, ¿te importaría compartir el tuyo? Con llegar a la librería es suficiente, ahí podría conseguir una bolsa.

—¿Por qué debería?

Pestañeé varias veces, confundida. Kai tenía cara de pocos amigos. Yo todavía no sabía su nombre.

—No es que debas, era solo por si podías.

—No puedo.

—Ah. —No fui capaz de decir otra cosa, me quedé petrificada.

—Adiós.

Abrió el paraguas y se marchó.

—¿Cómo? ¿Te dejó ahí?

—Sí —asentí. Lauren no daba crédito—. Cinco minutos después, volvió.

—Menos mal, por un momento he pensado que mi hijo se había vuelto loco.

Le dije que un poco loco sí que estaba, igual que todos.

—¿Y qué? ¿Te ayudó?

Solo se había limitado a pasar por mi lado y volver a entrar en el edificio.

—Había olvidado la carpeta.

No sabía de qué carpeta me hablaba. Ya tenía una imagen hecha de él: era un desconsiderado y un pésimo compañero.

—¿Todavía necesitas un paraguas?

—No, como hace un día maravilloso y no llueve a cántaros, no, no necesito un paraguas.

—El sarcasmo conmigo no funciona.

Volvió a abrir el paraguas y dio dos pasos bajo la lluvia.

—¿Vienes o qué?

No me quedaba más remedio, tenía que pensar en los libros y tragarme mi orgullo.

—¿Y fuiste con él?

—Sí, durante diez minutos, en silencio absoluto.

—¿Y ahí empezó a gustarte?

—No, ahí me fijé en él, ya te lo he dicho.

Lauren se rio.

—Y pensaste: jamás quiero volver a hablar con este chico.

—¿Cómo lo sabes?

Nos detuvimos en un semáforo, pese a que no pasaba ningún coche en ese momento.

—¿Cuándo cambiaste de opinión?

—Hará unos meses. Le vomité encima. Se enfadó, claro. Pero después me dejó una bolsa con medicamentos en la puerta de la habitación de la residencia.

—¿Y cómo sabes que fue él?

—Porque había una nota dentro.

—¿«Mejórate y descansa»?

—Más bien: «No vuelvas a acercarte a mí, me has puesto las zapatillas perdidas y peligra mi matrícula de honor, Alice Grace Wilson».

La expresión de Lauren cambiaba constantemente de la sorpresa a las ganas contenidas de reírse. Los padres no conocen todas las facetas de la personalidad de sus hijos, era normal que no pudiera encontrar en aquellas anécdotas que yo le contaba al niño que ella había criado.

—¿Y por qué cambiaste de opinión si te dijo eso?

—Porque se había tomado la molestia de preocuparse por mí. Pocos lo habían hecho antes, y fue agradable. No estoy muy acostumbrada a que me cuiden.

Después de aquello, no habíamos vuelto a hablar hasta la noche del *pub*. Tras ello, el encuentro en el aeropuerto había complicado un poco más las cosas y, de repente, la regla de no acercarme a él había sido borrada de golpe y estábamos más cerca que nunca.

—Kai sí que está acostumbrado a cuidar de los demás —me explicó—. De sí mismo, de su abuela, de mí. ¿Sabes que aprendió a maquillarme viendo tutoriales porque yo ya no podía hacerlo?

Recordé la noche antes de ir al Red Heart.

—Debería dejar que los demás lo cuidasen también.

—Eso es casi imposible. Le gusta hacerse el valiente, pero por dentro sigue siendo un niño. Ese niño que no pudo ser porque estaba demasiado ocupando ayudándome. Es un buen chico, ¿sabes? Pero a veces me preocupa que no sea capaz de mostrar lo que siente.

No hay nada que pase inadvertido a los ojos de una madre, por muy lejos que estés, por muchas sombras que impidan que te vea. Lauren sabía muy bien cómo se había sentido Kai, no importaba cuánto se hubiese esforzado en aparentar que era feliz y que no había nada que le empañara los ojos.

—Siempre ha tenido responsabilidades que otros chicos de su edad no tenían —me contó—. ¿Te ha hablado de su padre?

Esa era una pregunta peligrosa, porque sabía sobre el tema más cosas que la propia Lauren; a fin de cuentas, Kai se había guardado ese secreto para protegerla.

—No mucho.

—A veces me pregunto si le hubiese gustado conocerlo.

—Supongo que como a cualquier hijo —contesté sin pensarlo demasiado, sobre todo porque era la sensación que había tenido mientras estaba tumbada en la cama con Kai.

—¿Debería decirle dónde está ahora?

Me detuve de golpe y ella conmigo. Giró la cara en mi dirección, aunque no podía haber adivinado mi confusión.

—¿Es que lo sabes?

Lauren asintió. No entendía por qué me lo contaba. ¿Esperaba alguna reacción por mi parte?

—Llevo tiempo pensando en decirle la verdad, pero no sé muy bien cómo hacerlo.Me da la sensación de que se esconde de ella. Mi hijo ha creado una ilusión en la que, si no mira hacia atrás, no puede asustarle nada de lo que desconoce.

Kai guardaba secretos; su madre también.

—Estaba enamorada de él, no fue una aventura. Para mí no. Me quedé embarazada de Kai joven, sí, sin embargo, quería tener un hijo. Suena egoísta, lo sé. Kai no fue un error. Era lo que me repetía mi padre. Pero yo quería ser madre, ¿qué problema había? ¿Que al hombre del que me había quedado embarazada se le olvidaron las promesas dos meses después del parto? Entonces el error era suyo, por irse y renunciar a conocer a nuestro hijo, no mío.

Pensé en Julia, tan joven, tan asustada, y la comparé con Lauren, decidida a traer a Kai al mundo, a criarlo, a darle todo el amor que fuese capaz de sentir. Había muchas diferencias entre ellas, sin embargo, había algo en lo que se parecían: en el cariño con el que hablaban de sus hijos, nacidos en circunstancias parecidas en momentos distintos.

—Conoce esta parte de la historia, se la conté cuando se hizo mayor.

—Intuyo que hay otra parte que no sabe —me aventuré a decir.

Lauren movió la cabeza en señal afirmativa.

Reanudamos el paseo, ella con la vista en el suelo. Me preguntaba si podía recordar la inmensidad de las montañas, tan verdes como los prados, y la llanura sobre la que estaba asentado Big Sky. Cómo los inmensos pinos les hacían cosquillas a las nubes y las pequeñas casas se saludaban entre ellas a lo lejos. A lo mejor esa estampa siempre seguiría muy viva y llena de color en los ojos apagados de la madre de Kai.

—Alice, ¿sabes qué sucede cuando una persona se arrepiente?

Como me quedé en silencio, contestó:

—Que intenta arreglar lo que estropeó. El padre de Kai no es una excepción a esta regla, solo que es tan torpe que en vez de pedir perdón, hizo como si nada.

Me mordí el labio, suplicando por que Lauren no intuyese ni de lejos el pensamiento que me había cruzado la mente.

—Después de perder la vista, el padre de Kai reapareció y me pidió ayudarme a cuidar de él. Tuvimos una discusión muy fuerte, con la añadidura de que estaba frustrada por no poder siquiera mirarle a la cara mientras nos gritábamos.

No quise imaginarme aquella situación. Tampoco adivinaba las razones que estaban empujando a Lauren a contármelo. Acabábamos de conocernos. No sabía nada de mí y era la novia de su hijo. ¿Qué le hacía creer que podría guardármelo para mí y no decírselo a Kai? A no ser que, precisamente, eso fuese lo que andaba buscando.

—Le dije que podría volver a ver al niño siempre y cuando Kai quisiera.

Recordé a un Kai pequeño y delgado saliendo de la escuela agarrado a las asas de su mochila mientras ese señor alto y alegre le confesaba ser su padre como si se tratase de la cosa más normal del mundo. A veces, los adultos no miden sus acciones. Son instantáneas, un anhelo

fugaz que pone del revés la vida de otra persona.

Me dolió un poco el corazón.

—Sé que fue a verlo durante mucho tiempo.

Así que mi intuición no me había fallado.

—Él nunca me dijo nada, por más que pasaban los años y su padre me contaba que se estaba esforzando, pero que el niño no le hacía el menor caso. ¿Y qué esperaba?, le pregunté. Era un desconocido que lo acechaba, ¿en busca de qué? El cariño se gana en todos los momentos, no solo cuando nos hace falta.

—Es fácil ver a quién se parece Kai. Siempre me dice cosas que me hacen sentir bien. No porque sea lo que quiero escuchar, sino porque no soy capaz de verlas. A veces me ofusco y él me saca del bucle.

—Alice.

—¿Sí?

—¿Te cuento una cosa?

No me veía capaz de seguir averiguando más secretos sobre la vida de Kai. No entraba dentro de los términos que habíamos acordado, sin embargo, me daba la sensación de que hacía tiempo que no les estábamos haciendo ni caso.

—Vale.

—Kai es muy buena persona, y en la misma proporción es tonto.

—Eso ya lo sabía, pero ¿puedo preguntar por qué?

Lauren soltó mi brazo y me dio unas palmaditas suaves en la espalda.

—Supongo que ya lo averiguarás.

Sin darme pie a insistir sobre qué había bajo ese halo de misterio, continuamos paseando durante casi una hora, en la que compartimos un par de helados sentadas en la hierba y Lauren me contó cómo era Kai de niño, lo enamorado que estaba de la naturaleza y lo pequeños que se le volvían los ojos cuando sonreía de verdad.

Lauren dibujó recuerdos muy vivos y me llevó a escuchar la risa de Kai pese a que estábamos a unas cuantas millas el uno de la otra. Así fue como me di cuenta de que se puede ver a las personas a través de las palabras y de las manos, incluso lo que nos ocultan por temor a herirnos.

# CAPÍTULO 24

Lo que sucede con las cosas que se olvidan es que acaban repitiéndose. Por más que quieras escapar de ellas, regresan una y otra vez, como si recordaran el camino de vuelta a casa, incluso cuando te has esforzado en obligarlas a perderse. Después es casi imposible lograr que su recuerdo vuelva a borrarse. Echan raíces porque al fin tienen dónde.

Mamá cogía un avión al día siguiente, así que decimos cenar los tres juntos en un restaurante italiano, cerca del Red Heart. Todo marchaba bien, desde la conversación hasta la comida. Pero en las escenas felices siempre hay un interruptor, y si lo tocas, al igual que una película, le sigue un fundido en negro.

—¿Francis?

Un hombre alto con traje, al que comenzaba a escasearle la cabellera, se había acercado hasta nuestra mesa y miraba a mi madre con una sonrisa muy vivaz.

—Ah, John. —Ella se levantó para darle un abrazo rápido. Le presentó a mi padre, quien le estrechó la mano con cordialidad y, a continuación, me llegó el turno—. Esta es mi hija, Alice.

Cuando acepté darle la mano, deseé que no fuera uno de sus amantes.

—John trabaja en el aeropuerto —nos contó—. ¿Libras esta noche?

—Sí, he salido con mi familia a cenar. —Señaló hacia la mesa que había al fondo del local. Una mujer de pelo rubio corto peleaba con dos niños de unos cinco años para que dejaran de meter los dedos en los espaguetis—. Están en una edad muy mala. En fin, solo quería saludar, pasad buena noche.

Chocó el puño con mi madre y se marchó casi al momento.

Papá parecía tranquilo, ¿lo estaría porque sabía que no había habido nada entre ellos o porque le daba igual?

Dejé los cubiertos en el plato y me acodé sobre la mesa.

—¿Cómo lo podéis soportar?

Ambos me prestaron de golpe toda su atención.

—¿Por qué si necesitáis a terceras o cuartas personas no dejáis de estar juntos?

Les había preguntado varias veces si se encontraban más cerca del divorcio que de volver a ser un matrimonio al uso, lo cual no significaba que fuese bueno, pero era a lo que yo estaba acostumbrada y a lo que creía que ellos también.

—Ya te lo dijimos: porque nos queremos.

—Es que esa respuesta no me convence.

—No pensábamos que tuviéramos que convencerte de nada, Ali. Es nuestra vida, te guste a ti más o menos —dijo mi padre, que para esas cosas siempre era muy asertivo—. Mamá y yo nos queremos y lo haremos siempre. Ya está. Punto final.

Ella le colocó la mano encima del hombro para tranquilizarle.

—Ali, nos gusta estar juntos, nos prometimos envejecer uno al lado del otro. No nos arrepentimos de eso, seguimos queriendo que eso suceda.

—En pocas palabras, sois mejores amigos.

Se miraron entre sí.

—Ya no estáis enamorados —añadí.

Hacerlo supuso un esfuerzo colosal. Al crecer entre las ausencias de mis padres, una parte

de mí solo deseaba que al menos ellos fuesen felices juntos. Me estaban diciendo que lo eran, pero yo lo sentía como si les faltase algo.

—Querer a alguien es más importante. Somos mejores amigos, tienes razón, pero no solo eso. Somos dos personas que se quieren. Y sabemos que es complicado para ti comprenderlo.

—También puedes querer a una ardilla que ves a diario en el parque —comenté.

Me había pasado con una que había en el campus de la universidad. A lo mejor ni siquiera se trataba de la misma ardilla y a diario saludaba a una distinta, que se comía mis almendras bien a gusto.

—¿Qué pasa, Ali?

Tenías muchas sensaciones agolpadas en el corazón empujando por salir. Si las dejaba emerger, quizá sentiría que la carga se volvía más ligera. Mis padres se estaban esforzando aquel verano más de lo que lo habían hecho antes. Salíamos a cenar, alguna noche se habían quedado viendo películas conmigo, después el cumpleaños, conocer a Nancy y a Kai.

Todo era nuevo para mí.

Tanto que en contraste con los últimos veinte años me parecía extraño.

—De pequeña creía que no me queríais.

No pude mirarlos a la cara tras decirlo, así que no sé cómo encajaron el golpe.

—Siempre había algo más importante que recogerme del colegio, ayudarme a hacer los deberes o leerme un cuento antes de ir a dormir, así que pensé que, tal vez, no me queríais.

—¿Ali?

Tras levantar la mirada, vi que mi madre había palidecido.

—No quería estropear la cena, perdonad.

—¿Cómo que estropear la cena? —preguntó mi padre—. No has estropeado nada. ¿Qué pasa? Habla con nosotros.

No les estaba echando nada en cara, eso era lo primero que necesitaba que comprendieran. No había forma de construir sin retirar los escombros. La única manera de disfrutar de aquellos días con mis padres era decir en voz alta lo que llevaba tiempo enquistado.

—Nunca dijiste nada —susurró mi madre.

—No se me da bien decir cosas.

—Ali, cuando eras pequeña —empezó a hablar mi madre—, tuvimos que trabajar mucho. Las cosas no nos iban tan bien como ahora.

Lo recordaba. Papá acababa de dejar su empleo y había utilizado los ahorros para abrir el primer local, sin saber si tendría beneficios o a la larga sería una mala inversión. Mamá trabajaba de azafata porque, por aquel entonces, su sueldo era el único estable. Acababan de comprar la casa y parecía que las facturas se acumulaban en una pila que no paraba de crecer en el mueble del recibidor.

—Lo sé —susurré.

—Aunque eso no nos excusa de que te sintieras así. Parecías una niña tan independiente que creíamos que estabas bien —explicó mi padre.

Ambos estaban nerviosos. Se hubiesen sentido mejor si les hubiera pasado una apisonadora por encima. Intenté ponerme un segundo en los zapatos de mi padre, imaginarme cómo me haría sentir que mi hijo me dijera que no se había sentido querido. También imaginé a Julia con el pequeño Hugo o a Kai con su padre. Quizá era un dolor tan enorme que no había forma de compararlo con nada.

—Nos esforzamos mucho por ti, pero tal vez no lo hicimos bien.

—No sé lo que está bien y lo que está mal como padres, mamá —expuse—. Nadie lo sabe, en realidad. Hay cosas que hacéis por mí que me hacen muy feliz, sin embargo, siempre son a las que menos importancia le dais.

—¿Como cuáles? —inquirió él.

—Como acordaros de que he tenido un examen importante, o mandarme un mensaje para preguntar si he cenado, o enviarme las galletas de la abuela en un paquete.

—¿Y qué no te hace feliz?

Tomé aire. Era la primera vez en toda mi vida que tenía una conversación tan seria con ellos. Una en la que me quitaba todos los miedos. Quería que supiesen quién era yo de verdad, que me vieran, que eligieran quererme tras descubrir el lado oscuro de mi corazón.

—Que a veces no os deis cuenta de que estoy aquí.

—Con aquí supongo que no te refieres a Bozeman —murmuró mi madre.

También era la primera vez en la que ellos no se estaban tomando a broma lo que decía ni me regañaban. Estaban serenos, aunque evidentemente tristes. Puede que la culpa fuese mía. ¿Debería haber esperado al final del verano? ¿Despedirnos con esa sensación amarga?

—Me dolió que no vinierais a recogerme al aeropuerto.

—Fuiste tú la que nos dijiste que podías coger un taxi.

—Es de esas cosas que se dicen, papá. Nadie quiere volver a casa solo.

—Lo sentimos, Ali, no lo pensamos. Llevabas sin venir un año y medio. Nos ha costado convencerte y preferimos no invadir tu espacio para que no volviera a pasar tanto tiempo la próxima vez.

Me quedé mirando el tenedor. No supe cuánto habían estado esperando una respuesta. Al final hablé. No quería convencerlos de su parte de culpa, sino quitarme la espina y continuar.

—En parte, si dejé de venir, fue porque pensé que aquí me sentiría más sola.

—¿Necesitas que pasemos más tiempo contigo?

Negué con la cabeza.

—No se trata de la cantidad, sino de que tengáis ganas de que estemos juntos.

Mamá se cubrió la cara con las manos. Estaba llorando. Me pregunté si su compañero John y su familia estaban mirando en nuestra dirección. ¿Había dicho algo tan malo? Nunca pensé que a mis padres pudiese importarles tanto lo que yo sintiera o dejase de sentir. Al final, uno se acostumbra a creer que no es importante.

—No llores, Francis.

—Mamá, no quería ponerte triste, perdóname.

Me levanté de la silla y me acuclillé a su lado. Apartó las manos y me vio, fue una sensación extraña. Tal vez yo era una sombra de la niña que la esperaba despierta las noches que volvía a casa, sentada en el sexto peldaño de la escalera interior.

—Ali, somos un desastre.

—No es verdad —contesté. Le cogí la mano entre las mías—. Os estáis esforzando mucho estas últimas semanas, de verdad que me he dado cuenta.

—¿Es por eso que lo has dicho?

—Sí. No paraba de compararos con los recuerdos que tengo de pequeña. Me daba la sensación de que queríais distraerme de algo.

—Por eso nos preguntabas todo el rato si íbamos a divorciarnos.

Asentí al comentario de mi padre. No esperaba que aquella cena se convirtiera en lo que acabó siendo. Las lágrimas pugnaban por salir desde hacía un rato, sin embargo, como me había

permitido llorar delante de mis padres contadas veces, me resultó natural retenerlas.

—Lo que quiero es que no os esforcéis tanto.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó mi madre, abatida.

—Porque me gustaría que fuese todo más constante. Pasar pequeños momentos juntos sin necesidad de organizarlos. No tenemos que salir a cenar cada dos noches ni tenéis que comprarme cosas todas las semanas —expliqué—. Papá, tú sales a correr por las mañanas y sabes que yo también, pero nunca vamos juntos. Podríamos hacerlo. Y mamá, te gusta ver películas románticas; podemos verlas de vez en cuando.

—Ali…

—Queríamos salir a cenar porque sabemos que odias las sandwicheras —susurró mi padre, que parecía haberse mimetizado con las emociones de su mujer.

Cerré un segundo los ojos. Con ocho, con catorce, con veinte, seguía cuidando a mis padres. Quizá ellos me necesitaban más que yo a ellos y no me había dado cuenta. Al menos sí que les hacía falta una guía hecha por mí para comprender qué esperaba por su parte.

—Odio la sandwichera porque siempre estábamos solas ella y yo. Pero puedo comerme un sándwich con vosotros en casa mientras vemos un *reality show* y mamá nos cuenta anécdotas de sus viajes.

—¿Quieres que compremos una gofrera? —preguntó ella con desesperación.

Le enjugué las lágrimas y sonreí.

—Podemos comprar una gofrera, me parece bien. Pero que papá no la toque, la rompería seguro. Ya sabes que es muy torpe.

Él sonrió a pesar de que la tristeza que los había invadido a los dos estaba muy presente. Mamá me abrazó tan fuerte como yo hacía con ella cada vez que se iba a trabajar. Era un gesto de desesperación. Una necesidad casi inhumana de retenerme un poco más a su lado o de hacerme sentir que ella también se encontraba junto a mí, que no me soltaría, por mucho que volara alto, por más que nos separasen miles de millas.

Se marchaba, una vez más, porque era su trabajo. Y aunque las cosas iban los suficientemente bien como para quedarse en Bozeman y ocuparse de los locales junto a mi padre, a ella le hacía feliz ser azafata de vuelo. Nunca se habían reclamado nada el uno a la otra, no delante de mí al menos. Tenían esa compenetración, ese amor que ya no era propio de dos enamorados, sino de dos personas que se querían por encima de todas las cosas.

—¿Iremos al cine la semana que viene?

—Claro que sí, mamá. Iremos al cine siempre que quieras.

# CAPÍTULO 25

A veces recuerdas incluso las cosas que no estaban ahí. Una sonrisa que nunca te dedicaron, un instante a solas en la azotea del instituto, un paseo a media tarde en el viaje de fin de curso. Es fácil imaginar que fue real.

Los ojos de Charlie parecían contarme todas aquellas cosas mientras volvíamos a casa del Red Heart. Había vuelto a sustituir a la compañera que estaba enferma.

—En algunas ocasiones me gustaría volver a tener quince —comentó.

Caminábamos sin prisa. Había decidido acompañarme a casa. Ninguno de los dos había ido en coche a trabajar ese día. Casi como si todavía nos debiéramos muchas conversaciones y no hubiese forma de esquivarlas por más que yo huyese de ellas. ¿Qué me asustaba tanto?

—¿Y eso por qué?

—¿No tenías la sensación de que todo era más fácil entonces?

Quizá para él, que había sido popular y tenía muchos amigos, lo había sido. Yo en esa época ya ni siquiera tenía a Julia, así que todos los días resultaban ser una cuenta atrás para que acabase aquel sufrimiento. Desde fuera, todos parecemos estar bien. Solo somos un puñado de críos distribuidos en una clase llena de hileras de sillas y mesas. Los profesores pasan igual que la gente que sale del metro, sin mirarte, a veces sin verte. Solo había dos formas de que se fijaran en ti: que fueses el más inteligente o el más liante. Nada más. Lo demás carecía de importancia. Éramos máquinas sin sentimientos.

—Odié los quince.

—Fue cuando empezaste a gustarme, así que no los puedo odiar.

Tuve que asegurarme de que había escuchado bien lo que acababa de decir. ¿Por qué volvía a sacar el tema? Aun así, había conseguido lo que pensaba que pretendía: llamar mi atención. De repente quería saber cómo había sido, por qué yo, que pasaba desapercibida en el pasillo de taquillas, había llamado su atención.

—Fue en la excursión a Big Sky. Nos tocó remar juntos en la misma canoa.

Poco después había empezado a fijarme en él y a creer que conmigo era distinto.

—Me gritaste que era un inútil cuando volqué la barca con los dos dentro. Parecías muy enfadada. Logramos salir del lago y, al volver al campamento, me arrojaste una toalla para que me secara. Tú habías sido más lista que yo —me miró casi con orgullo, volví a ver al chico torpe y que siempre sonreía— y te habías echado a la mochila ropa de recambio.

—Te dejé una camiseta.

—Sí. Me sorprendió que fueses tan amable después de enfadarte así.

—Me sentía mal. —Me quedé pensando un segundo—. Nunca me devolviste aquella camiseta.

—No irás a pedírmela ahora, ¿no?

—Seguro que no sabes ni dónde está.

Charlie se rio. Para mi sorpresa, y puede que también para la suya, me pasó el brazo alrededor de los hombros. Fue una sensación extraña, entre la nostalgia y un pinchazo en el pecho.

—Pensaba que no tendría oportunidad de contarte estas cosas.

Apartó el brazo unos segundos después.

—No volvías a casa, no aceptabas mis solicitudes de amistad, me daba vergüenza pedirle el número a tu padre.

Así que de ahí venía su insistencia. ¿Tenía de verdad importancia que quisiera decirme todo lo que no me había dicho?

—Yo también estoy diciendo muchas cosas este verano.

Charlie, con las manos en los bolsillos, comenzó a dar vueltas a mi alrededor. Fue inevitable sonreír. Hacía tanto que intentaba no pensar en él que no recordaba lo payaso que era.

—¿Y no hay nada para mí?

—Solo una pregunta.

—Lánzala. —Fingió que llevaba puesto un guante de béisbol; se colocó a unos metros de distancia de mí, preparado para pillar la bola.

—¿Pensaste alguna vez en cómo me sentí ese día?

La bola voló alto. Recuperó la postura y la expresión risueña le tembló hasta convertirse en una más triste.

—Hasta ahora, casi cada día.

—Sé cómo me sentí —dije—. Quiero saber qué pensaste tú.

—¿Por qué?

—Porque necesito que esos Alice y Charlie que una vez fuimos se reconcilien —expliqué.

Pensé que así podría recuperar mi corazón de donde fuese que se hubiese perdido. De ese estacionamiento lleno de otros semejantes al mío, donde acababan los amores no correspondidos.

—Quiero asomarme a esa época sin que me dé miedo.

Charlie caminó de vuelta a mi lado. Un gesto pequeño, tan lleno de nuestros quince años que intenté centrarme en él. Colocó la mano sobre mi cabeza. No se movió un milímetro.

—Eso es lo que yo también quiero para ti, Ali.

Fue un comentario tan amable que no supe cómo encajarlo.

—Me sentí la peor persona del mundo. Vi que era capaz de mentir, de engañarme a mí mismo y a ti, de hacer daño, de hacer algo tan horrible como reírme de tus sentimientos, que también eran los míos.

Al final, resultaba que Charlie se había herido más a sí mismo que a mí, porque yo no había tenido que pasar los últimos tres años pensando en que él sufría.

Charlie había sido el malo por motivos obvios. Pero podía elegir que lo dejara de ser a partir de ese momento. A lo mejor de verdad podíamos abrir una puerta pequeña, volver a tener quince, que la canoa volcase y que, después del enfado, pudiésemos reírnos como hicimos aquella noche en la hoguera al recordarlo.

—No creo que seas mala persona, Charlie.

—No sabes lo importante que es para mí que lo digas. ¿Estás segura de que lo piensas? —Una risa amarga completó sus palabras.

—Lo pienso. Podemos hacer cosas malas y equivocarnos, volver a estropearlo todo. Nos pasa constantemente. Arrepentirse y perdonar siempre son dos opciones seguras.

Quizá no convencí a Charlie. No obstante, sí que me di cuenta de que acababa de lanzarle un salvavidas, igual que aquel día le había tirado una toalla y dejado una camiseta, que, seguro, había olvidado en algún lugar del tiempo, justo donde se quedan las cosas que una vez significaron algo y que perdieron su valor por el camino.

—¿Cómo es irse de un sitio? —me preguntó tras andar en silencio durante unos metros.

—¿A qué te refieres?

—Te fuiste de Bozeman. Nacimos aquí, crecimos aquí. ¿Cómo es la sensación?

—¿Lo preguntas porque te vas a ir?

Charlie asintió con una sonrisa pequeña.

—Pues es extraño al principio. Da la sensación de que el mundo es enorme y tú solo has vivido en una cápsula diminuta —dije—. Aun así, echas de menos esa cápsula, por más que a veces te asuste la idea de regresar a ella.

Él asintió. Parecía estar dándole vueltas a aquella comparación, que, tal vez, le resultaba extraña. Siempre me enredaba con las palabras, Daisy decía que eso era por leer tanto, y puede que tuviera razón.

—¿Y cuándo te vas, si puede saberse?

—Quizá a principios del año que viene. No lo sé seguro —contestó. Estaba concentrado en las puntas de sus zapatillas—. Todavía me quedan algunas cosas que hacer.

—Como hablar conmigo.

Charlie hizo un aspaviento con la cabeza y el pelo rubio se le desordenó un poco.

—Por ejemplo.

Nos sonreímos.

—¿Qué otras cosas tienes en tu lista de asignaturas pendientes de Bozeman?

Charlie era muy expresivo. Había muecas constantes en su cara, la mayoría poco serias. En el instituto era el que nos hacía reír a todos, hasta que a mí me hizo llorar. Esa noche, volviendo los dos juntos a casa, me prometí que debía olvidar aquello si quería tener una relación cordial con él, aunque durase esas últimas semanas que nos quedaban de verano.

—Sobre todo las despedidas. Que no se me olvide nadie. Es una lista con nombres de personas.

—Convócalas a todas en el aeropuerto el día que te vayas, te ahorrarás mucho tiempo —sugerí.

Charlie se rio. Estábamos cruzando un paso de cebra. Él se colocó delante de mí y me tendió la mano. Hizo una reverencia, más propia de un duque de la época victoriana que de un chico de veinte años.

—¿Bailamos?

Miré a nuestro alrededor. No había un alma en la calle, solo las farolas nos alumbraban, y el aire suave y el canto de los grillos eran nuestra banda sonora.

—Quise bailar contigo en el baile de fin de curso, pero pensé que hubieses preferido que me cayese por las escaleras antes de insinuarlo siquiera. Había conseguido que me odiaras durante ese año.

Seguí con la mano tendida; esperaba que aceptara, a pesar de que debía de saber que habíamos firmado una tregua. Sin embargo, eso no significaba que todo estuviera permitido. Pese a ello, una voz que era casi un susurro en mi cabeza me animó a aceptar.

Coloqué mi mano sobre la suya y con la otra me rodeó la cintura.

—¿Cómo vamos a bailar en medio de la carretera sin música?

—Por aquí nunca pasan coches a estas horas y yo puedo cantar.

Los ojos azules de Charlie brillaban diferentes. Podían ver algo que seguía a oscuras para mí. Sea lo que fuere, eso le partía el corazón, porque aunque no había dejado de sonreír en ningún momento, me dio la impresión de que estaba a punto de echarse a llorar.

Charlie empezó a tararear una canción.

Movimos los pies con torpeza.

—Cierra los ojos.

Lo hice, era incapaz de mirarlo. Yo también tenía ganas de llorar.

Me hizo girar sobre mí misma.

Dejé de escuchar el tarareo en su voz y escuché *Long Way Down*, de Tom Odell, la canción que sonaba en el aula de música el día que le dije a Charlie Miller que me había enamorado de él.

La canción.

—Asómate a este momento, a partir de ahora.

Sentí aquel baile como una despedida, una de su larga lista de personas a las que decirles adiós. Solo que no me estaba diciendo adiós a mí, sino a la chica que salió del aula aquella tarde de hacía tres años con el corazón abandonado en la cuneta.

—Aquel día debí cogerte de la mano.

Me abrazó muy suave, sentí su cuerpo como la brisa.

—No te arrepientas de nada, Ali.

Me acarició la espalda; apoyó un instante la mejilla sobre mi cabeza.

—Vamos, es tarde.

No supe si se refería en general o a aquella noche en concreto.

Caminó un par de pasos por delante de mí, con las manos en los bolsillos y los ojos puestos en el cielo. Me fijé en él de perfil, sonreía. Yo, de repente, estaba triste, porque nos habíamos alejado más de esos dos pasos. Estábamos a tres años de distancia y no había forma de que esa sensación se fuera.

Solo encontré consuelo esa noche cuando me metí en la cama. No me había inventado ese baile ni la sinceridad de Charlie. Era un momento nuestro y me acababa de regalar algo que no tenía al aterrizar en casa: la posibilidad de reconciliarme con mis propios sentimientos, de no sentir arrepentimiento por haberme enamorado de él, de cerrar viejas heridas que no se iban, de encontrar una dirección para ir en busca de ese corazón aparcado en doble fila con el que había comenzado todo.

El chico de la última fila cuyo nombre llenaba viejas páginas de cuadernos.

Charlie Miller.

Ese «querido Charlie» con el que había comenzado mi carta de amor.

Querido Charlie:
Creo que estoy enamorada de ti, pero sin el creo.

Tres años enterrando palabras, fingiendo que no había pasado.

Y al final, esa noche, un baile en medio de un paso de peatones, una canción que volvía a encenderse.

Kai se había equivocado. Daisy se había equivocado. Charlie no quería intentarlo de nuevo, porque él sabía tan bien como yo que no había manera de volver a los quince, que seguiríamos siempre remando en aquella canoa rumbo a ninguna parte, y quizá con eso bastaba, porque ahí, sobre la superficie del agua, yo siempre podría girarme a mirarlo sentado detrás de mí y él podría seguir sonriéndome.

# CAPÍTULO 26

La lluvia solía ponerme triste, y aquel día no parecía que fuese a ser una excepción.

Llevaba sin verlos juntos desde el ramo de lavanda. Había transcurrido casi una semana. Me había acostumbrado a estar con Kai, a disfrutar de los silencios y también a reírnos. Solos. Nosotros. Nadie más. Así fue como empecé a olvidarme de algunas reglas; entre ellas, la última y más importante.

Pero Maggie volvió, y me dio la impresión de que lo hizo con más confianza que antes. Ese día, mientras los tres descansábamos bajo la sombra de un árbol tras una mañana agotadora, vi que ella no iba a rendirse nunca y que no tenía ningún interés en la relación que Kai y yo pudiésemos tener.

—¿Y si vamos el sábado a cenar?

La pregunta era para él, no le importaba que yo estuviera delante.

—¿A cenar? ¿Por qué?

«Eso, ¿por qué, Maggie?».

—Porque te echo de menos.

No podía ser que acabase de decir aquello. Seguí fingiendo que dormía. Llevaba media hora acostada sobre la hierba con los ojos cerrados. Quizá se atrevió a decirlo porque pensaba que de verdad no la estaba escuchando o, a lo peor, lo hacía precisamente porque estaba convencida de que estaba muy despierta y aquello podía hacerme daño.

—Tienes que dejar de hacer eso —escuché que le decía Kai.

—¿El qué?

—Echarme de menos y, sobre todo, creer que nosotros vamos a volver a estar juntos. Eso no va a pasar, Maggie. De verdad, ya vale.

El corazón me iba a mil por hora, se me había secado la garganta y sentía que los ojos se me movían bajo los párpados muy deprisa. Debía seguir muy quieta.

—¿Por qué sigues diciendo eso? —El tono de voz era amargo; parecía enfadada y también herida, aunque puede que solo fuese en su orgullo.

Kai bajó la voz un poco más. Aun así, lo escuché; tenía toda mi atención puesta en ellos y no pensaba perderme aquella conversación por nada del mundo.

—Tú y yo rompimos.

—Porque tú quisiste —le soltó ella—. Ni siquiera me preguntaste qué pensaba.

—Me pareció que no había nada de que hablar. Eran mis sentimientos, no podías opinar sobre si te parecían correctos o no.

Me dieron ganas de aplaudir. Por eso había machacado a todos los compañeros que cursábamos la asignatura de Debate con él. Nadie hubiese podido rebatir ese comentario.

—Fuiste egoísta —le echó Maggie en cara—. No pensaste en mí.

La cosa se estaba poniendo tensa. Acabarían por no controlar el tono de voz y se pondrían a gritar. Entonces me sería difícil seguir en mi papel de Bella Durmiente.

—En eso consiste ser egoísta, en pensar en uno mismo. Me di cuenta de que estaría mejor sin ti. —Esas palabras fueron duras incluso viniendo de Kai.

—¿De verdad, Kai? ¿En serio me estás diciendo esto?

—Todo giraba en torno a ti, pero yo tengo mis propios sueños y nunca te interesaron. Me

sentía como un jarrón colocado junto al resto de cosas bonitas que coleccionabas.

Maggie permaneció en silencio unos minutos, que a mí se me hicieron eternos. Pensé incluso que podían oír mi respiración agitada si todo seguía callado.

—Tú y yo, Kai, estamos hechos para estar juntos —insistió.

¿Acaso no sabía perder o de verdad lo quería tanto que estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de recuperar no solo su atención, sino también el amor que una vez compartieron?

—No podemos volver.

—¿Por qué? He cambiado y…

—Quiero a otra persona.

Tuvo que ser triste mentir así. Estaba claro que Kai quería a toda costa hacer entender a Maggie que quería retomar la relación que habían tenido.

—No te creo —aseguró ella.

—Pues no lo hagas, no puedo obligarte.

Me removí. Necesitaba levantarme de ahí, no me apetecía seguir escuchándolos. Me parecía estar espiando a través de una mirilla. Todo se veía distorsionado. No encajaba nada en su sitio y, de repente, me sentí atrapada al otro lado de la ventana de esa pequeña maqueta donde una sombra observaba silenciosa.

Bostecé, me estiré, me froté los ojos al tiempo que me incorporaba.

—¿Qué hora es?

Maggie miraba hacia otro lado, tenía los brazos cruzados sobre el pecho. ¿De verdad no podía haber encontrado otro momento para tener aquella conversación?

—Me voy —fue lo que contestó ella.

Se puso en pie hecha una furia y, después de un seco «adiós» y de clavarme en el suelo con la mirada, salió escopetada colina abajo. Miré a Kai. Se había apoyado sobre el tronco del árbol. Parecía abatido.

Una gota de lluvia me cayó sobre la mejilla. A continuación, otra. No me había fijado en que el sol se había escondido detrás de gruesos nubarrones negros que habían empañado el cielo. Sin más, comenzó una tormenta de película. Corrimos hacia el granero para ponernos a cubierto. Las ovejas, que estaban al otro lado del valle, también se precipitaron de vuelta a los establos.

—¿Y esta lluvia?

Me aparté el pelo de la cara. Acababa de espabilarme de golpe.

Estar ahí de pie escuchando el agua caer sobre el tejado me provocó la sensación de estar atrapada y algo perdida. Kai se encontraba a mi lado. Tenía la cara empapada y gruesas gotas de agua caían de los mechones castaños de pelo.

—¿Estabas despierta?

No sabía mentir. Podía esforzarme un poco; de vez en cuando, una mentirijilla puede conseguir que se detenga una guerra.

—Sí —contesté, apretando fuerte los ojos.

No hubiese servido de nada negarlo, estaba claro que Kai parecía seguro de que había fingido estar dormida.

—No pretendía escuchar.

—Da igual, es mejor así.

No se me ocurría cómo podía serlo. Yo me sentía mal y él tampoco parecía contento. Había sido un momento tenso entre los dos, e igual que yo había tenido la oportunidad de hablar a solas con Charlie, me parecía que ellos debían hacerlo del mismo modo. Podría haber culpado a

Maggie, que siempre encontraba los momentos menos oportunos, sin embargo, también Kai era culpable, porque la evitaba cuando quería verlo.

—¿No confías en que podrás estar a solas con ella?

—¿Qué?

—¿Por qué no habláis? Fue lo que me aconsejaste que hiciera.

—¿Y ha funcionado en tu caso?

No le había contado el baile en el paso de peatones, pero sí el resto.

—¿Tú qué quieres hacer? —le pregunté.

Al fin dejó de mirar la lluvia y se volvió hacia mí. Dio tres pasos en mi dirección. Yo retrocedí los mismos hasta que la pared me rozó la espalda. Extendió la mano hasta tocar mi mejilla. Me acarició con el pulgar. Los dedos fueron descendiendo hasta la nuca. Me dio la impresión de que esos tres segundos duraron una eternidad.

Ninguno de los dos se acordó de olvidar los besos que nos habíamos dado en el Red Heart, porque regresaron demasiado rápido a nuestras bocas. Húmedos, desesperados, impacientes.

No me dio tiempo a enredar los brazos alrededor de su cuello porque Kai se apartó.

—Perdona.

Se llevó un par de dedos a los labios rosados. Por lo nervioso que parecía, creí que saldría corriendo. Estiré la mano, lo cogí de la muñeca y volví a atraerlo a mi lado. Quizá fue una milésima de segundo la que dedicamos a mirarnos a los ojos. Después, besarnos se convirtió casi en una necesidad. Los labios de Kai eran suaves y cálidos. Su lengua se encontró con la mía y no hubo forma de separarnos.

Nos dio la vuelta, quedó sentado sobre una pila de cubos de heno. Me senté a horcajadas en su regazo. Me quitó la camiseta con manos temblorosas. No me opuse porque me ardía la piel. Respirar se estaba volviendo difícil a esa distancia.

Kai sí que respiró. Cogió aire, cerró los ojos y apoyó la mejilla sobre mi pecho. Me abrazó por la cintura con tanta fuerza que acabé pegada a él hasta que no quedó ni un diminuto hueco entre los dos.

Le acaricié el pelo.

Levantó un poco la cabeza, me besó el cuello con ternura. Enterró la cara en ese hueco, cerca de las clavículas.

Quería preguntarle si estaba bien, sin embargo, me asustaba estropear ese momento. Tenía la cabeza llena de palabras y ya no sabía cuáles eran reales y cuáles una simple mentira susurrada al viento.

Le besé el pómulo.

Kai pestañeó y levantó la mirada.

¿Qué estábamos haciendo?

—¿Podemos tumbarnos un rato aquí y no decir nada? —me pidió.

Fui incapaz de adivinar qué pensamientos se cruzaban por su mente. Debían de haberle sobrepasado las emociones, sean cuales fueren. Me limité a asentir. Recuperé la camiseta del suelo, me vestí. Kai se tumbó sobre el heno y yo me dejé caer a su lado.

—Mi madre me ha dado la dirección de mi padre.

Ambos mirábamos al techo, como si nos asustara vernos después de besarnos por segunda vez y de que acabase del mismo modo que la primera vez, con un ambiente extraño. Rechazábamos la idea de que nos hubiesen vencido las ganas de nuevo.

—¿Y qué vas a hacer?

Kai se colocó de costado.

—No te sorprende que la tuviera.

Por supuesto, era una afirmación en toda regla.

—Me lo comentó cuando nos conocimos.

Kai emitió un sonido gutural.

—Ya veo.

Me giré levemente hacia él. Quedamos tan cerca como la última vez que habíamos estado tumbados uno al lado del otro en la cama. Kai susurró:

—Quiero ir a verle.

Me dio la impresión de que era un niño asustado que buscaba la aprobación para hacer algo que le daba miedo; algo que podía tener consecuencias.

—Pues ve —contesté yo también en voz baja.

Kai acercó la cara a la mía. Me rozó la nariz con la suya. Un beso suave y largo en los labios. Noté el cosquilleo en la punta de los dedos.

—No quiero ir solo.

Temía preguntárselo. No obstante, lo hice.

—¿Quieres que te acompañe?

La sonrisa de Kai fue tímida y una declaración de intenciones en toda regla.

—Por favor.

Sabía que tenía más amigos. Buenos, de los que llevaban a su lado muchos años. Habían subido pocos días antes a la granja a echar una mano en uno de los cobertizos. Aquellos dos chicos —los mismos con los que había ido de acampada— conocían a Kai, era evidente, y dudaba que les guardara secretos como el de su padre. Aun así, prefería que fuese yo con él, ¿por qué?

Eso ya no me atreví a verbalizarlo.

—Y quiero pedirte otra cosa —añadió.

Esperaba que no tuviera nada que ver con Maggie. Por mi bien y por el suyo, era mejor que yo no estuviera presente. No quería estarlo. No podía. Cada vez que pensaba en ello, me daba un pinchazo a la altura del corazón.

—¿Qué cosa? —pregunté con miedo. Intenté quitarle hierro al asunto—. Espero que no sea que me vuelva a quitar la camiseta, ya me has dejado claro que no te gusta lo que hay debajo.

Me dio tal palmada en el muslo que, más que dolerme, me asustó.

—¡Ay!

—¿Y qué sabrás tú lo que me gusta a mí o no si vives en tu mundo?

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que no te enteras, Alice.

—¡Y dale con llamarme Alice! ¿Por qué has dejado de llamarme Ali?

Kai se levantó y quedó sentado a mi lado.

—¡Porque no quiero llamarte como el otro!

Se hizo un silencio sepulcral y los dos dejamos de mover las manos y los brazos como si fuesen molinos de viento. Definitivamente, era el verano más curioso de todos y debía de estar volviéndome loca de remate.

—¿Qué otro? —pregunté esta vez en voz baja.

—Charlie —contestó él entre dientes.

Se ruborizó desde las mejillas hasta las orejas.

—¿Y eso por qué?

—Porque no me apetece.

«Pues menuda respuesta», pensé. No tenía ningún sentido. ¿Por qué iba a dejar de llamarme Ali, como me llamaba la mayor parte de la gente, solo porque Charlie también lo hacía?

—¿Te has dado un golpe en la cabeza?

Le di tres toques en la frente con los nudillos. Kai me tomó por las muñecas y volví a quedar tendida, esta vez con él sobre mí. Se me aceleró el pulso y sentí deseos de desprenderme de toda la ropa.

—¿Qué es lo otro que querías pedirme?

Él continuaba sin soltarme.

—Quiero tres citas.

—¿De mi autor favorito?

Kai dejó caer el peso de su cuerpo sobre el mío. Pesaba más de lo que había imaginado. Fui consciente de lo excitada que me sentía en ese momento y de que, cada vez que se movía, aunque solo fuese un centímetro, tenía más ganas de que me desnudara y nos ahogáramos a besos.

—Tres citas contigo, eso quiero.

—¿De mentira?

Kai me besó de nuevo. Disimulé un gemido.

—De verdad.

# CAPÍTULO 27

Tres citas con Kai.

Los besos en el granero.

Las ganas de que no se acabaran nunca, aunque Nancy nos había interrumpido demasiado pronto llamándonos desde el otro lado de la valla.

Todas las preguntas que se amontonaban en una torre enorme que podía venirse abajo en cualquier momento. Porque Kai y yo teníamos un contrato y ninguna de sus cláusulas incluía… ¿qué exactamente?

Que nos sintiéramos atraídos el uno por el otro podía ser un problema, pero el menor de todos los que se me ocurrían. ¿Para qué quería Kai tres citas? ¿Para cerrar del todo los resquicios de dudas que Maggie pudiera tener? ¿Para distraerse él de la posibilidad de volver con su ex aun habiendo inventado una historia de amor conmigo?

Estábamos solos en mi casa.

Mamá se había marchado hacía tres días y mi padre no volvería hasta la mañana siguiente. Se había escapado a ver al abuelo Herbert, que cada cierto tiempo perdía las llaves de casa, con todo el drama que eso podía conllevar.

Nos habíamos sentado en el sofá. La tele estaba encendida. Echaban un documental sobre el cambio climático. El aire acondicionado no daba más de sí con el bochorno de aquella tarde. Ya no sabía si se debía solo a las altas temperaturas o también a que me quemaba la piel.

Estaba nerviosa.

El olor de Kai llenaba toda la estancia.

Tenía el labio inferior en carne viva de tanto mordérmelo.

—Te vas a hacer sangre —me dijo.

Debía de haberme prestado más atención de la que suponía.

Desde el día anterior solo nos hablábamos con monosílabos.

—¿Quieres un refresco?

—Vale.

Fui a por dos latas de soda. Metí la cara en la nevera. No sirvió de mucho. Me bebí la mitad antes de regresar al salón. Le ofrecí la otra a Kai. Llevaba unos pantalones negros cortos de chándal y una camiseta de manga corta del mismo color. Pensé que debería vestirse así todos los días del año.

—¿Qué pasa? —preguntó al ver que no dejaba de mirarle.

Me había quedado de pie, con los pies descalzos y con la fina tela de la camiseta de tirantes adherida a la espalda. Le di otro trago a la soda. Dejé la lata sobre la mesa. Me acerqué a él; apoyé una rodilla en el sofá, entre sus piernas. Le rodeé la cara con las manos frías. Kai entreabrió los labios. Lo besé. Se le cayó la lata sin abrir en el sofá.

Apartó la cara despacio para separarse de mí.

—Hoy no —le dije—. Es la última oportunidad: si te apartas, no volveré a besarte.

—¿Qué?

—Quiero comprobar una cosa.

Me incorporé, le tendí la mano. Kai apretó la mandíbula un par de veces. Después, aceptó la invitación. Subimos a la habitación. La televisión se quedó encendida. Abrí la puerta del

dormitorio. Entramos. A medida que nos mirábamos en silencio, las respiraciones se volvieron más pesadas. Me besó de repente junto a la puerta mientras la cerraba. Contra la pared me costaba moverme, escapar de la presión que su cuerpo ejercía sobre el mío.

Los dedos de Kai fueron hasta el cordón de mis pantalones, los desató y dejó que cayeran hasta los tobillos. Me levantó por la cintura, siguió besándome. El resto de nuestra ropa se desperdigó enseguida por la habitación, dejando un camino sin pérdida hasta la cama. No quería darle la vuelta a la hoja hasta leer cada detalle de ese capítulo.

Quería comprobar algo.

Tiramos de la colcha, la echamos a un lado. La lengua de Kai se perdió sin vergüenza por todo mi cuerpo, haciéndome temblar cada vez que se detenía y volvía a empezar. Se convirtió en un juego en el que fuimos turnándonos. Sentí su sabor en la lengua mientras descendía en un vaivén continuo. Los dedos pasaron de aletear por mi cintura a mojarse entre mis piernas y a posarse poco después, mientras arqueaba la cadera en busca de esa sensación maravillosa, sobre sus labios divertidos.

Estar abrazada al cuerpo desnudo de Kai me daba ganas de abarcar cada rincón de su piel, como si no fuese a acabarse nunca. Respirábamos cerca de la boca del otro, porque solo nos separábamos los segundos suficientes para recuperar el aliento.

Abrí el cajón mientras dábamos vueltas en el colchón, en una competición constante por ver quién le arrancaba un jadeo al otro antes, quién se quedaba sin saliva entre mordiscos y lametones famélicos en el vértice de las piernas.

Saqué la caja de preservativos que había comprado unos días atrás. Se la di.

Se puso uno. Abrí las piernas, invitándole a acercarse. Lo hizo; quedó suspendido sobre mí, con la cabeza un poco ladeada.

—Esto no cuenta como primera cita —dijo con la voz grave.

Me acarició el cuello. Dejó la mano ahí, como si fuera un nuevo collar a medida. Arqueé la espalda, levanté la cadera. Nos rozamos varias veces, dejándonos mecer por los movimientos del otro, pero Kai seguía sin dar el paso.

Una sonrisa traviesa le cruzó los labios al ver que me impacientaba y reclamaba toda su atención en cada parte de mi cuerpo.

Me mordió el lóbulo de la oreja. Su aliento hizo que se me erizara la piel. Le rodeé la cintura con las piernas, enviándole todas las señales posibles para que no me hiciera esperar más.

Seguía deteniéndose en los pezones. Mordisqueándolos, lamiéndolos.

Coloqué las manos sobre sus hombros y conseguí que diésemos la vuelta. Kai quedó tendido debajo de mí, con cara de sorpresa al principio. Después se rio. Le temblaba el cuerpo y a mí, que había quedado a horcajadas encima, también.

Cuando dejó de reírse, la expresión de su cara se volvió serena. Me apartó un par de mechones del pelo, que debía de parecer el de una leona. Pretendía volver a distraerme, alargar los preámbulos tanto como pudiera, pero ese día no quería más. Lo deseaba tanto que la sensación comenzaba a ser molesta. En el momento en el que buscó mis manos y empezó a dejar besos pequeños mojados sobre los nudillos, imité su reacción en el granero, le apresé las muñecas y le llevé los brazos por encima de la cabeza.

Sonrió hasta que le desaparecieron los ojos.

Como me había inclinado hacia delante, mis pechos quedaban a la altura de su cara, aprovechó para lamer una vez más el pezón derecho y yo me derretí.

A continuación, susurró en mi cuello:

—No me voy a resistir más. —La voz se había vuelto tan grave que me resonaba en el bajo vientre—. Hazlo.

Todavía le sujeté las muñecas cuando llevé la otra mano hasta el lugar donde nos juntábamos. Kai elevó la cadera y entró despacio, y me perdí entre nuestros movimientos, los gestos de Kai y cómo le atraía para besarme. Al principio lento, luego más rápido.

Él recuperó el control poco después: volví a quedar debajo.

Las ganas se volvieron más intensas; el ritmo, más frenético.

Sin darnos apenas cuenta, de pronto estábamos sudando, tumbados uno al lado del otro; la cama, deshecha y, en mi cabeza, un montón de sentimientos revoloteaban inquietos, como si fuesen incapaces de refrenarse.

Me atreví a mirarle, aún no habíamos recuperado el aliento.

Kai me besó y yo lo supe.

Supe que no solo me sentía atraída por él.

Me escabullí de la cama y fui a ducharme primero. Estuve mucho rato debajo del agua tibia, intentando aclararme no solo el pelo, sino también las ideas. Hacer el amor con Kai había sido como un paseo por la playa en pleno invierno. Hay un regusto en el aire que te recuerda al verano, pero el olor del mar es diferente, la luz también es distinta.

Me llevé la mano al corazón. Iba muy rápido. Estaba agitado, inquieto; parecía haber averiguado algo que yo también había sabido al mirarnos a los ojos tras el orgasmo que nos seguía haciendo cosquillas en todas las partes del cuerpo.

Sentía algo por Kai, por mucho que no quisiera verlo; por más que eso fuese a hacerme daño. Pensaba en las tres citas, en su significado y también en que hubiésemos cedido a esos deseos que habíamos preferido acallar desde que el alcohol nos había hecho perder la cordura en el Red Heart.

Unos golpes suaves en la puerta del baño interrumpieron mis pensamientos.

—¿Va todo bien? No estarás intentando huir por la ventana, ¿no?

Giré el pomo de la puerta. Solo me había puesto la ropa interior. Él se había duchado en el aseo de la primera planta y había vuelto a vestirse.

—¿Por qué estás triste? —me preguntó.

¿Lo estaba? Desde luego, comprobar que Kai me gustaba y mucho me había hecho pensar en las pocas posibilidades que tenía de que él pudiese sentir lo mismo por mí. Estaba Maggie y luego el hecho de que yo no dejaba de ser una máscara para cubrir aquel viejo amor del que intentaba escapar.

—No estoy triste.

Hice el amago de pasar por su lado, pero Kai me rodeó la cintura con mucha ternura, me atrajo hacia él y me abrazó sin prisa mientras me acariciaba el pelo.

—¿He hecho algo mal?

Parecía preocupado, y que lo estuviera me hizo sentir incluso más triste. ¿Qué era yo para Kai exactamente? Su compañera de clase, estaba claro. También pensaba que, pese a todos nuestros rifirrafes, nos habíamos hecho amigos. Él sabía más cosas sobre mí que muchas otras personas. Ahora nos habíamos acostado, ¿y a partir de ahí? ¿Necesitaba saberlo? ¿No podía dejarme llevar por la marea y ya?

—Claro que no.

Le devolví el abrazo.

—¿Quieres que hablemos de algo? ¿Hay alguna pregunta que quieras hacerme?

Sí que las había, sin embargo, yo no estaba preparada para formularlas, no porque pensara que Kai no me las contestaría, sino porque me asustaban las respuestas que pudiera darme. Era más fácil quedarme un poco más en aquella ensoñación donde podía volver a hacer el amor con él sin poner etiquetas a lo que había entre los dos.

—Mejor salgamos a cenar —sugerí.

—Como quieras.

A lo largo de los últimos días, las expresiones de Kai eran cambiantes, sus emociones se entreveían con más facilidad. Había dejado todas las puertas abiertas, al menos cuando estaba conmigo.

—Cuando quieras hablar, dímelo.

—Sí que tengo una pregunta.

Como me dio pie con un gesto afirmativo a que la hiciera, no tardé ni un segundo en decir:

—A partir de ahora, ¿qué?

Sin etiquetas, pero algo había cambiado e inevitablemente necesitaba saber si seríamos amigos con derecho a roce o no, si volveríamos a besarnos o no.

—Yo quiero besarte cuando me apetezca sin pensarlo, quiero seguir pasando tiempo contigo igual que hemos hecho hasta ahora y sí, creo que no hace falta decirlo, pero quiero acostarme contigo. ¿Tú qué quieres?

Ahí de pie, con el pasillo en penumbras y el goteo constante de la ducha, pensé que Kai siempre me ponía las cosas fáciles, me ayudaba a ser sincera. Me había animado a ello en multitud de ocasiones.

—También me apetece eso que dices.

—¿Pero?

—No quiero que las cosas se vuelvan extrañas entre los dos.

—¿Porque todavía tengo que ayudarte a aprobar la asignatura?

Negué.

—Porque eres la primera persona por la que me siento comprendida y no quiero perder eso.

Me ardían las mejillas. Por supuesto, esas palabras guardaban ese pequeño secreto que no podría decirle tal vez nunca. Que él me gustaba y que quería arrojar el libro que guardaba nuestras normas por la ventana. Para empezar de cero, para no fingir nada, para no tener miedo a decir en voz alta lo que sentía.

Kai me rodeó los hombros con el brazo. Me dio un beso en la sien.

—Es un buen argumento para no besarnos nunca más.

—Pero sí que quiero que nos besemos.

Él se rio. Por un instante, tuve la impresión de que era imposible que hubiésemos estado juntos en la cama media hora antes.

—Pongamos una nueva regla, entonces.

Esperé expectante.

—¿Y bien? —pregunté hecha un manojo de nervios.

—Nada de reglas.

# CAPÍTULO 28

Coger dos bicis prestadas. Pedalear hacia las afueras de la ciudad en busca de lugares recónditos en el tiempo; lugares hechos de recuerdos que se apagan de día y se encienden de noche. Compartir los auriculares, que el viento te bese de frente, ir acercándote poco a poco a ese lugar donde perdiste el corazón hace demasiado tiempo.

A veces, te reencuentras con una vieja y también bonita versión de ti misma y ahí, en ese cara a cara, puedes ver quién eres y de qué están hechas las sonrisas y las lágrimas.

Aquella tarde con Julia, comiendo helado, montando aquellas bicicletas que nos había dejado Charlie, recordé que las personas pueden irse, pero también volver.

Nos detuvimos cerca de un riachuelo, donde nos mojamos las caras y los pies. El agua estaba fresca y el sol se escondía tímido en el horizonte. Los atardeceres tienen algo especial, quizá es esa luz ambarina que parece tener sus propios olores y sabores. O puede que nos asuste que, a continuación, se haga de noche.

—¿Crees que volverás a Bozeman algún día?

—¿Para quedarme? —pregunté.

Julia afirmó mientras agotaba el agua de su cantimplora.

Aquel verano me había acercado de nuevo a la ciudad que me había visto crecer, a su gente, a la familiaridad de las calles y a todas las cosas que había enterrado por miedo a que los demás pudieran querer menos a la Alice que decía cómo se sentía.

—Puede que lo haga.

Estuvimos calladas viendo la puesta de sol hasta que Julia volvió a hablar.

—El día que nos encontramos en la calle, pensé que fingirías no haberme visto.

Si lo hubiese hecho, habría sido del todo comprensible. Llevábamos años sin mantener el contacto, y sin embargo nunca nos habíamos negado la palabra, porque no existía un problema real entre las dos, solo un distanciamiento premeditado que yo no había visto venir.

—Aunque me explicaste que dejamos de ser amigas por ser diferentes, sigo sin comprenderlo —comenté.

Daisy y yo también lo éramos, mucho más de lo que podía serlo con Julia, y pese a ello nos llevábamos bien. Aquella excusa me parecía pobre, una forma de ocultar algo más importante.

—Y sí, también dijiste que era aburrida, pero ¿puede dejar de querer un amigo a otro solo porque no sea la persona con la que más se divierte?

Nos habíamos sentado sobre las piedras. Los pies seguían chapoteando en el agua. Julia miraba nuestro reflejo ondeante en la superficie. Los pececillos inquietos nos hacían cosquillas.

—Es que yo no dejé de quererte, Ali.

—Ni yo a ti —aseguré.

No llegué a entender las decisiones que había tomado Julia. Tampoco pude odiarla. Solo me hizo mucho daño, como casi todo y todos en aquella época.

—Pero sí nos queríamos diferente —comentó.

—Está claro: ya no éramos las niñas que iban juntas a todas partes. No podíamos arreglarlo con unas tortitas y un paseo en bici como habíamos hecho siempre.

Como habíamos hecho justo esos días, esa tarde.

Julia sonrió. Era una sonrisa que se balanceaba entre volverse real o esconderse para

siempre. Cogió unos guijarros y los lanzó al riachuelo.

—Tú lo eras todo para mí y, sin embargo, nunca me pedías nada.

—¿Qué quieres decir?

—A veces, tenía la impresión de que nunca me abrirías tu corazón del todo. Puede sonar cursi, lo sé. Solo que te escondías, siempre sonreías y no encontraba la forma de que de verdad me consideraras tu amiga.

No me había dado cuenta de que Julia pudiese sentir que no confiaba en ella. Si me lo hubiese imaginado, al menos habría podido explicarle cómo me sentía.

—Hace poco que he empezado a trabajar en hablar de las cosas que me importan —le expliqué—. Era incapaz de salir de ahí, Julia. Había aprendido a esconder, como tú dices, demasiadas cosas. Lo siento si no te hice sentir querida.

Tardó en contestarme. Parecía perdida.

—Tenía el presentimiento de que seguíamos siendo amigas por costumbre —añadió—. Después, una parte de mí lo confirmó cuando se dio cuenta de que no me pedías explicaciones y dejabas que el tiempo entre nosotras se dilatara.

Cogí aire y lo solté muy despacio.

—Julia, crecí pensando que no era importante para nadie.

Ella levantó los ojos de los dedos entrecruzados y enarcó las cejas.

—Tú no podías saberlo, claro, porque nunca te lo dije. Pero me sentía así. Tú me abandonabas de un modo u otro, igual que habían hecho antes mis padres, y no sabía cómo retenerte porque estaba acostumbrada a dejar marchar a las personas que quería. O mejor dicho, que ellas acabasen cansándose de mí.

Julia permaneció callada.

—No sabía hacerlo de otra manera y lamento que eso te hiciese daño —dije.

—Yo tampoco lo sabía y también siento haberlo estropeado todo.

Con perspectiva y poniéndome en sus zapatos, la culpa había sido de las dos, y así intenté explicárselo a Julia. A los quince, ninguna supo gestionar sus emociones ni pudo mirar de verdad a la otra. Para mí, Julia era invencible y, para ella, yo era inalcanzable. Al final, vivíamos en dos planos de la realidad distintos, nos encontrábamos para abrazarnos, para sonreírnos, para hablar de cosas sin importancia, cuando estaba claro que ambas teníamos fantasmas que nos revoloteaban en el corazón.

—Supongo que ese es el valor que tienen las palabras que decimos y las que no.

—No importa —aseguró ella—. Ahora tampoco es tarde. Mientras nos quede tiempo, siempre puede ser un buen momento.

—Creo que tienes razón.

Le sonreí y ella me imitó como si fuese un reflejo en el espejo. Pese a que en ese momento de nuestras vidas había muchas más cosas que nos separaban, como la distancia o las vidas que nos habían tocado vivir, parecíamos sentirnos más cerca que aquellos días en los que nos alejamos y nos limitamos a pasar por al lado de la otra en el pasillo del instituto.

—Este verano se está haciendo largo —dije en un susurro unos minutos después.

Regresábamos por el camino empujando las bicicletas.

—¿Has podido hablar con Charlie? —me preguntó ella.

—Sí —contesté—. También hemos tenido nuestro momento de reconciliación —le conté sin entrar en detalles. Echando la vista atrás, me parecía que la historia era más larga de lo que había pensado—. ¿Sabías que se va?

Julia frunció el ceño, se detuvo.

—¿Se va?

Asentí.

—Me contó que se iría de Bozeman a principios del año que viene —le expliqué.

—Ya veo.

Agachó la cabeza y se concentró en el manillar de la bici.

—¿Va todo bien?

Julia intentó recuperar la sonrisa. Me dio unas palmadas en el hombro para tranquilizarme.

—Sí —aseguró. No sabría decir cómo ni por qué, pero sentí que era una verdad a medias—. Deberíais veros más, en cualquier caso —añadió.

Ese comentario también me pilló desprevenida.

—¿En qué sentido?

—En ninguno en particular. Charlie me ha hablado de Kai.

Así que Julia y él tenían la suficiente confianza como para hablar de mí. No me extrañaba que se hubieran hecho amigos. Al final, habíamos cambiado; podíamos reencontrarnos y reconocernos porque lo habíamos conseguido. Me preguntaba si les unía algún otro secreto, si eran más que amigos o lo habían sido alguna vez. Quizá sí.

—Kai es una buena persona —dije porque me pareció que esperaba que dijese algo y no sabía el qué.

—Y estás enamorada de él.

—¿Qué? Ah, yo, puede, yo… Sí, no sé. No… Puede.

—Respira, por favor, Ali, parece que vayas a desmayarte.

Mi mente había volado hasta la tarde de antes, los dos desnudos, haciendo el amor con esa clase de urgencia que te recuerda que estás vivo.

—¿Qué tiene de malo estar enamorada de tu novio? —inquirió, claramente confundida.

Que no era mi novio y que estaba prohibido enamorarse. Yo misma había escrito esa última posdata en el contrato. No podía porque el camino de vuelta a mi corazón estaba casi completado. Iba recorriéndolo a diario, casi sin darme cuenta. No podía perderlo de nuevo después de tantos años.

Estaban permitidos los besos, las caricias, el sexo.

Estaban permitidos los recuerdos, los miedos, los sueños.

Kai quería jugar sin reglas, pero yo seguía teniendo una que él no sabía.

—Nada —contesté.

—Me alegro por ti.

No lo hubiese hecho de saber lo confusos que eran mis sentimientos.

—Pero Ali, habla con Charlie antes de irte.

—Ya hablo con él, te lo he dicho. Dijo que quería que fuésemos amigos, hemos firmado una tregua. ¿Qué más nos queda por hablar?

Julia me abrazó por la cintura durante unos segundos.

—Vamos a por unos sándwiches, me muero de hambre.

Cambió de tema tan rápido que me resultó incluso más sospechoso si cabe. Aunque estaba segura de por qué Julia quería que hablase con Charlie. Estaba claro que a este no le gustaba Kai desde un primer momento. Más aún, después de haberme enseñado la foto en la que Maggie y él salían juntos en aquella acampada a la que nadie me había invitado.

Ahora que había reconocido mis propios sentimientos, acepté que aquello un poco de daño

sí me había hecho, no porque Kai me debiera ninguna explicación, sino porque yo, sin querer, había empezado a sentir algo por él.

Si Charlie quería volver a prevenirme sobre la relación que tenía con Maggie, podía hacerlo. Yo sabía mucho más que él, y tampoco podía culparlo. A fin de cuentas, estaba bastante segura de que no lo hacía porque él tuviese el más mínimo interés en mí, sino porque de verdad no quería que nadie volviese a hacerme sentir como él lo había hecho en su momento. Eso lo había entendido durante aquel baile en medio del paso de cebra.

—Podemos recoger a Hugo por el camino, si no te importa. Le echo de menos y me apetece que lo conozcas un poco más.

—Me encantaría —respondí.

Si Julia quería fingir que no había dicho nada, no sería yo la que la presionara para que me dijera lo que yo ya podía imaginarme.

—Por cierto, Ali.

—Dime.

—Sigues montando en bici igual que un pato mareado.

Recordé que de pequeñas iba en zigzag porque era incapaz de mantener el manillar recto. Me hizo sonreír, pese a que me mostré ofendida mientras volvía a subirme a la bicicleta.

—Es peor de lo que recordaba. Me parece que los patos no se merecían esa comparación.

—Y a mí me parece que vas a comerte el sándwich sola.

Nos miramos de reojo y yo fui la primera que comenzó a reírse.

—Julia.

—¿Qué?

—Volvamos aquí todos los veranos, ¿vale?

No pude escuchar su respuesta, porque había empezado a pedalear más rápido y la había adelantado tanto como para no oírla. Solo esperaba que fuese un sí. Que después de todo fuese un sí.

# CAPÍTULO 29

La luz rojiza del neón se colaba a través de las cortinas blancas. Parpadeaban cada pocos segundos alrededor del rótulo del motel. La habitación estaba en penumbras. Solo habíamos encendido una de las lamparitas de la mesilla de noche. Entré al cuarto de baño para echarme agua en la cara. Era casi medianoche; hacía un calor sofocante que me había empapado el vestido de gasa que llevaba puesto. El primero en años. El aseo tan solo estaba alumbrado por una bombilla titilante. Emitía débiles vibraciones que me hacían pensar que se apagaría en cualquier momento.

Kai se asomó por la puerta entreabierta. Se colocó detrás de mí. Lo vi reflejado en el viejo espejo moteado. Nuestros ojos se encontraron en el espejo. Me agarré fuerte al lavamanos. El pecho subía y bajaba, igual que sus manos, que fueron desde la cintura hasta el cuello para apartarme el pelo a un lado y de ahí hasta el borde de la falda del vestido.

Primera cita y la tensión entre los dos se había vuelto insoportable desde hacía un par de horas.

Me besó desde las clavículas hasta la oreja. Lamió el lóbulo despacio antes de morderlo. Los labios bajaron por la mandíbula. Giré la cabeza hacia atrás para que nuestras bocas se encontraran. Presionó la cadera contra mi trasero y quedé atrapada entre él y la pila. Las manos de Kai se perdieron debajo de la tela del vestido. Encontró la cinturilla del tanga y tiró de él hacia abajo. Se acuclilló detrás de mí para ayudarme a quitármelo. Levanté los pies y lo dejó a un lado. Una de sus manos ascendió desde la pantorrilla de la pierna derecha por el interior de la rodilla y el muslo hasta llegar al vértice. Me incliné involuntariamente hacia delante y vi a través del reflejo que sonreía.

Sus labios regresaron a mi cuello. Apartó uno de los tirantes del vestido, también el del sujetador. Me besó el hombro, dejando un reguero húmedo de ganas. Me tomó por la mandíbula con suavidad y dos de sus dedos se acercaron a mis labios entreabiertos. Los chupé sin apartar los ojos de los suyos. Estiré la mano hacia atrás y le desabotoné los vaqueros. Movió la pelvis hacia delante dos, tres, cuatro veces. La tela del vestido se fue apartando en cada movimiento. Mis manos resbalaron alrededor del lavamanos. El vaho quedaba atrapado en el cristal.

Enredó la mano en mi pelo y tiró suavemente hacia atrás. Nuestras lenguas se encontraron antes que los labios. Sentí que me derretiría en su boca aquella noche. Había intentado mantener a raya las ganas durante toda la tarde.

Primera cita.

Dar un paseo, cenar, ver los fuegos artificiales de la ciudad vecina. Rozarnos la mano con timidez mientras la gente nos empujaba por las calles repletas de risas y pies veloces.

Acabó de bajarme los dos tirantes del sujetador. Los pechos quedaron al descubierto. Le llenaron las manos, que se divertían buscando mis pezones. Vi que se desabrochaba los pantalones.

—¿Quieres ir a la cama? —me preguntó.

Cuando estaba excitado, su voz, de por sí grave, se volvía incluso más rasgada.

—Prefiero aquí.

La sonrisa traviesa, una de mis favoritas, apareció en sus labios. Se colocó un preservativo, que había sacado del bolsillo de los pantalones; con la mano en mi espalda, me empujó un poco

más hacia delante. Noté el frío del metal del grifo acariciarme el pezón. Se deslizó dentro de mí despacio. Los ojos de Kai iban desde donde se unían nuestros cuerpos a los míos, que estaban clavados en el espejo, aunque cada vez que me embriagaba una sacudida de placer, que surgía de la mezcla del vaivén y su mano entre mis piernas, me veía obligada a cerrarlos.

Primera cita.

Kai apoyado sobre mi espalda. El aliento cálido entre los omoplatos. Los gemidos. Yo de puntillas, el cuerpo temblando, anticipando que en cualquier momento reprimiría la respiración para sentir la tensión en cada músculo. Como si lo intuyese, aumentó el ritmo y, en cuestión de segundos, el espejo estaba empañado y solo se lograba entrever aún mis mejillas sonrojadas y las sonrisas de ambos, que se convirtieron en risas pronto.

Me deslicé hacia el plato de la ducha.

Acabé de quitarme la ropa. Kai hizo lo mismo.

—Me vas a volver loco.

Abrí el grifo. El agua salió a presión de la alcachofa.

Entramos. Kai me besó en la frente, la punta de la nariz, los labios.

Nos duchamos sin prisa y, al salir, nos pusimos los albornoces blancos que había colgados en una percha. Cogimos un par de latas de cerveza del minifrigorífico y nos sentamos con las piernas cruzadas en medio de la cama, una frente al otro. No podíamos dejar de sonreír.

—Estoy pensando que no quiero una segunda cita.

Sonrió todavía más cuando se percató de mi confusión.

—Quiero que cada cita que tengamos sea la primera.

Me dejé caer de costado en la cama, con una mano cubriéndome la cara.

—¿Ahora te da vergüenza?

Recibí el ataque de un cojín que me lanzó.

—Es que no pensé que fuese así. El sexo —comenté—. Solo me había acostado con un chico, una vez —le conté, aunque no sabía si quería saberlo. Desde luego, yo prefería no tener ni idea sobre sus experiencias previas.

—Yo tampoco pensé que fuese así —añadió.

—Nadie se cree que seas virgen, Kai.

—No he dicho que lo sea; solo, que nunca había sido tan bueno. Creo que tengo ganas de hacerlo contigo a todas horas.

Lo empujé con el pie.

—¿Solo lo crees?

Colocó la mano en mi nuca y tiró de mí. Me besó.

—Ya te he demostrado que no solo lo creo, ¿no?

—Más tarde, ¿puedes demostrármelo un poco más? —insinué, echándole una larga mirada que recorría la abertura del escote del albornoz. Su piel canela contrastaba con la luz y con el blanco de la prenda.

—En esta primera cita solo quería cogerte de la mano, ¿sabes?

Se la tendí y entrecrucé nuestros dedos.

—Pero ¿eso no es algo romántico?

Kai hizo una mueca con los labios y los pliegues del entrecejo fueron evidentes.

—¿Y eso qué tiene de malo?

Que se suponía que no teníamos ese tipo de relación, aunque a comienzos del verano también se suponían otras cosas, como nada de contacto físico.

—Dijimos que sin reglas. Y a mí me apetece tomarte de la mano. ¿Tú no quieres?

Tardé en contestar, pese a que tenía la respuesta clara.

—Sí que quiero.

Así estuvimos en la cama un buen rato, los dedos entrelazados.

—He pensado en ir a ver a mi padre la semana que viene. Pero puede que me eche para atrás. Me levanto cada mañana con una idea distinta —me contó.

—Lo harás cuando estés listo —le dije—. Será una conversación importante, debes prepararte emocionalmente para escuchar lo que tenga que decirte. Y también para hacerle saber cómo te has sentido todo este tiempo.

Kai asintió.

—¿Es extraño que no quiera echarle nada en cara?

Sí que lo era, o por lo menos a mí me lo parecía.

—Si miro atrás, me doy cuenta de que no me lo imagino en ninguno de mis recuerdos —me explicó. No debía de ser fácil para él hablar de ello.

—Eso es porque no lo conoces —añadí—. No puedes imaginarte ningún momento con él porque solo tienes la imagen de ese hombre que te visitaba a la salida del colegio una vez por semana. No sabes cómo habla, cómo piensa ni cómo siente.

Kai volvió a afirmar con la barbilla. Le acaricié la cara imberbe.

—Es probable que no escuches de él las cosas que necesitas.

—Lo sé, lo he pensado en frío. Los días que lo hago es cuando, de repente, ya no quiero ir a verlo. Los demás, me convenzo de que he estado veinte años sin su presencia ni sus respuestas, que podré seguir haciéndolo en el caso de que se comporte como si nada.

—Y podrás, aunque eso no signifique que te duela menos.

Kai me dio un pequeño empujón en el hombro, acompañado de una sonrisa.

—Tienes argumentos para todo, ¿eh?

—Algo tenía que aprender de ti.

—¿Sabes lo malo?

—¿Hm?

—Que creo que quiero que suspendas, porque así volverás a casa el verano que viene. Si apruebas, te irás a hacer otros dos meses de prácticas.

Le puse la mano en la frente para comprobar que hablaba él y no un golpe de calor.

—¿Estás diciendo que te apetece que esté aquí?

—Más o menos. —¿Y eso qué quería decir?—. Quiero que estés donde esté yo.

Me besó antes de que pudiera preguntarle nada al respecto, aunque eso no significaba que no acabase de sembrar una duda y también una esperanza.

—Y cambiando de tema…

Pues claro que iba a hacerlo, y parecía divertirle ver que me frustraba que lo hiciera. No era capaz de mantener la atención sobre lo que acababa de decir.

—¿Has hablado con Charlie últimamente?

—¿Por qué? ¿Te pondrías celoso si lo hubiese hecho?

—No.

—No, pero ya no me llamas Ali porque él lo hace.

Kai puso los ojos en blanco.

—Es un comportamiento muy infantil, por cierto.

—¿Por qué iba a estar celoso si yo puedo llamarte amor?

No me evaporé por algún golpe de suerte.

—¿Puedes?

—Lo aprendí de ti, así que puedo, amor.

Eché la cabeza hacia atrás cuando la risa comenzó a hacerme cosquillas en el estómago. Siempre encontraba la manera de decir aquello que menos esperaba.

—¿Te puedes creer que ya sea agosto?

Se dejó caer de espaldas sobre el almohadón con los antebrazos cruzándole la cara. Me quedé justo donde estaba. Dibujé círculos en silencio sobre su rodilla.

—Cuando Julia y yo éramos pequeñas —dije de pronto—, pensábamos que el amor se hacía con la luz apagada, porque, ¡qué vergüenza, quedarse desnuda frente a alguien! —imité las voces cursis y agudas de las niñas que una vez fuimos—. Pero asusta más quedarte vestido con las luces encendidas.

Kai apartó los brazos para mirarme.

—Eso significa que no puedes dejar que nadie te vea ni te mire tal como eres.

Él se incorporó de nuevo en la cama. Se arrastró hasta que nuestras rodillas chocaron. Tomó mis manos entre las suyas, grandes, suaves, amables.

—Yo te veo.

Me pregunté si podía alcanzar a ver incluso lo que quería esconderle.

—También te miro. Te miro más de lo que tú piensas.

—¿Y qué ves cuando lo haces?

—¿Ahora mismo?

Lo observé sin pestañear.

—Por ejemplo.

—Que necesitas un abrazo, y resulta, para sorpresa de nadie, que eso también se me da muy bien —dijo con una sonrisa que me hizo pestañear. Me soltó las manos y extendió los brazos—. Ven.

Me arrodillé entre las piernas de Kai; lo envolví en un abrazo, que él me devolvió al segundo. Nos dejamos caer de costado en la cama. Enredamos las piernas y dejé que me acunara hasta que comenzaron a pesarme los párpados.

—Aunque apruebe, volveré a casa —dije ya somnolienta.

Kai me abrazó un poco más fuerte.

—Vale, ahora duerme.

Los pestañeos cada vez se volvían más lentos. Me costaba mantener los ojos abiertos.

—¿Y la segunda ronda?

Kai sonrió contra mis labios cuando me besó.

—Por la mañana.

Le estrujé con cariño las mejillas.

—¿Te cuento una cosa? —le pregunté a continuación, con los ojos ya cerrados.

—Debe de ser importante si prefieres a hablar a dormir —susurró él.

Lo era, pese a que él no pudiera imaginarse cuánto.

—Sé que fuiste tú quien dejó en mi puerta de la residencia la lamparita de noche del astronauta el curso pasado.

Allá iba, algo que había negado, pero de lo que estaba convencida.

—Te vi comprarla.

—No me digas.

Me esforcé en abrir los ojos solo para comprobar la expresión de Kai.

Estaba tranquilo, eso sí, le brillaban los ojos y los labios le temblaron un poco.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque ninguna de las habitaciones de la residencia tienen lámparas, aparte de la del techo, y te escuché una vez decirle a Daisy que en casa dormías con una luz encendida, pero que ahí no podías hacerlo para no molestarla. Aquel astronauta solo emitía una lucecita suave y pensé que podía servirte.

—¿Y por qué no dejaste una nota?

—Porque soy idiota —contestó—. Ahora, duerme.

Me abracé un poco más a él. Escondí la cara entre su pecho.

—No lo eres. Gracias.

# CAPÍTULO 30

Después de salir a correr, mi padre y yo cogimos la costumbre de ir a desayunar al Western Cafe. Una vez sentados con los platos delante, se volvía una competición por ver cuál de los dos tenía más hambre. Aquella rutina que había comenzado tras la cena reveladora, nos llevó a acercarnos de una forma que nunca llegué a imaginar. Durante esos días comencé a conocer otras facetas de mi padre, como que le gustaba leer tebeos en su tiempo libre, que prefería el café que preparaba mamá al que pudiera beberse en cualquier otro sitio y que el día que nací lloró durante horas.

—¿Del susto? ¿Tan fea era?

Me amenazó con el tenedor.

—Definitivamente, ese día debiste de darte un golpe en la cabeza.

Intenté no reírme mientras masticaba los huevos revueltos y añadía un poco de mermelada al pan tostado.

—Fue porque me sentí muy feliz. Las noches siguientes también lloré, ¿sabes? Pero porque tú no parabas de hacerlo.

—Estabas cansado.

Negó con la cabeza hasta que acabó de tragar.

—Me daba pena no saber por qué llorabas. Éramos jóvenes. Acabábamos de cumplir veinticuatro y no sabíamos nada de bebés. Los dos veníamos de familias humildes, así que nos prometimos conseguir algo mejor para ti.

Unté mantequilla en la otra rebanada de pan y se la pasé. Le dio un mordisco. Mi padre, igual que yo, siempre tenía hambre. Dos pozos sin fondo era nuestro segundo nombre.

—Nosotros no pasamos tiempo con nuestros padres porque tenían que trabajar mucho para sacarnos adelante y tú no pasaste tiempo con nosotros porque queríamos que tuvieses lo que no habíamos tenido. ¿No es irónico? Tampoco tuviste lo que tu madre y yo quisimos en su momento: disfrutar de nuestras familias.

Yo asentía despacio. Papá aparentaba ser un hombre poco sensible. O eso había creído hasta el momento. Sin embargo, ese día me di cuenta de que todas las personas tienen un cuarto pequeño lleno de sueños, deseos y frustraciones. Él no era una excepción.

—¿Cómo supiste que estabas enamorado de mamá?

La sonrisa de mi padre me recordaba bastante a la mía. Por más que la gente dijera que me parecía más a ella, lo cierto es que la mayor parte del tiempo me veía como un reflejo de él.

—¿Por qué me lo preguntas?

—¿Por qué no me contestas?

Se limpió la boca con una servilleta. Si iba a interrumpir la comida para contármelo, debía de ser una historia que de verdad mereciese la pena.

—Nos conocimos en un bar, como ya sabes. Los dos trabajábamos a media jornada mientras acabábamos los estudios. Yo estaba estudiando hostelería y ella quería ser azafata. —Le dio un sorbo al café. Cruzó una pierna por encima de la otra y se acomodó en el asiento. Lo estaba disfrutando—. No nos llevábamos bien.

Eso sí que me sorprendió. Jamás les había escuchado decir una palabra más alta que la otra, enfadarse o dejar de hablarse. Eso o me lo ocultaban muy bien, porque en el fondo, como había dicho mi padre, querían lo mejor para mí.

—Ella pensaba que yo era un imbécil y, bueno, digamos que yo, por mi parte, me encargaba de que siguiera creyéndolo.

Me reí al imaginarme a una versión más joven de mis padres coqueteando en la barra de un bar al tiempo que ella quería convertir el lugar en la escena de un crimen.

—¿Cuándo dejasteis de querer acuchillaros?

—Cuando me rompí la rodilla. No podía ir a ninguna parte, así que comenzó a venir a casa. Dábamos paseos. Empujaba la silla de ruedas y me decía que solo un inútil como yo podría haberse roto la rodilla mientras caminaba por el medio de un monte. Pero esa es otra historia.

Nos reímos juntos. El camarero se acercó a rellenarnos las tazas.

—¿Así te enamoraste de ella?

—¿Cómo no iba a hacerlo? Me besó hasta que me caí de la silla y se me saltaron tres puntos.

—¡¿Qué?!

—Tu madre, hija, que vio que no podía escapar y no perdió la oportunidad. Y ya ves, hasta el día de hoy, y lo que nos queda.

Ojalá fuese verdad y no tuviera que verlos separarse nunca, y menos aún después de escuchar la forma en la que él hablaba de mamá.

—¿Salís con otras personas porque ya no estáis enamorados?

No sabía si de verdad querían hablar de eso conmigo de una forma tan sincera, sin ocultar nada. A fin de cuentas, era su hija, pero dormiría más tranquila si pudiera saber qué esperar de aquello.

—Nos hemos enamorado de nosotros de muchas maneras diferentes a lo largo del tiempo. Sé que debió de parecerte una locura cuando te lo dijimos, pero es una fase. Nada más.

Carraspeé. ¿Me atrevería?

—¿No es la primera vez?

Papá negó con la cabeza.

—Estuvimos separados un tiempo cuando tú tenías unos diez años. Y no pudimos. Nos queremos, solo que, en algunas ocasiones, las relaciones se cansan y tienen que descansar antes de volver.

Jamás se me habría ocurrido que mis padres podían haber estado separados. Intenté recordar si alguna vez había visto algo extraño entre los dos. Nada. Ni una pista pequeña que me hiciera pensar que su amor estaba en pausa. Siempre habían dormido juntos en el mismo dormitorio. Se sonreían, se contaban las cosas mientras compartían un café en la cocina. Le expliqué todo esto a mi padre.

—Ya te lo hemos dicho: nos queremos.

Sí que lo habían hecho, aunque eso no significaba que fuese más fácil para mí comprenderlos. Las relaciones amorosas son un par de zapatos del número correcto, no puedes calzarte los de otros por más que lo intentes. Mis padres habían tomado una decisión sobre la que nadie tenía derecho a opinar. Ni siquiera yo.

—¿Y tú? —preguntó entonces.

—¿Yo qué?

—¿Cuándo lo supiste?

—¿Qué cosa?

—Que estás enamorada de Kai.

Me atraganté con el café nada más escuchar el comentario de mi padre, que me pasó una

servilleta y me miró con cara de preocupación. ¿Qué les había dado a todos con preguntarme lo mismo? Que sintiera o no algo por él ya me parecía bastante problemático como para encima tener que hacer frente a que los demás se diesen cuenta.

Por suerte, me salvó la campana. Nunca en tres años me había alegrado tanto de ver a Charlie. Se había detenido junto a nuestra mesa. Llevaba una gorra de su equipo favorito de fútbol y parecía contento aquella mañana.

—Señor Wilson. Ali.

Nos hizo una reverencia de lo más graciosa. Por cómo sonrió mi padre, me di cuenta de que le caía bien. No había razones para lo contrario, a fin de cuentas, no tenía ni la más remota idea de lo que había pasado entre los dos. Además, como ya he dicho en alguna ocasión, Charlie era simpático.

—Contigo quería yo hablar —dije, señalándolo con el dedo.

Pareció sorprendido, a fin de cuentas, había intentado esquivarlo a toda costa durante varias semanas; era normal que sintiera curiosidad por que de pronto quisiera hablar con él.

—Entonces, os dejo a solas.

Mi padre se levantó y se despidió acariciándome el pelo, igual que a un gato. Después pasó por la barra y pagó el desayuno. Charlie, mientras tanto, se había acomodado en el asiento que él acababa de dejar y esperaba a que le dijera si había pasado algo.

—Llevo tres tardes pasando por tu casa, pero nunca estás ahí.

—¿Planeabas matarme y no has tenido suerte?

—Muy gracioso. Solo quería dar un paseo o algo.

No era mi fuerte hacer planes, sin embargo, de repente había sentido la necesidad de hablar con él, dejando todo a un lado. Quizá había influido que Julia me preguntase por él o que también lo hiciese Kai. Desconocía el motivo verdadero; aun así, estaba ahí y me parecía bueno hacerle caso a aquella necesidad repentina.

—¿Estás bien?

—Yo sí, ¿y tú? —contraataqué.

Tardó tres o cuatro segundos en responder.

—Sí, ¿por?

—No sé. —Me encogí de hombros.

Era una conservación de borregos. Incluso Banana hubiese podido decir algo más coherente que aquello. No se me daba bien indagar sobre los sentimientos ajenos, así que si Charlie no ponía de su parte, no creí que fuese a sentirme capaz de preguntarle si pasaba algo. Él parecía estar como siempre. Si quería decirme algo sobre Kai, no sería yo la que lo animase a ello.

—La próxima vez que no me encuentres en casa, escríbeme un mensaje por lo menos, para que sepa que has estado ahí. No soy adivino, de momento.

—No se me había ocurrido. Tampoco pensé que estuvieras tan ocupado.

—Soy un chico muy querido en esta ciudad.

Consiguió que me riera. Pero la vocecita de Julia diciéndome que hablara con él seguía ahí. ¿Qué más podía decirle? Sabía que había estado enamorada de él, que me había roto el corazón y que, aunque no se lo había dicho, estaba en proceso de perdonarle. Necesitaba pasar página. Eso no significaba que pudiésemos llegar a ser amigos, no como otras personas lo eran. Aun así, seríamos capaces de sentarnos frente a una taza de café para hablar.

—Pero eso no basta para que te quedes, ¿eh?

Charlie mostró una sonrisa enorme que logró que los ojos se volvieran más pequeños.

—Digamos que no me queda más remedio.

—¿Y eso por qué? Me consta que te gusta trabajar en el Red Heart, tienes a tu familia cerca, tus amigos están aquí. ¿Qué sueño se te ha quedado en el tintero?

Se encogió de hombros. Volvió la vista hacia la ventana. No supe si se debía a la luz del sol, que lo cegaba, o a otra cosa, pero me pareció que se le habían humedecido los ojos.

—Hace un tiempo, decías que era tu lugar favorito en el mundo.

Parpadeó varias veces y volvió a mirarme sin dejar de sonreír.

—Lo sigue siendo, por eso van a ser unos últimos días geniales.

—Y después, a ver mundo.

Levantó el pulgar y me guiñó un ojo.

—¿Te vas a llevar a Juice contigo?

—No, él se queda aquí para cubrirme las espaldas. ¿Tú qué tienes pensado hacer cuando acabes la universidad?

Esta vez fui yo la que no supe qué contestar. Había muchas opciones, pero no quería renunciar al sueño de vivir en un pueblo de montaña e ir en bici de un sitio a otro para visitar a mis pacientes gatunos, vacunos o lo que fuere, y tener una pequeña casita con jardín y un par de perros esperándome al llegar. Quería eso desde hacía bastante.

—Serás una buena veterinaria, ya verás. ¿Le echarás un ojo a Juice?

—Por supuesto, y te cobraré la tarifa más cara.

Charlie soltó una risotada.

—Antes de irte, resérvame una cena.

Todavía quedaban tres semanas para volver al campus. El tiempo había volado. Tenía varios frentes abiertos, entre ellos, Kai. Veintiún días para decidirme a callarme para siempre o decírselo.

—Cuenta con ello.

—No me dejes plantado, ¿eh?

—No lo haré —dije alargando las vocales tanto como pude.

—Es curioso, ¿no?

—¿Qué cosa?

Permaneció un instante en silencio.

—Que cada vez que nos vemos Kai esté con Maggie.

—¿Cómo?

Charlie cogió aire, lo dejó salir poco a poco y sacó el móvil del bolsillo. Lo colocó delante de mí con una historia de Instagram del perfil de Maggie de hacía un par de horas. En ella aparecía Kai de espaldas, caminando con las manos en los bolsillos.

Miré a Charlie. Intenté disimular que me iba el corazón tan rápido como una bala.

—Tendrán cosas de las que hablar.

—Ali, no tienes por qué aguantar esto —dijo, señalando el móvil—. Dile que no te gusta que se comporte así. Eres demasiado buena.

—Kai tiene que cerrar esa etapa, Charlie. No soy quién para decirle nada.

Él negó con la cabeza varias veces.

—Kai ya ha cerrado esa etapa. Es con ella con la que tienes que hablar.

—¿Qué?

—Déjale las cosas claras a Maggie, si no, va a seguir creyendo que tiene derecho a hacerte de menos.

No podía dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿Estás preocupado por mí?

—Puede que un poco, pero que no se te suba a la cabeza.

Esas fueron las palabras que lograron que volviera a acercarme a Charlie Miller, que dejase de estar solo en la última fila y que yo ya no lo mirase desde la primera.

# CAPÍTULO 31

Las primeras citas son eso que está entre descubrir si me gustas y cogerte de la mano. La primera cita con Kai me había servido para darme cuenta de que *gustar* era una palabra que medía poco teniendo en cuenta las millas que podía recorrer mi corazón cuando estaba cerca.

Cogerse de la mano.

Había pensado en hacerlo al menos tres veces mientras veíamos los fuegos artificiales. Podría haberlo hecho, no había reglas. ¿O sí? ¿Y si Kai caía en que debía haberlas al percatarse de que yo hacía ya unas semanas que no jugaba al juego que habíamos empezado al principio del verano ni a ningún otro que nos hubiéramos inventado por el camino?

—Alice, estás muy callada.

La madre de Kai, su abuela y yo estábamos recogiendo mazorcas de maíz. Me sorprendía la capacidad que tenía Lauren para no tropezarse con nada. Yo ya me había caído dos veces. Me había magullado las rodillas. Una de ellas sangraba un poco, pero prefería estar en el maizal que en la casa. Me sentía más útil.

—Es raro, la verdad —comentó también Nancy, que le costaba cada vez más agacharse.

La vida en el campo era complicada a todas las edades, sin embargo, cuando el cuerpo se resentía, se volvía incluso más dura. Pensaba en Nancy, sola la mayor parte del año en una casa apartada del resto. Madrugar, alimentar, cuidar. Así a diario durante el resto de su vida. Quizá ese era uno de los motivos principales de que Kai quisiera regresar a Big Sky al acabar sus estudios.

Kai.

No me había atrevido a preguntarle por Maggie. El día anterior, después de que Charlie me enseñara la fotografía, había esperado a la tarde para enviarle un mensaje.

**Alice**
¿Qué tal el día? Me voy al cine con mi padre.

Tener teléfono no era sinónimo de usarlo. Rara vez me escribía. Tardó casi una hora en contestar. Me pregunté si todavía seguía con ella. ¿Estaba celosa? ¿O estaba triste?

**Kai**
Un día raro.

No me había dado mayor explicación y yo no me había armado de valor para preguntarle por qué. El nombre de Maggie resonaba en mi cabeza igual que haría el eco de un tambor en una cueva. Al llegar a la granja ese mediodía, nos habíamos saludado de pasada mientras él iba con la carreterilla de un lado a otro; después, Lauren y Nancy me habían reclutado para ayudarlas en el campo.

—¿Alice?

—¿Sí?

—¿Todo bien?

Respondí con un *sí* demasiado entusiasta que no se creyó ninguna de las dos. La cara de Nancy era de perplejidad. Me inspeccionó de arriba abajo. Incluso se acercó para mirarme más de cerca. ¿Qué querían que hiciera? ¿Que me pusiera a bailar en círculos entre los tallos del maíz?

—Te has peleado con Kai —soltó de golpe.

—¿Qué? ¿Por qué? —añadió Lauren enseguida.

—No me he peleado con nadie —aseguré.

Tampoco es que fuese mentira. Además, suponía que si Nancy se enteraba de los verdaderos motivos de que estuviera molesta, se alegraría por su chica predilecta. ¿Por qué era tan especial? Vale que pareciera que a mí me faltase un tornillo la mayor parte del tiempo, pero tampoco era un desastre absoluto. Y siempre me comía el brócoli, cosa que no podía decir de Maggie. ¿No era ese motivo suficiente para que también me quisiera?

—Entonces, ¿estáis bien? —insistió Nancy.

Mal no estábamos, desde luego. Todavía me sonrojaba al pensar en cómo había acabado la primera cita. Al final nos habíamos cogido de las manos en la cama, después de haber perdido la cabeza en el baño.

—Sí, lo estamos.

Lauren pareció quedarse más tranquila, porque reanudó su tarea de colocar mazorcas en la cesta con una destreza que había adquirido con la práctica de años, estaba claro.

—¿Esta noche salís?

Ese era el plan. Algo tranquilo. Un poco de música en directo en el centro de Big Sky, sentados sobre una manta de cuadros mientras mirábamos las estrellas y, con suerte, podría sentir ese pellizco en el pecho.

—¿Se lo decimos? —preguntó Nancy, mirando en dirección a Lauren.

—¿Te refieres a *eso*?

—Sí. Es mejor que lo sepa.

Mis ojos parecían estar viendo un partido de tenis. Comenzaba a temerme lo peor, como la mayoría de las veces. Ya me decía Daisy que no tenía remedio y que el optimismo debí de perderlo en la placenta.

—¿Qué pasa?

—Las mujeres de esta familia, Alice, tienen ciertas experiencias que pasan de generación en generación —comenzó a relatar Lauren.

Tragué saliva. No sé por qué pensé en *La casa de los espíritus*, de Isabel Allende.

—¿Qué clase de experiencias?

El maizal no me daba buenas vibraciones, siempre estaba asociado en las películas de terror a gente corriendo atravesada por una hoz.

—Creemos que es bueno que lo sepas porque eres la tercera generación.

¡Pero si yo ni siquiera formaba parte de la familia! No había ningún lazo de sangre que nos uniese. ¿Podría empezar a ver muertos? Digamos que no se me daba bien ser racional cuando se me metía una idea en la cabeza. Y si además a eso le sumabas la sugestión, darte la vuelta y ver a Banana entre los tallos mirándote fijamente, tampoco ayudaba.

El grito fue de los que revivirían hasta a un muerto.

—Ay, niña, que me matas de un infarto —dijo Nancy, dándome dos guantadas en el brazo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lauren.

—La cabra, que estaba aquí detrás —le explicó su madre.

—¿Y por qué gritas?

¿Cómo iba a decirle que por un segundo había pensado que era Satanás?

Banana se acercó a que le rascara detrás de las orejas. Desde que se había puesto mala, pasaba más tiempo conmigo y ya no me mordía. Ahora solo atacaba al resto y eso me daba cierto

comodín que nadie más podía usar en la granja. ¿No era ese también un segundo motivo para convertirme en la favoritísima de Nancy?

—Volviendo a lo de antes —dijo Nancy—. Nos ha perseguido siempre una maldición.

Me quedé muy quieta. Las historias de fantasmas me daban pavor.

—¿Cu-cuál? —tartamudeé.

Lauren no disimuló el suspiro. Movió la cabeza repetidas veces, como si estuviera lamentándose de algo. No sabía si era una expresión teatralizada o estaba a punto de que me azotaran con alguna macabra historia de ultratumba.

—La de las camionetas.

—¿Las camionetas?

Las dos volvieron las cabezas en mi dirección, aunque una podía verme y la otra solo intuir dónde estaba. Mi cara descompuesta no dejaba lugar a las dudas: estaba nerviosa. Me gustaba ver películas de dibujos recomendadas a partir de tres años. ¿Maldiciones? ¿Por qué?

Nancy habló primero.

—Me quedé embarazada de Lauren en el asiento del copiloto de una camioneta.

Pestañeé varias veces. Recordaba aquella historia del primer día que nos conocimos.

—Y yo de Kai en otra, pero en un asiento similar.

Me quedé de piedra, sin saber qué decir. Quizá, si no me movía, se olvidarían de que estaba ahí y podría desaparecer retrocediendo sobre mis pasos, al galope con Banana, que, como si hubiese entendido todo, se había quedado con la boca abierta y lo que sea que estuviera comiendo a medio masticar.

—Es curioso, ¿no? —preguntó Lauren.

Era evidente que la pregunta iba dirigida a mí, no podía seguir haciéndome la loca.

—Sí, curiosísimo —respondí.

—Nada de camionetas —me advirtió Nancy—. ¿Entendido?

—Sí, señora.

Las dos asintieron satisfechas.

Cogí una de las cestas y decidí salir de ahí con la excusa de que iba a descargarla antes de que se volviera más pesada y no pudiésemos cargar con ella. Por supuesto que se dieron cuenta de que estaba muerta de vergüenza y debieron de divertirse un buen rato a mi costa.

Kai estaba en el jardín recogiendo la colada. Al verme, se acercó a ayudarme a cargar la cesta.

—¿Qué te ha pasado? —Señaló las rodillas.

Banana venía detrás de mí, así que lo primero que pensó fue que habíamos vuelto a tener un encontronazo. Le dije que esta vez la zancadilla me la habían puesto unas malas hierbas.

—Estás roja, ¿te ha dado mucho el sol?

Lo que me habían dado era una charla sobre sexo en camionetas.

—Me ha dado un susto, eso me ha dado —contesté.

Entré en casa caminando como el pingüino de Montana que era. Escuché a Kai reírse a mis espaldas mientras me seguía dentro.

—¿Un susto por qué?

No quería traicionar el secreto, aunque estaba bastante segura de que lo sabía. Me lo guardaría para mí. Me bebí tres vasos de agua sin respirar. Kai regresó a la cocina con un botiquín de primeros auxilios, se arrodilló en el suelo y me obligó a sentarme. Estuvo desinfectando los rasguños un buen rato.

—Siempre te haces alguna herida y, pese a ello, te sigue gustando el campo.

«También me gustas tú y al final no sé si podré ponerme una tirita».

No lo dije, claro. Era lo último que me faltaba para acabar de rematar el día y la semana.

—Solo son rasguños.

—Esta noche te invito a un helado para compensar.

—¿Ves? Me va a salir rentable y todo.

Me cogió del tirante del peto y estiró. Me dio un beso fugaz en los labios.

¿Habría también alguna maldición sobre las cocinas? Dios quisiera que no.

—¿A qué se dedicaba tu madre antes? —le pregunté mientras aplicaba pomada con tanta delicadeza como habría hecho con un cachorro.

—Era maestra de Música en el colegio. Después tuvo que dejarlo, pero sigue dando clases particulares de piano.

No recordaba haber visto ningún piano de cola en su casa.

—Debió de ser una época muy dura.

Kai intentó sonreír. Colocó la primera tirita. Me contó entre pausas muy largas que su madre ya sabía que iba a perder la visión. Apenas tuvo un año para asimilarlo desde que el médico se lo contó. Pero había sido fuerte. Todo lo que una persona podía serlo cuando la vida le cambia de golpe, deja de ver a las personas que quiere y tiene que aprender a sentirlas de una manera distinta.

—Sufrió mucho y nadie podía hacer nada para que se le pasara.

—Parece llevarlo bien —comenté.

—Se ha acostumbrado. Hace doce años que ve la vida diferente.

Le acaricié la mejilla y esta vez fui yo la que le dio un beso.

—¿Seguimos besándonos arriba? —insinuó tras pegar la segunda tirita.

—Por favor.

—A lo mejor, no puedo parar.

—A lo mejor, me toca saltar por la ventana cuando escuche a tu abuela subir las escaleras.

Kai apoyó la cara sobre mis muslos y comenzó a reírse.

—No tengo tantas tiritas para salvarte de una caída como esa. Quizá debamos posponer los besos e ir a por Kiwi y Brave a la pradera.

—Tú sí que sabes cómo mantener el interés de una chica.

Siguió riéndose tanto que se le saltaron las lágrimas.

—Esta noche te compenso.

La imagen de la camioneta me asaltó de pronto. Tuve un escalofrío.

—¿Cómo me puedes compensar mejor, con pantalones o con vestido?

—Desnuda.

# CAPÍTULO 32

Una versión de *Looking for You*, de Chris Young, un helado de chocolate compartido, la mano de Kai rozando la mía sobre la hierba. Se detuvo el tiempo. El estribillo parecía repetirse como si le hubiésemos dado cuerda a una pequeña caja musical. En la última fila de aquel concierto improvisado, rodeados de personas que se balanceaban al ritmo de la música, que se susurraban sonrisas.

Parecíamos atrapados en el tiempo.

La segunda cita.

La música se fue apagando; los aplausos llenaron la pradera, iluminada por farolillos de papel. Algunos se fueron, otros alargaron el momento y se quedaron. Nosotros decidimos dar un paseo.

Kai dobló la manta y la guardó en la mochila. Se la echó al hombro.

—Estás muy callada. —Lo miré y negué enseguida—. Por favor, no me digas que estás pensando.

Me tendió la mano y la miré confundida. Hizo un gesto con las cejas, animándome a enredar mis dedos con los suyos. Sentía los latidos del corazón muy fuerte, así que debía de encontrarme cada vez más cerca del lugar donde se lo habían llevado.

—¿Me vas a rechazar así?

Le tomé de la mano. ¿Por qué era tan cálida?

—Mañana vuelve tu madre, ¿no?

Iría a recogerla al aeropuerto y comeríamos juntas. Me lo había pedido ella. Por lo general, regresaba muy cansada de los viajes, le gustaba ir directa a casa.

—¿En serio estás bien? —preguntó de nuevo al ver que era escueta en palabras.

Me agarré fuerte a su mano. No tengo ni idea de si comprendió de verdad lo que procuraba transmitirle en ese intento desesperado de que escuchara lo que me estaba callando.

Era nuestra segunda cita. Dos de tres, como me había pedido. Las posibilidades de que hubiera o no una cuarta me tenía dándole vueltas a la cabeza todo el día. Por no hablar de Maggie, de las asignaturas pendientes entre ellos.

—Qué flores más bonitas —dije, señalando a una acacia que había unos metros por delante de mí.

Kai se detuvo. Me miró a mí; después, al árbol. De nuevo, a mí. Una última mirada a nuestro alrededor. Me soltó la mano y lo vi ir directo hacia él. Agarró una de las ramas, de tamaño mediano, y antes de que me pudiera dar cuenta de lo que estaba haciendo, la arrancó y regresó con ella hacia mí. La cogí sin saber si estaba teniendo una alucinación o ese chico de verdad me estaba entregando una rama. Una rama de un árbol.

—Has dicho que eran bonitas. —Señaló las flores.

—¿Y si te digo que me gusta esa roca de ahí también me la traerás?

Kai asintió muy rápido. Estaba tan calmado que me hizo gracia.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada. Eres bastante tierno.

—Por lo menos he conseguido que sonrías.

Coloqué la rama sobre mi brazo como si fuese un ramo.

—Pero ¿tú no decías que no regalabas flores?

—Ah, eso. —Volvió a cogerme de la mano que había quedado libre y continuamos andando —. Tengo mis motivos.

Había usado las mismas palabras en otra ocasión.

—¿Y vas a compartirlos alguna vez?

Tomó mi mano con la otra y así pudo rodearme con el brazo.

—Es nuestra segunda cita, tampoco quieras saberlo todo de mí esta noche.

La paciencia de la que debí echar mano para no decirle que era idiota y que llevábamos todo el verano juntos fue enorme.

—No me mires así, te lo contaré.

Un beso en la mejilla. Y otro.

La segunda cita.

—¿Estás preparado para mañana? Si has cambiado de idea, es comprensible.

Llevábamos varios días hablando de la visita que quería hacerle a su padre. Kai estaba seguro de que esa vez no quería echarse atrás. No obstante, me pareció que alguien debía recordarle que podía hacerlo si así lo sentía.

—Preparado no sé si es la palabra.

—Ir hasta ahí es fácil —dije—. También lo es volver en el caso de que te arrepientas.

Kai parecía saberlo muy bien. Me daba la sensación de que esa vez no quería seguir huyendo. A veces, el tiempo nos apremia a no dejar escapar las oportunidades. El tiempo. El maldito tiempo que nos tiene dando vueltas dentro del ojo del huracán. Al final se deshace de nosotros y nos deja abandonados a nuestra suerte. Solos ante el desastre que ha generado a nuestro alrededor.

—Ni siquiera me apetece preguntarle por qué desapareció de mi vida. No me importan las razones.

—¿En serio?

No daba la impresión de estar engañándose a sí mismo.

—La pregunta que quiero hacerle es otra. ¿Por qué quiso volver? ¿Se sentía culpable? ¿Quería conocerme? ¿Le dábamos pena mi madre y yo por las circunstancias que nos había tocado vivir? —Lauren no se había dejado nada por contarle, así que había tenido la posibilidad de ser consciente de la verdad—. Que me dé una razón. Con eso me basta.

El tiempo, a veces, también nos da esas razones de las que hablaba Kai. Nos enseña todas las decisiones equivocadas y nos recuerda que somos insignificantes.

—Y si no quiere contestarte, podemos romperle el buzón a golpes de rama.

Kai cerró los ojos y se rio durante un buen rato.

—¿No te cansas de decir tonterías?

—Mientras tú no te canses de reírte de ellas…

De vuelta a la camioneta, compramos unos perritos calientes. Nos sentamos en un banco, alumbrado por la luz de dos farolas, una a cada lado, y estuvimos hablando de muchas cosas, algunas de las que no dicen nada, otras tan vivas como él y yo.

—Este año no pienso dejar que me robes el sitio en primera fila —le dije.

—¿Tendría que saber de qué me estás hablando?

—Te has adueñado del mejor asiento de toda la clase de Anatomía —expliqué al tiempo que le robaba un par de patatas fritas—. He sido la chica de la primera fila siempre, menos en esa asignatura, por tu culpa.

—Hay otros diez asientos en la primera fila.

—Pero el tuyo es el mejor. Está justo en medio.

—Si te querías sentar ahí, haberlo dicho —se quejó.

—¿Me habrías dejado?

—Pues no, pero tenías derecho a decirlo.

Me reí tanto que pensé que me atragantaría con la comida.

—¿Por qué no te caía bien?

Se acomodó en el banco y me miró sin entender qué quería decir con esa pregunta.

—Tú siempre me has caído bien, ¿a qué viene eso?

Le recordé varios momentos, desde el incidente del paraguas, pasando por otros tantos pequeños desplantes en los que había sido era seco y borde.

—Te acompañé bajo la lluvia, te compré el jarabe para el estómago, te regalé una lamparita de noche porque te daba miedo la oscuridad, te dejé una copia de mis apuntes en tu taquilla la semana que faltaste a clase porque estabas enferma, busqué aquella pulsera que perdiste en la biblioteca durante horas hasta que di con ella, llegué tarde a propósito al reparto de temas para el trabajo final para que te tocara el que querías.

—Espera, ¡¿qué?!

—Si tú consideras que hacía esas cosas porque me caías mal, es cosa tuya.

—Espera, ¡¡¿qué?!! —repetí más alto.

Con los ojos desorbitados me quedé mirando al suelo. ¿Aquellos apuntes que me salvaron en el examen eran suyos? ¿Él había sido el que había dejado la bolsita con la pulsera sobre mi mesa?

Kai se encogió de hombros.

—Pero si siempre me gruñías.

—Yo gruño en general.

—No es verdad, con los demás eras simpático y sonreías.

No era posible que no se diese cuenta de que me trataba diferente. Aunque, visto lo visto, si todo lo que me había dicho era verdad, sí que lo hacía, solo que de una manera que yo no habría podido imaginar.

—Deberías tomártelo como un halago —me dijo—. Si sonrío mucho, es sintomático de que no tengo confianza con alguien.

—¿Y tenías confianza conmigo?

—A mi manera, sí —contestó—. Digamos que me sentía lo bastante cómodo para no hacerlo si no me apetecía. Eso también es agradable. Pero está claro que para ti no debió de serlo, así que perdón por eso.

Permanecí en silencio un par de minutos, que desde fuera podrían haber sido incómodos, sin embargo, estaba tranquila. Había malinterpretado a Kai. Era inevitable, por otra parte. No nos conocíamos, podía hacerme una idea equivocada de él.

—Me caías bien. —Sonrió al tiempo que me acariciaba el pelo—. Yo a ti no, estoy seguro —añadió riéndose.

—Me daba un poco de miedo por dónde pudieses salir, eso es todo.

No me dio la sensación de que me culpara por ello. De hecho, más bien lo entendía. A fin de cuentas, cualquier otra persona se hubiese sentido de una manera similar desconociendo el trasfondo de su comportamiento.

—¿Y ahora?

—¿Ahora?

Ahora me gustas. Ahora me siento bien. Ahora me he acostumbrado a ti. Ahora estamos aquí y quiero seguir aquí, que la luz de la ventana esté siempre encendida.

—Ahora eres quien mejor me cae.

—¿Soy tu persona favorita?

Aunque no pudiera contestarle a esa pregunta, sí que podía buscar una respuesta para mí. No se trataba de la atracción que había entre nosotros ni de esos sentimientos que no podía controlar. Kai me hacía sentir que formaba parte de algo. No sabía de qué, pero si estaba cerca, entendía mejor quién era yo.

—Puede.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un puede, no te pases de listo. ¿Acaso soy yo la tuya? No, ¿verdad?

—Puede —respondió a su vez.

Recibió una colleja, yo un codazo; él un empujón, yo otro. Los dos nos reímos.

Segunda cita.

—¿Volvemos? Mañana será un día largo —le dije.

—Veo que tienes muchas ganas de dormir en el sofá. —Recogió los restos de comida y envoltorios, y lo tiró todo a la papelera más cercana—. Menos mal que soy buena persona y te voy a ceder mi cama.

Me volví hacia él con los brazos en jarras.

—Ya te he dicho que no voy a recrear nuestra primera cita pared con pared con tu abuela —le advertí.

—Ceder significa dejar, prestar. —Me dio un golpecito en la frente—. Tú te quedas la cama y yo me voy al sofá.

—Si eso es lo que quieres, vale.

Eché a andar hacia la camioneta, que estaba aparcada a unos treinta metros de donde nos encontrábamos.

Kai me estiró de la capucha de la sudadera.

—¿Cómo que vale? Deberías negarte, ¿cómo vas a permitir que tu novio duerma en el sofá mientras tú ocupas su cama?

Le palmeé con cariño ambas mejillas.

—Lo siento, amor, qué cruel soy —dije con voz de pena y la ironía habitual.

—Ahora te vas a dormir al sofá.

—No vengas a buscarme a medianoche —añadí yo haciéndome la ofendida.

—¿Por qué? ¿Estarás soñando con Lee Know, de Stray Kids?

—Sí.

Salí corriendo en cuanto se empezó a reír, con la rama en alto. Kai me persiguió un buen rato, hasta que me alcanzó. Nos reímos los dos como idiotas que éramos.

En ese momento, mientras me hacía cosquillas en medio de la calle, me di cuenta de algo. Quizá hubiese una mínima probabilidad de que Kai no fuese mi persona favorita, pero había una cosa que estaba clara, que iba más allá de lo que hubiese surgido entre los dos, en medio mentiras y verdades. Sin saber cómo, ni atisbar el instante exacto en el que había sucedido, Kai había pasado a ser algo más para mí.

No solo el chico que me gustaba.

No solo el chico del que, probablemente, me estaba enamorando.

Kai era mi mejor amigo, y eso lo complicaba todo mucho más. Porque si al final no salía bien, si al final nos rompíamos como aquella rama llena de flores, el dolor sería triple.

El dolor duraría años.

El dolor se quedaría.

Se quedaría.

# CAPÍTULO 33

Cinco postales guardadas en el bolso y Kai haciéndose pequeño a medida que se alejaba de la camioneta.

Cinco postales y un secreto; Kai frente a la valla de la casa de su padre.

La letra de Daisy, inconfundible; sellos de países lejanos; Kai abriendo la portezuela.

Daisy, que detrás de la sonrisa perenne también guardaba sus propios fantasmas y los había dibujado claros, sin sombras; Kai, que recorría el camino de grava hasta la puerta bermeja.

Daisy atrapada en una noche que se repetía desde hacía años, una noche suya, que no había existido para el resto; Kai tocando el timbre.

Cinco postales y un chico perdido. Eso era todo lo que tenía aquella mañana de agosto, apoyada sobre la puerta del copiloto.

La puerta de la casa se abrió y me pareció reconocer aquella figura alta, de sonrisa amable. Quizá era mi imaginación o que se me habían empañado los ojos.

Crucé la calle y recorrí paso a paso el camino marcado por Kai. Seguía de pie en el umbral. La expresión del hombre había mudado de la amabilidad inicial al abrir la puerta a la sorpresa de descubrir quién estaba al otro lado.

Kai había querido ir solo a su encuentro, por eso me había quedado junto al coche, sin embargo, yo conocía a ese hombre.

Un perro curioso se asomó por la puerta y comenzó a olisquear al desconocido. Estaba a pocos pasos de ellos y se dieron cuenta de que estaba ahí.

—¿Alice Grace?

—¿Señor Williams?

Kai me miraba atónito. Debía de preguntarse de qué conocía a su padre. Este me tendió la mano y se la estreché. Lo había abrazado al volver a Bozeman, le había contado las peripecias de los primeros años de universidad y le había dado las gracias por la paciencia que había tenido conmigo durante aquel último año en el que durante los recreos me abría la puerta de la azotea para que pudiera refugiarme en mis libros.

—El señor Williams fue mi profesor de Biología.

Tal vez él ni siquiera había sabido a qué se dedicaba su padre hasta ese momento. ¿Se lo habría contado Lauren antes de dictarle aquella dirección que se había aprendido de memoria?

—¿Os conocéis? —me preguntó el señor Williams, señalándonos a uno y a otro.

Yo no supe qué contestar. Que nos conocíamos era una evidencia, si no, ¿a santo de qué iba a estar yo ahí dándole explicaciones a Kai?

—Es mi compañera de carrera. —Fácil y directo—. Mi amiga y mi novia —añadió. No tan fácil, pero igual de tajante.

—Por lo visto, eres muchas cosas. —El señor Williams sonrió.

No podía ser verdad. ¿El profesor que más me había ayudado en mi etapa en el instituto era el padre de Kai? ¿El mismo padre que había renunciado a serlo? ¿Por qué? ¿Cómo un hombre como él, que siempre nos cuidaba y aconsejaba, habría podido marcharse y dejar a su hijo?

—Yo soy su padre —dijo él.

Kai no le corrigió. Supuse que se debía a que no tenía ganas de discutir.

—Perdona, no quería interrumpir, es que…

—Me has reconocido —completó el señor Williams, tranquilo, sin inmutarse—. Pasad, por favor. Lucky, ve dentro, va —le pidió al perro, que seguía moviendo la cola, expectante.

—Te espero fuera.

Kai negó con la cabeza. Ya me había entrometido, ¿qué sentido tenía que me quedara al otro lado de la puerta si, probablemente, sabía más sobre su padre que él mismo?

Entré nerviosa. Tenía la cabeza en muchos sitios a la vez, y ninguno de aquellos lugares en los que habían estado las personas que quería era bonito. Estaban llenos de rosas marchitas.

Kai tomó asiento en uno de los sillones y el señor Williams, en el sofá. Me invitó a sentarme, pero lo rechacé un par de veces. Prefería quedarme de pie junto a la puerta. Quizá no era lo más normal que podía hacer, pero nada de aquello lo era a fin de cuentas.

La casa del señor Williams tenía una sola planta y las estancias parecían amplias. El salón lo era. Comunicaba con la cocina, que podía verse desde donde yo me encontraba. No había decoración excesiva. Lo que más llamó mi atención, y solo porque los ojos de Kai estuvieron anclados en él durante un buen rato, fue el marco con la fotografía que había encima de la chimenea. Era una foto suya de recién nacido en brazos de su padre. Por lo demás, aquella casa podría haber sido de cualquier persona, era impersonal, vacía de recuerdos y de emociones.

¿Cómo se empieza una conversación con el padre con el que no has tenido relación alguna?

—Me gusta tu casa.

Parecía que con esas palabras simples.

Me había girado hacia Kai tan rápido que me mareé incluso.

—Es luminosa, fue lo que más me gustó —contestó el señor Williams.

Se miraban tranquilos. Kai no sonreía, no tenía motivos. Su padre sí, aunque eso no significaba que por dentro no estuvieran agarrándose con fuerza para que aquel terremoto no los engullera.

—¿Cómo están tu madre y tu abuela?

—La abuela, corriendo de un lado para otro y mamá, peleándose con ella para que deje de hacerlo.

—Hay cosas que nunca cambian —apuntó él.

No sabía si de verdad se sentían cómodos con aquellas frases que estaban intercambiando, pero, de haber podido, yo me hubiese metido bajo la alfombra y no habría salido de ahí bajo ningún concepto.

—Supongo que no has venido hasta aquí para que te ofrezca un refresco.

—Pues ahora que lo dices, no estaría mal.

El señor Williams enarcó las cejas y se levantó de inmediato. Fue en busca de latas de cola y vasos con hielo. Aunque no tenía dónde apoyarlas por haberme quedado de pie, me ofreció la mía igualmente.

—¿Ahora es el turno de las preguntas?

Kai dejó el vaso sobre la mesita de café, entero, sin habérselo llevado a los labios.

—En realidad solo tengo una, las demás creo que no las necesito para seguir con mi vida —aclaró él, por si su padre pensaba que aquello iba a convertirse en una lluvia de reproches.

—Debe de ser muy complicada si solo es una.

—Todos los porqués son complicados.

Verlos juntos, escucharlos hablar hizo que me diese cuenta de lo mucho que se parecían. Había creído que era la viva imagen de Lauren, pero había tantas cosas del señor Williams en él que resultaba imposible no ver que Kai era una versión más joven de su padre.

—Adelante —le pidió.

Había entrecruzado los dedos de las manos y se había inclinado un poco hacia delante. ¿El padre de Kai también había aprendido como había hecho este a no mostrar todas y cada una de sus emociones? Era difícil leerlo, por más que lo intentaras.

—¿Por qué volviste?

—¿Quieres la respuesta fácil o la larga y tediosa?

—Las dos.

El señor Williams asintió con la mirada puesta en sus manos.

—La fácil es que volví porque soy un egoísta, como he sido siempre.

—No estoy aquí para decirte lo que creo que eres, pero tampoco voy a negarte que estoy bastante de acuerdo con eso.

Kai acabaría perdiendo la calma. Él lo sabía, yo lo sabía, su padre lo sabía. Estaba acostumbrado a ser el niño maduro, el adolescente maduro, el chico maduro. Quería afrontar aquel episodio de la mejor manera, sin embargo, en ese momento, necesitaba ser solo el niño, el adolescente, el chico. Inmaduro, dolido.

—No te culpo, y me parece bien que me digas lo que sea que necesites compartir.

Tampoco ayudaba que el señor Williams se mostrara tan comprensivo, porque no le daba la oportunidad de dejar que todo saltara por los aires.

—¿Cuál es la versión compleja?

—Es que los sentimientos son imprevisibles.

—¿Sentimientos de culpa? —inquirió Kai.

—Y de amor —aclaró su padre.

Mientras tanto, Lucky se había tumbado a mis pies y se estaba quedando dormido con la voz de su amo de fondo.

—¿De amor? —preguntó un incrédulo Kai. Vi que negaba con la cabeza y giraba la cabeza hacia la chimenea—. ¿Qué es el amor?

Dejé de respirar. Intuía que esa tregua que Kai había querido firmar tenía fecha de caducidad; los minutos apremiaban a que se despertaran criaturas de ojos asustados y expresiones sombrías.

—El amor es eso que te hace volver a un sitio o a una persona.

—Si dejaste a esa persona, igual no es amor. A lo mejor es curiosidad. Igual que esté yo aquí. No vengo a buscarte porque te quiera, sino porque quería una respuesta.

—Pero, como la respuesta no te gusta, piensas que ya no puede ser correcta. Lo que no nos gusta escuchar puede ser muy real para otra persona, Kai —le dijo el señor Williams. Me recordó tanto al hombre de mi adolescencia que me costó no asociarlo a la figura de profesor más que a la de padre de Kai—. Las personas nos equivocamos, tomamos decisiones horribles y, a veces, nos arrepentimos, porque nuestras circunstancias cambian, porque maduramos, por lo que sea. Por supuesto, arrepentirse no significa que los demás deban perdonarte.

Le estaba diciendo, en pocas palabras, que no esperaba recibir por su parte lo mismo que él estaba dispuesto a ofrecerle. Intuí que eso a Kai, lejos de agradarle, le molestaba bastante. No le apetecía saber nada de los sentimientos de aquel desconocido porque no estaba dispuesto a mostrarle los suyos, no porque quisiera protegerlo, como había hecho con Lauren la mayor parte de su vida, sino porque quería negarle la posibilidad de que lo conociera. Kai quería guardar las distancias y nadie podía culparlo por ello. Hay relaciones que están destinadas a terminar en una mañana de verano, y quizá esa era una de ellas.

—¿Te puedo hacer yo una pregunta?

Kai no se movió ni un milímetro al principio; al final, cedió, se le escapó un sonido casi imperceptible que era una clara invitación a que la formulara de una vez.

—¿Qué pensaste la primera vez que me viste?

Estaba convencida de que se levantaría y saldría por la puerta antes de que me diese tiempo a reaccionar. Había estado moviendo la pierna, nervioso, durante un buen rato.

—Pensé que eras peor persona de lo que había creído si habías tenido agallas de volver para decirme, sin ningún tipo de tacto, que eras mi padre —dijo con la voz rota—. Pero ¿sabes lo peor?

El señor Williams esperó paciente a que contestara a aquella pregunta él mismo.

—Que no importa lo que pensé, sino lo que sentí.

—¿Y qué sentiste?

—Que era un idiota, porque el hombre que me había abandonado hizo que me sintiera aliviado con su acto de egoísmo.

—¿Por qué sentiste alivio?

—Porque durante esos cinco minutos pude volver a ser un niño.

Miré hacia otro lado para disimular las dos lágrimas que se me escaparon. Kai había tenido más responsabilidades que otros compañeros de la escuela; había madurado rápido y había convertido la tristeza en pájaros que volaban lejos, para que no pudieran herirle si los encerraba en esa jaula en la que se convirtió su corazón.

—Tú hablas de amor, está bien, es válido; nadie puede mandar en lo que sientes, como has dicho. Me prometí no juzgarte cuando vine aquí. Tampoco quiero que me pidas perdón ni que me compadezcas. Digamos que somos dos extraños, sentados uno frente al otro, pero en realidad, si te paras a pensarlo, no tenemos nada que contarnos.

—¿O es que no queremos escucharlo?

—¿Para qué? Tú me explicarías los motivos por los que te fuiste, yo te diría que ha sido duro saber que no me querías, aunque no tuviera ni la más remota idea de quién eras —explicó Kai—. Esto no se puede curar. Tú no vas a ser mi padre ni yo voy a ser tu hijo.

Conocía al señor Williams solo en su faceta de profesor. Siempre me había dado buenos consejos. Era un hombre sosegado, que estaba más pendiente de los demás que de él. ¿Qué le diría a su hijo? ¿Dejaría que se marchara sin más? ¿Le gritaría que no tenía razón y que era demasiado joven para entenderlo? ¿Recurriría a aquella frase manida de «un día tendrás tus propios hijos y entenderás»?

—No se pueden compensar diecinueve años, sobre todo porque ninguno de esos momentos pueden volver. Ya has aprendido a caminar, a decir tus primeras palabras, a montar en bicicleta, a leer, a hacer amigos, a estar solo.

Kai se removió en el sillón.

—En tu corazón no soy tu padre; tú en el mío sí eres mi hijo. El bebé que sostuve en brazos. Ese Kai para el que elegí el nombre porque el día que nos enteramos de que tu madre estaba embarazada habíamos ido a la playa. Kai, como el mar, que viene y se va, y abraza la orilla, pero también las cosas profundas que no se dejan ver.

Kai cogió aire y se puso de pie. Miró a su padre a los ojos y quizá reconoció ese brillo ambarino en ellos, igual que lo había visto yo al observarlos.

—Incluso el mar se ahoga a veces.

Dio un paso al frente y le tendió la mano a su padre. Este, sorprendido, se puso en pie y se

la estrechó.

—Quizá algún día me pase por tu casa y me invites a otro refresco. Puede que haya más preguntas o puede que no. —Le soltó la mano. Miró de nuevo hacia la foto de la chimenea—. Me fastidia una vez más estar aquí contigo y que después de haber escuchado la respuesta que buscaba, una vez más, igual que hace más de diez años, solo sienta alivio. Ojalá también te mueva el amor para pedir perdón a la persona a la que más daño le has hecho. Deberías hacerlo todos los días, aunque no pueda perdonarte. Pídele perdón a mamá.

El padre de Kai, con la mirada clavada en el mismo sitio que su hijo, dijo:

—Supongo que hoy tampoco has podido ser un niño.

—Eso también se aprende, igual que a caminar o a montar en bici. No puedes desaprenderlo. Una vez que dejas de ser un niño, lo dejas de ser para siempre.

# CAPÍTULO 34

Letra redonda, pequeña, tinta azul.

Cinco postales, Daisy, margaritas al viento, rosas marchitas.

Cinco postales, las velas encendidas en la habitación a oscuras. Lluvia de verano. Kai fingía que dormía, con la cara girada hacia el armario de mi habitación. Mis padres se habían escapado dos días con el coche, rumbo a lo que llamaron primer amor, y supe que iban a comer patatas de bolsa en una estación de servicio como cuando tenían mi edad y papá se ponía cazadoras de cuero y mamá fingía que todavía no se había enamorado.

Daisy.

Tan pequeña, tan fuerte cuando abrazaba. Nuestras camas estaban a dos metros, pero parecía que en ellos cabía una galaxia.

La primera postal era de la Torre Eiffel. Había agolpado las palabras para que cupieran entre las cuatro esquinas, no podía salir corriendo antes de tiempo.

**Querida Ali, Alice Grace, Alice Grace Wilson:**

**La «w» de tu apellido siempre me recuerda a las montañas. Mi abuelo decía que las montañas pasean de noche. Nunca lo creí, pero a él le hacía feliz inventarse cosas como esa. Cuando le diagnosticaron alzhéimer, siguió recordando que las montañas paseaban de noche; de nuestros nombres no quedaron ni las huellas que habíamos dejado juntos. El abuelo murió el año pasado por estas fechas. En su funeral lloró todo el mundo. Yo no pude y mi madre se enfadó. Quizá es que ya se me habían acabado las lágrimas, ¿tú qué crees? Él era la única persona a la que me había atrevido a contarle un secreto que nadie más sabía. Que él lo guardase me hacía sentir cierta ligereza en el pecho, sin embargo, ahora que ya no está, vuelvo a notar el peso. Me he acordado de ti, que eres mi amiga, y también la propietaria del nombre que me recuerda a las montañas que pasean de noche. Y he pensado: Ali será la nueva guardiana y quizá este dolor se vuelva más liviano.**

**Con cariño,**
**Daisy Brown**

La segunda postal era algo más grande que la primera. Berlín, al atardecer. Pensé en todos esos paisajes perdidos en la oficina de correos de Bozeman. Ella, esperando una señal de que las montañas en su inmensidad también pueden ser libres.

**Querida Ali:**

**Si calientas palomitas de caramelo en el microondas de bolsa, cuando el caramelo se enfría, la bolsa se queda dura. Odio las palomitas, por eso nunca te acompaño al cine. El olor me da náuseas. Huelen igual que aquella noche de hace cinco años. Huelen a que te toquen y no quieras, a que te besen y no quieras, a que no puedas moverte pese a que quieras. ¿Cómo lo harán las montañas? Toda esa casa olía a palomitas, pero nadie tocó el cuenco. Quedaron intactas. Fue rápido. Se fueron, sin más. ¿Amigos? Aquellas personas. Acababa de cumplir quince hacía tres días. Él estaba ahí. Él. Alguien. El hermano de mi compañera de clase. Habló mucho durante varios minutos, no recuerdo de qué. El sofá era viejo, hizo ruido cuando me obligó a tumbarme. Las manos iban de un lado a otro de mi cuerpo. Mis amigos —¿amigos?— estaban en el jardín. Puerta cerrada, pero podían vernos. Miraban de vez en**

**cuando. Una película y las palomitas enfriándose. Saltaron dos botones, tiró de la blusa fuerte. Solo recuerdo dos palabras. Una fue «no». Muy alto. Varias veces. Me tapó la boca. Alguien se reía fuera. Se desabrochó el cinturón, los demás se fueron a la piscina. Pataleé. Le di un codazo. «Puta». La segunda palabra. Era de noche, ¿habrían salido las montañas a pasear? Lloré. Logré liberar un brazo. Un golpe al aire. El cuenco de palomitas se tambaleó. Cayó al suelo. Las palomitas se desperdigaron, el cuenco se hizo añicos. «No». Y alguien se asomó por la puerta. Unas risas. «¿Molesto?». Él se distrajo. Lo empujé. Salí corriendo con la falda desabrochada, la blusa y el tirante del sujetador rotos. Dos mordiscos en el cuello. Uno sangraba como un rasguño después de caerte. Pam. El golpe de la puerta. Era una montaña y podía moverme, rápido, aunque llegar a casa me pareció lento.**

**Con cariño,**
**Daisy Brown**

La tercera postal era de Praga. Una foto de la Casa Danzante. Me temblaron las manos al volver a ella, igual que lo habían hecho esa mañana al encontrarlas en el buzón y leerlas por primera vez sentada en el bordillo de la calle.

**Querida Ali:**

**Soy una casa torcida y, pese a ello, nada se cae, todo se queda en su sitio. ¿No es extraño? El abuelo decía que vivimos dentro de líneas rectas y que por eso mismo, cuando las cosas se tuercen, nos asustamos tanto. Desde aquella noche me asusto menos. ¿No debería ser al contrario? ¿No tendría que tener mucho miedo? Solo queda el dolor, el peso. ¿Será más ligero cuando tú hayas leído estas palabras o seguirá siendo insoportable? ¿Quién sabe? Cuando le conté al abuelo lo que había pasado, esperó tres días. Al cuarto fue en busca de aquel chico y le dio seis bofetadas y un bastonazo en la espalda. El abuelo tenía ochenta y cinco años, ciática, una prótesis de cadera y, por aquella época, también un brazo escayolado, e, incluso así, se movió. No pude decírselo, ¿sabes? Que después de tantos años por fin entendía que las montañas pudieran moverse. No hubo denuncia. Quería olvidar. El abuelo insistió. Me opuse y seguí con mi vida. Continué yendo al instituto, aunque corrían rumores de que mi abuelo estaba loco porque había pegado al hermano de mi compañera, y, por lo visto, creían que yo también lo estaba. ¿Por qué la gente se asusta de los locos, pero no de quien ha provocado la locura? Y esta es la historia de cómo me transformé en una casa torcida y acepté que las montañas pasean de noche.**

**Con cariño,**
**Daisy Brown**

La cuarta postal era breve, de Roma. El coliseo al atardecer.

**Querida Ali:**

**¿Te he asustado?**

**A veces tiendo a asustar a los demás, pero a ti no quiero.**

**Con cariño,**
**Daisy Brown**

La quinta postal era de Florencia.

Fue la que hizo que encontrara mi corazón perdido.

**Querida Ali:**

**Me gusta abrazar a la gente. Qué idiota por mi parte si cuando otros lo hacen me aprietan tan fuerte que no puedo apartarme. Sin embargo, seguí abrazando, solo que cada vez que lo hago el espacio es más grande. Tampoco tiene sentido, lo sé. Me alejo de la gente cada vez que estoy cerca de ella. ¿Será por eso que sigo acercándome? ¿Quiero alejarme en realidad?**

**Con cariño,**
**Daisy Brown**

Cogí el teléfono móvil. Kai permanecía con los ojos cerrados, era imposible que durmiera. Su corazón no estaba perdido como había estado el mío, en ese momento estaba roto y necesitaba recomponerse.

Salí de la habitación sin hacer ruido. Le daría un poco de privacidad y yo aprovecharía la mía para llamar a Daisy. Ni siquiera pensé en qué hora podía ser al otro lado del océano, aunque algo me decía que no importaba en absoluto, que mi amiga estaría preparada para contestarme y que yo, al fin, podía decirle lo que necesitaba escuchar desde hacía semanas: que había recibido y leído sus postales.

—Alice Grace Wilson, ¿no es tarde en Estados Unidos?

Lo era. Pasada la medianoche.

—Creo que sí que es tarde.

Me había sentado en el porche. Las estrellas no se veían ni de lejos como en Big Sky. Se intuían en pequeños puntos brillantes.

Volví a mirar la pantalla. Daisy sonreía. Me pregunté si dejaría tras descubrir el motivo de mi llamada.

—¿Va todo bien? —me preguntó al ver que no decía nada.

El final de las vacaciones parecía traer consigo pequeñas heridas que no podían curarse, ni siquiera se atrevían a cicatrizar.

Dejé que las postales se asomaran por la cámara.

—Ah, ¿ya han llegado?

Daisy no mostró ningún sentimiento de tristeza. Casi parecía que me hubiera hablado de amores de verano, las mejores *pizzas* del mundo o de las librerías y museos que había visitado.

—Han estado todo este tiempo en la oficina de correos.

—Quizá deberían haberse quedado ahí, después de todo —comentó ella.

—¿Te arrepientes de haberlas escrito o de que yo las haya leído?

—Me preocupa lo que puedas pensar al respecto, no me arrepiento de nada en realidad.

—Pues yo sí que hay una cosa de la que me arrepiento, Daisy, algo que no te he dicho, que no le he dicho a nadie.

Ella esperó paciente a que me animara a contárselo, y yo pensé que si lo decía muy rápido sería más fácil, por lo menos para mí. Pese a ello, no me atrevía.

—No me lo cuentas —dijo entonces—. No me voy a enfadar si me lo dices más tarde.

—¿De verdad?

—Pues claro.

Dejé de respirar, cerré los ojos y dije:

—Me he enamorado de Kai, pero no es mi novio de verdad, solo hicimos un trato para que su ex lo dejara en paz y Charlie no siguiera metiéndose conmigo.

Daisy pestañeó un par de veces y después comenzó a reírse tan alto que me temí que despertara a todo el vecindario.

—¿Vives en una *romcom*, Ali?

Me alivió que se lo tomara a risa y no le diese mayor importancia. No sabía cómo preguntarle por las postales, por eso había decidido dilatar un poco más el momento.

—Eso parece.

Entre carcajadas me hizo preguntas y yo se las contesté todas. Al cabo de quince minutos, la conclusión a la que Daisy llegó fue:

—Sois los dos un par de idiotas.

—No puedo negártelo —acepté.

—¿Y vas a hacer algo para que eso cambie?

Era complicado, aunque a Daisy esa respuesta no pareció convencerla en absoluto. No sé durante cuántos minutos hablamos de aquello, a mí me temblaban las manos cada vez que quería volver a las postales. Al final, Daisy, como si en realidad quisiera ver mi reacción, dijo:

—No necesito consejos ni palabras de ánimo, solo quería compartirlo contigo.

Se acomodó en el sillón en el que estaba sentada y le dio un sorbo a una taza, me pregunté si era de café. Lo malo de las pantallas es que te niegan los abrazos, los olores y, a veces, incluso los sonidos. En la distancia no se pueden escuchar los gritos de unas manos temblorosas.

—Daisy, eres la primera persona a la que le gusté tal y como soy.

—¿Vas a declararme tu amor?

—Más o menos.

Sonrió. Un mechón de pelo le cubrió la parte derecha de la cara. La luz le daba de frente y sobre su piel morena parecían aparecer decenas de motas de purpurina.

—Lo que quiero decir es que espero que me envíes postales toda la vida, aunque sean las más tristes del mundo y me sigan rompiendo el corazón.

Daisy apartó los ojos de la pantalla, miró hacia la derecha. Me pregunté si estaba llorando; con la calidad de la imagen y a esa distancia, no podía estar segura. ¿Por qué nos ocultamos de los demás cuando nos vencen las emociones?

—Por cierto, ¿qué es eso de que las montañas pasean de noche?

Pestañeó muchas veces seguidas. Me prestó atención de nuevo.

—Supongo que era la forma que tenía mi abuelo de decirme que incluso con el terrible peso de los malos recuerdos, podía seguir adelante, porque hasta las montañas pueden hacerlo.

Si hasta lo imposible podía suceder, de igual modo nosotros seríamos capaces de levantarnos, pero eso no implicaba que tuviéramos que hacerlo solos.

—Si alguna vez la noche es demasiado oscura y te apetece pasear con alguien, dímelo.

—Ali.

—¿Sí?

—Nada, no importa. Llámame si algo va mal.

Que me lo dijera ella a mí, que había guardado esos recuerdos a cal y canto en la metáfora de su abuelo, hizo que me diera cuenta de que las personas somos más capaces de cuidar de los demás que de nosotros mismos. Quizá estamos tan heridos que nos asusta darnos cuenta de que es mucho peor de lo que habíamos imaginado. Entonces te alejas del espejo y dejas de mirar a ese extraño en el que te has convertido de tanto ignorarte.

Y, sin más, siempre es de noche.

Las montañas están muy quietas.

No ocurre nada.

# CAPÍTULO 35

Los árboles también lloran.

Las personas ancianas siempre me hacían pensar en ellos. Las raíces se extendían como un árbol genealógico lleno de fotografías en blanco y negro; fotografías a color. Había algo en los árboles que me hacía pensar en mis abuelos y en las personas que, como ellos, contaban ochenta, noventa años de posguerra con el pasado y el futuro, cada vez más breve. Y en Nancy, pensaba en ella. Habíamos compartido muchos momentos juntas a lo largo de aquel verano. A veces, en silencio; otras, como esa mañana, cantando antiguas canciones mientras segábamos la hierba.

—Estás preocupada por él —me dijo.

No me había dado cuenta de que me había detenido con la hoz en la mano y miraba en dirección a Kai, que se encontraba a varios metros de nosotras.

—Cuando le pasa algo, se queda callado —siguió hablándome—. Volverá a ser el de antes.

El de antes…

Parecía que los de antes fueran las mejores versiones de nosotros mismos. Tal vez nos equivocábamos y, por una vez, estaba bien no ser esos de nuevo. ¿Era tan absurdo pensar que también podíamos crecer en el silencio? Nancy no se daba cuenta, pero Kai regaba las palabras que había plantado la mañana que conoció a su padre. A los brotes les salían tallos y a estos, flores.

Las flores de Kai se mecían suavemente. Quizá algún día reuniría tantas como para regalárselas a alguien.

—¿Sabes qué me preguntó de pequeño? —Nancy señaló con la barbilla en dirección a su nieto—. Si los árboles lloran. Kai estaba lleno de preguntas como esa de niño. Si las estrellas se sentían solas, cómo nos veían las hormigas, por qué no podíamos estar siempre despiertos.

—¿Y usted qué le contestaba?

—Solía hacerlo su madre, siempre ha tenido más imaginación que yo. Le dijo que las estrellas brillaban para que no nos asustara la oscuridad y que nunca se sentían solas, que para las hormigas éramos como los rascacielos de Nueva York y que no podíamos estar siempre despiertos porque es divertido perderse en los sueños.

—Lauren tiene respuesta para todo.

—Sí. —Nancy sonrió—. Hasta que me preguntó lo de los árboles, nunca había habido problemas. Tendría unos cinco años. Había estado todo el día sentado frente al cerezo del jardín. Lo miraba sin parar. Me acerqué a preguntarle por qué estaba tan concentrado. «Abuela, ¿los árboles lloran?». ¡Qué pregunta! Yo le dije que solo en algunos cuentos.

—Apuesto cualquier cosa a que no se quedó satisfecho con la respuesta.

Nancy se rio y siguió segando al mismo tiempo.

—Ya lo creo que no. ¿Cómo no iban a llorar los árboles si él había escuchado cómo lo hacían durante horas? «Los árboles también lloran, abuela, escucha», me dijo. Solo era el aire en las hojas, pero él insistía en que aquel cerezo estaba llorando —me explicó—. Estuvo varias semanas preguntándolo cada poco tiempo: «¿Lo has oído?». Corría a la cocina y abría las ventanas. Volvía a ser el viento.

Intenté imaginarme a Kai de pequeño, con sus enormes ojos ambarinos muy abiertos, mirando las ramas de los árboles y escuchándolos llorar y preguntándose por qué.

—Cuando está contigo, creo que no piensa en si los árboles lloran o no.

Me acuclillé junto a Nancy, que había apoyado la hoz en el suelo y se secaba el sudor de la frente con el delantal.

—Aunque prefiera a Maggie —le dije con una sonrisa y el corazón latiendo muy deprisa.

Levantó la mano como si fuese a darme una colleja; al final, se limitó a un par de palmaditas en la cabeza.

—Se me había olvidado, a todos nos puede pasar.

—¿Qué se le había olvidado?

—Que el amor no es lo que elijan los demás para nosotros.

Todo empezaba y terminaba en lo que Kai eligiese, aunque Nancy eso no lo sabía.

—Pero creo que no hay nada que elegir —contestó como si hubiese leído mis pensamientos —. Voy a buscar un par de botellas de agua.

Me quedé donde estaba, con los ojos clavados en un pequeño saltamontes que saltaba de una brizna de hierba a otra. La sombra de Kai, quien se había acercado, eclipsó el sol. Se arrodilló frente a mí.

—Pareces un bicho bola.

Si me tocaba, me encogería todavía más sobre mí misma. En dos semanas volvíamos a la universidad y tendría que arrancar la primera página de *El viejo y el mar*. Fingir que no había estado ahí.

—¿Y si tenemos la tercera cita este fin de semana? —le pregunté.

—¿Quieres hacer algo en especial?

Pensé en despedirme lo primero. El final de las vacaciones también era nuestro final en aquel juego que habíamos empezado porque nos asustaba mostrarnos como éramos. ¿Lo conseguiría Kai después de todo?

—Llévame a un lugar que te guste.

—¿A mí?

—Sí, y, por favor, espero que no sea a aquel barranco en el que estuvimos con las cabras hace dos días.

Colocó las manos sobre mis hombros y me empujó. Caí de culo en la tierra.

—¿Estás enfadada por algo?

Aquella misma mañana, Maggie había ido hasta la granja con un *tupper* lleno de galletas recién hechas para Nancy, le había preparado un té y había encontrado la manera de quedarse a solas con Kai. No saber qué pasaba entre los dos me confundía.

—Tengo curiosidad —le contesté.

—¿Sobre qué?

—Sobre tú y Maggie.

—¿A qué te refieres?

—¿Vas a volver con ella?

No pensé antes de hablar; de haberlo hecho, nunca habría salido aquella pregunta de mi boca. Seguiría siendo solo mía.

Kai se puso a la defensiva.

—¿No he contestado a esa pregunta miles de veces? No, no voy a volver con Maggie.

—No pareces muy seguro.

Frunció el ceño más que nunca. Era la expresión más molesta que le había visto en todo el tiempo que llevábamos siendo novios de mentira, novios a medio camino de la verdad.

—¿Por qué tendría que mentir?

Me encogí de hombros.

—Pasas mucho tiempo con ella —acabé diciendo.

Quizá hice aquel comentario movida por lo que me había dicho su abuela hacía un momento, por mis propias inseguridades o porque no me apetecía ser, una vez más, el personaje secundario de esa historia.

—No puedes estar celosa, Alice.

Me puse en pie. Me sacudí los pantalones. El enfado iba haciéndose más grande dentro de mí. Un fuego que se comía a llamaradas a la parte más sensata.

—¿Qué pasa, que como soy la novia postiza no puedo?

La cara de Kai esta vez fue de extrañeza.

—¿Qué? No, ¿qué…?

Lo interrumpí.

—No sé por qué me pediste aquello en el aeropuerto si al final no ha servido para nada. Sabías que no podrías superarla. —Hablaba por mí la noche en vela que había pasado después de ver las diez historias de Instagram que había subido Maggie con viejas fotografías de los dos—. Dices que no vais a volver, pero ella parece bastante convencida de lo contrario. Tiene esperanzas porque tú se las das.

—¿Eso crees? ¿De verdad?

Kai se estaba cabreando al mismo tiempo que yo.

—¿Estás jugando a recuperar a tu ex mientras te acuestas conmigo? Aunque, espera, ¿tengo derecho a preguntártelo o tampoco?

—Dime que esto no es porque haya venido hace un par de horas —pidió en un intento de encontrar un motivo a por qué estaba tan cabreada de pronto.

Era por mucho más que eso: por el tiempo que pasaban juntos sin cerrar lo que fuera que hubiese entre los dos, por las provocaciones públicas de Maggie, porque estábamos juntos de un modo u otro y tenía sentimientos por él.

Estaba a punto de decirle la mitad de todo esto, sin embargo, no pude decir ni un tercio.

—Ah, chicos, ¡aquí estáis! —Esa voz a la que no me acostumbraba porque siempre me daba la sensación de que era la pieza que sobraba—. He anulado un plan que tenía y he vuelto para ayudaros.

Maggie.

Ella, otra vez.

No importaba lo mucho que me esforzara; conseguiría alejarme a empujones de Kai.

—Ali, ¿te han gustado las galletas? —Colocó la mano sobre mi hombro.

Él no dejaba de mirarme sin decir nada. Permitiría que ella estuviera presente de una manera u otra, antes, durante y después de ese maldito verano en el que me había enamorado de Kai Williams. La «w» de su apellido también me recordaba a las montañas y me daba miedo que fuera incapaz de dar un paso al frente.

—No las he probado —dije.

—Kai, ¿te las has vuelto a comer todas?

¿En serio no diría nada?

—Siempre le han gustado mucho. —Ya no sabía si estaba hablando de las condenadas galletas o de ella—. Todos los veranos se come por lo menos tres kilos.

—¿Y no se ha cansado ya? —pregunté mirándolo a él y no a Maggie, que debió de darse

cuenta de que no estaba de humor para sus intentos de pisotearme.

Kai estaba, al igual que yo, que echaba humo por las orejas. En ese momento, los dos estábamos enfadados entre nosotros, Maggie solo contribuía a que eso siguiera siendo así.

—De lo bueno no se cansa nadie.

—Solo espero que no le dé una indigestión —comenté. Continué hablando de él como si no estuviera a menos de medio metro de mí.

Maggie, que no perdía detalle porque además le convenía no hacerlo, decidió meter el dedo en la llaga, y, a pesar de poner una fingida cara de pena, había algo en la expresión de su boca que gritaba victoria.

—¿Acaso molesto? No estaríais discutiendo, ¿verdad?

Por primera vez desde que había aparecido, me volví hacia ella.

—Pues, ya que lo preguntas, sí, molestas.

—Ah, perdón, no sabía que… —dijo, apenada.

—No molestas ahora, molestas siempre, ya que estamos. Pero tranquila, porque por lo visto, solo es a mí a la que le afecta; él está encantado contigo y con tus galletas.

Recogí la hoz del suelo al ver que a Maggie ni pestañeaba y Kai no cambiaba su ceño fruncido por ninguna palabra que negara lo que estaba diciendo. Así que no me equivocaba. Kai había elegido.

En el segundo en el que estaba a punto de irme, apareció Nancy.

—¿Alice?

—Me voy, Nancy.

Le tendí la hoz a Maggie, que la cogió confundida.

—Creo que aquí ya no pinto nada.

—Pero espera un segundo, ¿qué ha pasado?

Me cogió de la muñeca. Si me quedaba diez segundos más, verían que, más allá de estar enfadada, estaba triste. Mucho.

—Que tenía razón —le dije—, no hay nada que elegir.

Me di la vuelta y comencé a andar lo más deprisa que pude colina abajo. Me perdí entre los árboles; la brisa movía las hojas como una caricia de consuelo.

Kai tenía razón: los árboles también lloraban.

Ojalá hubiese tenido la misma facilidad para escuchar las lágrimas de las personas.

# CAPÍTULO 36

A veces, una caja de cartón es un agujero negro. Si metes la mano, puedes encontrar todo lo que creíste haber perdido o puede que te engulla por completo.

Acababa de aparcar el coche frente a casa. Apoyé la mejilla contra el volante. La música seguía sonando en Spotify, *Love Of My Life*, de Harry Styles. Cerré los ojos y dejé que el sol me calentara la mitad de la cara. Dos lágrimas valientes se asomaron de nuevo y me humedecieron la piel hasta llegar a las comisuras de los labios. Saladas. Perdida en la melodía del piano, con el aire acondicionado haciendo que me bailaran los rizos que caían sobre la frente. Encendí la pantalla del móvil, una, dos, tres veces. Ningún mensaje, ninguna llamada. Lo lancé de nuevo al asiento del copiloto.

Unos nudillos en la ventanilla me hicieron retroceder en las ganas de seguir reprochándome lo que había dicho y hecho hacía un par de horas. Big Sky quedó muy lejos cuando tuve que disimular que hasta el cielo se queda pequeño al querer escapar de él, se vuelve una habitación minúscula cerrada por completo.

—¿Charlie?

Bajé la ventanilla.

—¿Qué haces aquí dentro?

—¿Y tú frente a mi casa?

La mejor manera de esquivar una pregunta era usando una más importante.

—Venía a verte.

Me quité el cinturón de seguridad y apagué el motor. La canción se interrumpió, igual que el aire acondicionado. Me bajé del coche, lo cerré y le hice una señal para que cruzáramos la calle.

—¿Y eso que querías verme?

—Me apetecía pelearme con alguien.

Levanté la cabeza del suelo por primera vez. Sonreía, aunque parecía decir que me acababa de pillar en falta y que se había dado cuenta desde el primer momento que no era el mejor día para bromas.

—¿Qué llevas ahí? —inquirí, señalando la caja.

—Cosas. —Eso lo aclaraba todo—. ¿Me invitas a un helado?

Solo quería jugar a hacerme la muerta en la piscina, igual que cuando era pequeña y hacía tanto calor que no me quedaban ganas de hacer otra cosa que esperar a que se me arrugaran los dedos de las manos y las plantas de los pies bajo el agua.

—A mí también me vendría bien un helado —admití—. Vamos.

Fuimos hacia la puerta de mi casa. Al entrar, me di cuenta de que mis padres no estaban. Habían dejado una nota en la nevera. Saqué los helados y los llevé al comedor. Charlie se había puesto cómodo. La caja, de un tamaño medio, estaba sobre la mesita. Le di el cucurucho de chocolate y encendí el ventilador.

—¿Con quién estás enfadada?

No estaba segura de querer hablar con nadie, pero si no lo hacía, acabaría enquistándose como me ocurría siempre.

—Conmigo misma, porque al final siempre lo estropeo todo.

—¿Y qué te hace pensar que lo has estropeado todo?

—Este verano… —Tomé aire por la boca y lo solté en un suspiro profundo. Los hombros se me hundieron—. Este verano me está cambiando.

—¿Y eso por qué tiene que ser malo? A mí me gusta más esta versión de ti, Ali. Y a ti debería gustarte también, porque es la primera vez en mucho tiempo que te veo rodeada de gente.

Me fijé en que parecía algo cansado; las ojeras estaban más oscuras. Debía de haber tenido turno de noche en el Red Heart. O quizá se había pegado una buena fiesta.

—¿Qué quieres decir?

—Antes siempre estabas sola, pero este verano…

Le di vueltas a lo que me estaba diciendo. Tenía razón. Si echaba la vista atrás, de un modo u otro, no había habido ni un solo día en el que no recibiera una llamada de Daisy, estuviera con mis padres, con él o con Julia. Con Lauren y Nancy.

Con Kai.

—¿Esa caja es para mí?

—Todavía lo estoy pensando. En realidad, había cruzado los dedos para que no estuvieras en casa.

—No tiene mucho sentido que vinieras a verme y que esperaras no encontrarme.

Charlie se comportaba de una manera extraña desde hacía días, pero ese en concreto me pareció que no se callaría los motivos que le habían llevado a estar en el salón de mi casa.

Me invitó a que cogiera la caja. Lo hice después de tirar el helado que me quedaba y que se estaba derritiendo en mi mano. La coloqué sobre el regazo y, antes de levantar la tapa, volví a mirar a Charlie con curiosidad. Él asintió.

La destapé.

Lo primero que vi fue el dibujo de dos mariposas azules sobre una tela blanca. Tardé unos segundos en saber qué era. O, mejor dicho, en recordarlo. Aquella camiseta que le había prestado hacía cinco años. La saqué con cuidado. Me daba miedo mantenerle la mirada a Charlie por si dejaba entrever viejas emociones. La sostuve entre las manos y, al cabo de unos segundos, la coloqué sobre el reposabrazos.

Debajo estaba el libro.

La dedicatoria de amor.

Las palabras para las que él no estaba preparado.

No quise releerla; en el fondo, estaba convencida de que la recordaba de memoria. Había tardado mucho en conseguir expresar lo que sentía por él. Muchas hojas habían acabado en la papelera de la habitación. Y después, en el contenedor de reciclaje.

Los sentimientos no desaparecen: se reciclan, se usan para otras personas, y en algunas ocasiones ese es el mayor problema, porque es más sencillo estropearlos si no los cuidas.

Puse el ejemplar de *Orgullo y prejuicio* sobre la camiseta. Doce dólares con noventa y nueve centavos de mi hucha. Los recuerdos de Alice, la chica que se escondía en la azotea y a la que el señor Williams le llevaba un *brick* de leche porque se olvidaba de almorzar. Aquellos días siempre estaba triste. Fue cuando empecé a pensar que, si decía en voz alta cómo me sentía, apartaría de mi lado a todas las personas a las que quería.

Aquel verano lo había hecho.

Debajo del libro había un sobre.

—¿Y esto?

Era bastante grueso y estaba perfectamente cerrado.

—Quería devolverte la camiseta y el libro —explicó—. Eso —dijo, señalando al sobre— es para ti también. Ábrelo si quieres. Puedes leerlo.

—¿Ahora?

—Sí, prefiero estar delante, por si acaso. Por si tienes preguntas.

Me cogió la caja y dejó que lo abriera.

—¿Por qué me devuelves estas cosas?

Daba la impresión de que éramos una pareja que acababa de romper y se devolvía los regalos. Él no me contestó, me dio tiempo para que sacara lo que había dentro.

Dos folios doblados, escritos a mano.

Cien dólares en billetes de veinte.

Una pulsera de cuerda con un colgante ovalado de plata donde había grabado *smile*. También la recordaba. Charlie la había llevado puesta durante todo el instituto. Una vez le pregunté por ella. Me contó que la había comprado en un viaje con sus padres y que le recordaba todas las razones por las que debería sonreír.

—¿Y este dinero?

—Para que sigas comprando libros y escribas dedicatorias de amor.

—¿Te estás burlando de mí?

—Hoy menos que nunca —susurró.

Aunque dejé el dinero dentro del sobre, no solté la pulsera cuando desdoblé los folios.

—No te agobies, ¿vale?

—Cualquier persona a la que le pidas eso se agobiará —le dije.

¿Qué era aquello? Una carta, pero ¿acaso era una carta de amor?

Charlie se quitó las zapatillas y subió los pies al sofá. Yo lo imité. Me sentía tensa; necesitaba dejar de estarlo para poder leer lo que fuese que me hubiera escrito, más aún después de todo lo que había pasado aquella mañana.

Lo miré por última vez antes de sumergirme en la lectura.

Él volvió a asentir, y me dio la impresión de que ni siquiera estaba ahí.

**Querida Ali:**

**Espero que estés bien y que leas esta primera línea siempre que lo necesites.**

**Sobre libros no sé nada, pero sobre el amor he aprendido un par de cosas: la primera es que a amar se aprende, enamorarse es la parte fácil; la segunda es que despedirse del primer amor es imposible.**

**Pienso mucho en nosotros a los quince, pero ¿sabes qué recuerdo de antes? Pocas cosas, y tú estás en algunas de ellas. ¿Crees que se debe a que fuiste la primera persona de la que me enamoré o a que siempre fuiste buena conmigo? Como aquella vez que en el colegio me diste la mitad de tu sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada porque se me había olvidado el almuerzo. O esa otra en la que pasé la varicela y a todos nuestros compañeros de clase les daba miedo acercarse a mí y fuiste la única que se sentó a mi lado. Todavía no nos gustábamos, pero al mismo tiempo sí. Ya sabes que no soy la persona más sensible del mundo, me cuesta encontrar la forma correcta. ¿La hay en realidad?**

**Ali, me equivoqué contigo. Ya te he pedido perdón, pero, por si alguna vez se te olvida, quiero que lo tengas también por escrito: lo siento y gracias.**

**Lo siento por hacerte daño.**

**Lo siento por mentirte.**

**Lo siento por no ser el chico que pensabas que era y no ofrecerte la mitad de mi almuerzo los días que te escondías de mí porque era un gilipollas.**

**Gracias por todo lo demás y por estos días de verano en los que hemos podido hablarnos como deberíamos haber hecho entonces. Has vuelto a portarte bien conmigo y yo, Ali, en las siguientes líneas, como el gran idiota que siempre he sido, voy a volver a romperte el corazón. Aunque no**

**mentiré, una parte de mí desea que lo que estoy a punto de contarte no te haga daño, que solo te roce, pero no te hiera.**

**No sé cómo empezar a contarte esto. Tú, que has leído tantas historias, me dirías que por el principio. Yo, que soy más torpe, empezaría por el final. Sin embargo, ambos sabemos que, de los dos, tú siempre fuiste la inteligente, así que te haré caso esta vez.**

**Todo comenzó con las risas escondidas en una canción de JVKE y Fuji Kaze, Golden Hour, y siguió con un arcoíris atrapado entre las costillas, en los pulmones, el hígado y muy cerca del corazón. Una canción y un arcoíris. Y después me acordé de ti, porque en una lista enorme de personas que han pasado por mi vida, eres la única a la que sentí que le debía algo. Te debía un instante en el tiempo para que no te asustara nada de lo que ya había pasado. Quería construirte una puerta, pero para ello primero tenía que conseguir acercarme a ti y fabricar también una de esas puertas para mí. Y, sobre todo, no iba a usar el comodín que tenía escondido en la manga para que me escucharas.**

**Quizá esta tregua no dure para siempre y se extinga con el verano.**

**Pero ha llegado el momento de enseñarte todas las cartas, así que, a partir de aquí, decide si quieres seguir leyendo o prefieres quedarte con este pequeño prólogo.**

Levanté la vista del papel.

Charlie me observaba tranquilo.

—Supongo que ahora tienes que elegir. ¿Pasar la página o no?

¿Qué habría en el otro folio? ¿A qué se refería con que iba a volver a romperme el corazón? ¿Cómo podría hacerlo?

Dejé la primera hoja entre los dos.

Seguí leyendo.

**Querida Ali, no puedo despedirme de ti. Ya te lo he dicho antes: el primer amor nunca se deja atrás. Te acompaña silencioso, a veces se queda dormido años y después despierta por algún estímulo. No puedo decir que tú hayas estado dormida, siempre has permanecido muy despierta, pero el día de la canción y el arcoíris pensé en ti.**

**El día de la canción y el arcoíris fue el día que supe que me iría de Bozeman.**

**También supe que me iba a morir.**

**Cuando me enseñaron el TAC, se me había olvidado quitarme uno de los auriculares inalámbricos, y la canción empezó con una melodía de piano y unas risas de fondo. Vi aquellos colores que marcaban, igual que en un mapa, los lugares a los que nunca podría ir. Junto con el diagnóstico de metástasis en pulmones, hígado y estómago, me entregaron un cronómetro sin fecha clara. Los segundos pasaban tan rápido, los días, las semanas, los meses. Con fecha de caducidad desconocida.**

**Quizá tendría que haber empezado por el final. En realidad, al principio solo pensaba escribirte: «Querida Ali, lo siento, gracias, todavía eres mi primer amor y me muero».**

**Ahora que lo releo, una vez más me doy cuenta de que no importa; no hay una fórmula exacta para decirle a alguien que vas a morir. Que esta misma persona que está aquí, garabateando estas palabras con mi misma mala caligrafía de siempre, dejará de existir en breve.**

**¿Qué se hace antes de morir?**

**No sé el resto de gente, yo he preferido no hacer nada extraordinario. He querido reconciliarme con Charlie Miller, al que también le rompí el corazón hace años cuando le negué un tiempo al lado de la chica de la primera fila. Al que dejé atrapado en esa silla que siempre estaba demasiado lejos de la mesa, como se empeñaban en recordarle los profesores. «Siéntese bien, Miller». No podía hacerlo, porque Sebastian era alto y te tapaba.**

**Julia se quedó embarazada y pensó en ti.**

**Yo me moría y también pensaba en ti.**

**¿Por qué crees que es?**

**¿Qué se hace antes de morir, Ali?**

**Yo me he dedicado a construir puertas.**

**Te devuelvo el libro y la camiseta porque son los objetos más importantes que he tenido y ya no puedo guardarlos. Y te regalo la pulsera que siempre he llevado para que tengas algo mío, si es que**

**quieres guardarla.**

**Ali, esta debería haber sido una carta de amor. Todavía puede serlo.**

**Esto es lo que quisiera haberte dicho a los quince años, y quiero que sea lo último que leas antes de que nos miremos de nuevo, porque odiaría que lo más importante que te quiero decir quede relegado a un segundo plano por esa historia de música y arcoíris.**

**Allá va:**

**Querida Ali, ojalá deje de mirarte desde la última fila y me anime a sentarme a tu lado, porque, Ali, yo también. Dos palabras. Hacen falta unas pocas más. Yo también me he enamorado de ti. Dos veces. Me he enamorado de ti dos veces en mi vida, y esta es la segunda vez.**

**Con todo mi amor,**
**Charlie Miller**

También fue la segunda vez en la que Charlie se llevó parte de mi corazón. Al interior de la caja. Al fondo de ese agujero negro hecho de adioses, de risas de niños y de un arcoíris que le bailaba en todo el cuerpo.

# CAPÍTULO 37

Después de todo el ruido, el silencio se vuelve insoportable, sobre todo si no sabes cómo salir de él.

Releí la carta de Charlie muchas veces y lloré cada una de ellas, empezando por la tarde que estábamos juntos en el sofá de casa. ¿Preguntas? Ninguna. Tampoco supe qué decirle. Fue él quien intentó consolarme, aunque de poco sirvió.

Charlie se moría.

Estuve llorando entre sus brazos hasta que llegaron mis padres. El susto fue mayúsculo, por supuesto. Yo me sentí incapaz de pronunciar ni una palabra. Solo recuerdo que me escocían los ojos y me faltaba el aire.

Estuve en la cama tres días, sin contestar llamadas, sin leer mensajes, sin abrir la puerta a nadie porque era angustioso asimilar como si nada que un chico de veinte años —y no uno cualquiera, sino mi primer amor— estaba enfermo y no habría otro verano en el que pudiéramos reconciliarnos. Qué absurdo saber que vamos a morir, todos nosotros, y no estar preparados para hacerlo.

Al cuarto día, la puerta de la habitación se abrió y se coló la luz del pasillo para alumbrar un poco la oscuridad de las lámparas apagadas y las cortinas corridas.

—Mamá, déjame.

Escondí la cara debajo de la sábana. Sentí que el colchón se hundía un poco.

—No puedes quedarte aquí para siempre.

No era la voz de mi madre, sino la de alguien que tenía la sensación de que llevaba mucho tiempo sin escuchar.

Aparté la sábana y lo miré.

—Arriba.

Kai me cogió de las manos y tiró de mí. No me resistí porque no tenía fuerzas para hacerlo. Me había negado a comer porque tenía el estómago cerrado.

—Ve a darte una ducha.

Se puso en pie, apartó las cortinas, abrió la ventana. La luz de la calle me cegó. Me llevé las manos a los ojos. Dolían, aunque no tanto como las palabras de Charlie palpitando en mi cabeza como el estribillo de una canción maldita que no deja de sonar.

—He preparado el desayuno, date prisa.

Kai estaba tan serio que no hubiese servido de nada pelearme con él. Nuestros problemas tendrían que solucionarse más tarde. También hacían fuerza en mi corazón. Empujaban queriendo escapar.

Me levanté igual que haría un autómata. Recorrí el camino al baño porque mi cuerpo lo conocía de memoria. Mi cabeza seguía recordando, en un orden casi obsesivo, la carta de Charlie.

«¿Qué se hace antes de morir, Ali?».

Vivir.

Era lo que él estaba haciendo. No había querido escapar de la realidad para intentar ganarle una batalla al tiempo que ya estaba perdida. Por más que tuviera una interminable lista de deseos que cumplir, Charlie había preferido seguir viviendo. Levantarse, desayunar, estar con sus

amigos, trabajar.

Vivir.

Bajé a la cocina con el pelo húmedo y un pijama limpio. Mis padres no estaban por ninguna parte, solo Kai, que servía unos huevos revueltos en el único plato que había en la mesa.

Me senté. Él frente a mí, con una taza de café que no tocó en ningún momento. Sentía que me miraba, pero yo no podía hacer lo mismo, solo sostenía el tenedor frente a la comida.

—¿Qué haces aquí?

—Come.

No iba a ponérmelo fácil, quizá porque todavía seguía enfadado conmigo después de nuestro último encuentro en Big Sky. Nunca había sido tan tajante en nada. Parecía otra persona, una con la que tenía todas las de perder si discutía.

Comí.

—Supongo que ya te lo han contado mis padres.

—Ya lo sabía.

—¿Qué?

Kai no apartaba los ojos de los míos, me obligaba a sostenerle la mirada pese a que yo no estaba capacitada para hacerlo en esos momentos.

—Charlie me lo contó hace algunas semanas.

—¿Qué? —repetí.

Recordé que tanto él como Julia me habían insistido varias veces en si había hablado con Charlie, ¿a eso se referían? ¿Querían asegurarse de que no me marchaba de Bozeman al acabar agosto sin haber arreglado lo que se había estropeado entre los dos?

—¿Por qué te lo contó a ti antes?

—Tuvimos una conversación, y creo que después de hablar tomó la decisión de decírmelo —me explicó—. No era yo quien debía contártelo.

Asentí. Lo entendía. Me había sorprendido, no molestado.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

Kai tardó en contestar, supuse que porque él tampoco tenía una respuesta.

—Ahora come y ya. No pienses más.

Me llevé otro bocado a la boca. Mastiqué despacio; era como si funcionara a cámara lenta. Atrapada en una secuencia que avanzaba sin prisa.

—Sobre lo del otro día… —comenté.

—Ya hablaremos de eso —dijo.

«¿Cuándo?», quise preguntarle. Kai se había cerrado en banda, no contestaría ni aunque le hiciera doscientas preguntas seguidas; me diría que comiese, que ya habría tiempo para solucionarlo. ¿Quién de los dos lo había estropeado? Quizá ambos, en el Red Heart, con los primeros besos. Puede que antes, al aceptar ser dos idiotas que fingían estar juntos y yo ser la más idiota de los dos porque había acabado enamorada de él.

—Después de desayunar, vístete. Saldremos a dar un paseo.

—No quiero pasear, Kai.

—No te he preguntado si quieres.

Se levantó y recogió el plato vacío, dejó solo la taza de café.

—¿Vas a ser así todo el día?

Me levanté de la mesa.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras castigándome por algo que he hecho mal.

Dejó el plato y los cubiertos en el fregadero y se acercó a mí. Me rodeó con ambos brazos tan fuerte que las piernas me flaquearon. Tardé apenas dos segundos en volver a llorar. Pensaba que después de tres días haciéndolo ya no me quedaban lágrimas, que también se extinguían.

—Solo estoy preocupado por ti, no te estoy castigando —susurró.

Estábamos enfadados el uno con el otro, pero a Kai no parecían importarle los malos entendidos que hubiese habido entre ambos, porque en ese instante estaba ahí, a mi lado. Lejos de hacer las cosas más fáciles, se complicaban, porque cada gesto, cada muestra de cariño, cada palabra hacía que me diese cuenta de que no me había equivocado en absoluto.

Estaba enamorada de Kai Williams, pese a que estuviera prohibido.

—Han sido tres días muy largos —dijo mientras me acariciaba la espalda y yo continuaba llorando en silencio. Lo que pudiera haberle dicho se me habría atragantado.

No sé durante cuánto tiempo me sostuvo entre sus brazos.

—Ve arriba, ponte algo cómodo y salgamos.

Obedecí sin hacer ninguna pregunta.

Quince minutos después, caminábamos por la calle.

—¿Qué debería decirle? A Charlie, me refiero.

—No creo que espere que le digas nada en particular. Sabe que te duele, que estás triste, que fue y será una persona importante para ti —dijo muy tranquilo.

—¿Has hablado con él?

—Nos hemos visto estos días.

Me costaba imaginármelos a los dos, sentados uno frente al otro en una cafetería. Me parecían dos personas tan distintas que mi mente no concebía la idea de que tuvieran algo de lo que hablar. Quizá eran solo prejuicios o que formaban parte de diferentes capítulos de una misma historia, y, de repente, habían colisionado en la misma escena, solo que yo no participaba de ella.

—¿Cómo está?

—Un poco arrepentido de habértelo contado.

Me detuve en el semáforo.

—¿Es que no quería hacerlo?

—No estaba muy convencido, pero creo que lo empujamos a ello. Se dio cuenta de que sería muy difícil para ti enterarte dentro de unos meses, que era mejor saberlo por él. Ahora.

Kai tenía razón. La sola idea de haber recibido un mensaje diciéndome que Charlie había fallecido me hubiese dejado atrapada en la sensación de que debería haberlo sabido antes.

—¿Qué harías tú si estuvieras en mi lugar?

—Le daría un abrazo.

—¿Será suficiente?

—Si no lo es, dale otro. Los que necesite, los que necesites tú también.

Lo haría, porque no tenía forma de hacerle entender lo triste que estaba.

—Me escribió una carta.

—Ya lo sé.

—¿Acaso hay algo que no sepas? —pregunté.

A los labios de Kai, de los que me quedé prendada más tiempo del conveniente, asomó una sonrisa pequeña. Me hubiese gustado poder imitarla para que, al menos, mi cerebro no olvidara cómo se hacía. Miré de reojo la pulsera en mi muñeca.

«Sonríe».

—Me hizo leer cuatro versiones distintas —dijo de pronto.

—¿Qué? ¿Es que ahora sois amigos?

Se encogió de hombros. Ambos, con sus errores y sus imperfecciones, eran buenas personas; tal vez, no debía de ser tan descabellado que hubiesen encontrado un punto de unión.

—Así que has leído la carta.

—Dijo que se había vuelto a enamorar de ti.

De todo lo que había escrito Charlie, aquella había sido la parte a la que Kai le había prestado más atención. Yo no había podido hacerlo, me había nublado el corazón todo lo demás.

—¿Tú sientes algo por él?

«Díselo, Ali».

—No estoy enamorada de él. No es eso lo que siento.

«Lo estoy de ti». La segunda parte. Siempre los puntos suspensivos.

—Vale.

«¿Vale? ¿Y eso qué significa? ¿Lo estás tú de Maggie, Kai? ¿Por qué has tenido tiempo de leer todas las cartas que Charlie me ha escrito, pero no para hablar con ella?».

—Cuando estés lista, dímelo.

Arqueé las cejas.

—¿Lista para qué?

Esta vez fue él quien tuvo que mirar hacia otro lado.

—Para la tercera y última cita.

Tercera y última cita. Lo recibí como un golpe en el estómago. Me sentí en medio de un terremoto, sin saber hacia dónde correr o a qué agarrarme. Quedaba poco más de una semana para regresar a California y retomar las clases. Él estaría a varias sillas de distancia de mí. Volveríamos a ser esos dos compañeros de clase que no se hablaban.

—Está bien.

Cuanto antes pasara ese mal trago de sentirme rechazada, mejor. Necesitaría unos días para recomponerme antes de volver a la residencia, y ahora que me sentía tan cerca de mis padres, de Julia, de Daisy y de… Charlie, quizá ayudaría a no sentir que el mundo volvía a quedárseme grande.

«Alice Grace Wilson, nunca vas a aprender».

—Salgamos este sábado.

—Bien, como tú quieras.

—Sigo sin entender por qué me pediste tres citas —dije. Si todo iba a acabarse de una forma u otra, por lo menos quería entender qué pasaba por la mente de Kai—. ¿Querías que nuestra relación falsa fuese más real?

—Ninguno de los dos somos tan buenos actores como para fingir que nos atraemos, para besarnos y acostarnos, Alice. Ni para otras muchas cosas.

—¿Entonces?

—Las tres citas nunca han tenido nada que ver con lo que te pedí en el aeropuerto. Las tres citas no eran para los demás, eran para nosotros.

Para él y para mí. Si entonces hubiese sabido que acabaría enamorada de Kai, jamás las hubiese aceptado. Sobre todo porque él no podía sentir lo mismo por mí. Porque no podía, ¿no?

—Después del sábado, todo será más fácil —añadió. Volvió a sonreír.

Después del sábado.

—Ah —dijo entonces. Miraba al frente—. Creo que alguien te está esperando.

Seguí la dirección de sus ojos. Charlie nos saludaba sonriente desde el otro lado de la calle. Kai colocó la mano en mi espalda.

—Ve.

Me dio un empujón. Cuatro pasos hacia delante. Me volví hacia él.

—No tengas miedo.

Pero sí que lo tenía.

¿Tú no tienes miedo, Kai?

¿Y tú, Charlie?

¿No tenéis miedo de que nos despidamos así?

Adiós.

No tengas miedo.

# CAPÍTULO 38

Debía hablar, pero ya nos lo habíamos dicho todo.

—No pienses en que me voy a morir, es agotador.

Charlie me tendía uno de los granizados de limón que acababa de comprar. Bebí de él; fue cuando me di cuenta de que se me había secado la boca.

—¿Tú no lo piensas?

—Solo algunos días.

No entendía cómo podía ser capaz de hacer ver que no pasaba nada. O quizá lo había aceptado. Así era mucho más sencillo continuar con su vida mientras durase. De lo contrario, estaría dormitando en la cama como había estado haciendo yo. Estaba convencida de que Charlie no quería unos recuerdos tan tristes para las personas que le importaban.

Me cogió de la muñeca, miró la pulsera y sonrió.

—Gracias por ponértela.

Pesaba tanto como unos grilletes, pero también era un recordatorio de que Charlie había estado ahí. No quería volver a fingir que nunca había existido, porque había sido la persona que había hecho que mi corazón bailara decenas de canciones que llevaban su nombre.

—¿Te asusta?

Decir la palabra en voz alta me destrozaría. Él no tenía problema en conjugar ese verbo de todas las maneras posibles. En el fondo, creo que Charlie sí que estaba asustado, sin embargo, prefería estarlo detrás de la sonrisa que no se le borraba para que el resto pudiéramos sentirnos miserables. Para que pensáramos que él estaba bien.

—Puede que un poco.

No se permitía estarlo del todo. No lo dejábamos.

—¿Estás asustada?

—Mucho.

Me rodeó los hombros con el brazo y se rio. Fue capaz de reírse. Cuánto debió dolerle en realidad solo él lo sabía, porque Charlie solo dejó que unos pocos nos asomáramos a su corazón.

—¿Sabes cómo se te puede pasar el susto?

—Sorpréndeme.

—Con un rollo de canela y glaseado. Eh, no me mires así, a mí me ha funcionado.

Consiguió hacerme sonreír. Era la primera vez en varios días. Sentí cierto alivio en el pecho. Él también pareció relajarse. Quizá las sonrisas son lo único que nos hace falta en momentos así.

Echamos a andar rumbo a la panadería más cercana.

—Por cierto, ese novio tuyo es muy raro —comentó.

Me daba miedo que hablara de que iba a morirse, de que aún sentía algo por mí. También me asustaba que hablase de Kai, sobre todo en ese momento, cuando estábamos tan cerca de dejar de ser lo que sea que hubiésemos sido hasta entonces.

—¿Por qué?

—¿Siempre es así?

—¿Así cómo? —pregunté, ya ansiosa por no comprender a qué se refería.

—Amable.

Lo era, y lo seguiría siendo, porque era una de esas cosas innatas que lo definían.

—¿También le vas a escribir una carta de amor?

—Pues no te creas que no me lo he planteado.

Nos reímos los dos ante la ocurrencia. Habría sido algo digno de ver.

—Es una persona con la que se puede hablar de cualquier cosa.

Charlie no podía estar más equivocado. Había dos cosas en concreto de las que no había podido hablar con Kai. La primera, su padre, el señor Williams; había hecho como si nunca hubiésemos ido a visitarlo. La segunda, nuestra peculiar relación.

—Hasta le has dejado leer lo que me escribiste, debéis ser íntimos ahora. Y eso que al principio no lo aguantabas.

—Fue idea suya.

—¿Qué me escribieras o ser íntimos?

—Ninguna de las dos. Fue idea suya que te dijera lo que sentía. —Mi cara de susto debió de ser evidente, porque Charlie soltó un par de carcajadas—. Según él, así no se me quedaría la espina clavada. Creo que tenía razón. Es un tío inteligente. Os parecéis mucho.

Lo miré extrañada.

—¿Tú crees?

Quizá por eso mismo no podíamos estar juntos. ¿No decían que los polos opuestos se atraían? Si éramos tan iguales, quizá tarde o temprano estábamos destinados a separarnos.

—Aunque él es más guapo.

Le di tal empujón que no le quedó más remedio que apartar el brazo. Acto seguido, pensé en que podría haberle hecho daño.

—¿Estás bien?

—Preguntó ella después de romperme una costilla.

—No seas idiota, ¿te ha dolido algo?

—Solo mi orgullo, tranquila —aseguró—. Aunque últimamente tengo algunas molestias. Creo que estar tanto tiempo de pie en el Red Heart tampoco ayuda. Lo voy a dejar. No sé si es la decisión adecuada, porque eso significa que voy a tener mucho más tiempo libre para pensar, y ya sabes que eso es malo.

No me imaginaba a Charlie todo el día en casa, atrapado entre cuatro paredes, viendo las fotografías de su infancia y preguntándose por qué el tiempo pasaba tan lento dentro de su cabeza.

—Odiaría tener la sensación de que estoy esperando a morirme, así que tendré que buscar un entretenimiento. A lo mejor puedo aprender a hacer punto.

—¿La quimioterapia, la radioterapia, nunca fueron una opción? —me atreví a preguntar, no había podido el día en el que todo se había puesto del revés.

—A corto plazo podían hacerme ganar unas semanas, pero a cambio de perder muchos días hecho una mierda. No me apetecía pasarlo mal, aunque acabará sucediendo. Mis padres sí que querían. Estaban convencidos de que había una posibilidad entre billones de curarme del todo. Los médicos fueron claros, ya sabes que me gusta la versión más corta de las cosas. —Me sonrió como si me estuviera contando que acababa de comprar billetes para ir a Disneyland—. Quiero elegir cómo voy a morir.

Estuvimos paseando durante una hora. Nos olvidamos de los rollos de canela. Nos olvidamos de todo, menos de lo que era evidente, que no habría otro paseo como ese al año siguiente, que el granizado de limón no seguiría aguándose entre nuestras manos y que esa sería

una de las últimas veces en las que Charlie me envolvería en un semiabrazo mientras yo me quejaba de lo insoportable que podía ser con los dobles sentidos que le daba a lo que decía.

Lo acompañé hasta su casa.

—¿A qué viene esa cara? Esto no es una despedida, uno porque no te vas ya a la universidad y dos porque, conociéndote, volverás a Bozeman para verme antes de…

Le tapé la boca con la mano. No quería escuchárselo decir otra vez.

—Charlie, gracias por estos días.

—Es una forma muy curiosa de contestar a mi declaración de amor. Mucho más amable de lo que lo fui yo contigo —contestó cuando al fin le dejé hablar.

Me puse de puntillas y le di un beso suave en los labios. El primero de todos. Entre los dos, durante nuestra adolescencia, había habido muchos gestos de cariño, sin embargo, los físicos no estaban entre ellos.

—¿Me he sonrojado? —preguntó.

—Un poco, pero quizá es el sol.

—Quizá sí.

—Charlie, ¿te cuento un secreto?

Él dejó de sonreír, tal vez sorprendido por la repentina pregunta.

—Sí —susurró, a pesar de que nadie podía oírnos en esa calle desierta.

—Me daba miedo este verano —confesé—. Y ahora me asusta incluso más que antes.

Se acercó a darme un abrazo, que yo acepté casi con desesperación. En mis veinte años de vida, nunca había perdido a nadie. Mis abuelos seguían vivos, mis tíos, mis primos, mis padres, mis amigos. No sabía qué se esperaba de la muerte y menos aún, de los que nos quedábamos. ¿Cómo sería no ver nunca más a alguien?

Charlie entraría en su casa y lloraría. Nunca lo había visto llorar, de hecho, pero podía imaginármelo en aquel momento. Se escucharía solo el zumbido del frigorífico en la penumbra de la cocina y él pensaría en que estaba cansado de hacerse el valiente. Porque sí, en ese momento debía ser egoísta, tenía derecho. Sin embargo, se negaba; nos estaba regalando la versión de sí mismo que quería que recordáramos. No había tiempo para más.

—Ali —susurró en mi pelo.

—¿Qué? —dije yo también en voz baja.

—Si estás asustada, dejas de hacer las cosas que te hacen feliz.

Kai también me había dicho que no tuviera miedo. ¿Se habían puesto los dos de acuerdo? ¿O era tan evidente que necesitaba más que nunca desvestirme de viejos fantasmas?

—Y ahora deja de abrazarme tan fuerte o acabarás rompiéndome todos los huesos.

Lo solté poco a poco. No estaba preparada para decir adiós. Quizá porque no sabía cómo o porque no había forma de hacerlo sin llorar. Me sentía igual que una hoja arrancada de un árbol después de haber aguantado un vendaval.

El teléfono sonó en el bolsillo de los pantalones. Lo saqué.

Daisy.

Charlie me hizo una señal para que contestara y me dijo con un gesto que se iba a casa. Lo agarré de la camiseta y se paró. Pareció preguntarme con la mirada si quería algo más. Quería un final diferente para él, pero eso no podía dárselo. No podía darle nada, ni siquiera podía quedarse los viejos objetos que compartíamos.

Lo solté.

Levanté la mano y le mostré la pulsera.

Sonrió.

Sonreí.

Extendió la mano para acariciarme la mejilla y cruzó la calle.

—Por fin me contestas —se quejó Daisy en cuanto dije hola.

—Perdona —me disculpé con la voz quebrada.

Me llevó todo el camino de vuelta a casa contarle lo que había pasado, cómo me sentía y lo injusta que podía ser la vida. Daisy me escuchaba en silencio, asintiendo con monosílabos de vez en cuando solo para asegurarse de que sabía que seguía allí, sosteniéndome en la distancia, para que no me cayera del todo. Ella había perdido a su abuelo. ¿Cómo era enterrar a alguien que había sido importante para ti? ¿Cuándo lo aceptabas? ¿Se pasaba esa sensación de angustia alguna vez?

Daisy no supo contestarme, o quizá sí que tenía la respuesta y prefería no decírmela.

—Un día vas a darte un golpe con algo si siempre miras al suelo.

—¿Qué?

Estaba a punto de cruzar la calle cuando me di cuenta de que Daisy estaba frente a la puerta de mi casa, con el teléfono en la oreja y la sonrisa más brillante del mundo. Me saludaba con tanto entusiasmo que no parecía que hubiésemos estado hablando de cosas tristes un segundo antes.

—¿Qué haces aquí?

—Comprobar que sigues viva. He convencido a mi madre de que me dejara escaparme un par de días antes de ir a ver a mi tía en Idaho.

La abracé y sentí que el caos se ordenaba un poco.

—Perdón por no llamar.

—Si yo me hubiese enterado de que mi primer amor se muere, tampoco lo habría hecho.

Me separé de ella y la miré extrañada.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Kai. Que no querías salir de la cama y que estabas fatal.

—¿Has hablado con Kai?

Si apenas se conocían de la noche que nos lo habíamos encontrado en el *pub*.

—Pero si no tienes su número y él no tiene redes sociales.

No quiso decirme cómo había conseguido hablar con él. ¿A qué venía tanto secreto? ¿Por qué era la última siempre en enterarme de las cosas? ¿Había alguien con quien Kai no hubiese hablado? Primero mis padres, después Charlie, ahora Daisy. Maggie no parecía estar en esa lista de personas, justo la única con la que quería que lo hiciera para aclarar de una vez por todas lo suyo.

—Este cuerpo necesita dos o tres hamburguesas para revivir —dijo, apretándome la holgada camiseta alrededor de la cintura—. Y esos ojos creo que necesitan que tu mejor amiga te mime un poco.

—Eso estaría muy bien.

—¿Y sabes qué estaría mejor?

—¿Qué?

—Darte varias bofetadas seguidas, pero creo que no me lo permite la ley.

—¿Y eso por qué?

—Para que te espabiles de una vez, Ali, aunque creo que lo harás pronto. Dejaré mi fase violenta para otra ocasión.

—¿De qué estás hablando?

—De nada. Quiero conocer a tus padres, que me enseñes tu ciudad y que sonrías un poco. Cuando estás tan triste, me entran ganas de llorar.

—O de pegarme —añadí.

—Eso siempre.

Me dio un beso en la mejilla y la ayudé con la mochila.

Entramos en casa.

La carga dejó de ser tan pesada, por lo menos durante unas horas.

Éramos montañas, y ahora, además de pasear, teníamos que aprender a volar.

# CAPÍTULO 39

Antes del sábado no fui a Big Sky, aunque recibí varias llamadas de Nancy y una diaria de Kai, siempre a la misma hora, cuando ya se había metido en la cama. Aproveché el resto del tiempo para estar con Daisy, que se marchaba el viernes por la noche, y con Julia, a quien se la presenté y resultó que congeniaron enseguida. Igual que con Charlie, que se apuntó a un café rápido y a una vuelta en bicicleta.

—Eres la amiga de la universidad.

—Y tú, la del colegio —le contestó Daisy.

—¿Somos enemigas? —le preguntó Julia.

—Lo que tú quieras, pero llevo años practicando karate.

—Entonces, llevémonos bien —concluyó Julia, que le tendía una mano por encima de la mesa. Se la estrecharon entre risas.

Los días con Daisy en Bozeman hicieron la espera más sencilla. Nos quedábamos hasta tarde viendo antiguas fotografías de cuando era pequeña, contándonos el verano entre susurros, a veces con sonrisas pequeñas, otras con lágrimas grandes. Las madrugadas olían a incienso de jazmín y a helados de vainilla y chocolate.

—¿Nunca pensaste en contárselo a tus padres?

—Supongo que no te refieres a mi obsesión por los M&M's amarillos, ¿verdad?

Estábamos tumbadas en la cama, cada una con la cabeza en un extremo. Podíamos mirarnos de frente, aunque Daisy aprovechaba cualquier descuido para hacerme cosquillas en los pies.

—Pensé que era más sencillo olvidarlo, pero el abuelo me conocía muy bien. Se dan cuenta, ¿sabes? Las personas que están a tu lado. Solo que, en ocasiones, no se atreven a preguntarte qué te pasa.

Me imaginé a mis padres. Seguro que no habían entendido por qué me había negado a volver a Bozeman el verano anterior hasta que me había atrevido a darles una explicación. Se la merecían. Era lo más valioso que había aprendido: que nadie es capaz de saber todo lo que sientes, aunque eso no significa que no les importe.

—Sí que lo fui olvidando, de alguna manera. Llegó un tiempo en el que ya no pensaba en ello todos los días. Sin embargo, olvidar no significa que no haya pasado. —Se tomó un momento. Estaba concentrada en sus uñas—. Cambié, y el abuelo lo notó. Se volvió loco, claro, cuando se enteró. Ya sabes lo que pasó después. —Señaló hacia las postales que estaban encima de mi mesa.

—Tu abuelo respetó tu decisión de no decir nada, para eso hay que ser valiente también. —Daisy asintió y pareció volver a algún lejano y desconocido lugar—. ¿Lo volviste a ver?

Daisy me dijo que sí con la cabeza.

—Él iba a la universidad, pero volvía en vacaciones. Vivíamos a dos calles, así que era inevitable que tarde o temprano nos cruzáramos. Y pasó. Me topé con él en el supermercado. Sonaba una canción de Lana del Rey, también era verano. ¿Por qué las personas recordamos siempre las canciones de los momentos felices y también de los horribles? —Levanté los hombros como única respuesta—. Encontrármelo me hizo sentir más miedo que el episodio que había vivido con él.

—Sentiste miedo porque habías vivido aquello, Daisy.

Ella me dio la razón. Había un trauma y las consecuencias del mismo eran que el cuerpo le temblaba cada vez que pensaba en aquel al que no quería nombrar porque le daba asco.

—Me quedé petrificada. Se atrevió a saludarme y a decirme que mi abuelo era un loco. Sé que gritó algo más, pero para entonces solo escuchaba un pitido constante en los oídos. Al final se fue. Tuve que permanecer apoyada en la nevera durante media hora. Ahí me di cuenta de que olvidar no servía de nada. Y volví a comprobarlo dos años después, cuando empecé a salir con un chico por primera vez.

Podía imaginarme en qué momento había sufrido otro ataque de pánico.

—Lo peor es que era buena persona, pero no pude acercarme a él. Ni otros que llegaron más tarde. Hasta el año pasado, que me sentí cómoda por primera vez con alguien íntimamente hablando.

—La chica de la habitación de al lado.

Daisy asintió. Se habían conocido en el comedor de la residencia, compartían el gusto por la música clásica y eso las unió enseguida. También se separaron rápido. Fue una relación fugaz. Recordé que después de aquello Daisy había salido con muchas personas distintas en un periodo de tiempo corto. Desde un chico que iba a mi clase, pasando por otra chica con la que habíamos coincidido en un bar.

—Eso fue porque pensé que si se me había ido el miedo, debía practicar y acostumbrarme a la sensación. Que lo conseguiría si estaba con personas distintas. Pero, cuanto más tiempo pasaba en brazos de todos esos extraños, más me alejaba de algo más importante que el afecto físico. Era incapaz de sentir nada por nadie.

Nunca había imaginado que la chica alegre que hablaba de sus ligues de una noche pudiera sentirse tan sola y tan desesperada por entender por qué por más que se esforzaba se alejaba de todo aquel que estaba a su lado, en la misma habitación. Somos unos grandes desconocidos no solo para los demás, sino también para nosotros mismos.

—No puedes sentir nada porque has forzado sentirlo. Daisy, ocurrirá, o no, pero eso no te hace peor.

—Lo sé —aseguró con una sonrisa—. Si no fuera consciente, creo que nunca te habría escrito esas postales. Darme cuenta de que todavía no estaba bien fue el detonante.

Entre momentos que nunca habíamos compartido y otros que nos unían, los días con Daisy hicieron que volviera a sentirme un poco más en el suelo, aunque eso no significaba que olvidara todo lo demás. Solo estaba refugiándome, tomándome el tiempo necesario para afrontar lo que aún me quedaba por delante.

Pasamos mañanas yendo en bicicleta con Julia y con Charlie.

Paseamos por el parque con Hugo, que corría tan rápido que era imposible alcanzarlo.

Agotamos todas las existencias de helados del súper más cercano.

Nos abrazamos mucho durante esos días y también en el aeropuerto, como si no fuésemos a vernos en poco más de una semana.

—No importa lo que él te diga, sino lo que tú necesitas contarle.

Se refería a Kai y a esa maldita tercera cita que tendríamos al día siguiente.

La hora de la verdad. El día D. Unos instantes más sin reglas, porque él las había borrado y ahora parecía que iba a volver a escribir unas nuevas.

—Sé valiente.

—La primera vez que fui valiente, acabó como ya sabes.

—Tampoco puede ser la última.

Me estrujó las mejillas igual que a un niño pequeño y se fue corriendo antes de que la dejaran en tierra. Después de que se marchara, la habitación se volvió más grande, a fin de cuentas, llevaba dos años compartiendo una con ella. Quizá ya me había acostumbrado a que estuviera, no solo en la cama que había paralela a la mía.

El viernes por la noche dejé encendida la luz de la ventana. La maqueta de la casa que Kai me había regalado estaba sobre el escritorio, rodeada de libros que había comprado ese verano y otros que había rescatado de las estanterías. Parecía una casita entre rascacielos, y quizá por eso mismo tuvo más encanto.

Mi madre entró en la habitación hacia la medianoche.

—¿Ya echas de menos a Daisy?

Se tumbó a mi lado en la cama y le dio un bocado a la chocolatina que llevaba en la mano.

—La verdad es que sí —contesté sonriendo—. Acaba de irse, y la volveré a ver pronto —añadí. Mamá me miró con sus enormes ojos de cervatillo, que yo también había heredado—. ¿Qué pasará con Charlie?

Si había algo característico de mi madre era que, la mayor parte de las veces, en circunstancias como aquella no sabía qué decir. Era una persona alegre por naturaleza, así que, si le decías algo triste, solo conseguirías que llorara, igual que había sucedido en el restaurante semanas atrás.

—Que también lo echarás de menos. Pero no pienses en eso, sino en qué puedes hacer para que la despedida le cueste menos. A los dos.

Me sorprendió que encontrara una forma de consolarme, pese a que no tenía claro si había servido de algo. Cuando volviese a quedarme a solas con mis pensamientos, volverían a aparecer todas las inseguridades, la angustia, y me costaría respirar de nuevo.

—¿Sabes que estuve enamorada de él?

Ella abrió tanto los ojos que no hubiese hecho falta respuesta.

—¿De Charlie Miller?

—Sí.

—¿Saliste con Charlie en el instituto?

No comprendí a qué venía ese entusiasmo repentino, quizá a que mi madre era una romántica empedernida.

—Yo no he dicho eso, sino que estuve enamorada de él. Me rechazó.

Se incorporó espantada, incluso ofendida.

—¿A ti? ¿Cómo se atrevió?

Consiguió que me riera. No iba a entrar en detalles. Era innecesario que supiera cómo me había sentido por aquel entonces, había tenido ya bastante con saber cómo me había afectado su ausencia y la de mi padre. Que me hubiese roto el corazón el chico que me gustaba podía quedármelo para mí.

—Por lo visto, él también sentía algo por mí, ¿sabes? Me lo dijo hace poco.

Se le relajaron los hombros y volvió a tumbarse sobre la almohada.

—¿Y tú qué sientes?

—Ya lo sabes.

Mamá cerró los ojos y asintió con una sonrisa.

—Kai.

—Kai —repetí en un suspiro.

—¿Por qué parece que eso también te pone triste?

Si no le había podido contar que Charlie había menospreciado mi declaración de amor durante un curso entero, menos aún iba a decirle que el chico que les había presentado como ni novio no lo era. Pensaría que me había vuelto loca de remate. Y, en el fondo, todos sabemos que eso se parece bastante a la verdad. Había perdido la cabeza.

—No sé, quizá sea un amor de verano.

—¿Y por qué iba a serlo? —preguntó ella contrariada—. Vivís en la misma ciudad, vais a las mismas clases.

—Ya, es verdad.

Siempre podría contarles que lo habíamos dejado cuando ya estuviese en California. Un par de mensajes. Les diría que todo estaba bien y, con suerte, hasta las vacaciones de Navidad parecería como si nunca hubiesen tenido lugar esos meses en los que Kai se había colado tan rápido en mi vida que me resultaba imposible arrancarlo de ella.

—¿Mañana a dónde vais?

—No lo sé, dice que es sorpresa.

—A ti no te gustan las sorpresas —me recordó como si yo no lo supiese ya.

—¿A quién crees que me parezco tan cuadriculada? Vosotros sois lo contrario a mí. ¿Estás segura de que no soy adoptada?

En ese momento, se asomó mi padre por el resquicio de la puerta semiabierta.

—Dice tu hija que si es adoptada.

—Las carreras que me pegaba a las dos de la madrugada para ir al veinticuatro horas más cercano a por cacahuetes y frambuesas por los antojos de tu madre confirman que no lo eres.

Al imaginarme la escena, me entraron ganas de reír.

—Por cierto, ya que estamos aquí reunidos y nos estamos fumando la pipa de la paz —añadió él después de subirse al medio de la cama y darle un bocado a la chocolatina que mi madre no se había acabado—, tenemos algunas cosas que decirte.

—¿Son buenas?

Era imposible que pudiera escuchar más noticias malas. Todo ser humano tiene un cupo de ellas, y yo lo había llenado ya para los próximos años.

—Suponemos —dijo ella—. Ante todo, no, nos vamos a separar.

A pesar de habérmelo dicho ya varias veces, volví a sentirme tranquila tras escucharlo. No cabe decir que a ellos les hacía gracia, cómo no. Los padres tienen el sentido del humor estropeado.

—Entonces, solo puede ser que dejéis vuestras aventuras o tengáis un bebé —dije yo.

—¿La insistencia con el bebé es porque quieres tener un hermano? Porque es que parece ya un mensaje subliminal que nos lanzas.

Quizá, en mi subconsciente, pese a que no quería que ese hermano se sintiera igual de solo que yo, había querido conocerlo, tener a alguien con quien compartir las tardes silenciosas, jugar o contarle todas esas cosas que no podía decirle a nadie más.

Al ver que no contestaba, mi padre retomó el hilo de la conversación.

—La primera cosa es que hemos probado esto de las relaciones abiertas…

—Y nos hemos dado cuenta de que no es lo nuestro.

Tuve que tomarme unos segundos para cerciorarme de que había escuchado bien.

—Yo es que lo que sigo sin entender es por qué me lo contasteis. No necesitaba saberlo.

—Bueno, tampoco queríamos que te enterases y que temieses que estuviéramos siéndole infiel al otro. Era mejor así.

Yo tenía mis dudas, pero ¿quién era para juzgar la relación de mis padres si tampoco podía tener una normal?

—¿Y qué más?

—Voy a tomarme un par de años sabáticos —contestó mi madre después de mirar a su marido—. Tu padre necesita ayuda con los locales y me apetece estar en casa. Este verano nos hemos dado cuenta de que no solo tú nos echabas de menos, sino también entre nosotros.

—¿Te vas a bajar del avión? —pregunté casi espantada.

—Eso parece.

Se me escapó un «ah» larguísimo, a medio camino entre la sorpresa y el susto.

—Pues sí que son dos noticias importantes —comenté a continuación.

—Sí que lo son. Mañana has quedado con Kai, ¿no? —Asentí con un movimiento de cabeza —. Por cierto, deberíamos cenar todos juntos antes de que os vayáis; tiene que actualizar las respuestas a un par de preguntas —dijo con los ojos entrecerrados.

—Papá, por favor.

Entramos en un debate larguísimo sobre las cosas que debería saber un padre sobre su hija y las que una hija debería saber sobre sus padres. No sé quién ganó, aunque al menos lo convencí de que no volviera a poner a Kai entre la espada y la pared con algunas preguntas íntimas, porque se ponía tan nervioso que no sabía mentir.

Nos acostamos tarde aquella noche. Nos comimos las galletas y el chocolate de media despensa mientras les contaba cosas de la universidad y ellos a mí de su vida en Bozeman y en los países en los que aterrizaba mi madre. Nunca había estado tan a gusto hablando con mis padres, quizá porque nos habíamos sacado viejas espinas y ahora podíamos conocernos de verdad.

Conocer de verdad.

Conocer la verdad.

Quedarse o irse.

¿Despedirse?

Kai.

Kai Williams.

Al final, fue con lo único con lo que soñé aquella noche.

# CAPÍTULO 40

—Yo creo que a las flores sí que les duele, ya sabes, cuando las arrancamos.

Kai me había recogido hacía un par de horas. Había conducido la camioneta con las ventanillas bajadas y la música puesta.

—Hoy te voy a enseñar mis cosas favoritas —me dijo en cuanto cerró la puerta.

Me pareció que las canciones del reproductor no eran aleatorias.

*Watermelon Moonshine*, Lainey Wilson.

*Glimpse of Us*, Joji.

Durante el trayecto en coche hablamos de muchas cosas. Me había propuesto no ensombrecer esos momentos juntos con ningún reproche. Era una cita. Nuestra tercera cita, la definitiva. Quería que fuese un buen día, y para eso debía dejar a un lado ciertas cosas que me hubiesen impedido acariciarle la mano cuando la apoyaba sobre la palanca del cambio de marchas o que no le hubiesen hecho sentir cómodo al acariciarme el pelo en un semáforo.

—Mi padre cenó con mi madre hace unos días —me contó—. Creo que si le preguntara a cualquiera de los dos de qué hablaron, me lo contarían, pero no sé si quiero saberlo.

—Entonces, pregunta cuando estés preparado. Fuiste tú el que me dijo que cada uno tiene sus tiempos, que nadie elige el momento en el que algo deja de doler.

Kai me dijo que estaba orgulloso de que usara en su contra uno de los argumentos que él había utilizado. Todas las clases particulares habían servido de algo, aunque las últimas habían estado intercaladas con su mano perdida entre mis muslos. No había forma de razonar así.

—Cambiar de idea está bien.

Se lo recordé, porque tuve la sensación de que dudaba acerca de si volvería a ver a su padre o se aferraría a la decisión que había tomado en su casa el día que le había tendido la mano y se había ido sin pedirle nada. Absolutamente nada, ni siquiera una disculpa por haber vuelto a su vida cuando nadie lo había invitado.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —le pregunté al ver que nos dirigíamos hacia las afueras de Bozeman y posteriormente de Big Sky.

—Vamos a hacer el amor en la camioneta.

—¿Qué? No. —Me negué en redondo.

La atención de Kai fue de la carretera a mí y viceversa.

—No haremos el amor entonces —contestó después del rechazo tan vehemente.

Me sonrojé, carraspeé un poco para aclararme la garganta. Desde luego, si estábamos en medio de una tregua en nuestra tercera cita, no pensaba conformarme con bebernos un refresco en una pradera.

—Podemos hacerlo, pero no en la camioneta. Tu abuela y tu madre me contaron aquello de la maldición —le dije, porque hasta el momento no había tenido ocasión de hacerle saber que estaba al tanto.

Él tampoco parecía tener claro de qué estaba hablándole.

—¿Qué maldición?

—Lo de los embarazos en el asiento del copiloto.

Kai soltó tal risotada que pensé que perdería el control del vehículo si seguía vibrando así con cada carcajada que se le escapaba.

—Pero si es mentira. —Y venga a reírse, como si hubiese escuchado la historia más graciosa del mundo—. Cuando mi abuela tuvo a mi madre, mi abuelo y ella ni siquiera tenían coche.

—¿Me han tomado el pelo?

Él me dijo que sí con un gesto.

—Ojalá hubiese podido verlo por una mirilla diminuta —aseguró—. Debieron de pasárselo muy bien.

—A mi costa.

—Por supuesto. Son las dos unas bromistas. No se lo tengas en cuenta —aseguró. Permaneció callado un par de minutos en los que yo me pregunté si de verdad les caía bien a aquellas dos mujeres o buscaban volverme loca de remate—. Entonces, ¿solo era por eso?

—¿El qué?

—Tu negativa a quitarme la ropa.

—Y porque hoy estoy un poco nerviosa, como si fuese una primera cita.

Con la única diferencia de que ya no habría más. Lo normal era ponerse nerviosa si apenas conocías a la otra persona, pero Kai hacía mucho que ya no era un desconocido para mí. Entonces, ¿por qué no podía estar tranquila y despedirme de él sabiendo que esos habían sido unos penúltimos buenos momentos juntos?

—Yo también estoy nervioso.

El silencio se volvió más largo a medida que nos acercábamos a nuestro destino, aunque Kai fuese el único que lo conociese.

Aparcó la camioneta en un camino de piedras que era una bifurcación de la carretera comarcal por la que había estado conduciendo hasta entonces. Salimos y comenzamos a caminar bajo la sombra de los enormes pinos. Parecía que no acababan nunca, que se perdían entre las nubes, e incluso ahí arriba no tenían fin. Quizá las frondosas ramas llegaran hasta aquellas estrellas fugaces a las que tantos deseos callados les había lanzado. ¿Estarían tristes porque me había olvidado de ellas?

—¿Hay algo que quieras preguntarme? —me dijo a medida que nos internábamos en una espesura de árboles.

Se escuchaba el canto de los pájaros y el ulular de algunas aves más grandes. De noche hubiese sido tétrico, pero a esa hora de la mañana dejaba una sensación de bosque mágico más propio de los cuentos infantiles que de las películas de terror.

Debía tener agallas y enfrentarme a esa conversación pendiente, no podía posponerla más, y por cómo Kai me miraba intuía que él también quería sacar el tema y no sabía cómo.

—¿Has decidido algo sobre Maggie?

—Pero ¿había algo que decidir? —me preguntó él de vuelta.

Me extrañó que siguiera contestándome con preguntas; no sabía si era porque quería evitarlas o porque de verdad, para él, no tenía ningún sentido hacerlas.

—Al principio del verano tenías dudas —dije yo.

—¿Dudas? No, no tenía dudas —aseguró, calmado. Parecía evidente que no mentía.

—Pero dijiste que necesitabas una novia falsa para no volver con Maggie. —Sonó casi como un sermón más que como un recordatorio.

Kai me dio un empujón que casi me hace tropezar con las raíces de un árbol.

—Solo era una excusa.

—¿Una excusa para qué? —dije, parándome en medio de un pequeño claro por el que la luz

del sol se filtraba cálida.

—Para pasar tiempo contigo.

—¿Qué?

—¿Qué? —dijo él riéndose.

Fue la segunda vez en esos meses que lo vi sonrojarse.

Dio un par de vueltas sobre sí mismo. Se rascaba la nuca, sonreía. Estaba nervioso, como muy bien me había dicho en la camioneta. Pero en ese momento lo que no podía dejar de pensar era que acababa de decir que quería pasar tiempo conmigo.

—Vas a tener que ser más claro.

—Ya, lo sé. Dame un momento.

Tomó asiento en un tronco caído que había unos metros más allá de donde estábamos y yo lo seguí. Estaba convencida de que el latido de mi corazón hacía eco entre todos los árboles.

—Que Maggie ha intentado volver conmigo es verdad.

—No hace falta que lo jures, se ha dado cuenta todo el mundo —le dije.

—Que yo tuviera alguna intención de hacerlo es mentira. Te lo he dicho siempre. Pero me ha costado muchísimo convenceros a las dos. A ella, de que nunca íbamos a salir de nuevo y a ti, te estaba diciendo la verdad.

Eso sí que me sorprendía más, al menos conseguía que me hiciese más preguntas de las que tenía antes de esa mañana. Kai sabía cómo dejarme sin palabras, así nunca conseguiría aprobar la asignatura de Debate.

—¿Entonces? Si estabas tan seguro, ¿por qué me pediste aquello en el aeropuerto?

Kai inhaló hondo, y pensé que no dejaría salir el aire y se ahogaría con su propio oxígeno.

—Porque soy idiota.

—Que lo reconozcas justo ahora que había empezado a cambiar de opinión tiene delito.

Volví a hacerle sonreír. No sabía por qué estaba intentando que lo hiciera, quizá porque veía el temblor en sus manos, el brillo en los ojos, cómo se mordía el labio inferior cada pocos segundos.

—Alice, estoy enfadado contigo, quiero que lo sepas.

—¿Por qué?

Quizá había hecho algunas cosas mal o me había metido donde nadie me llamaba, pero había sentido que sí que era asunto mío, a fin de cuentas, lo único que le había pedido era que no me mintiese, que me dijera la verdad cuando hubiese tomado alguna decisión sobre Maggie.

—Porque no te das cuenta de nada. No sé qué se suponía que debía hacer para que vieses lo que está pasando aquí.

Perdí la cuenta de cuántas veces pestañeé mientras él hablaba. No dije nada, fue Kai quien siguió hablando, tal vez porque, como me daría cuenta después, llevaba tiempo queriendo decirme algunas cosas.

—¿Tú por qué crees que una persona se va a tomar la molestia de comprarte medicamentos, una lámpara, volver a por ti cuando llueve, besarte, estar a tu lado en los momentos difíciles?

Me acuclillé frente a él y pensé en lo que acababa de decir.

—¿Porque le gusto?

—Por ejemplo.

—Pero ¿cómo?

Kai no se cayó del tronco de milagro.

—¿Estás tonta? Te estoy diciendo que me gustas —se quejó.

—¿Y por qué te enfadas?

—Porque no te das cuenta y me haces preguntas estúpidas sobre si sigo enamorado de mi ex cuando está clarísimo que no —continuó—. ¡Ali, concéntrate, por favor!

Primer nuevo Ali.

Me arrodillé y lo cogí del cuello de la camiseta y lo zarandeé con fuerza; hacía semanas que no lo hacía, aunque me había sentido tentada algunas veces.

—¿Me estás diciendo que te gusto y que he estado sufriendo como una estúpida durante las últimas semanas porque te has inventado toda una historia para que nos conozcamos?

Tardó en contestar; se le movía la cabeza tan rápido que pensé que en un nuevo movimiento algo más brusco saldría disparada por los aires.

—Sí, eso estoy diciendo. Soy tímido, ¿qué iba a decirte? Además, parecía que no me soportabas. Es complicado gustarle a la chica que te esquiva por los pasillos de la facultad, ¿sabes?

—Entonces, todo este tiempo, ¿para ti ha sido real?

Kai asintió, y yo le solté la camiseta poco a poco y me eché para atrás hasta quedar sentada sobre los talones. Cada vez tenía menos claro en qué consistían las relaciones humanas y por qué jugábamos siempre que podíamos al escondite con nuestros sentimientos. ¿Queríamos protegerlos o éramos unos cobardes? Era absurdo, como dejar el hielo bajo el sol: se acabaría derritiendo tarde o temprano.

—Y para ti también lo ha sido —añadió él.

Claro que lo había sido. Si no, no habría pasado tantas noches en vela ni habría llorado esos días llenos de incertidumbre.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—¿Por qué no me lo has dicho tú a mí?

Me tomé mi tiempo para contestar. Quería decirle la verdad, y para ello debía armarme de valor y no tener miedo a lo que pudiese decir o pensar cuando la escuchase.

—Porque no sabía cuál sería tu respuesta. O porque intuía cuál iba a ser y quería aprovechar hasta el último segundo contigo. ¿Es tan raro que te dé miedo perder algo que no tiene nombre?

—No lo es. O quizá sí. Me he sentido igual. —Se le escapó un suspiro y, como si el viento lo hubiese escuchado, movió las hojas de todos los árboles. Me pregunté si Kai estaría pensando en si volvían a llorar—. Ya me dijo mi madre que no era buena idea, pero no he sabido hacerlo mejor.

Volví a ponerme tensa como un espantapájaros.

—¿Tu madre lo sabía?

—Pues claro.

—¿Lo sabe alguien más?

—¿Casi todo el mundo?

—¿Qué?

Esta vez acabé sentada en el suelo. Mis rodillas no podían seguir sosteniendo todo el peso de los secretos confesados.

—Tus padres lo saben, mi abuela y mi madre lo saben, Charlie también.

Pensé que podría desmayarme en cualquier momento.

—¡¿Qué?! ¿Desde cuándo? Kai Williams, te voy a matar.

—¿A besos?

—O empujándote por un barranco. Dijimos que no se lo contaríamos a nadie, es verdad que

se lo dije a Daisy, pero… ¡Era una regla! —le dije, amenazándolo con el dedo cual si fuese una afilada espada.

—Pero hace ya bastante que dijimos que jugaríamos sin reglas, ¿recuerdas?

Se quitó la mochila de la espalda y rebuscó en su interior hasta que se asomó el borde azulado de la solapa de un libro que debía haber estado encima de mi escritorio. Nuestro contrato.

—¿Qué es eso de «prohibido enamorarse»?

Me llevé las manos a la cara, quería desaparecer.

—¿Por qué coges mis cosas sin permiso?

—Técnicamente es de los dos desde el día que lo firmamos.

—Técnicamente eres tonto.

—Puede que lo sea, pero yo no quiero que enamorarme de ti esté prohibido, así que lo he tachado. Espero que no te importe, es una norma que no ha servido para nada.

Me tendió el libro. Nuestras manos se rozaron cuando fui a cogerlo.

—Pensé que así no podías hacerme daño —susurré mientras abría el libro y pasaba las páginas.

Pasada la hoja del contrato —donde Kai, como muy bien me había dicho, había tachado la posdata que yo había escrito sin que él lo supiese—, había otra hoja.

—¿Y esto? —pregunté antes de leerlo.

—Como veo que te gustan las reglas, he escrito algunas nuevas. Espero que te convenzan.

Fijé mi atención en las palabras, en la cuidada caligrafía de Kai.

**Reglas para enamorarse:**
**1. Aceptar que estás enamorado.**
**2. Tener más de tres citas.**
**3. Besarse mucho, tocarse más.**

Su inconfundible firma estaba justo debajo.

—Parecen sencillas —confirmé—. Entonces, cuando dijiste que esta sería la última cita, ¿te referías a que…?

—Sería la última que tendríamos siendo dos idiotas.

Le di un guantazo en el antebrazo y él hizo una mueca de dolor.

—Podrías habérmelo dicho antes.

Kai me miró a los ojos de ese modo que le había visto ya otras veces, como si supiera exactamente quién era yo, incluso en los instantes en los que no podía verlo.

—¿Que no iba a ser la última o que me he enamorado de ti?

Se me secó la boca y tuve la impresión de que era muy consciente de que mi corazón estaba ahí, latiendo muy rápido, encajando por fin en ese lugar en el que llevaba tiempo sin ajustarse.

—Las dos cosas —aseguré—. Quizá así yo me hubiese atrevido a decirte que también estoy enamorada de ti, aunque me haya esforzado en que no sucediera.

—¿Y ahora qué?

—Ahora dime qué hacemos aquí, en medio de la nada. Más que una confesión, esperaba un asesinato —le dije.

—Deja de boicotear todos los momentos románticos. Bésame, ¿no?

Me ardían las mejillas, solo esperaba que a la sombra no hubiese constancia de lo rojas que debían de estar. Era una persona sensible, pero, desde luego, Kai lo era mucho más que yo. No

quería estropear la confesión.

Me incliné hacia delante y lo besé. De todas las veces, esa fue en la que más nerviosa me sentí.

—Ven, que quiero enseñarte algo.

—¿En qué más me has mentido?

Me cogió de la mano sin hacer ni el más mínimo caso a mi insinuación.

—Durante todo este tiempo, en la facultad, ¿nunca pensaste en decírmelo?

—Sí lo pensé, claro. También creí que te darías cuenta. Ya he visto que no. —Puso los ojos en blanco, exasperado por mis escasos conocimientos del flirteo, como si hubiese sido evidente durante dos años que Kai sentía algo por mí.

¿Lo había sido?

—Y se te ocurrió abordarme en el aeropuerto con esa propuesta ridícula.

—Que tú aceptaste. Teniendo en cuenta que estamos aquí, no salió tan mal, ¿no?

No sabía qué decir, todavía tenía la impresión de que nada de aquello estaba sucediendo y que formaba parte de mi imaginación.

—Pues ya estamos, mi lugar favorito.

Me asomé por encima de su hombro porque había ido dos pasos por detrás de él hasta el momento, agarrada a su mano. Ante nosotros, había un enorme campo de flores.

Se me escapó una exclamación. Di varios pasos al frente.

Me dejó un momento a solas y, al final, se colocó a mi lado.

—Yo creo que a las flores sí que les duele, ya sabes, que las arranquemos.

El pequeño Kai siendo él en un cuerpo adulto.

—¿Por eso no las regalas?

Me dijo que sí con un ruido de garganta que podría haber significado cualquier cosa.

—Pero bien que arrancaste una rama entera —le recordé.

—Y ni siquiera eso te hizo ver que no sentía nada por Maggie y que ya había perdido la cabeza por ti. ¿En ningún momento pensaste: «Este imbécil qué está haciendo»? No sé, cuando paseábamos cogidos de la mano, me dormía abrazado a ti o deforestaba medio Big Sky para regalarte unas flores.

Levanté los hombros queriendo atenuar la gravedad de no fijarme en los detalles.

—Te he conocido bien este verano, eres una persona muy amable, pensé que lo hacías porque éramos amigos.

Kai hizo una mueca que venía a decir si me había dado un golpe en la cabeza.

—Sí somos amigos, pero yo a mis amigos no les hago el amor.

—Lo siento por ellos, desde luego.

Me dio una colleja y yo me eché a un lado levantando los puños.

—Vale, lo he captado, no eres una persona cursi. Conmigo al menos, a Charlie bien que le escribiste una declaración de amor digna de una novela. Y a mí no puedes ni llamarme *amor* si no es con ironía.

Parecía decirlo en broma, pero me dio la sensación de que era más en serio de lo que quería hacer ver. Esta vez fui yo la que eché mano a la mochila.

—Toma, anda, que me vas a hacer llorar y todo.

Le tendí un discman y unos auriculares. Se los quedó mirando como si acabase de hacerle entrega de una reliquia. Sí, era de esas personas a las que les encantaba escuchar la música en CD y no en aplicaciones en el móvil.

—¿Me has grabado un disco con canciones que te recuerdan a mí?

Negué.

Le quité la mochila y lo empujé lentamente hasta que llegamos al centro del prado. Le hice una señal para que se sentara entre todas las flores, un campo lleno de ellas, que se mecían con la brisa en un baile que parecía que no fuese a acabar nunca.

Tomé asiento frente a él y lo invité a que se pusiera los auriculares mientras yo encendía el aparato. Miré a Kai a los ojos; estaba confundido, pero vestido de una ilusión que solo palpita en las puntas de los dedos justo antes de escuchar un «te quiero» o en el momento previo a separarte de alguien para siempre.

Kai y yo en medio de las flores.

Kai, *amor* y todas las cosas buenas del verano más largo de todos.

Kai, el mar, una caricia furtiva.

Kai y un mensaje de voz atrapado en ese CD que había empezado a dar vueltas.

# GRABACIÓN DE ALI

Voy a decirte pocas cosas, pero todas son importantes.

La primera es que te quiero.

Asústate: te quiero. ¿O soy yo la que se ha asustado?

La segunda es que me gusta llamarte amor, lo que me cuesta es que suene irónico cuando en realidad lo digo en serio.

Amor.

¿Quizá soy la persona más cursi del mundo o es que tú tienes la culpa de que me haya vuelto así? Si eres el culpable, ¿qué piensas hacer para que no me duela el corazón si me dices que no sientes lo mismo?

Kai, como en el mar, a veces me siento perdida en ti, cuando estás triste, cuando sonríes, cuando finges que duermes, pero veo tus lágrimas sobre la almohada. Me pierdo en ti igual que un pétalo en un estanque y me dejo llevar por el vaivén del agua, porque no importa, nada. Ahí siempre estoy a salvo, por más que me asuste no saber nadar.

Y te quiero.

Me apetece decirlo muchas veces, porque si no, sentiré que me ahogo. No puedo arrepentirme. Alguien me dijo hace poco que, a veces, no importa la respuesta que te puedan dar, sino las preguntas que necesitas hacer.

¿Me quieres?

Al otro lado de la ventana encendida de esa madriguera que lleva mi nombre siento que me quieres. En esa habitación minúscula caben todas las ramas de los árboles de todos esos planetas que cacé de pequeña; árboles que lloran y otros que no. La lluvia huele a besos asustados y a heno. Suena una canción que nos encanta, con sabor a ginebra. Me acaricias el pelo y parece que son las estrellas las que lo hacen. Ahí puedo llamarte amor siempre que quiera, pero *amor* solo tiene tres letras que suenan a música y se sienten como mis manos heridas en tu regazo.

Y te quiero.

El estribillo más corto, pero el que más deseo que recuerdes.

Me importa lo que me contestes. Recuerda: ¿me quieres? Sin embargo, ahora, aquí, siempre, siento una fuerza que me empuja a decírtelo.

¿Y tú?

¿Qué sientes?

# CAPÍTULO 41

La brisa en las flores.

La calidez del sol de media tarde en la piel.

Aroma a hierbabuena y a lilas. Los dedos escarbando nerviosos en la tierra.

Un disco que gira aunque la pista se haya acabado.

El susurro del mar muy cerca de las montañas infinitas.

—Te quiero.

# EPÍLOGO

El verano se agotó con un beso.

Un beso a Nancy en la cena que nos organizó a mí y a Kai antes de irnos.

Un beso a Julia mientras nos comíamos el último helado de la temporada.

Un beso a Lauren, con la que di un paseo largo hablando de que algunos reencuentros llevaban más tiempo que otros.

Un beso a Charlie, esta vez en la mejilla, la penúltima noche, en el mismo paso de peatones donde había bailado con él. Y una promesa: que volvería a casa no para despedirnos, sino para abrazarnos de nuevo.

Un beso a mis padres, que me acompañaron al aeropuerto y juraron que nunca más iban a dejarme sola en uno si dependía de ellos.

Y así volvimos a las clases, aunque una parte de mi corazón se había quedado en mi ciudad, a la que tenía más ganas que nunca de regresar. Pese a que eso suponía decirle hasta pronto a Charlie, llenarlo de flores, regarlas con lágrimas.

Kai siguió sentándose en primera fila, pero comenzó a guardarme un sitio. También continuó cuidando de mis secretos y de eso que había surgido entre los dos. Nos estábamos acostumbrando a mirarnos sin guardar nada bajo llave.

Pasaron las semanas, aprobé la asignatura pendiente, Kai me dijo que estaba orgulloso. Salíamos a cenar, nos escapábamos los fines de semana, nos quedábamos hasta tarde estudiando en la biblioteca.

Conocí a sus amigos y yo le presenté oficialmente a Daisy.

—Lo pillé cuando vino a dejarte la lamparita del astronauta —me confesó—. Ese chico estaba colado por ti, pero tú para esas cosas siempre has sido un desastre. Le guardé el secreto porque me caía bien.

Parecía que, al final, todos estaban al tanto de los sentimientos de Kai menos yo.

Al empezar el otoño, mamá me envió una fotografía. Encima del sofá de casa había dos cosas insólitas: un libro y un gato pequeño. Acababan de adoptarlo, me dijo. También me explicó que un día, ordenando mi habitación, le había llamado la atención el ejemplar de *Almendra*, de Won Pyung Sohn, que había dejado olvidado sobre la mesita de noche. Mi madre se había aficionado a la lectura. ¿Acaso no había sido ese el verano más loco de la historia? Y, ¡¿un gato?! Jamás habían querido ni oír hablar de una mascota. No contentos con ello, mamá no descartaba traerle un hermano minino al pequeño Apple.

Mientras tanto, mi padre buscó unos uniformes con abotonadura hasta el cuello. Se lo había tomado tan en serio que había estado preguntando, empleado a empleado, si se sentían cómodos con él. Yo no acababa de acostumbrarme a que tuvieran tan en cuenta mis opiniones, quizá porque era la primera vez que las decía en voz alta.

Cada dos días le escribía a Charlie, y si por algún casual no sentía que me estuviera diciendo la verdad, Julia me contaba cómo se encontraba de verdad. Tenía días mejores y días peores. Había dejado el trabajo en el Red Heart y se dedicaba a dar paseos, descansar cuando el cuerpo se lo pedía y saldar sus cuentas pendientes.

Nancy se compró un teléfono móvil. Me enviaba fotos de Brave y Banana cada semana. Según ella, me echaban de menos. Por extraño que parezca, yo también. Hacía mucho que nadie

intentaba arrancarme los dedos de las manos a mordiscos. Quizá para Navidad Banana pudiera darme el capricho.

Durante el otoño, Kai y yo le robamos muchos minutos al tiempo, con fugaces besos por las mañanas, saliendo a hurtadillas de su residencia, con fines de semana haciendo el amor, quemándonos la piel, desgastándonos a caricias. Con caminatas que no acababan nunca, donde hablábamos de cosas sin importancia y de otras que nos dolían mucho.

Recibió en esos meses varias cartas de su padre. A veces, me las releía en voz alta y yo no quería decírselo, pero reconocía al señor Williams en ellas. Y él creo que empezó a ver no a su padre, sino a alguien a quien podía conocer. Al menos, así no se le quedaría la duda de quién había sido ese extraño que un buen día a sus ocho años había aparcado el coche delante del colegio al que acudía. Él, por su parte, solo las leía. No hubo respuesta. Aunque no pasó mucho tiempo hasta que se volvieron a ver.

Las enfermedades son como un reguero de gasolina que se extiende poco a poco. Y un buen día, sin más, se desatan con una chispa provocando un incendio.

El incendio se propagó pocos días antes de las vacaciones de Navidad.

Cogimos un avión y volvimos a casa porque Julia me escribió.

Charlie ya no era Charlie. Los meses habían volado igual que hojas de otoño. Había adelgazado, siempre tenía las manos frías y los ojos hundidos. No pudo incorporarse en la cama cuando crucé el umbral de la puerta de su dormitorio. Le pesaban los párpados y las palabras se quedaban en silencio cuando no sabía si seguía escuchándome o estaba dormitando en la calidez de sus sueños.

Lo solté pocas veces durante aquellos últimos días.

Una mañana despertó más animado y quiso enseñarme viejas fotografías, y a mí se me ocurrió hacernos una nueva, la penúltima. No quería pensar en el final. Kai nos ayudó. Condujo hasta nuestro antiguo instituto tras finalizar las clases y entramos en el aula que habíamos compartido durante tantos años. Atrapados en los recuerdos, tan pequeños, chapoteando en el agua después de que la canoa volcase.

—¿Qué hacemos aquí?

—Asomarnos al pasado.

Cogí su mano temblorosa y él caminó arrastrando los pies hasta la primera fila.

Junté los dos pupitres: el que había sido mío y el que perteneció a un extraño. Aparté la silla para Charlie y, por una vez, nos sentamos uno junto a la otra, nos miramos a poca distancia y sonreímos.

Una foto, ahí sentados, dos versiones de nosotros que solo yo podría seguir contemplando.

Charlie Miller.

Alice Grace Wilson.

Escribimos nuestros nombres con letra torpe y él dibujó un corazón entre los dos.

Después de esa tarde, Charlie ya no se levantó de la cama. Pasaron pocos días antes de que se quedase muy quieto y el aire dejase de llenarle los pulmones, ni siquiera la máquina que respiraba por él pudo regalarle unas palabras de despedida.

No recuerdo mucho de lo que vino a continuación, solo sé que escuchaba los villancicos en la radio, en la puerta de casa, frente a la iglesia, y me daba cuenta de que Charlie había muerto para mí, para sus amigos y familia, pero no para el mundo. Por eso podía seguir girando mientras yo estacionaba el coche con el motor encendido en medio del aparcamiento del supermercado para llorar.

La nieve lo cubrió todo. Me escondí en Big Sky. Dejé que me consolara el llanto de los árboles, las flores heladas, el calor de la chimenea cuando entraba en casa con las manos congeladas de acariciar a los animales y los brotes pequeños que sobrevivían a la nevada.

Kai me consoló con abrazos y me dejó llorar.

Aprendí que puedes ver incluso lo que no está, siempre que lo hayas guardado en un lugar cálido del corazón.

Y así fue como el invierno, igual que todas las estaciones, se marchitó, igual que esas orquídeas que Kai le llevó a Charlie mientras le susurraba algún secreto que yo desconocía.

Charlie tenía razón: no podemos decirles adiós a los primeros amores.

Fue él quien me dijo en un mensaje, uno de esos que me envió entre el verano y el final del otoño, que debíamos dar la bienvenida a otros nuevos, querer sin ocultar nada, sin engañar, sin tener miedo.

También me dijo que la vida estaba llena de coincidencias maravillosas.

—¿Qué miras?

Estaba descalzándome en el rellano de casa.

Mis padres nos llamaban desde la cocina y, una vez más, Kai se había quedado observando la fotografía que había colgada en la pared. Yo, en el viaje a Big Sky a los quince años.

Levantó el dedo y señaló hacia una esquina de la fotografía.

—Soy yo —susurró.

—¿Qué?

Me acerqué un poco más.

El chico que leía en el muelle.

—¿Qué? —repetí.

—Ese soy yo.

—No puede ser.

—Sí puede ser —insistió—. Me di cuenta la primera vez que vine. Soy yo. Recuerdo perfectamente ese día. Dos tontos que no sabían remar se cayeron de la canoa justo delante de mí —me contó—. Recuerdo que ella me gustó, porque nunca había visto a nadie tan enfadado y gritando de aquella manera. Me diste envidia, Ali.

Tenía razón. Cuanto más me fijaba, más claros se dibujaban ante mis ojos el perfil de Kai, uno más joven, más delgado. Pero ¿qué broma era esa?

—Quizá fuese el destino.

—Pero si tú no crees en el destino —le recordé.

—A lo mejor debería hacerlo.

—¿Qué leías? —señalé.

Kai miró hacia la puerta mientras sonreía de oreja a oreja.

—¿Qué? —pregunté.

—Es que si te lo digo no me vas a creer. Pero es la verdad. Tengo ese ejemplar en casa, puedes comprobarlo por ti misma si no confías en mí.

—¿Qué…?

Se acercó un poco más a mí y susurró:

—*El viejo y el mar*.

# Agradecimientos

Me gusta el campo. Para algunos no es una novedad, sobre todo si ya habéis leído otras historias que he escrito. Hacía tiempo que me apetecía volver a escribir algo ambientado a las afueras de las grandes ciudades, y así fue cómo conocí a Kai y Ali.

En primer lugar, quiero dar las gracias a todas las personas que me siguen leyendo después de estos años de publicaciones de diferentes géneros y muy distintos estilos. Os seguís alegrando cada vez que anuncio que se viene una nueva novela y me contagiáis con vuestra alegría en las firmas de libros. Espero que nos sigamos viendo y leyendo durante mucho más tiempo.

Quiero darle las gracias a mi hermana Andreea (con dos es, así es) por no dejar nunca que me vuelva loca cuando me asalta el síndrome del impostor (casi todos los meses entre veinte y cien veces) y por ayudarme a escoger el título después de perder la fe en ello.

A mis amigas escritoras, o mejor dicho amigas y escritoras, que siempre tienen buenos consejos para ofrecerme y están ahí en el proceso, dándome empujoncitos cuando lo necesito y riéndose conmigo cuando compartimos buenas noticias.

Y por último, pero no menos importante, a la editora de YOUNG KIWI y al equipo que está detrás por hacer posible una vez más esta novela.